UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ7297
.R6722
P4

1020006269

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

104967

PERFILES
DEL
TERRUÑO

POR

CAYETANO RODRIGUEZ BELTRAN

ONATEYAC

1902

EDICIÓN
PROFUSAMENTE
ILUSTRADA

TALLERES ARALUCE, 2ª SALTO DEL AGUA 9, MÉXICO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ7297
.R6722
P4

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

AL LECTOR

No es de este lugar, ni aquilatará mi obra, ni evidenciará mi celo, ni mucho menos moverá esa tu indulgencia, muy pedida en Prólogos y Prefacios, el narrarte los temores que me asaltan al publicar este libro, y las dificultades que me cercaron para formarlo; aunque sí me importa significarte que nunca obstáculo alguno aquietó mi entusiasmo y ocio largo emperezó mi pluma.

Tampoco voy á ampararme en la tan llevada y traída inocentada de hacerte creer—para valorizar mi modestia y enaltecer mi complacencia—que súplicas de amigos y compromisos de puertas adentro me obligaron á poner en letras de molde la presente obrilla; quédese tal y tan usada manera para aquellos que buscan en lloriqueos y *meas culpas* lo que no se alcanza con franqueza.

No doy á la estampa «Perfiles del Terruño» por excitación ajena, ó consejo ex-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

traño, ni á ello me aguijonea el problemático aplauso ni el venidero lucro; hágolo muy de mi real gana para que lo lean aquellos que lleguen á bondad tan alta y lo celebren quienes encuentren en él algo digno de ello, ó lo censuren quienes se tomen á pecho lo que yo escribí á destajo.

Creo que con lo expuesto—muy en derecho sin duda—puedo hacer algunas someras consideraciones acerca del móvil de este libro, sin que se tome á menos mi advertencia.

Hay en cada pueblo, en cada región particularidades que parecen comunes, y que, sin embargo, á poco que se cotejen, son peculiares de un corto número de individuos; los que, aunque viven inmediatos unos de otros, se diferencian de lejos; y no necesitaré traer nutrida lista de ejemplos para comprobarlo; basta tornarse en espectador atento quien fué actor inconsciente para ver con vista de ojos lo que no se puede mirar de otra manera.

Estas particularidades, llámense costumbres, titúlense idiosincrasia, ó como quieran nombrarse, son ellas las que dieron motivo para que metiese la pluma en el tintero y saliera hoy al público «Perfiles del Terruño.»

Bien echo de ver que mi tarea no abarca todo, ni mi libro forma acabado conjunto; tal confesión viene á pelo para evitar que otro me moteje lo que anticipadamente doy por contado y mal hecho; mas es muy de te-

ner en cuenta—no para amenguar mi falta, sino para prometer la enmienda—que en un hacinamiento de cosas heterogéneas poner orden y concierto es difícil labor que demanda tiempo largo y ánimo quieto; y aunque el tiempo pudo sobrarme, me quedé sin la paciencia: empero, consuélame el que en las futuras edades alguien, más hábil y más esforzado que yo, y con estilo más florido y vista más certera, ofrezca un cuadro cabal y detallado de la vida sosegada y pintoresca del terruño.

Por lo demás, no quiero que á las malandanzas que me sobrevinieron en el curso de mi obra, se añada una mayor que ponga en cuidado mi reposo y en peligro mi conciencia; y, para evitarme uno y otro desaguisado, declaro, puesta la diestra sobre el pecho y el pensamiento en Dios, que ni malicia que zahiera, ni malquerencia que enfade, ni injuria que afrente, movieron mi afanosa pluma al escribir estos renglones que de seguida vas á leer, querido lector, si tienes paciencia en tu ánimo y largueza en tu bolsillo; y me adelanto al juicio de las gentes, porque tengo por cierto que la ignorancia—mal encubierta con las quejumbres de la clemencia—suele hallar pecado en donde sólo hay llaneza, burla en donde hay gracejo, reprimenda donde hay advertencia y sátira en donde hay placentera risa y regocijo sano y sincero.

Termino, lector amigo, declarándote an-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes que en un momento—que no sé si fué para ventura mía, cambiándose hoy en desgracia para tí—idealicé el asunto de este librejo, y muy luego puse manos en él, sin que me impidieran dificultades ni me asustaran asperezas, hasta dejarlo hecho. Allá va, pues, y ojalá que no sea inoportuno lo que siempre creí atinado, ni fuera de propósito lo que juzgué de perlas: espero también que preste alguna utilidad lo que á mí me quitó el reposo juntamente con la hacienda, y cause agrado lo que no dejó de darme pena: si así fuere, doy por muy en razón y mejor empleado mi celo, que, si me espantó el sueño y me aligeró de dineros, en cambio puede darme bienandanza con tu venia, lector discreto, como galardón á esta mi larga, ingrata y querida labor llamada humildemente «Perfiles del Terruño,» la que podrá ser mañana estímulo para espíritus perezosos y hoy, tal vez, entretenimiento y regalo de niñas virtuosas y bellas.

Cayetano Rodriguez Beltran,
(Onateyac).

Tlacotálpam, Junio 1º de 1902.

I

La Jarocha

Muy de mañana, cuando apenas el sol clarea por el Oriente, ya está en pie, encargando la *plaza* á la mandadera, sisadora y rapaz, con una minuciosidad y exactitud en las cuentas que sólo las mujeres tienen, aunque á las veces no cuenten con los dedos.

Las gallinas, que cacarean reclamando el alimento cotidiano, acuden en parvadas á la puerta del corral, con un aleteo alborotador y un picotear famélico, al llamamiento de la buena ama que avienta el maíz, maná celestial para aquellos gargüeros en ayunas; y el gallo, altanera y roja la cresta, curvos y puntiagudos los espolones de rijoso, contoneándose en su serrallo, busca con ansia locuaz entre el caído grano el más apetitoso y grande para saciar su hambre de comilón nunca satisfecho; hártanse del cereal que mano pródiga distribuye; las gallinas, después de beber agua en la desecada concha de tortuga—que les sirve á modo de abrevadero—se enfilan en el claro del patio á tomar el sol tibio y brillante; el gallo, á su vez, llega á remojar el buche, y no contento con el agua que ha tomado, zambulle la ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes que en un momento—que no sé si fué para ventura mía, cambiándose hoy en desgracia para tí—idealicé el asunto de este librejo, y muy luego puse manos en él, sin que me impidieran dificultades ni me asustaran asperezas, hasta dejarlo hecho. Allá va, pues, y ojalá que no sea inoportuno lo que siempre creí atinado, ni fuera de propósito lo que juzgué de perlas: espero también que preste alguna utilidad lo que á mí me quitó el reposo juntamente con la hacienda, y cause agrado lo que no dejó de darme pena: si así fuere, doy por muy en razón y mejor empleado mi celo, que, si me espantó el sueño y me aligeró de dineros, en cambio puede darme bienandanza con tu venia, lector discreto, como galardón á esta mi larga, ingrata y querida labor llamada humildemente «Perfiles del Terruño,» la que podrá ser mañana estímulo para espíritus perezosos y hoy, tal vez, entretenimiento y regalo de niñas virtuosas y bellas.

Cayetano Rodriguez Beltran,
(Onateyac).

Tlacotálpam, Junio 1º de 1902.

I

La Jarocha

Muy de mañana, cuando apenas el sol clarea por el Oriente, ya está en pie, encargando la *plaza* á la mandadera, sisadora y rapaz, con una minuciosidad y exactitud en las cuentas que sólo las mujeres tienen, aunque á las veces no cuenten con los dedos.

Las gallinas, que cacarean reclamando el alimento cotidiano, acuden en parvadas á la puerta del corral, con un aleteo alborotador y un picotear famélico, al llamamiento de la buena ama que avienta el maíz, maná celestial para aquellos gargüeros en ayunas; y el gallo, altanera y roja la cresta, curvos y puntiagudos los espolones de rijoso, contoneándose en su serrallo, busca con ansia locuaz entre el caído grano el más apetitoso y grande para saciar su hambre de comilón nunca satisfecho; hártanse del cereal que mano pródiga distribuye; las gallinas, después de beber agua en la desecada concha de tortuga—que les sirve á modo de abrevadero—se enfilan en el claro del patio á tomar el sol tibio y brillante; el gallo, á su vez, llega á remojar el buche, y no contento con el agua que ha tomado, zambulle la ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

beza, el coquetón, como para refrescar la cresta congestionada y lavar esa su enrojecida cara de celoso sultán.

Del gallinero pasa nuestra jarocha al patio, riega las plantas floridas, remueve la tierra alrededor de los *coditos* recién sembrados, poda las ramas en las cuales las rosas han vivido el espacio de una mañana, y de allí vuelve á la cocina en momentos en que la criada entra con la canasta surtida del mercado. Aquí de la cuenta diaria: tanto para el pan, cuanto para la carne; de arroz y frijoles, doce centavos; del *robalo*, diez, y cinco de verduras, son tal cantidad; cifra redonda que no admite réplica, aunque en los bolsillos—bolsón, digo—de la mandadera, siempre abiertos para la sisa, hayan entrado algunos centavos.

Luego la ocupa el preparativo del desayuno, ligero casi siempre, porque habrá que dejarse expedito el estómago para el copioso almuerzo.

Dispuesto el desayuno con el espumante chocolate, el poroso *marquesote* y el nutritivo vaso de leche, la familia se sienta á la mesa y lo saborea más como regalo que como indispensable alimento.

Concluída refacción tan de nuestro gusto y muy propia de estómagos canonicales, viene la hora del trasteo: se remueven los muebles y trastos de un lugar á otro para barrer la sala, la *recámara*, y, por último, el *corredor*, con escoba de largo mango, abundante palma, y un ruidoso *chas, chas* que levanta denso polvo, hace saltar los grillos y los sapos de los rincones y huir las arañas de sus telas colgantes de puertas y ventanas; seguidamente se sacuden los muebles y se colocan en el lugar que antes ocupaban, quedando limpios con tanta pulcritud que parecen acabados de salir de las herramientas del carpintero; de esta costumbre resulta que el ajuar de una casa dura más años que la silla en que se sentó San Pedro; terminadas estas obligaciones que impone la economía doméstica, le toca su turno al afeite mujeril, operación que ocupa poco tiempo, porque es medida de aseo y no coquetería de muñeca: lavada y fresca la risueña y plácida cara, peinado y entrenzado el lustroso ca-

bello; en el cintillo que corona la cabeza el lozano jazmín rosa, cortado de mañana en el patio, ó regalado en la noche anterior por el prometido en la plática amorosa á orilla del *corredor*: cambiados los trapillos, puestos para los quehaceres matinales, por otra ropa adornada y vistosa, se sienta la costeña en cómodo *butaque*, acompañada de la almohadilla que coloca sobre las rodillas, enhebra la aguja, extiende la costura, y cose y cose atentamente hasta que la criada avisa que el almuerzo está servido en la mesa.

A medio día vuelve á su costura, la cual bien es una manga *rejillada*, ó un pañuelo bordado; las mangas para la madre ó para la hermanita; y el pañuelo para el papá, ó para el novio.

Y en estas delicadas labores de manos son nuestras jarochitas admirables: ellas cosen limpian y primorosamente en blanco desde la edad de seis años; bordan que es un brocado, y *rejillan* de tan hábil manera que su costura parece obra de hadas; es ésta una destreza de la mujer del terruño que vive vida sosegada dentro de las tranquilas paredes del hogar; existen bordados hechos por la habilidad de tales manos, que han figurado dignamente en certámenes interna-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cionales, obteniendo premios; en todo género de costuras es aventajada, y hasta anciana de más de sesenta años da regalo verla manejar con mano segura y rápida la aguja; en las "amigas" y en los colegios sobresale en la costura; surce con curiosidad y repasa con maña, habilidades que determinan una economía manifiesta en los presupuestos caseros; y su mano, afanosa para la aguja, está también dispuesta para el piano: la música la arroba y el canto la embelesa; jovial por carácter, con un pudor genuino que pone valladar á los galanteos, es amiga dulce la que siempre fué sostén de padres menesterosos y orgullo y galardón de padres ricos; no presume de marisabidilla, educada para la vida netamente doméstica y no para el fausto de los salones, le importa cultivar aquellos conocimientos que son necesarios para el manejo ordenado y económico del hogar; va al tálamo dócil y amante, y en el matrimonio es compañera sufrida y madre cariñosa; amamanta á sus hijos, sacrificando por ellos las galas preciadas de la juventud; cuida la prole solícita y la educa en amor de Dios.

En ella, quizá, hay más corazón que cabeza, más afán que experiencia; pero, así y todo, es modelo de madres de familia.

Para ella no se hicieron ni los saraos ni los perifollos, antes bien, la modestia y la llaneza son las cualidades que la distinguen.

Y es hermosa, con una de esas hermosuras de conjunto, que impresionan al artista como ante una visión hecha carne femenina en las concepciones del poeta. No habrá en su rostro las líneas severamente clásicas del perfil helénico, ni los tintes rojos de las rosas del prado por Abril; pero sí unos ojos negros, profundos—cual una estrella que brillara en el fondo de las aguas—con curva pestaña y dibujada ceja, de pupila contráctil que tiene mirada lánguida, apaciblemente soñadora; en su porte no encontrarcis esos andares que acusan la postura estudiada ante el espejo, ni el garbo insolente, ni el desgaire afectado, ni el dengue ridículo; tiene su cuerpo un andar moderadamente saleroso de zagala que va por la pradera haciendo cantar á los pájaros y murmurar las fuentes,

Erguida sin altivez la frente, fúlgida la mirada, pronta la boca al saludo afectuoso y á la sonrisa franca, abultado y honesto el seno, esbelto el talle no por las estrecheces del corsé, curva la cadera, pequeñas las manos y breve y combo el pie de andar lento y airoso, con un no sé qué de esbeltez y gallardía en toda ella imposible de describir sin altisonantes hipérboles, que darían la medida de nuestra galantería pero no veracidad á nuestro relato, y en la parla una voz armoniosa y un modo de decir vivaz y placentero.

De tarde, los domingos, sale acompañada de sus amiguitas, á pasear calles, con el pelo *tendido* y oloroso, la indispensable y coqueta flor en la vistosa cinta; pañoleta *rameada* de seda que se dobla por sobre el túrgido pecho, delantal negro bordado de estambres de colores, enaguas de blanco linó diáfano, que permite vislumbrar la ancha y primorosa *rejilla* de la falda interior; calzada con fina y limpia botita de taconeo nutrido y andar ligero, y, para cubrir el busto de esta graciosa figura, el transparente y brillante *paño* de color claro, color como difumado dulcemente por los reflejos sanguíneos del sol de ocaso.

Y luego la parvada se extiende por el *zócalo* y pasea su hermosura, juvenil y fresca, al acorde lánguido de la alegre danza.

¡Qué grato perfume el de aquellas cabelleras húmedas que caen resolviéndose en ondas por sobre la colorida seda del rico *paño*, discreto ocultador de mórbidos senos y torneados y velludos brazos!

En tanto, allá en lontananza, el horizonte se pinta de tintas violáceas y carmesíes; incéndiase el frondaje, espejéase el río, y las palmeras iridiscentes mueven sus rizados airones al soplo tenue de la brisa .....

Fué madre y es abuela: no ha perdido nada de sus hábitos ni ninguna de sus aptitudes; sentada en extendido *butaque* de largos brazos, cual si fuese hecho para sostener aquel cuerpo, vigila con sus ojillos apagados, que apenas parecen ver detrás de los espejuelos, los quehaceres de la casa; manda aquí y regaña allá, mientras repasa por décima vez la novena del santo de su devoción, ó recita con labio murmujeante los misterios, recorriendo las cuentas del rosario en sus temblorosas manos; en las tardes, siempre sentada en su inseparable *butaque*, cose en el *corredor* hasta que el sol alumbra.

Temprano va á la *plaza*, compra de lo mejor y siempre lleva frutas y golosinas para los rapaces; como conoce las artimañas de los *revendones* no se deja engañar por ellos.

En la cocina da el punto á la *olla*, y hace tal cual confitura de naranjas ó limoncillos, que parece acondicionada por manos de monja; le surce la ropilla á los nietos, aconseja á la nuera, cuida del aseo de la casa como si ella propia lo hiciera, y desde su *butaque* está á la husma para corregir cualquiera cosa mal dispuesta.

De noche, siempre en su *butaque*, bebe el chocolate que en floreado pocillo y hondo plato le trae la nuera; después se rodea de los nietos, y, comenzando por el más pequeño, les toma á cada uno la mano derecha, les pone los dedos índice y pulgar en cruz, los persigna por turno, reza á coro con ellos, les echa la bendición, y con un ¡á la cama!—cariñoso más que imperativo—los manda á recogerse temprano; dado el toque de ánimas, arrastra el *butaque* hasta la cabecera de su lecho, dice quedamente sus oraciones y se duerme con sueño patriarcal, dispertando á las cinco de la mañana, hora precisa en que se levanta á trajinar en el patio, á darle el maíz á las gallinas, para en seguida irse á misa, rebosada la cabeza con el ligero *paño* oloroso á incienso.

¿Peligra la vida del vecino? Allí está la costeña en vela, de enfermera, llevando recursos—si el paciente es pobre—y dando remedios caseros, de esos que no conocieron farmacopeas, ni autorizaron récipes, ni manipularon botica-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rios, ni machacaron morteros; es caritativa y sensible; el mal ajeno le afecta y de la miseria extraña se conduele; de su bolsillo da al pordiosero que pide á las puertas, y de su comida el bocado al menesteroso hambriento; es esta una virtud teologal innata en el corazón de la mujer costeña, que nace á la vida del hogar tranquilo entre la modestia que cautiva, el cariño que persuade y la felicidad que alegra.

Tismiche

POR mimo de cariño maternal le llamaban *Perucho*, cuando su nombre de pila era Pedro; y en la escuela, la malicia infantil le había puesto el mote de *Tismiche*, no sé si por lo diminuto y delgado de su cuerpo, ó porque siempre andaba á zambullidas en el río á la hora de la escuela.

La madre de Pedro vivía en continua zozobra por las travesuras del rapazuelo: tales, como huídas cotidianas de la escuela; baños diarios en las aguas del Papaloapan; excursiones con pandilla de muchachos malévolos á la *Ciénega* y á la *Sabana*; navegaciones en el *río chiquito* dentro de microscópico *bongo*; trepa á las copas de los árboles en busca de nidos; corte de *virsúchiles* para hacer rosarios, y otras muchas diabluras de *Tismiche* que tenían en cuida-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rios, ni machacaron morteros; es caritativa y sensible; el mal ajeno le afecta y de la miseria extraña se conduele; de su bolsillo da al pordiosero que pide á las puertas, y de su comida el bocado al menesteroso hambriento; es esta una virtud teologal innata en el corazón de la mujer costeña, que nace á la vida del hogar tranquilo entre la modestia que cautiva, el cariño que persuade y la felicidad que alegra.

Tismiche

POR mimo de cariño maternal le llamaban *Perucho*, cuando su nombre de pila era Pedro; y en la escuela, la malicia infantil le había puesto el mote de *Tismiche*, no sé si por lo diminuto y delgado de su cuerpo, ó porque siempre andaba á zambullidas en el río á la hora de la escuela.

La madre de Pedro vivía en continua zozobra por las travesuras del rapazuelo: tales, como huídas cotidianas de la escuela; baños diarios en las aguas del Papaloapan; excursiones con pandilla de muchachos malévolos á la *Ciénega* y á la *Sabana*; navegaciones en el *río chiquito* dentro de microscópico *bongo*; trepa á las copas de los árboles en busca de nidos; corte de *virsúchiles* para hacer rosarios, y otras muchas diabluras de *Tismiche* que tenían en cuida-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do al vecindario, en movimiento á la policía, en alarma al maestro de escuela y en sobresalto á la madre.

El registro de asistencia escolar estaba, sin hipérbole, constelado de faltas de *Perucho*; en el mes concurría dos días, y cuando asistía, alteraba la disciplina de la clase y desesperaba al sufrido cuanto diligente maestro, quien mandaba enhoramala la paciencia de Job y zurraba de lo lindo al diablillo de *Tismiche*.

Llegaba siempre treinta ó cuarenta minutos después de la hora de entrada, sudoroso, con los vestidos hechos un harapo, hediendo á mugre; las manos sucias, las uñas terrosas; el pelo híspido por falta de aseo y uso del peine; las orejas *sarnosas* y las piernas llenas de cascarria; los bolsillos repletos de chucherías y golosinas, como canicas, *tiradores*, coyoles, migajas de pan, pedazos de tortilla y terrones de azúcar: toda una provisión para el juego, en los momentos en que el maestro escribía la lección en el encerado, y para golosmear en la merienda de la hora del *recreo*.

El maestro se impacientaba ante las maldades del muchacho; y ni el rigor del castigo, ni los consejos maternales producían enmienda en el travieso de *Perucho*.

Cuando los muchachos repasaban con lánguida y monótona canturia la tabla del 2, taladrando los oídos, él se distraía *echando vaca*, ó pegando cera en las cabezas melenudas de sus compañeros de banca; jamás sabía la lección: 2 y 3 decía que eran 6; al caballo le llamaba anfibio y al gallo mamífero; si se le preguntaba dónde tenía el esternón, se señalaba la espina dorsal; toda enseñanza la volvía de revés, á igual que estaba su imaginación inquieta, ávida de soñolencia y de pereza.

Un día de pocos llegó á la escuela conducido por la madre, con las ropas húmedas, la cabeza mojada, la cara limpia y roja.

—Ahí viene Tismiche! — gritaron los párvulos interrumpiendo sus trabajos, poniéndose en pie los más grandes y encaramándose sobre las bancas los pequeños.

—Silencio!—ordenó el maestro.

—Cállense!—repitió, porque no se restablecía el orden.

—Señor—dijo la madre casi llorando—aquí le traigo á este *demonio*, que me está matando á *muinas*; no se quita del río y del *resestidero del sol*: ahorita mismo se estaba bañando cuando yo lo creía en la escuela. . .Castíguemelo! . . péguele! . . . que no soy de las madres *consentidoras* que se enojan porque rajan á azotes á sus hijos, *¡cuero*, mucho *cuero* con él, á ver si se *enmienda!*

El maestro ofreció castigar á *Perucho*, y la madre se fué satisfecha de su celo.

De ahí á quince días no volvió el muy pillo por la escuela.

Cuando el maestro preguntaba por él al pasar lista, respondíanle invariablemente:

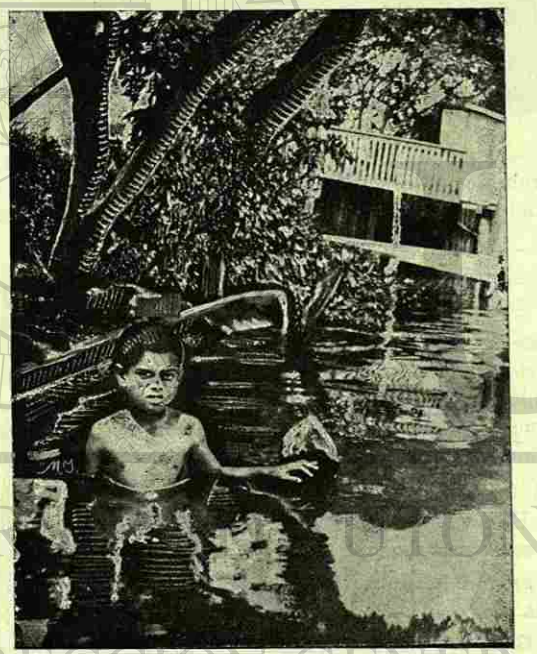
—Se huyó; lo vimos bañándose en el *paso* de *tía Pepa*,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ó en el *río chiquito*, ó por la *sabana*, ó por la *ciénega*, ó por cualquiera de esos lugares escogidos para su holganza.

El agua era el elemento de *Tismiche*; no la buscaba como precepto higiénico ni como medida de aseo, sino por el gusto de zabullirse, darle *jupa* á sus camaradas de baño y hacer *el muerto* sobre las ondas; pues el jabón y el estropajo nunca limpiaron con sus frotes el cuerpo mugriento del *bañista*.

Una vez salido del agua, se echaba arena ó tierra sobre la cabeza para que la madre no advirtiera la travesura, y, con ésta, la huída de la escuela.



Tismiche nadaba con la ligereza de una anguila; parecía de corcho: siempre estaba á flote; donde le encanta-

ba remojarse era en el *río chiquito*, cerca del puente «García,» debajo de la amplia y plácida sombra de un corpulento *amate* que hundía sus abundantes y barbudas y azafranadas raíces en las aguas del barranco; y allí se pasaba horas y horas sumergido en el agua, con la cabeza fuera, pronto á zambullirla al primer ruído; porque para *Tismiche* el río era su escondite; á modo receloso de anfibio salía á la orilla, se sentaba en el tronco del *amate* á tomar la brisa, y luego volvía al agua, la golpeaba, la arrojaba por boca y narices cual mitológico tritón y con la impetuosidad ruidosa de un cetáceo; cuando la campana mayor de la iglesia sonaba las tres de la tarde, dejaba el agua, poníase la ropa sucia sobre su fresco cuerpo y corría hacia su casa, diciéndole al llegar á la madre que anhelante lo esperaba:

¿La mano, *mama?*

—*Dioj* te bendiga, hijo!—Y se precipitaba *Tismiche* con hambre canina al fogón, en el cual estaba al rescoldo la mezquina comida con que le regalaba la cariñosa madre.

En la tarde y en la noche seguían las correrías del muchacho hasta que se acostaba á dormir un sueño largo y poblado de pesadillas.

Tanto fué lo que *Perucho* se huyó de la escuela para ir á zambucarse en las aguas del río, que la madre llegó al recurso de pedirle amparo al Alcalde.

La policía se encargó de vigilar al *acuático* rapaz, y dos ó tres aprehensiones en los instantes mismos en que *Tismiche* se desnudaba para arrojarse al líquido elemento, fueron suficientes á contener la afición del hidrófilo muchacho.

El pobre *Perucho* andaba trastrocado; le hacía falta su favorito juego dentro del río; sentir pasar por entre sus piernas los peces; acariciar el agua, golpearla con regocijo, esperar la onda que al sumergirse le pasaría fresca y bullente por cima de la cabeza; tumbarse sobre la superficie, juntar las manos, estirar los pies, y panza arriba hacer el muerto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero la prohibición era estricta y la vigilancia asídua.

No le quedaba más recurso que resignarse ir á la escuela; dormirse cuando el maestro explicaba á sus discípulos; *echar vaca* para sacar á los alumnos prensados por lo exiguo de la banca; jugar al toro y á las canicas en el recreo, y no dar jamás la lección.

Era una tarde primaveral; el río, diáfano, sin una arruga en su bruñida superficie; *Perucho*, montado sobre un poste del muelle, contemplaba las aguas transparentes con tristeza; cerca, otro arrapiezo pescaba con largo cordel, y el *jolote* esperado no picaba; de pronto el corcho se movió con breves oscilaciones haciendo burbujear la tersa superficie; Perucho, entusiasmado, exclamó:

¡¡Ya pica!!

El muchacho, no menos entusiasmado, siguió el tirón del cordel, perdió pie y fué á caer de bruces al río.

¡Un muchacho al agua!

¡Se ahoga!

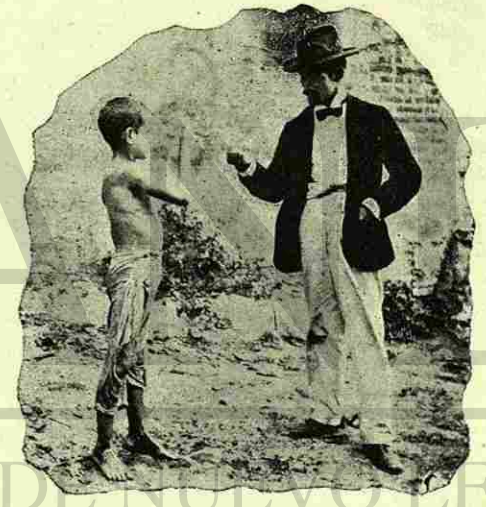
Gritaban desaforada y casi simultáneamente los cargadores del muelle

Perucho anduvo listo, en un decir amén quitóse la

camisa, y con todo y calzones se echó de cabeza al agua, tomó por debajo de los brazos al muchacho que pataleaba, sacándolo salvo á la orilla, donde ya se arremolinaba la gente que entusiasmada admiraba el arrojo del *Tismiche*.

Con dos ó tres tirones de orejas y un chupetón en plenas narices, el muchacho semiahogado volvió en sí: *Perucho* lo miraba con los ojos desmesuradamente abiertos y hecho una sopa.

El padrino del muchacho, salvado por el atrevido *Tismiche*, metió mano al bolsillo para pagar con largueza el servicio heroico que salvó de la muerte á su ahijado; pero *Tis-*



miche, atento al rasgo generoso, movió negativamente la cabeza húmeda, irguió el índice, y dijo con voz atiplada

«No... ¿qué?. ..si me he *dáo* la gran *bañáa!*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

Cordero

Por Cordero lo conocí en mi niñez, y Cordero le siguen llamando, sin saber si es un mote, ó su propio nombre, calificativo tan manso.

Cada campanada me lo recuerda; y en las horas de mis remembranzas--horas gratas y largas—creo verlo entre cuerdas y campanas con su pequeña figura, grotesca y ágil, puesta en movimientos inverosímiles de brazos y piernas que imprimen un repiqueteo al campanario, tan ledo y tan prolongado cual fueran una alegría de juventud y una sonoridad de argentina risotada.

Entonces paréceme subir (en tarde apacible del florido Mayo) gateando el dorso combo de las bóvedas, como lo hacía de niño; mirar curioso por las vidrieras de la media naranja los austeros santos alumbrados con las enhiestas velas de cera, que, trémulas, arrancan reflejos deslumbrantes á los artesones de la techumbre; ver al oficiante haciendo genuflexiones ante el ara, puesta la capa pluvial, reluciente de oro y colorida de pedrería; el incienso subiendo en espirales olorosas y azuladas del turíbulo; los fieles de hinojos golpéandose el pecho; el sacristán, campanilla en mano, dando aviso para echar las campanas á vuelo;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y en tanto el órgano, con sus notas graves y solemnes, acompaña la voz salmodiadora del sochantre que canta la letanía..... y todo ésto pasa rápido por mi imaginación, á modo brillante y continuado de una fantasmagoría, mientras las campanas suenan; porque Cordero está identificado con las campanas, es como la lengua de esos bronces, ó el sonido de esa lengua.

Este campanero de mi pueblo—sin ser horrible con la sublimidad de Cuasimodo—es digno de una caricatura macabra del lápiz de Ruelas: observadlo, si no, bajo de cuerpo, largo de zancas, doblado por los años, tostado por las intemperies, desaliñado de barba, nimio de facciones, mirada velada en ojos de ratón, riente con risa de conejo y pedigüeño con porfía de pordiosero; viste de desechos: lo mismo toma por vestido—si vestido puede llamársele á lo que no cubre del todo—la levita grasienta del boticario que la raída capa del sacristán; para él no se hicieron las medidas de sastrería, y salen de más las decantadas exigencias de la Moda; pues si le sobra de mangas, va cubierto hasta la yema de los dedos, y si le falta de lo mismo, muestra toda la mano, larga y huesuda, propia para un estudio de anatomía; con los pantalones no sigue la misma práctica: si largos, los arremanga; si cortos, los deja flojos de cintura á manera de que lleguen al límite del tobillo; cuanto á zapatos—que no suele llevarlos—unas veces los usa semejantes á cartucheras y otras con más agujeros que trampa ingeniosa para cazar ratones; de sombrero, anda maltrecho: siempre lo porta abollado, ó desteñido, si no alto y puntiagudo como bolsa de colar café; puede afirmarse que su indumentaria es la característica de su tipo; Cordero vestido de otra suerte no sería Cordero, sería Pedro ó Juan, ó cualquier otro menos él, porque perdería el mote con el traje.

Hay seres dotados en lo físico, en lo intelectual y en lo moral de manera tan uniforme, que creeríase una sola manifestación las que son tres cualidades biológicas....y Cordero es uno de ellos; son así como seres mecánicos, ru-

tinarios, autómatas de una sola pieza y con un solo movimiento; muñecos de cuerda, en los cuales el instinto hecho costumbre suple la percepción elevada á inteligencia; tipos que nacen espontáneamente y viven por condiciones puramente animales; así se explica el que nuestro campanero—¡y tan nuestro, que ha tocado las campanas para nosotros hace más de treinta años!—con la precisión del cuco de un reloj, dé las doce del día, las dos y tres de la tarde, el toque de ánimas y el de queda (á las diez de la noche) invariablemente, con puntualidad muy severa lo mismo cuando el sol calcina que cuando el rayo detona y la lluvia empapa; y esta labor de badajo la ejecuta Cordero años y años, quizás hasta volverse campana, como se volvería alfiler el hombre de la comparación de Smith.

Y no vive el campanero mano sobre mano en los ratos que los bronces no lo ocupan, sino que sirve de mensajero entre los mortales de mi pueblo, á igual, por la rapidez, que Mercurio, con talares y caduceo, lo era de los dioses paganos; mas no se crea, por comparación tan mitológica, que Cordero fuera capaz de transportar al través del espacio á ninguna Pandora, ni de hacer otras alcahueterías dignas de los dioses olímpicos; ni perspicaz hasta robar á la ninfa Ío,—convertida en vaca para burla de la celosa Juno—y engañar al genuino Arcos con todo y sus cien ojos; no, Cordero se presta á llevar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solamente una carta, la cual, una vez depositada en sus callosas pero honradas manos, está más segura, contra extravíos y contra violaciones, que dentro del más guardado buzón postal: díganlo y certifíquenlo quienes para tales mandados han utilizado á Cordero; también se atreve á llevar un recado, pero con perjuicio del remitente; pues acostumbra alterar las palabras, trastocar los conceptos, cambiar los nombres: es mal fonógrafo quien es magnífico correo.

En medio de la simplicidad de este hombre salta á veces un destello fugaz de la inteligencia, que lo resarce del dictado de «pobre Cordero,» con que lo consuelan personas caritativas; parece que en los individuos colocados en el más bajo escalón de la serie humana, hay un instante, ó por más bien decir, hay una potencia mínima, aunque lúcida, puesta en función que se opone á las otras facultades casi en inercia; de ahí nacen esas llamadas ocurrencias, esos celebrados chistes, esos vivos dicharachos y esos repetidos refranes que hacen por un momento agradable al que por toda la vida es repulsivo; aquí también Cordero tiene el alma en su almario, en seguida va la prueba:

Salía del novenario una beata octogenaria, á la sazón que Cordero atravesaba el atrio.

—*Buenoj día*, Cordero!

—*Dioj* se lo bendiga, tía Mariquita, ¿qué tal?

—Mal, hijito; tengo un dolor de cabeza que no me deja.

—Yo tengo un remedio muy *güeno*.

—*Cueta muncho* dinero?

—Qué vá! Si *é* lo *má* barato y simple del mundo!

—*Pué* dámelo por *vida tuya*.

—Córtese Vd. la cabeza!....

De seguro que Gedeón no contesta mejor, ni Sancho hubiera dicho otra cosa.

Posee Cordero otra cualidad, entre las otras que ya se han enumerado y que no le va en zaga á ninguna: cada sol varía de comida y todos los días come á manteles; con un «*güenos díaj*» tiene el «césamo ábrete» para sentarse á

cualquier mesa, de esas surtidas opíparamente que dá apetito al sólo olerlas.

Yo creo que Cordero, por sus continuas estancias en el campanario, ha tenido conciliábulo con las brujas, ó que éstas, atraídas por el doble monótono y fúnebre del toque de ánimas, han ocurrido llevando al diminuto campanero el elíxir de la vida; tal supersticiosa creencia se afirma cuando lo miro ágil y fuerte con más de sesenta años encima de su cuerpo amojamado y de su cabeza sin canas; pero no, no son las brujas las del milagro de taumaturgo, es la existencia semipatriarcal, sosegada, falta de temores, ajena de ambiciones, que se desliza, sin medida de tiempo, de idéntica manera siempre, satisfecha de aspiraciones vegetativas, nutrida por savia animal y no con jugo del espíritu; así podía vivir Cordero la vida de Matusalem en estos tiempos en que el cerebro se hace viejo á los veinte años y el espíritu se muere á los treinta.

Cordero vive en mis recuerdos desde que tuve la percepción del sonido; para mí es la campana hecha hombre, el gnomo de mis nocturnos cuentos de niño que sale del fantástico subterráneo y toca las mo-

nedas para contarlas, convirtiéndose en un doble de ánimas.....

En las mañanas de invierno, cuando la neblina envuelve en gasas la ciudad, alfombra de irisadas gotas el césped de las calles y humedece los tejados; cuando el sol se oculta y el abrigo del lecho nos calienta y detiene entre sábanas, él es quien me llama con su tan!... tan!....tan!.... vibrante pero lejano, cual si las ondas sonoras se entumecieran dentro de la red nebulosa....

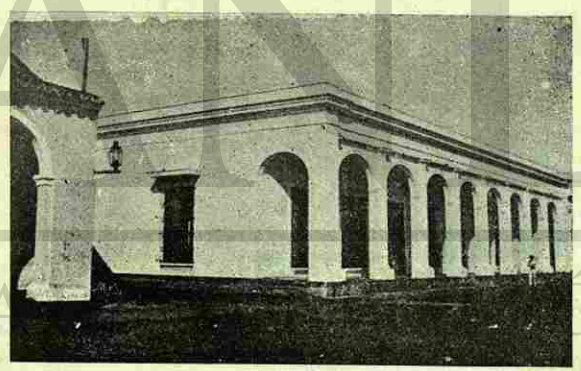
Y sigue la campana con su toque lento é igual, de tal manera obstinada, que cree la muy parlera estar segura de que la oyen, mientras el sol evapora la niebla, haciendo entrar la luz por la boca abierta de los aleros, y, en la semiobscuridad de mi alcoba, se aparece la figura grotesca y ágil de Cordero gesticulando furiosamente al tañido lánguido de tan! .... tan!..... tan!

IV

El Corredor [1]

Es el *corredor* aditamento indispensable de toda casa, de tal modo necesario, que, la que no lo tiene, antójaseme cara á la cual le han rapado las cejas.

Los hay estrechos, altos, bajos, extensos, de ar-



(1) Portales que constituyen la parte principal de la fachada de las casas y que se prolongan unos junto de otros formando calle; esta no es definición para ningún Diccionario ni va para allá, sino sólo advertencia para lectores foráneos. N. del A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

nedas para contarlas, convirtiéndose en un doble de ánimas.....

En las mañanas de invierno, cuando la neblina envuelve en gasas la ciudad, alfombra de irisadas gotas el césped de las calles y humedece los tejados; cuando el sol se oculta y el abrigo del lecho nos calienta y detiene entre sábanas, él es quien me llama con su tan!... tan!....tan!.... vibrante pero lejano, cual si las ondas sonoras se entumecieran dentro de la red nebulosa....

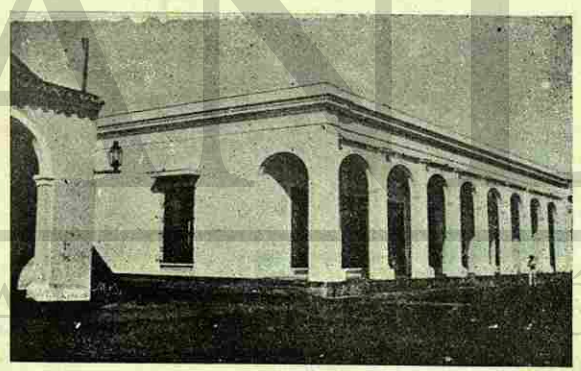
Y sigue la campana con su toque lento é igual, de tal manera obstinada, que cree la muy parlera estar segura de que la oyen, mientras el sol evapora la niebla, haciendo entrar la luz por la boca abierta de los aleros, y, en la semiobscuridad de mi alcoba, se aparece la figura grotesca y ágil de Cordero gesticulando furiosamente al tañido lánguido de tan! .... tan!..... tan!

IV

El Corredor [1]

Es el *corredor* aditamento indispensable de toda casa, de tal modo necesario, que, la que no lo tiene, antójaseme cara á la cual le han rapado las cejas.

Los hay estrechos, altos, bajos, extensos, de ar-



(1) Portales que constituyen la parte principal de la fachada de las casas y que se prolongan unos junto de otros formando calle; esta no es definición para ningún Diccionario ni va para allá, sino sólo advertencia para lectores foráneos. N. del A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

cadas como puente y de pilares esbeltos como templo griego, que se prolongan en la dilatada extensión de toda una cuadra; su arquitectura suele ser idéntica en casi todas las calles; sin embargo, á las veces, los albañiles se exceden de dibujos, y aquellos llevan dentículos, frisos, volutas, capiteles, estrías y profusión de adornos y relieves que manifiestan bien á las claras la flojedad del bolsillo del dueño y lo largo de perspectiva del arquitecto; en otros sucede que los arcos son pesados y las pilastras gruesas, de aire conventual que repugna con los *corredores* de esbeltas columnas y simétricos arcos; pero de esta ó de aquella manera arquitectónica resulta el corredor útil por las condiciones de este clima en que literalmente nos quemamos; en él nos guarecemos de la lluvia, nos resguardamos de la solana en el verano y de los vientos del norte en el invierno; á él ocurrimos en las tardes estivales para gustar de la fresca brisa; y en las noches, es lugar de plática familiar y de conciliábulos de vecindario; la costumbre ha hecho del corredor acera para el público transeunte, sin impedimentos ni demandas; tam-

bién se convierte, por tolerancia de los vecinos, en dormitorio de pordioseros viandantes y de borrachos callejeros; en tendederos de lavanderas afanosas en días lluviosos; en recreo y solaz de muchachos chillones y malcriados que juegan al trompo ó á la rayuela; en punto estratégico para telégrafos amorosos de amantes impertinentes y en cuarto de centinela para enamorados imperturbables que hacen el oso. En la feria de Candelaria, los que están al rededor del

zócalo, son solicitados por los vendedores ambulantes, quienes pagan el alquiler á peso de oro y por medidas métricas; en esos días de feria es cuando los corredores, desde el de humildes pilastras hasta el de orden arquitectónico clasificado por Vignola, reciben su mano de lechada con una última de almagre en el lavado suelo; parece entonces que la ciudad se viste de repicar recio y que los arcos, por un efecto de perspectiva, se dilatan paralelamente en el fondo de las calles.

Es cláusula de reglamento doméstico lavar el corredor cada sábado; para ello andan por ahí—mendigantes y embusteros—*indios*, muchachos y rapazuelas, los cuales cobran por la lavada según el tamaño del corredor, y encima de la paga va el *bocadito* que da la dueña al lavador, siempre que sea *indio*, porque el *indio* gusta más de la regalada comida dada á la puerta que de la maleante expendida en sucios y destartalados figones.

Vecinos que sueñan con la evolución—sin conocerla de cara—obstínanse en quitarle á las futuras casas el corredor; harían mal, aunque crean que piensan bien: el corredor no es un lujo, ni un estorbo, ni una antigualla, es un portal necesario á toda casa, que da más frescor á las habitaciones y hermosea la vista de la ciudad; en tiempo de lluvia es un recurso contra los chaparrones; sin ellos el sol nos calcinaría el cerebro, cuando nos quemamos los pies sin estar como Cuahutemoc en el tormento; y sobre todo, la charla en rueda, casi al aire libre, en noches tibias de verano, noches estrelladas en que el cielo es un espejo donde Dios se retrata, y la brisa, tenue y aromática, parece respiro de invisible y misteriosa hada; el decir quedo y la carcajada recia; el cuchicheo mujeril y el vozarrón de hombre barbudo y locuaz; las risitas contenidas de guapas muchachas; el chiste que alegra y la confidencia que halaga; el cuento para los pequeños y el murmurar para los grandes; y luego, en noches de luna, la luz argentada entrando como despaciosa por arcos y pilares para envolver en pálidas y desfallecidas claridades destrenzadas cabezas juveniles en las que el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jazmín-rosa exhala su perfume y el céfiro deja su caricia.... Y ya dormida y en silencio la ciudad, el tañido de la guitarra y la voz entonada de los *serenateros* que cantan en plañideras canciones las endechas de su amor.....

¡Oh, no! El corredor es parte de nuestros recuerdos y lugar de nuestras cuitas: allí vimos por vez primera á nuestra prometida; allí le dimos el primer billete escrito sin ortografía y entregado con temores; allí saboreamos la esperada plática amorosa; allí novios con palabra de casamiento, sentados en sendos sillones, hacen la visita *oficial*, mientras la futura suegra, á discreta distancia y con ojo avisor, simula que cabecea; allí la abuela nos narró sus cuentos para adormecernos; allí rezamos de niños y pensamos de hombre:

allí descansa el jornalero, rodeado de sus pequeñuelos, después de fatigosa faena, y lee el viejo valetudinario el periódico del día, ó una novela por entregas de Pérez Escrich; allí se han resuelto problemas de tanta importancia como el que hizo exclamar á Arquímedes ¡Eureka! en la frescura del baño; es como el escenario de esta vida apacible, vida semicampestre que pasamos casi la mitad en la calle y la otra mitad entre la mesa y la cama.

¿Quitar el corredor?

Ni por pienso! Más valiera enderezar la corriente del Papaloapan y sacarlo de madre haciendo un diluvio para estos pacíficos habitantes del terruño!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

V

La Criada.

PEQUEÑITA, vivaz, embustera y habladora, va de mandado en mandado haciendo sisa.

Mandadera desde la edad de ocho á diez años, llega á los doce conociendo los tiquismiquis de fregonas, cocineras, amas y dueños.

Nunca quieta, siempre en movimiento, es la calle el lugar de sus operaciones famulares, y tiendas y mercados el sitio en que practica trapacerías y artimañas propias de domésticos callejeros.

Pasma, si no indigna, verla sustraer mañosamente el centavo de la peseta; meterse en cuentas de *plaza* cuando no entiende un cero de aritméticas; comprar á cuatro para entregar á diez; escudriñar por tiendas y mercaderías lo más barato para beneficio de su bolsillo sin fondo y menoscabo de la economía doméstica; decir una mentira con el desplante de deudor insolvente; andarse con repasos de dedos y cotejos de precios para alcanzar la rapiña; engañar á dependientes de mostrador y á expendedores ambulantes en el momento de la paga; llorar lágrimas de cocodrilo á la hora de recibir *lo vuelto* para reclamar cuatro centavos

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en vez de uno: comer de hurtadillas las golosinas de los niños de la casa; y hacer tantas y muy grandes picardías que son la característica de su estado pobre y de su figura harapienta.

Ya de grande, cuando peligra su pudor—si aún lo conserva—entre chicoleos de libertinos—frecuentadores de tratos con Celestinas—y retozos—matinales y atrevidos—con don juanes de mostradores y reboticas, deja de corretear por calles y tiendas; la quitan de la sisa diaria—que en eso se ejerce en su oficio de mandadera—y la hacen galopina con promesas de volverla cocinera; aquí de las mañas para llevarse á escondidas el *bocadito*, robar la sal, la manteca y el piloncillo; beberse la leche para achacar el hurto á zapirón ajeno; comer á dos carrillos; meter baza en conversaciones discretas; murmurar del vecino y calumniar del prójimo; pedir *avíos* para el lavado de una docena de ropa cuando sólo tiene una *muda*; alcahuetear á la niña de la casa en estado de merecer; verse al espejo más de lo que piden su cara sucia y su gesto gatuno, y andar á rezongos y altiveces cuando en justicia la reprende la *doña*.

Sucede á veces que de mandadera se queda en medio del arroyo; de brazos inconstantes de calavera callejero cae en los brutales de burdo cargador; y ahí, de paliza en paliza, de desahucio en desahucio y de embargo en embargo

rueda menesterosa y desvalida al hospital; ó cargada de prole hambrienta y desnuda, pordiosea de sol á sol, hasta que da con sus huesos en el cementerio, dejando por herencia á sus hijos la propia y peligrosa ocupación de hacer mandados, vagabundear calles, frecuentar tiendas, sisar centavos, pedir muestrecitas y *ñapas*, y engañar y mentir con creces y sin escrúpulo.

La mandadera—por su precocidad y travesura—es tipo propio del terruño; una especie de hongo que expontáneamente nace en los húmedos tugurios de las afueras, entre miserias de limosneros y descaros de prostitutas; con la mentira por credo y la rapiña por costumbre; su atributo es la canasta, ó el *tenate placero*, receptáculo—mugriento siempre—que oculta pobrezas que se recatan; su recurso es la mentira enseñada y no genial, que obliga á la sisa tentadora y al robo casero; su porvenir está entre el *fogón* que humea y el hogar del menestral, si no se interpone el arroyo que mancha y precipita al burdel y á la bacanal.

Traídas á largo estudio las tontunas y picardihuelas de las mandaderas, vienen á ser las tales—sin que pongan el grito en el cielo y maldiciones en la boca—un remedo de buzón que guarda los chismes y futilezas de la vecindad, en el cual tienen larga y minuciosa lista de nombres adornados con los epítetos más canallescos y los motes no menos ridículos y vulgares; calumnian y ofenden por manía: á la dueña económica la llaman muerta de hambre; á la rígida, fregona; á la tolerante, bondadosa; á la pródiga, magnífica; y todas estas calificaciones se oponen con sus verdaderos significados.

Tambien tratan de igual á igual á los amos; les pierden el respeto y les acaban la paciencia; para estas criadas la sumisión es afrenta, la obediencia humildad é hipocresía el respeto; entran á las casas como á país conquistado, sin saludos ni comedimiento, con altivez insolente y grosería truhanesca; para ellas no se hicieron reglamentos que sujetan ni leyes que obligan, salen y entran como por puerta cochera, hablan de tú á tú al amo y en todo se entrome-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ten; no existe código que las legisle ni autoridad que las mande; una tolerancia tácita ha producido esta anarquía entre mandantes y mandados, ha hecho este nivel que iguala las clases y suprime las categorías; esta democracia, de tejas adentro y de fregatrices para arriba, da malandrines y correvediles en vez de fámulas y sirvientes, aún cuando el jarocho lo dijo, con aguardentoso cantar y filosofía peripatética:

«Hasta los *palos* del monte
Tienen su separación:
Unos nacen para santos
Y otros para ser carbón.»

Los criados se ponen los vestidos de los amos y gesticulan, y gallean, y mandan, y vociferan á igual que los esclavos en los nefandos días de las saturnales romanas; por eso no son estables en ningún acomodo, parecen cuerpos movibles, prontos á probar el movimiento continuo; mudan de casa con más prontitud y constancia que los pájaros de plumas; son vigilantes de costumbres íntimas y divulgadores de secretos familiares; saben de vecindades mejor que un juez de barrio; poseen más letra menuda que tinterillo lenguaraz, y hablan recio y soez sin prohibiciones de policía ni miramientos de sociedad; se largan del servicio cuando les da la gana y con las manos en la cintura como para probar que es una verdad aceptada aquello de: «quien dá pan á perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro.»

VI

El pan nuestro de cada día.

De patio en patio sale el cantar lánguido de los gallos que soñolientos esperan la aurora: en matemáticos intervalos se escucha el quiquiriquí matutino, y cual si la canción de uno fuera el eco del otro, se sucede el alerta del gallinero hasta el amanecer.

Interrumpe el canto prolongado tal cual ladrido lejano de perro vigilante que se alarma del movimiento de las hojas de los árboles, ó del chirriar agudo de insectos y aves nocturnas.

El lucero del alba, prendido en el firmamento diáfano como faro sideral, parpadea con reflejos verdinos, palideciendo las estrellas del cielo.

A distancia oscila una luz rojiza que avanza en la nebulosidad de la madrugada; á poco se escucha la carraspera de garganta acariciada por el relente de la mañana, ó el silbar alegre de mozo que preludia los compases de la última danza tocada en el pasado baile de Pascuas; se acerca

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ten; no existe código que las legisle ni autoridad que las mande; una tolerancia tácita ha producido esta anarquía entre mandantes y mandados, ha hecho este nivel que iguala las clases y suprime las categorías; esta democracia, de tejas adentro y de fregatrices para arriba, da malandrines y correvediles en vez de fámulas y sirvientes, aún cuando el jarocho lo dijo, con aguardentoso cantar y filosofía peripatética:

«Hasta los *palos* del monte
Tienen su separación:
Unos nacen para santos
Y otros para ser carbón.»

Los criados se ponen los vestidos de los amos y gesticulan, y gallean, y mandan, y vociferan á igual que los esclavos en los nefandos días de las saturnales romanas; por eso no son estables en ningún acomodo, parecen cuerpos movibles, prontos á probar el movimiento continuo; mudan de casa con más prontitud y constancia que los pájaros de plumas; son vigilantes de costumbres íntimas y divulgadores de secretos familiares; saben de vecindades mejor que un juez de barrio; poseen más letra menuda que tinterillo lenguaraz, y hablan recio y soez sin prohibiciones de policía ni miramientos de sociedad; se largan del servicio cuando les da la gana y con las manos en la cintura como para probar que es una verdad aceptada aquello de: «quien dá pan á perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro.»

VI

El pan nuestro de cada día.

De patio en patio sale el cantar lánguido de los gallos que soñolientos esperan la aurora: en matemáticos intervalos se escucha el quiquiriquí matutino, y cual si la canción de uno fuera el eco del otro, se sucede el alerta del gallinero hasta el amanecer.

Interrumpe el canto prolongado tal cual ladrido lejano de perro vigilante que se alarma del movimiento de las hojas de los árboles, ó del chirriar agudo de insectos y aves nocturnas.

El lucero del alba, prendido en el firmamento diáfano como faro sideral, parpadea con reflejos verdinos, palideciendo las estrellas del cielo.

A distancia oscila una luz rojiza que avanza en la nebulosidad de la madrugada; á poco se escucha la carraspera de garganta acariciada por el relente de la mañana, ó el silbar alegre de mozo que preludia los compases de la última danza tocada en el pasado baile de Pascuas; se acerca

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la luz, y vemos á un hombre llevando sobre la cabeza un gran cajón cubierto con un lienzo blanco y un farol con lám-

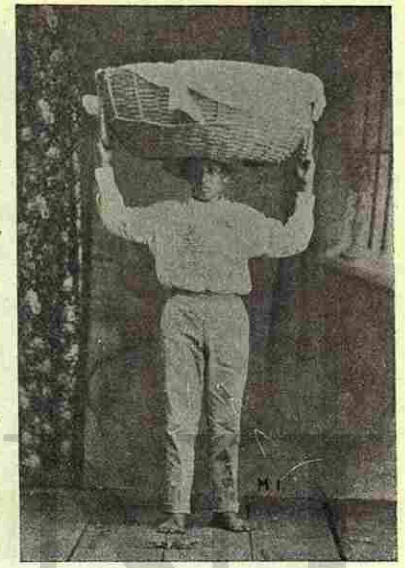
para de petróleo colgante de la mano: es el panadero que á las cuatro de la mañana se dirige con paso veloz á la plaza del mercado.

El panadero enciende el horno á prima noche; vela para amasar la harina y cocer el pan; dadas las tres de la mañana aún está sacando del horno el amasijo, ó mejor dicho, el pan caliente, dispuesto de tal manera en latas cuadrilongas, que á hora determinada está concluída la cocción.

De las latas pasa el pan, oliente y trigueño, á grandes canastas, y de éstas se distribuye en el cajón, destinado para la venta matinal del mercado.

El pan se expende también en las tiendas de barrio; se reparte de diario todas las tardes, entre dos y tres, para el cual abasto se hace una hornada especial; en hondas y holgadas canastas, tapadas con blancos manteles, el panadero

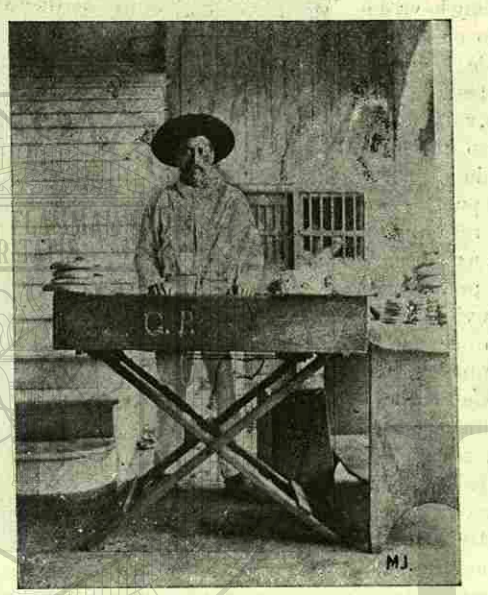
lleva á la cabeza el pan y lo va dejando en las casas de los marchantes, á toda prisa, volando casi, con una ligereza de piernas y piés puestos en polvorosa que no alcanzaría un galgo; en tiempo de lluvias la canasta se cubre con una especie de rodela de hoja de lata que preserva el pan del remojo del agua.



Pero la venta más típica es la de la madrugada: aquí, en este terruño de las mañanas húmedas y de las tardes apacibles con crepúsculos incendiarios, el mayor número de los pacíficos vecinos se levanta con la aurora para ir de compra á *la plaza;* costumbre tan pastoril no se altera ni en el invierno; y lo propio hace el hijo del jornalero que el del más acaudalado dueño; y éste último no se crea que por el temor á la sisa de mandaderas y fregonas va de temprano al mercado, sino por el gusto de comprar pescado fresco y escogido á ojo de gastrónomo; tantear el peso de los mantecosos *canates*, y lo que es de más gustar, comprar el pan calientito á Pascual, ó á tio *Polo*—flor y nata de panaderos viejos—que lo mismo tiene un chicoleo en la punta de la lengua para la criadita zalamera que una *regañada* como *ñapa* para el granuja mocet n.

Los panaderos se colocan matutinalmente en el llama-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



do *portón*, ó sea la entrada á la plaza del mercado; allí ponen, por todo el día y parte de la noche, sobre sendas tijeras de madera, su abultado cajón de cedro, blanco ya por el uso constante y el más constante aseo: en el fondo del cajón va extendido limpio mantel, colgadas las extremidades, las cuales sirven para cubrir la mercancía en el transporte; estas extremidades caen de cada lado del cajón en una longitud de medio metro; ostentan á menudo figuras *rejilladas*, ó *patas de gallo* hechas con hilo colorado, para vistosidad del lienzo y orgullo del panadero; otros cajones tienen grabadas á punta de navaja las iniciales de su dueño, á manera preventiva de ranchero desconfiado que pone fierro sobre las ancas de su cabalgadura; el pan queda colocado sobre el mantel en tantas agrupaciones cuantas clases contenga: aquí rosquitas de manteca, en seguida molletes de mantequilla, *venganzas* y *palos blancos*; después, *puros*, *pan de agua*, *resobado*, pan de *güevo*, mestizas, tortas *de manteca*, *gallinas*, *ojos de buey*, *biscochuelos*, tostaditos y oliendo á anís; en montones laterales, ventrudos panes franceses, *cojinillos*, tortillitas de dulce; y en latas, negras por el tizne del horno, *marquesotes* blandos y dorados, abultadas *empanadillas* repletas de *mofongo* entre otras rellenas de leche, golosinas de rancheros paseantes; *tortas de queso*, rica de mieles, desafiando en sabores á las azucaradas regañadas y al *panqué*, antojo de bocas sin dientes. El panadero guarda en el cajón dos utensilios indispensables: el *espolvoreador* y la alcancía para guardar la venta: estos adminículos son de hoja de lata que el uso ha puesto bruñidos como de plata; y colgadas de una tabla lateral del cajón la afilada aguja de *arria* y una bola de pita de campeche para despachar el pan.

La hora más agitada del expendio es en la mañana, cuando se escucha la demanda del marchante:

¡Chica de *rojca* alvaradeña!

¡Dos molletes y un enredo!

Una pierna de pan *francé*!

¡Dos lenguas y una envidiosa!

Y ahí tienen á tio *Polo* ensartando en la pita de campeche las roscas, y empuñando la aguja de *arria* para atravesar de parte á parte el dorado mollete, ó el pan francés mofletudo y gordo como—mala sea la comparación—posaderas de niño recién nacido.

El sol sale iluminando de luces los cielos y adornando de colores el campo; los madrugadores esperan el desayuno ante el montón de pan de cada día, traído colgando en el hilo de castilla ó la pita de campeche; y llega el humeante chocolate, lleno de espumas y aromoso de canela; el costeño

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

lo saborea y dá al loro del pan hecho sopa en la taza, el cual loro grita hambriento y parlanchín:

«Yo no quiero ir á la escuela..... !

¡jí, jí, jí,.....!

¿Por qué, lorito?

¡Porque la maestra me pega!»

VII

Ultima noche de un sentenciado á muerte.

PLUMAJE cenizo, manchas canelas en las puntas de las alas y en el medio del pecho, erizada *escobeta* y eréctil *moco;* fuertes las patas y afilado el pico; con un *clo, clo,* en la garganta de goloso harto y un rodeo sonante y ligero de pavo cebado y casto; así lo conocí amarrado á larga cuerda en la sombra fresca de la acera, cuando el sol de agosto caldeaba la atmósfera y maduraba el maíz, dorándolo en los tallos y secándolo en las trojes.

¡Qué de revolcarse pataleando en el polvo de la calle!

¡Qué de ponerse la seria cabeza de señor de polendas tan luego pálida como tan pronto purpurina y roja!

Ya sacio de esa holganza del cuerpo, sediento, á pico abierto, tomar trago á trago, como gárgaras recetadas por médico, agua fresca del colorado y lleno *tlacualón.*

Pardea la tarde; de la holgura de la calle pasa el guajolote á la alta copa de frondoso guayabo, donde suele dormir contraída la garra sobre movible y extendida rama: allí dormirá el último sueño: pues para festín de estómagos apetitosos será matado á la mañana siguiente por manos aleves de sanguinaria cocinera: en el suculento mole po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo saborea y dá al loro del pan hecho sopa en la taza, el cual loro grita hambriento y parlanchín:

«Yo no quiero ir á la escuela..... !

¡jí, jí, jí,.....!

¿Por qué, lorito?

¡Porque la maestra me pega!»

VII

Ultima noche de un sentenciado á muerte.

PLUMAJE cenizo, manchas canelas en las puntas de las alas y en el medio del pecho, erizada *escobeta* y eréctil *moco;* fuertes las patas y afilado el pico; con un *clo, clo,* en la garganta de goloso harto y un rodeo sonante y ligero de pavo cebado y casto; así lo conocí amarrado á larga cuerda en la sombra fresca de la acera, cuando el sol de agosto caldeaba la atmósfera y maduraba el maíz, dorándolo en los tallos y secándolo en las trojes.

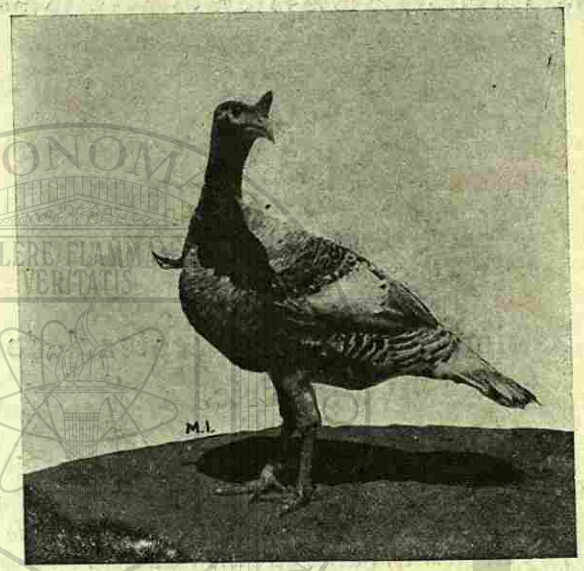
¡Qué de revolcarse pataleando en el polvo de la calle!

¡Qué de ponerse la seria cabeza de señor de polendas tan luego pálida como tan pronto purpurina y roja!

Ya sacio de esa holganza del cuerpo, sediento, á pico abierto, tomar trago á trago, como gárgaras recetadas por médico, agua fresca del colorado y lleno *tlacualón.*

Pardea la tarde; de la holgura de la calle pasa el guajolote á la alta copa de frondoso guayabo, donde suele dormir contraída la garra sobre movible y extendida rama: allí dormirá el último sueño: pues para festín de estómagos apetitosos será matado á la mañana siguiente por manos aleves de sanguinaria cocinera: en el suculento mole po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



blano, ó en el oloroso relleno, ó en la condimentada salsa de hígado exhibirá su gordura y sus blandas y blancas carnes, servido en amplio y siempre solicitado platillo.

¡Adiós del escarbar á caza de gusanillos entre los yerbazales del patio!

¡Adiós á la pitanza de rica avellana y lechosa nuez!

El egoismo del hombre lo regaló con regodeos y holgorios para saciar después el apetito voraz de intemperante gastrónomo.

Y él, tan ignorante de la matanza para que está sentenciado, duerme, dispertando á ratos por la luz de la luna que se introduce entre las ramazones rumorosas del guayabo.

Es muy avanzada la noche: los faroles se apagan como soñolientos; la calle está desierta; uno que otro transeunte taconea fuerte y seguidamente por sobre el enlosado; los perros ladran á distancia, cual avisos lejanos de

centinelas recelosos; el gallo, por momentos, canta arriba del colgadizo ó *mediagua;* de pronto, entre la penumbra se escurre un bulto recatándose de la luz de la luna; cruje la vieja cerca de *yagua* y la yerba bajo de las pisadas vacilantes, el guayabo se inclina de una rama, cloquéa el *totol*, que de seguida es castigado por su importuna parla

con mano férrea que le aprieta el buche y brazo hercúleo que le aprisiona las patas; el bulto, á campo traviesa, toma la antes entrada del patio traspasando la vieja cerca de *yagua*, vuelve á escurrirse por donde vino lanza un silbido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

agudo, en tanto que el perro del vecino ladra furiosamente calla el perro cuando ya el guajolote, decapitado y sin plumas, chirría dentro del ardiente horno de la panadería cercana al lugar del despojo; botella, aligerada de contenido por continuas libaciones, pasa de mano á mano entre los nocturnos é incógnitos cenadores; el olorcillo de la carne asada del pavo se entra tentador por el olfato despierto, haciéndole un agua la boca y agitándole el estómago con las sensaciones del hambre á quien en ayunas lo oliere.

La cena concluye dentro de la propia panadería; la osamenta, monda de carnes, se arroja al basurero, que en tal convierten los vecinos el medio de la calle; aléjanse los trasnochadores, canta el gallo en la rama, aulla el perro en el corral, la luna alumbra plena y la ciudad duerme tranquila.

Amanece: el sol riente despierta á los pájaros en las frondas y abre las campanillas y los brotes en las empinadas y ruinosas tapias; el pavo es llamado por modo onomatopéyico en el extenso patio para aventarle los últimos granos de maíz, con los cuales caerá en la celada y por ella en la sartén; pero el ave de corral no atiende al llamamiento mimoso; la familia toda se echa al patio en busca del rico bocado; ni entre los *chaparros* que se enmarañan debajo de los limoneros, ni en el patio inmediato, ni en parte alguna se encuentra pieza muy preciada; de allí á poco la maritornes—conocedora del robo de la gallinácea—señala la cerca agujereada: ¡por ahí!—exclama extendiendo el índice—Este descubrimiento saca de quicio al papá y á las muchachas de la casa, que gritan desaforadamente:

¡Se lo robaron!

¡Ladrones!

¡Aquí no hay *polecías*!

¡Aquí *naiden* vigila!

¡Y *pá éto* paga uno alumbrado y *contrebución*!

Y por aquel día se aguó la fiesta á una humilde familia que esperaba comer á manteles en pascua florida, ya que había comido de vigilia toda la semana santa!

VIII

La Barbería

MUCHAS veces voy, sin que mi persona necesite del arreglo de la barba ó del corte del cabello, á la barbería del Portón.

Es un cuarto pequeño que da á la plaza antigua del mercado; un rincón caluroso en el verano y frío y desabrigado en el invierno; pero muy popular y conocido.

Ahí concurre la gente obrera y aquellos que vienen del otro lado del Papaloapan, ó de rio arriba, trayendo legumbres, verduras y otras especies de comestibles para expenderlos, desde la madrugada, todos los días; también hay otros muchos individuos que van á hacerse la barba y á cortarse el pelo.

No obstante tan numerosa clientela, el maestro barbero no suele necesitar de oficiales, él solo vigila su establecimiento; sin quitar ojo de nada, afeita, pela, peina y..... habla.

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
1020006269

agudo, en tanto que el perro del vecino ladra furiosamente calla el perro cuando ya el guajolote, decapitado y sin plumas, chirría dentro del ardiente horno de la panadería cercana al lugar del despojo; botella, aligerada de contenido por continuas libaciones, pasa de mano á mano entre los nocturnos é incógnitos cenadores; el olorcillo de la carne asada del pavo se entra tentador por el olfato despierto, haciéndole un agua la boca y agitándole el estómago con las sensaciones del hambre á quien en ayunas lo oliere.

La cena concluye dentro de la propia panadería; la osamenta, monda de carnes, se arroja al basurero, que en tal convierten los vecinos el medio de la calle; aléjanse los trasnochadores, canta el gallo en la rama, aulla el perro en el corral, la luna alumbra plena y la ciudad duerme tranquila.

Amanece: el sol riente despierta á los pájaros en las frondas y abre las campanillas y los brotes en las empinadas y ruinosas tapias; el pavo es llamado por modo onomatopéyico en el extenso patio para aventarle los últimos granos de maíz, con los cuales caerá en la celada y por ella en la sartén; pero el ave de corral no atiende al llamamiento mimoso; la familia toda se echa al patio en busca del rico bocado; ni entre los *chaparros* que se enmarañan debajo de los limoneros, ni en el patio inmediato, ni en parte alguna se encuentra pieza muy preciada; de allí á poco la maritornes—conocedora del robo de la gallinácea—señala la cerca agujereada: ¡por ahí!—exclama extendiendo el índice—Este descubrimiento saca de quicio al papá y á las muchachas de la casa, que gritan desaforadamente:

¡Se lo robaron!

¡Ladrones!

¡Aquí no hay *polecías*!

¡Aquí *naiden* vigila!

¡Y *pá éto* paga uno alumbrado y *contrebución*!

Y por aquel día se aguó la fiesta á una humilde familia que esperaba comer á manteles en pascua florida, ya que había comido de vigilia toda la semana santa!

VIII

La Barbería

MUCHAS veces voy, sin que mi persona necesite del arreglo de la barba ó del corte del cabello, á la barbería del Portón.

Es un cuarto pequeño que da á la plaza antigua del mercado; un rincón caluroso en el verano y frío y desabrigado en el invierno; pero muy popular y conocido.

Ahí concurre la gente obrera y aquellos que vienen del otro lado del Papaloapan, ó de rio arriba, trayendo legumbres, verduras y otras especies de comestibles para expenderlos, desde la madrugada, todos los días; también hay otros muchos individuos que van á hacerse la barba y á cortarse el pelo.

No obstante tan numerosa clientela, el maestro barbero no suele necesitar de oficiales, él solo vigila su establecimiento; sin quitar ojo de nada, afeita, pela, peina y..... habla.

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
1020006269

En esta *casa* un verdadero prodigio; piénsese en un cuadrilátero de tres metros de largo por dos de ancho, tapizado con papel de fondo gris flordelizado; arriba, cielo raso de manta y florón en él, del que pende por febrero lujosa araña de cristal; dos espejos de marcos dorados con grandes y tersas lunas, viéndose entre ellos lámpara con brillante reflector; una repisa corrida con cubierta de mármol; dos sillones, que, en límite tan reducido, marcan las fronteras de la fortuna; pues en uno, por ser forrado de terciopelo carmesí y de manufactura americana con patente de automático, paga el marchante por barba veinticinco centavos; y en el otro, de cedro, con respaldo y asiento de *ojo de perdiz*, sólo cuesta el aliño barberil dieciocho centavos; así el maestro ha separado dos elementos sociológicos sin perjuicio de sus intereses ni mengua de la vanidad humana.

Sigamos con la barbería: el piso es de madera; viéndonos en los espejos, al lado derecho, tenemos una rinconera, que contiene frascos de aceite, botes de pomada, cajas vacías que sirvieron para guardar *jabones de olor*, amén de un reloj microscópico, niquelado, igual en exactitud al de Pamplona; en orden de sucesión sigue un aguamanil, con tapa de mármol de Orizaba, aguamanil en que los clientes se lavan las manos y el maestro también, aunque no como Pilatos; cuatro *sillelas* de caoba puestas en donde caben; y una silla para pelar niños, que semeja alzarse de puntillas por entre un montón de libros y utensilios de encuadernar, cerco forzoso para una tinaja fresca y barriguda, escondida detrás de la única puerta que sirve de entrada al establecimiento; abierta la puerta, sirven sus hojas, altas y anchas, de biombo para ocultar á miradas indiscretas—y más que indiscretas, curiosas—la percha de uso particular para colgar una capa española con vistas de peluche rojo, lujo y cobija del barbero en las mañanas frías y nebulosas del invierno; por bajo de la prenda de abrigo asoma una prensa de mano parte de sus brazos, medios ocultos entre una montaña de librosrecien-

temente encolados, despidiendo los tales un olor muy poco agradable; en el propio lugar, y enclavadas en la pared, lámparas que se encienden por días extraordinarios, y en las partes que quedan sin enumerar, menudencias que tienen aplicación en momentos dados, no contando en ellas un almanaque, de esos que llama el comercio *exfolicdores*; á mano izquierda del que entra á verse en el espejo —que muchos por eso visitan diariamente la barbería,—se abre una ventana con vista al río, al pie de esta ventana descansan dos cajones, uno sobre de otro; éstos corren pareja con otras tantas sillas puestas de lado á lado de ellos esos cajones en las habilidades del barbero son mesa improvisada de la que se usa cuando el maestro tiene que coser, ó pegar, ó cortar este ó aquel libro encomendado á su destreza de encuadernador; porque hay que advertir, para mayor mérito del barbero, que en sus ratos perdidos encuaderna libros, siendo capaz de encuadernar en piel humana la misma obra con que fué obsequiado,—por cláusula testamentaria—el poeta, astrónomo, espiritista y filósofo Flammarión; sirve, así mismo, la tal mesa—le daremos nombre honesto—para jugar dominó con los desocupados visitantes en las horas en que las manos están quietas; para limpiar sobre ella las lámparas y alimentarlas de petróleo todas las tardes, para comer sin manteles, ya un tamal humeante, ya un tasajo asado en la candela de la *garnachera* contigua; ¡vaya, que parece cosa de cuento que en una mesa muy pequeña y más improvisada se hagan tantas cosas!

En los días sábado y domingo, acude la gente á arreglarse la barba y acicalarse la cabeza; obreros que acaban su tarea y que han percibido la *raya*, se rasuran en la noche,—con heroismo espartano cuando hay mosquitos—para amanecer el domingo con cara rapada y alegre, cara nueva, donde el aseo es una coquetería; personas menos ocupadas se rasuran el domingo, quedándoles el derecho de ir en la tarde, vestidos de repicar recio, á hacerse el nudo de la corbata ante el espejo del barbero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sucede á veces que están las cuatro *silletas*, donde se hace antesala barberil, ocupadas por individuos que esperan pacientemente y con locuacidad su turno; el barbero no se dá punto de reposo; enjabona, pasa la navaja con ra-

pidez, y aun con cuidado, por la piel restirada del cliente; habla, se ríe, suda y..... sopla; los que esperaban bostezan, ó se entretienen con hablar mal del prójimo, de las pasadas elecciones, de las próximas fiestas, de la noticia del día contada con gracejo y comentada con malicia; ó cada quisque trata de sus negocios particulares, que maldito lo que importan á los barbudos sentenciados á la rasura; por cortesía el barbero usa darles algún libro para que lean, ú otra cosa más pronta, aunque menos productiva: un consejo; es-

to lo hace sin duda para que callen y lo dejen hablar á él, que parla por todos; siempre encuentra recurso para detenerlos, y no le faltarían manos para rasurar hasta á un regimiento; pero á condición de que sea como el de la Reserva de aquí, que cuenta fueron lampiños de barba, largos de piés y en número no llegaron á cinco.

Los concurrentes de diario son contados, como que son bastantes para caber dentro de la barbería: mi amigo el periodista, que de continuo habla con el maestro de escuela del último artículo que escribió; el comisionista en libros, que dá noticias de la flamante obra puesta á la venta en la librería de Ballescá, ó anunciada en el boletín de Araluce; el platero, que se queja del alto precio del oro y de la falta de trabajo; el zapatero de viejo del portón, que suele dormir las borracheras en una silla de espaldas á la puerta, con sueño profundo acompañado de silbantes ronquidos: el barbero oye á toda esta vecindad y con ella ríe; mas sin dejar mano de su obra, trabaja y trabaja lo mismo encuadernando que afeitando; su barbería viene á ser una especie de alhóndiga; pues á ella llegan los madrugadores á depositar abrigos, envoltorios, tenates, faroles, remos, galápagos, pájaros, tortugas, para recogerlos á la hora de salida; tampoco sería extraño ver entregar cartas para fulano ó para mengano con este domicilio: «Barbería del Portón,» y están igualmente seguras como si trajeran por dirección cualquier apartado postal.

Recuerdo de cierta vez —en que encomiaba mi amigo el comisionista en libros la monumental edición de «México y su Evolución Social,» —éste percance sucedido en la barbería:

Se rasuraba un marchante de á dieciocho centavos; ya tenía afeitado el carrillo izquierdo y faltaba el diestro; ponía el barbero la navaja para comenzar el lado derecho, cuando el rasurado se movió repentinamente gritando ¡¡ay!!

—*¿Qué'ubo!*

—*¡Pué qué me ha cortáo!*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

—*¿Pá qué se mueve, crijtiano?*

—*Pué pa qué* tiene *osté* ese ruido debajo la silla?

Y un galápago, caparazón boca arriba, pataleaba ruidosamente, aprisionado entre las patas de la silla, por verse impedido para andar.

Me extrañaba que el barbero no sacara muelas, ni aplicara sangrías, como lo hace todo Fígaro de pueblo; pero preguntado que fué, me contestó convencido:

«Desengáñate, con eso de las *sacaás* de muelas corre uno *muncho* riesgo; puede uno sacarle á cualquiera la quijada y lo meten á la gayola, y también te juro que con los gritos de *lo cliente* se me espantan *loj marchante*... ...»

Esta barbería no necesita de rótulos pintados con letras muy gordas y vistosas por encima del dintel, y le sobran los llamativos apéndices en inglés y en francés:

BARBER SHOP

SALON POUR LA COUPÉE DE CHEVEUX

Porque por delante de su puerta toda la población pasa á la plaza del mercado; porque los que traen en litigio asuntos municipales hacen allí antesala, aprovechando el lugar para esperar al Juez, al Alcalde, al Tesorero, y á los Secretarios del Honorable y de los Juzgados de Paz; pues la escalera del Palacio Municipal — que por olvido del arquitecto se quedó sin portón, cuando el público se esperaba una Puerta Otomana; —está frente por frente de la barbería, sirviendo esta á maravilla para ver á los que bajan y á los que suben sin necesidad de preguntar al portero.

Además, la barbería tiene el atractivo del chisme de los parroquianos, que es el condimento de conversaciones de corrillos en ciudades donde el sol sale siempre por la misma parte y los vecinos parece que comemos en el propio plato.....

Por algo el barbero de la Mitología enterró en un hoyo el secreto del rey Midas: para que las cañas al reparirlo dieran fama larga y duradera á los barberos todos del Universo de ser unos solemnes parlanchines!

IX

La Polaca

Yo investigaré el orígen del nombre de un juego *honesto* que ha entretenido á nuestros bisabuelos y que probablemente divertirá á nuestros choznos; tarea es ésta, peliaguda de suyo, que dejo á la erudición de los etimologistas mientras me ocupo en hablar de la *polaca*.

Cuando se acerca la feria de Candelaria, frente á la iglesia parroquial se levantan barracas con techo de blanca manta y forradas de grueso petate *chipileño*; dentro de ellas se ponen unos *burros*, sobre de esos pacientes de madera anchas tarimas, y laterales á ellas, banquetas largas y angostas para colocar á los jugadores. En el fondo de cualquiera barraca se distingue, por su abultado vientre, un baúl en que se guardan los cartones; del techo cuelgan grandes faroles de hoja de lata, alumbrado imprescindible para las noches de jugada: un tenate sirve para guardar los granos de maíz, artículo para uso exclusivo de los jugadores en el momento de *correrla:* estas son las mentadas *polacas*.

En la feria se juega de día y de noche: á toda hora.

Una vez que han pasado los ocho primeros días de febrero, las jugadas son nocturnas diariamente y diurnas sólo los domingos; las *polacas* duran hasta terminado el Carnaval; pues la autoridad manda suprimirlas dizque en bien del ornato.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

—*¿Pá qué se mueve, crijtiano?*

—*Pué pa qué* tiene *osté* ese ruido debajo la silla?

Y un galápago, caparazón boca arriba, pataleaba ruidosamente, aprisionado entre las patas de la silla, por verse impedido para andar.

Me extrañaba que el barbero no sacara muelas, ni aplicara sangrías, como lo hace todo Fígaro de pueblo; pero preguntado que fué, me contestó convencido:

«Desengáñate, con eso de las *sacaás* de muelas corre uno *muncho* riesgo; puede uno sacarle á cualquiera la quijada y lo meten á la gayola, y también te juro que con los gritos de *lo cliente* se me espantan *loj marchante*... ...»

Esta barbería no necesita de rótulos pintados con letras muy gordas y vistosas por encima del dintel, y le sobran los llamativos apéndices en inglés y en francés:

BARBER SHOP

SALON POUR LA COUPÉE DE CHEVEUX

Porque por delante de su puerta toda la población pasa á la plaza del mercado; porque los que traen en litigio asuntos municipales hacen allí antesala, aprovechando el lugar para esperar al Juez, al Alcalde, al Tesorero, y á los Secretarios del Honorable y de los Juzgados de Paz; pues la escalera del Palacio Municipal — que por olvido del arquitecto se quedó sin portón, cuando el público se esperaba una Puerta Otomana; —está frente por frente de la barbería, sirviendo esta á maravilla para ver á los que bajan y á los que suben sin necesidad de preguntar al portero.

Además, la barbería tiene el atractivo del chisme de los parroquianos, que es el condimento de conversaciones de corrillos en ciudades donde el sol sale siempre por la misma parte y los vecinos parece que comemos en el propio plato.....

Por algo el barbero de la Mitología enterró en un hoyo el secreto del rey Midas: para que las cañas al reparirlo dieran fama larga y duradera á los barberos todos del Universo de ser unos solemnes parlanchines!

IX

La Polaca

Yo investigaré el orígen del nombre de un juego *honesto* que ha entretenido á nuestros bisabuelos y que probablemente divertirá á nuestros choznos; tarea es ésta, peliaguda de suyo, que dejo á la erudición de los etimologistas mientras me ocupo en hablar de la *polaca*.

Cuando se acerca la feria de Candelaria, frente á la iglesia parroquial se levantan barracas con techo de blanca manta y forradas de grueso petate *chipileño*; dentro de ellas se ponen unos *burros*, sobre de esos pacientes de madera anchas tarimas, y laterales á ellas, banquetas largas y angostas para colocar á los jugadores. En el fondo de cualquiera barraca se distingue, por su abultado vientre, un baúl en que se guardan los cartones; del techo cuelgan grandes faroles de hoja de lata, alumbrado imprescindible para las noches de jugada: un tenate sirve para guardar los granos de maíz, artículo para uso exclusivo de los jugadores en el momento de *correrla:* estas son las mentadas *polacas*.

En la feria se juega de día y de noche: á toda hora.

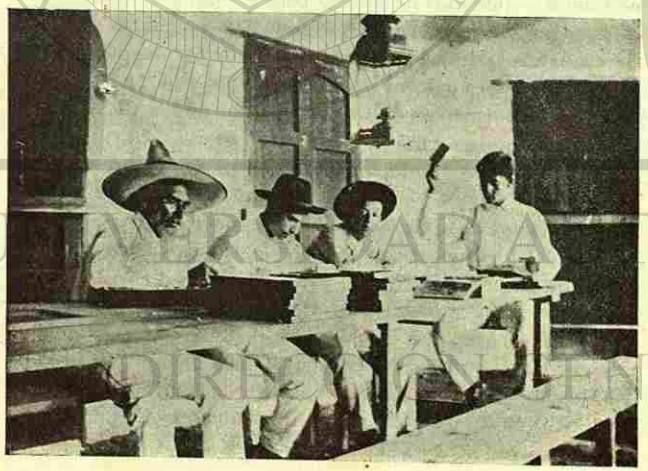
Una vez que han pasado los ocho primeros días de febrero, las jugadas son nocturnas diariamente y diurnas sólo los domingos; las *polacas* duran hasta terminado el Carnaval; pues la autoridad manda suprimirlas dizque en bien del ornato.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

Las *polacas* se componen de cartones; los cartones son unos cuadros con abigarradas figuras pintadas á la aguada en papel blanco; constan de veinticinco figuras metidas en un marco de madera; para evitar el pronto deterioro del cartón por el mucho apuntar de los jugadores va cubierto con un vidrio, recurso que lo vuelve más frágil, pero que paga, ó está obligado á pagar, aquel que tiene el descuido de romperlo: en la *polaca* siempre hay quien pague los vidrios rotos; la figura de en medio dá el nombre al cartón; porque ahí no se andan con numeraciones: si la figura—que por ir en el centro es principal—se llama *tía chepa con el mundo encima*, el que juega con pedir: *tráiganme á tía chepa*, ya sabe el repartidor de cartones lo que le lleva.

El cartón por cada jugada vale tres centavos, y el agraciado tiene de premio cincuenta *cobres* y hasta un peso, en polacas en que las manos son cortas y la avaricia flaca; el premio aumenta en razón directa del número de jugadores.

El tallador va corriendo la baraja y cantando la figura que aparece.



Y es una cosquilla oir cantar la polaca á Juan Solano al *Bucio*, á Pepe Gómez y al *manquito*, porque tienen su migaja de sal y su punto de pimienta para hacerlo: muchos ocurren á la barraca por sólo oirlos.

El repartidor cobra los cartones; reunido el valor de todos los repartidos, grita el cantador, después de sacar la *casa*, que á ratos resulta un caserón:

¿Yá ne hay quién?
¡¡Se vá de polaca!!

Este grito es preventivo; pues sucede á menudo que muchos se retardan en el pago, y otras veces que aún llega concurrencia llevadora de un cartoncito·

¡Se váaa de polaca.....!
¡Seis *riales* y cuartilla se juegan!—vuelve á gritar el cantador, y comienza:
¡Revientan al jorobáo!.....
¡Ah qué picos largos soón.....!
¡El castillo de Sebastopoool..... !
¡La rosa de Castilla en ramaa.....!
¡El gatito fogoneero.....!
¡El ciprés en la alameeda.....!
¡La luna tuerta de Cáadiz..... !
¡El *demoño* es el diáablo.... .!
¡La dáama triste y lloróosa.....!
¡El negrito mata gáatos .....!
¡El cañoncíito de guéerra.....
¡Cupido rey del amóoor.....!
¡El galán se anda *pasiando*.....!
¡No te escondas *susuruca*.....!—(Esta es la calavera)
¡El nopal verde y su tuuna.....!
¡El que béebe se emborracha.....!
¡El áaguila canta y gorgéea.....!
¡La carabina de Ambróosio..... !
¡La muerte se *jué* á bañar y le robaron los tráapos. ..!
¡El veleéro bergantíin.....!
¡El volcán de Orizaba..... !
¡El maromero en la cuerdaaa.....!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

¡Ah, mundo, cóomo te *ve* y cómo te *está* mirando...!

¡El paráguas de tío Méndez.....!

¡El caballo blanco, pero no ligéero!

¡El que arruíina á los casáaos..... ! (Este es el tenate *placero.*)

¡La siréena encantáora.....!

¡Qué *güena* estaría la Dioo.... saa.....!

¡No te la eches en la maléetaaa .....! (Es la figurilla de un bravucón, zarape al hombro, chaveta en mano y ojos de basilisco.)

¡Yá se reveentóo el pailéerooo.....!

De repente, en medio del silencio sepulcral de los jugadores—que todos se vuelven ojos y dedos pare apuntar con granos de maíz en su cartón las figuras que canta el tallador—grita el que se la *sacó:*

¡¡Acá!!—y dá un furibundo manazo en la mesa haciendo trepidar los cartones de los jugadores.

El repartidor pasa el cartón al cantador, éste confronta con la baraja, extendida para ese objeto sobre la mesa, las figuras apuntadas en el orden en que deben estar para *sacársela*, y las va anunciando en alta voz, pero sin calificativos pintorescos:

¡El gatito!

¡La luna!

¡La muerte!

¡El bergantín!

¡El paraguas.... .!

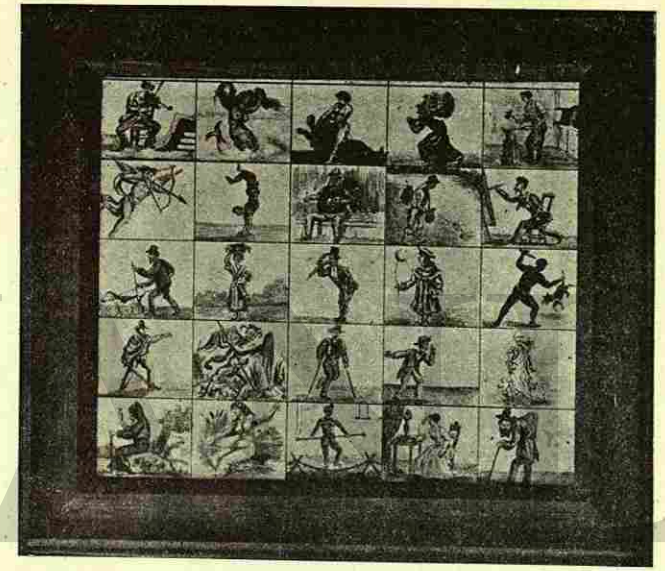
¡Fué buéena y se la llevóoo.....!

Sobre el cartón pone en *pilita* los seis reales—(en la polaca no entienden de sistema decimal) y el repartidor pasa el premio al afortunado.

¿Me libras? —le preguntan voces suplicantes al agraciado; entonces éste paga el cartón á cada uno de sus vecinos de asiento.

Hay asíduos concurrentes á la polaca; pero he de citar á los muy conocidos: el indispensable *Chinto Ramos*, el constante *Ché Fuster* y el puntual tío *Chente* Bertely; en-

tre los jugadores que van todas las noches algunos acostumbran á llevar determinado cartón: tío *Chinto* lleva el *morito;* tío *Ché*, el *reloj*; tío *Chente*, *la familia*, cartón compuesto únicamente de figuras *vivientes* ó que han vivide, tales como *tía chepa con el mundo*, *el negrito mata gatos*, *la*



dama triste y *llorosa*, *la muerte y su hacha*, *etc*,, *etc* ; tanto tío Chinto como tío Chente y tío Ché tienen apartados estos cartones, los cuales no salen del baúl, donde es uso guardarlos, hasta que llegan sus respectivos dueños..... temporales; y no los dá el repartidor á nadie, así le ofrezcan un mediecito de oro.

A la *Polaca* concurren señoras y señoritas, y entre ellas hay también sus constantes concurrentes, como *tía Lupa*, que se distingue entre todas por su gordura y la *tranca* que muestra como distintivo en su boca un poco

CAPILLA ALFONSINA

desdentada y muy olorosa á algo, que, si no es ámbar, tampoco es brea, porque es tabaco trasnochado.

Los muchachos se huyen de la escuela para ir á la *polaca* á jugar los centavos adquiridos por medio de la rapiña á la *cuenta de la plaza;* juegan á hurtadillas y ganan de á montón.

Esta es la *Polaca*, y hasta mis oídos parece que llega el cantar del cantador que grita con voz atiplada y gangosa:

¡Ah, mundo.....cóomo *te ve* y cóomo te *ejtá* miráando.....!

X

El Anchetero.

En los sueños—también los pobres sueñan—de esta gente que tiene por único recurso unos fornidos brazos y por sólo patrimonio una honradez acrisolada, es ahincado el deseo de hacerse anchetero para llevar, por río arriba, grande y espaciosa canoa cargada hasta las falcas con mercancías que serán vendidas por toda la orilla.

El viaje es dilatado y el trabajo duro a través de las aguas del Papaloapan; la canoa parece que pasea poca agua, tal de largas y repetidas son las estancias en las riberas para surtir de efectos á los habitantes de los ranchos y poblados.

El anchetero está de jornada: ha embarcado centenares de garrafones con aguardiente, cajas conteniendo jabón, latas de petróleo, sacos de sal, artículos todos ellos de mucha demanda por los puntos de itinerario del viajante; quedó listo el bastimento y surtida la cocina, cuyo fogón

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desdentada y muy olorosa á algo, que, si no es ámbar, tampoco es brea, porque es tabaco trasnochado.

Los muchachos se huyen de la escuela para ir á la *polaca* á jugar los centavos adquiridos por medio de la rapiña á la *cuenta de la plaza;* juegan á hurtadillas y ganan de á montón.

Esta es la *Polaca*, y hasta mis oídos parece que llega el cantar del cantador que grita con voz atiplada y gangosa:

¡Ah, mundo.....cóomo *te ve* y cóomo te *ejtá* miráando.....!

X

El Anchetero.

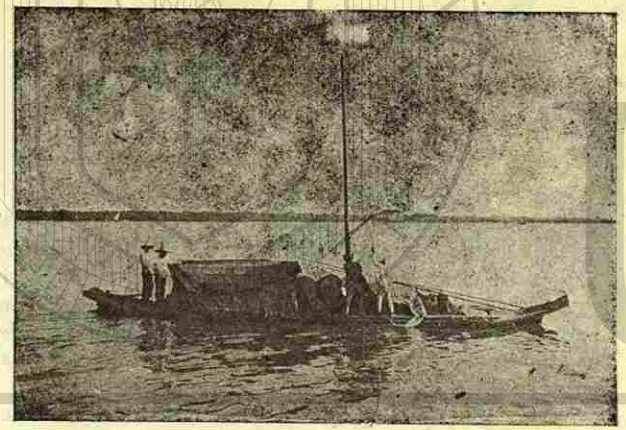
En los sueños—también los pobres sueñan—de esta gente que tiene por único recurso unos fornidos brazos y por sólo patrimonio una honradez acrisolada, es ahincado el deseo de hacerse anchetero para llevar, por río arriba, grande y espaciosa canoa cargada hasta las falcas con mercancías que serán vendidas por toda la orilla.

El viaje es dilatado y el trabajo duro a través de las aguas del Papaloapan; la canoa parece que pasea poca agua, tal de largas y repetidas son las estancias en las riberas para surtir de efectos á los habitantes de los ranchos y poblados.

El anchetero está de jornada: ha embarcado centenares de garrafones con aguardiente, cajas conteniendo jabón, latas de petróleo, sacos de sal, artículos todos ellos de mucha demanda por los puntos de itinerario del viajante; quedó listo el bastimento y surtida la cocina, cuyo fogón

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fué improvisado, bien en un anafe de luengas dimensiones, ó bien dentro las maleras de ancho cajón, ambos rellenos de tierra con una capa de ceniza; las vituallas se reducen á piloncillo, café, arroz, frijol, tasajo, agua potable, galleta, y como regalamiento para días festivos, un galoncito con licor de *nanche*, plátanos ya en sazón, tostado totoposte y algunas gallináceas que se regocijan con tomar pasaje en el espinazo del toldo; la cocina ambulante va puesta en el banco de popa, inmediata al toldo, camarote para estos navegantes que emprenden incomportables trabajos en travesías en que no hay punto habitable que no aborden, ni laguna que no surque, ni corriente que no venzan.



Llega la hora de marcha: levan el ancla, enhiestan el mástil en la carlinga, estiran las drisas, dan la vela al viento y los remos al agua; cuando el viento hincha la vela, el remo se está quedo y la palanca ociosa; pero tranquilo el viento, abren camino con el remo y la palanca bajo la sombra apacible de los barrancos, donde semejan los árboles y los zacatales sombras curiosas que se miran en el espejo fríode las aguas.

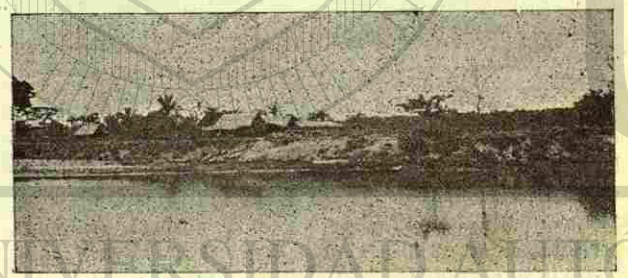
Y no va la embarcación menos pronta al impulso de remos y palancas que con la vela desplegada; los incansables canoeros al impelerla con ligereza hacen romper en olas y en espumas la tersidad del río; caminan todo el día, suspendiendo las faenas únicamente á la hora de comidas; entonces dejan correr la canoa al soplo de la brisa y al gobierno del timón, cuya caña es manejada por robustas piernas cuando los brazos están ocupados en *espequear* el remo; ó hacen parada debajo de las ramas de algún cor-

pulento árbol que asoma sus fuertes raíces entre las grietas de la tierra, un tanto socavada por la impetuosidad de las aguas que bajan de allá de lo alto de la lejana sierra, amenazando arrancar de cuajo á los soberbios manglares, añejos guardianes del boscaje, para arrojarlos la acelerada corriente en un desfile fúnebre de no llorados náufragos.

Allí el pronto almuerzo, de pechos sobre la *costanera*—puesta encima de la falca—ó en cuclillas dentro del toldo; café á pasto, galleta á discreción, tasajo á la medida, frijoles y arroz á rancho y agua hasta dejarlos sacios; con charla por todas las bocas, alegradas de largo buche dado al galón del *nanche*; hartos los estómagos, fumados los vegueros olorosos ó los *coleados* cigarrillos, continúase la navegación hasta puesto el sol y muy salidas las estrellas; si la luna alumbra llena la obscuridad del camino, se turnan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los canoeros en las maniobras fluviales y viajan toda la noche; el jefe de la expedición es quien duerme aún en noches en que la marcha no se interrumpe, metido en exiguo *pabellón*, baluarte inexpugnable contra el picar rabioso de los mosquitos que zumban en legiones; la noche es silenciosa de voces humanas: solamente se escucha el graznido de las aves nocturnas que persiguen su caza; el sordo sonar del remo entre las aguas; las rápidas pisadas del canoero que corre por sobre la larga *costanera* puesto, para el fuerte empuje, el extremo de la palanca en el pecho—que el manejo de la palanca ha endurecido como peto de acero —mientras el otro extremo terminado en horqueta se hunde fijamente en el lecho del río; á distancia fulguran fogatas humeantes, se oye el ¡tóoma. . . . ! ¡tóoma. . . .! ¡onza de oro . . . . ! ¡blanca de nieeve . . . . ! del vaquero que llama al ganado para meterlo al corral y ordeñarlo luego· el ladrido de los perros aumenta; la luz colgada en el único mástil de la canoa, cabecea: es la ranchería que se acerca;



el que está en vela despierta al anchetero que duerme; con los ojos legañosos, el habla ronca y el humor negro, se levanta el dueño de la ancheta, pone en pie á toda la gente; péganse los canoeros al remo, atraviesan el río y tocan la orilla opuesta; un hombre, alumbrando con débil farol, camina hacia la orilla . . . .

—¿De quién é la canoa?—pregunta.

—¡Soy yoóo . . . . !—responde el patrón como aquel que está seguro de que lo conocerán apenas abra la boca.

—¿Trujo sal?

—¡Sí!

Y cuando todavía las luces de la aurora no iluminan ni los arreboles tiñen el cielo, entran aquellos hombres en contrataciones.

Arreglados en precios, se descarga lo que el comprador necesita; se hacen las cuentas en un quítame allá esas pajas, se convienen en las condiciones de paga, y vuélvese el hombre con su farol al caserío, no sin gritar antes á modo de oferta: ¡A la vuelta pago! Dejan los canoeros la carga comprada en tierra, desamarran la canoa y prosiguen la marcha cuando Dios amanece.

Es pleno día: la canoa avanza impulsada por el rudo botar de la palanca y el pausado bogar del remo; pues el aire ha entrado en quietud haciendo inútil el uso del trapo; el cielo está diáfano, la sierra azulosa y el río tan transparente que en su fondo se cuentan las guijas y los peces; á lo lejos se extienden en abanicos susurrantes las palmas de los cocoteros que aun apenas pueden sustentar la pesada carga de sus redondos y aguanosos frutos; en la playa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

toman el sol los lagartos, abiertas las descomunales bocas, que más parecen sepulturas prontas á cerrarse que dientes prestos á devorar la acechada presa; entre los arbustos se levantan los caballetes color de cepia de las chozas, techadas de palmas secas; unas ennegrecidas por el humo de la cocina y otras con el techo recién puesto, techo de un pajizo tono que contrasta vivamente con el verde intenso de las hojas de los cafetos; ya frente de los ranchos la canoa, una voz grita desde el barranco:

¡Patróoon . . . . ! ¡Patróoon . . . ! ¡Aaalto . . . !!

Y el anchetero manda echar el ancla.

Rápido *bongo* recorre la distancia que separa la canoa de la orilla; llega el marchante, se informa de la venta, regatea sobre precios, compra al cabo; carga la no tan pequeña como frágil embarcación, bien con un saco de sal, ó una caja de jabón; desatraca de la canoa y cobra nuevamente rumbo hacia el lugar de donde vino.

Espléndido es el paisaje: sobre tozas de madera que lamen en lento vaivén las aguas, las mujeres lavan su ropa en redondas bateas, con cantinela pastoril en los alegres labios y afanoso refregar en las apresuradas manos; llevan sueltas las trenzas negras como de azabache, coronada la cabeza de pálidos y olorosos súchiles; arriba verdea el zacate; triscan las cabras blancas como la nieve, y balan las ovejas de vellón amarillento y crespo; cerca del rancho, con tabiques de *yagua* y sombreado por copudos mangos, se dilata el corral donde, echadas sobre los cuartos traseros, rumian perezosamente las vacas y berrean los becerros reclamando el pezón de las ubérrimas tetas; frente de los jacales albean las azucenas y los nardos y enfloran la vereda las rojas y diminutas clavellinas; dos naranjos perfuman de azahares el aire poblado de cantares que dulcifica el sonar de jarana bullanguera, rasgueada por el ranchero que en movible hamaca, tendida de uno á otro tronco de los naranjos, espera dormir la siesta; las garzas levantan el vuelo al tiro aleve de oculto cazador y pueblan de manchas blancas el límpido azul, en tanto que la canoa

viajera se aleja y pierde en la línea obscura del dilatado monte. . . .

Así va la canoa haciendo estaciones en un espacio de muchas leguas; por algunas ventas recibe el patrón dinero contante en pago, ó promesa de efectuarlo á la vuelta; en otras, se practica la operación de trueque, cambiando mercancías por mercancías: de este modo la canoa descarga por una parte y carga por la otra; llegada la embarcación al lugar en que las aguas no son navegables, toma río abajo, recogiendo el patrón las cantidades que han ofrecido pagarle; las entregan religiosamente sin falta ni diferencia en las cuentas, y con estas pagas compra de aquellas mercancías que son de venderse en el pueblo; ya de vuelta, el viaje se hace más veloz, porque la corriente del río es fuerza que no necesita de mucha vela, ni pide fuerte remo, ni reclama continuada palanca.

El anchetero llega á la ciudad de regreso del viaje, el cual dura por lo menos un mes; paga en los almacenes con metálico el valor de las mercancías tomadas á plazo— plazo que resulta ser el tiempo que dura la expedición— ó da á falta de plata, pieles, algodón, café, maíz, todos artículos que ha recogido en su viaje á cambio de otros.

Pagadas sus cuentas, liquidada su *gente*— como llama á los compañeros de jornada— descansa unos ocho días al lado de su familia; pasea alegre, y franco se divierte por el terruño, vestido con traje nuevo ó ropa limpia; en sus holgorios juega carambolas en el billar, ó una partida de tresillo, de las muchas que se discuten entre los parroquianos del cafetín de Ravelo, ó del que fué antes "Café del Alba", bautizado hoy con el nombre de "PIL FOC", que no sabemos de dónde vino el tal, aunque lo pronuncien todos con adulterado acento anglicano que dá risa oirlo; come sazonado y caliente para darle gusto al paladar, condenado en largas expediciones á la privanza y al desarreglo; halaga á su mujer y mima á los hijos; acabado este gustazo de pocos días, se surte en los almacenes para el tráfico; y el tiempo, que nada perdona ni á nadie espera, le obli-

CAPILLA ALFONSINA

ga á hacer luego vela para peregrinar por las aguas del Papaloapan en busca del vellocino de oro, oculto siempre trás el azul de aquel desfile brumoso de montañas que ciñen el horizonte marcando la silueta ondulante de la lejana y empinada serranía.

El Patio.

FUÉ siempre la mujer amiga de la flor, porque no le quita hermosura ni le provoca celos, antes bien la adorna y la mejora; y con el cuidado y trato que le prodiga, parece que se asimila algo de su lozanía y todo de su frescura.

Y aquí en el terruño— donde el año entero es un dilatado abril— son las flores para nuestras mujeres ornato de sus galas y regalo de sus deseos, que no aderezo y deleite de sus sentidos; con ellas se adornan, sencillas, y en ellas se miran, complacientes, como en el más estimado y precioso don que la próvida naturaleza derramó sobre el haz de la tierra, para transfigurarla en bello y donairoso trasunto del Paraíso antes del pecado.

La costeña necesita de un pedazo de tierra, en el cual poner juntamente con su cuidado mucho de su cariño, para cultivarlo y hacerlo florecer galano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ga á hacer luego vela para peregrinar por las aguas del Papaloapan en busca del vellocino de oro, oculto siempre trás el azul de aquel desfile brumoso de montañas que ciñen el horizonte marcando la silueta ondulante de la lejana y empinada serranía.

El Patio.

FUÉ siempre la mujer amiga de la flor, porque no le quita hermosura ni le provoca celos, antes bien la adorna y la mejora; y con el cuidado y trato que le prodiga, parece que se asimila algo de su lozanía y todo de su frescura.

Y aquí en el terruño— donde el año entero es un dilatado abril— son las flores para nuestras mujeres ornato de sus galas y regalo de sus deseos, que no aderezo y deleite de sus sentidos; con ellas se adornan, sencillas, y en ellas se miran, complacientes, como en el más estimado y precioso don que la próvida naturaleza derramó sobre el haz de la tierra, para transfigurarla en bello y donairoso trasunto del Paraíso antes del pecado.

La costeña necesita de un pedazo de tierra, en el cual poner juntamente con su cuidado mucho de su cariño, para cultivarlo y hacerlo florecer galano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y la tierra, dócil á su afán, agradecida brota en flores coloridas lo que su cultivadora le da en prolijos y asiduos cuidados.

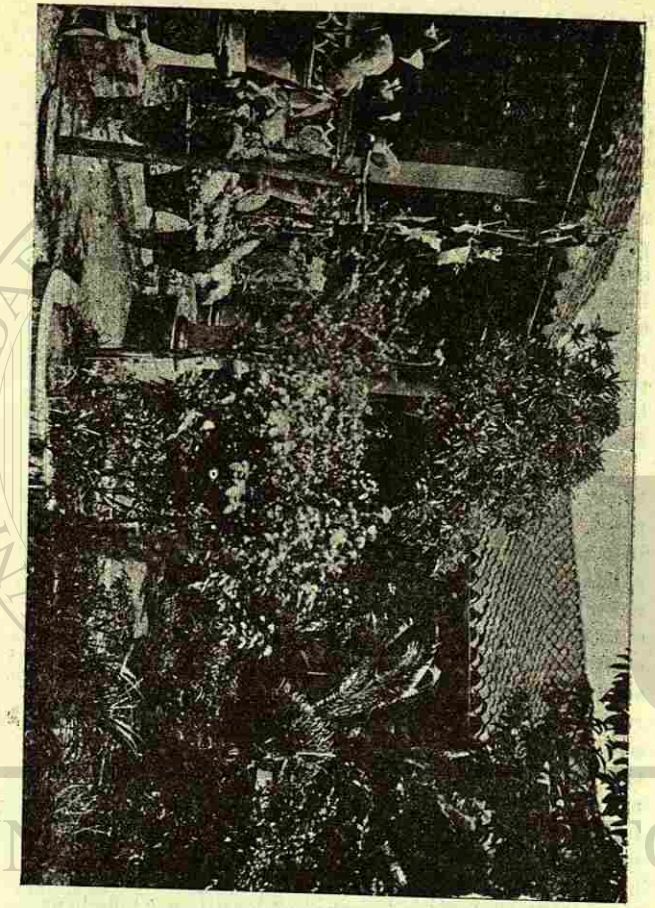
Cuando los vientos invernales azotan con sus bramantes ráfagas la verdura del patio, deshojando las flores que perfumadas y frescas desafían la rudeza del aquilón airado, tal creemos que no reflorecerán en mucho tiempo; pero luego que marzo con sus días soleados y sus cortas y serenas noches nos visita, comienza la tierra á vestirse de hermosura, fertilízanse los campos, las hierbas principian á variarse de colores. los árboles echan renuevos y los pájaros calientan sus nidos; todo brota, todo nace, y retoña: las yemas se abren en flor, el árbol se corona de brotes, y, sobre las tapias— altas y ruinosas— y las cercas— de cañas y estacas viejas y débiles— los bejucos florecientes, con mantos violetas, rosas y rojos, asoman su lozanía para recreo de los ojos y viva y rica delicia del olfato.

Reviven los árboles antes mustios; sonríe la pradera y jubilosos se muestran los reverdecidos campos y las floridas espigas; por donde quiera la lujuriosa vegetación se reproduce: desde la hierbecita humilde y rastrera, que se esconde vergonzante en la vera empolvada y estrecha, sombreada por la invasora enredadera prendida de campanillas azules, rojas ó violetas, hasta los troncos seculares que extienden potentes sus largas ramazones entre las umbrías del bosque, en una gama de colores brillantes al sol y olientes á la sombra, un diluvio de verdosos tonos que no alcanzaría á reproducir veraz la paleta del pintor más afortunado: verde esmeralda, verde tierno, verde mar, verde té, verde aceituno y después, manchas obscuras dilatándose en azulinas perspectivas que se vuelven brumosas allá en la línea dibujada del diáfano horizonte, donde á veces una palma solitaria como un signo interroga á los cielos; no hay palmo de tierra que se quede perezosa y holgazana: los campos se ostentan fértiles en tierra seca, se levantan derechamente los troncos sosteniendo frondosa copa, se recoge el fruto sin siembra, desata la pradera sus floreci-

llas, arrojan al suelo sus azahares los naranjos y limoneros; las riberas, besadas de continuo por el río, ofrecen hermosos lirios de suaves colores; no hay tallo que no florezca ni rama que no fructifique; parece la tierra viciosa y el patio fecundo en crear plantas y dar flores; los maizales crecen sin lluvia y los frutos se maduran con mieles; los pájaros picotean en las ramas y desgranan los maíces; algarabía de alado coro puebla las copas puntiagudas y las tupidas ramas; florea la caña su penacho por entre el verdor susurrante de los plantíos; la mazorca de dorado grano, peluda y rubia, riza su cabellera al soplo de la brisa, en tanto el platanar, lustroso y sonoro, expande al aire sus sazonados frutos; las piedras tórnanse en perlas y el rocío matutino en diamantes por los reflejos solares, las ramas en buscados quitasoles y los renuevos en jugosos racimos: todo está brillante con los esplendores de primavera!

Entonces el patio es una maravilla de color y de perfume; se llena de inquietas abejas que zumban, de mariposas volubles que loquean, de sedientos colibríes que liban; allí las opulentas rosas blancas, cremas y amarillas, pálidas y encarnadas, de gráciles pétalos. abren sus botones movidos por el viento, exhalando grande fragancia de olores; allí las pudorosas azucenas— emblema de pureza— espigan, níveas, sus corolas con estambres de oro, hacia el sol que las besa libertino para robarles irisadas gotas de rocío; los vistosos claveles rojos, cual mojados en sangre púber, desatan sus flores rizadas; las rientes clavellinas matizan el verdor del patio desde la orilla de los almagrados arriates; el heliotropo odorante, embriagado de sol, vacía indolente el perfume de su pebetero; las humildes violetas, medrosas y escondidas, apenas asoman debajo de los yerbazales humilladas por la insolencia de las margaritas, y las *gachupinas*, que se ensanchan en lozanía por toda la extensión del patio; las colgantes *jardineras*, con sus colores crema, punzó y violado, se enredan juguetonas en el tronco de los arbustos y alzan en espirales sus *guías* hasta tocar airosas las ramas altas de los guayabos, mangos y li-

CAPILLA ALFONSINA



moneros; y el "no me olvides" y el "pensamiento" simbólicos, con sus azules y moradas y negras y amarillas y aterciopeladas flores manchan y alegran bajo la sombra de los jazmines y de las astronómicas; las orgullosas é inodoras

dalias, de acanaladas hojas, desde el rojo y el púrpura, descolorándose en todos los tonos hasta llegar al blanco, gallardas se empinan por cima el "vuelo de ánge ", los "chinos" y los 'perros" que tiemblan diminutos en sus macetas; en el fondo del patio blanquean las gardenias, los jazmines-rosas, de Amela y de Arabia, los lirios, los floripondios, las amapolas y las *chilalagas*; y en la hora del silencio, cual florido *Pierrot* de la campiña, abre su broche perfumado el noctívago de los vergeles, que "dormido nunca lo encontró la luna": el oloroso "galán de noche"; la ixora, de hojas casi negras, se enflora de colorado intenso; la vara de *San José* florece, pintada y gentil, al primer rayo del sol de marzo, irguiéndose sobre la exuberancia de los rosales; y cerrando el término del patio, enfilados y alegres, los múltiples tulipanes, vestidos de rojo—como monaguillos en aquella fiesta floral—se pavonean altivos llevando en medio de su nectario airón trémulo, espolvorizado de pólen, que sacude el soplo del céfiro; los chupamirtos liban el último sorbo de miel del siempre abierto cáliz de los colorados tulipanes; y allá, por remate de vegetación tan fértil, que el sol vivifica y no quema, el *quiscal*, reflorecido y fecundo, retuerce sus nudosas y apretadas ramas por arriba del techo, estrellado de flores blancas r sadas y rojas; á medida que el astro del día se pone alto, las flores blancas, que humedeció el rocío nocturno y palideció la luna, se abrasan en fuego de sol para cambiarse paulatinamente en rojas; y ya de tarde, borrachas de luz y de perfume, caen aletargadas en el menudo césped cual gotas de sangre desprendidas de oculta y misteriosa herida que se abre por dentro del ramaje; y es que la flor que fué blanca en la mañana se va trasmutando en roja, caldeada por fuego que viene del cielo, fuego que mata la flor, pero que alimenta y vigoriza la planta.

Y afuera, en la calle, no hay intersticio, ni hueco, ni pulgada de tierra que no se enflore y verdee: el árbol del fuego tiñó de rojo sus horizontales ramas y alfombró de pétalos el mullido zacate que sombrea; los súchiles abren sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

cajetes de olorosas y palidecidas flores, asomadas curiosas por encima de las cercas; y las yerbas y el césped de todas las calles huelen y brillan y sonríen.

Para la costeña es ocupación muy de su gusto, y más de su cuidado, el riego en los ardorosos días del estío y la poda en las mañanitas tibias del otoño, ó en las tardes teñidas de grana del verano; el patio es un rincón querido para ella; en él cultiva la tierra que feraz produce la flor, notable adorno de su cabellera, ó grato y esperado presente

para el novio, ó sencilla ofrenda para el muerto querido, ó para la imagen adorada.

La flor es para la mujer costeña— nada metida en prendidos ni en figurines de moda— adorno preferido de su cabeza, parte íntima de sus recuerdos; no se concibe una hija de esta tierra sin flores en los cabellos: las llevan lo mismo la rapaza que la anciana, la bella que la fea, la jamona que la casada, la ataviada que la andrajosa; las ponen entre la lustrosa trenza ó en el cintillo vistoso que ciñe la cabeza, y cuantos aromas vierten el jazmín-rosa, el nardo, ú otras flores olorífera, los cobran sus cabellos sueltos y bañados; también sobre el casto seno prenden flores de muy fragante olor, sean silvestres, sean cultivadas; costumbre ésta sana y sencilla, y aderezo genial que es una singularidad que las distingue y un adorno que las embellece.

Las mujeres casadas llevan la flor de la diestra, y las solteras de la izquierda; sépanlo galanteadores y aprovéchenlo doncellas ignorantes de tales usos.

En los templos y en los altares las flores se prodigan, aún en los meses que no son mayo, en el cual las fiestas religiosas y vespertinas convidan á las niñas á llevar y ofrecer de hinojos flores y coronas á la virgen reverenciada; en los hogares nunca faltan, ya en jarrones que adornan la modesta sala de recibo, ya en humildes vasos al pie de la estampa de la alcoba, mostrando suave fragancia que trasciende por toda la casa.

El patio es un recuerdo grato y perenne de nuestra niñez: allí vemos el alto y copudo árbol en que colgamos nuestro columpio, ó á cuya sombra corrimos traviesos con nuestro rodante aro; allí, en mitad del patio, como centinela avanzado y viejo, se endereza todavía robusto, entre verde y siempre exuberante vegetación, un añejo naranjo, sin puntal que lo sostenga ni nada que lo circunde, con apretadas ramas cubiertas de hojas lustrosas y verdinegras; un tanto grueso el tronco, obscuro de corteza, salpicado de gotas, brillantes y flavas, de pegajosa savia; floreciente de flores en la primavera y cuajado de frutos en el otoño, cuan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

do las abejas golosas chupan insaciables las mieles de los jardines; de él se cortaron los azahares para desposar á mi madre, y en él los *pichos*. coquetones y ruidosos, se perfuman el plumaje tornasolado en un expanciimiento de plumas que hace caer por sobre las hierbas lluvia olorosa de blancas y menudas flores; allí se apacentó nuestra vista de niño ante la fascinante verdura de las plantas y la coloración infinita y variada de sus flores; allí la mujer de nues-

tros hogares encuentra regalo para sus golosinas, adorno para su cabeza y homenaje para sus muertos.....

También nosotros ¡ay! hemos ido á tomar flores para nuestro duelo; las hemos regado con lágrimas amargas y las hemos besado con boca delirante; también del florido patio hemos cortado el jazmín-rosa, ó la gardenia, de blanco y oloroso pétalo, para las trenzas de nuestra amada....

Resulta, pues, que del patio hacen las costeñas un perfumado jardín de Armida para ataviarse el púdico seno, exornarse la gentil cabeza y depositar, cuando su recuerdo lo pida y su patriotismo lo mande, una lucida y artística corona, ora en la tumba de los deudos que fueron, ora en el altar de la Patria cubierto de crespones; porque hasta ese último pedazo de tierra, que nos sepultará para siempre, hasta ese túmulo venerado de los muertos ilustres lleva, amante y patriota, la mujer costeña, las preciadas flores que cuidadosa cultivó en el reverdeciente y nunca olvidado patio!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

El Artista.

Ya las luces de ocaso dejaron su último fulgor parpadeando sobre las copas de los árboles; los faroles macilentos alumbran de trecho en trecho las aceras; de los cafés y de las tiendas salen esplendores de luces y voces destempladas; pasan para sus hogares los dependientes de comercio; muchachas mandaderas llevan la frugal cena del mercado; ha sonado el toque de oraciones, y allá en el horizonte, por cima del azul diáfano del San Martín—que dibujado entre la sinuosidad de montañas parece desdeñoso darnos las enormes espaldas para contemplarse gigante en las siempre lejanas y á veces bramantes aguas del Golfo— se eleva lentamente el disco de la luna iluminando el fosforescer de las aguas del río que plácida y calladamente duerme.

La noche con sus sombras y sus silencios, se entra por la ciudad, suspende la tarea del labriego y junta y ale-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gra á la familia alrededor de mesa patrialcal, donde humea y trasciende el *vivero* asado á la parrilla y blaquean el arroz cocido á fuego manso; en la cocina se escucha el run-rún del molinillo batiendo el chocolate, que, hecho un penacho de espumas, es servido á la mesa en delicada taza rodeada de panes.

De pronto, entre el murmullo de los transeuntes y el hablar recio y vivaz del vecindario, se oye el templado y agudo sonar del arpa que viene de lejos.

Y no es el son de la «bamba» que estremece el entarimado y hace cimbrar la cintura y repiquetear los tacones de las bailadoras de popular «fandango», ni la danza tentadora de baile pobre y casero, ni música lenta y monótonamente igual de boda campestre y bulliciosa, es el arpa llevada en hombros que pasea el pueblo á la débil claridad de la luna; el arpa que anda y parla, como pájaro canoro encerrado en cautiva jaula y traído de aquí para allá por manos de mercenario buhonero; el arpa esbelta y sonora, que bien con atiplada nota, bien con hueco y seco sonar ríe ó se queja por el fuerte puntear de tiranos dedos; el arpa que se sienta en el café, y entre el humo incesante del tabaco, el denostar airado de sedientos bebedores y la carcajada estúpida de borrachos soeces, gime cariñosa cual llevando dulzura y poesía en medio de prosas mundanales y de vicios asquerosos; el arpa que bien estaría en el canto religioso impregnando de misticismos el hosanna de un Domingo de Ramos, ó bajo la sombra espesa de los manglares llamando á pájaros vagabundos con su música pastoril y dulcemente armónica.

Y sigue el arpa su marcha nocturna por calles y plazas, atrayendo curiosos y divertiendo callejeros, hasta que su dueño, cansado de dedos y abastecido de propinas, suspende la serenata para dejar en silencio las cuerdas del esbelto instrumento que mucho y muy magistralmente inspirara al rey poeta de los salmos.

Quieta el arpa en obscuro rincón, rígido el brazo, mudas las cuerdas é inmóvil la caja, parece dormir el sueño tran-

quilo y largo de cigarra que espera el verano para cantar á orillas del camino polvoso, cuando vuelven los jornale-

ros del trabajo con el machete al cinto, el tararear en la boca, la *raya* en la bolsa y el deseo aguijoneante de aguardiente y comida en el estómago.

Desaparece por algún tiempo, en días lluviosos y tris-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes, días en que el ruido del agua torrencial, cayendo estrepitosamente en chorros delgados de los aleros sobre las aceras, es la única música que suena en el silencio de las calles, para volver por Noche Buena, enflorada y bulliciosa, con las «Naranjas y Limas» que entonan en una repetida y solicitada cantinela las multitudes, ávidas de regocijos y prontas al baile y á la borrachera; porque el arpa huye de la lluvia á modo de pájaro que teme se le empapen las alas, impidiéndosele el vuelo presuroso y el cantar alegre y prolongado en la rama temblona y sombría.

Pero vienen los días de sol que hacen á los árboles vestirse de brotes y poblar de olores campesinos las calles; se cubren de azahares los naranjos, las enredaderas tapizan las cercas con sus pintadas campanillas, entonces, el arpa, como cansada de muy largo mutismo, vibra y zumba con trémulas notas bajo el gritar altanero y el dicharacho truhanesco de muchachos y mozuelas.

Pasa ruidoso el arpista de andar lento y manos ligeras que acarician las cuerdas, con el arpa al hombro (la cual así traída semeja abandonada cuna de niño que dentro llorase famélico la ausencia del pezón de la madre muerta), con sombrero de petate ladeado, ojos felinos, mirada recelosa, bigotes poblados y un aire de satisfacción y orgullo que le hormiguea por todo el cuerpo mientras el arpa suena.

Las muchachas se agrupan en los corredores, las viejas atisban por las ventanas, los niños se aglomeran en las calles, y el arpa, siempre picotera, canta y canta al aire libre, sin conocer de fermatas ni saber de corcheas, canto de pájaro amante que arrulla el nido en las frescas y verdosas riberas del río, en días otoñales, cuando las mieles de las cañas se fermentan, las resinas de los árboles se derriten al fuego abrasador del sol que las quema, y los plátanos, en apretados racimos, verdean colgantes de entre las hojas lustrosas y extendidas de rumorosos parasoles campestres.

. . . . . .

XIII

El Aguador.

EL cántaro, para extraer el agua del río, y el anafe, para conservar la lumbre, fueron sin duda los primeros objetos de barro que fabricaron los primitivos habitantes del terruño.

Cuando unas cuantas barracas de techos de palma y tabiques de carrizo formaban el poblado á orillas del Papaloapan, el modo de conducir el agua era por medio del cántaro, fresco y colorado, conducido al hombro; después que se necesitó de mayor cantidad de agua para las faenas domésticas, se hizo necesario buscar manera de transportar más cántaros en menos tiempo y por vehículo rápido y seguro; entonces el aguador ocurrió al caballo, animal inseparable en muchas tareas y fatigas del hombre; el caballo, dócil siempre al freno, al tiro y al arado soportó pacientemente sobre su fuerte lomo dos cántaros llenos de agua por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

tes, días en que el ruido del agua torrencial, cayendo estrepitosamente en chorros delgados de los aleros sobre las aceras, es la única música que suena en el silencio de las calles, para volver por Noche Buena, enflorada y bulliciosa, con las «Naranjas y Limas» que entonan en una repetida y solicitada cantinela las multitudes, ávidas de regocijos y prontas al baile y á la borrachera; porque el arpa huye de la lluvia á modo de pájaro que teme se le empapen las alas, impidiéndosele el vuelo presuroso y el cantar alegre y prolongado en la rama temblona y sombría.

Pero vienen los días de sol que hacen á los árboles vestirse de brotes y poblar de olores campesinos las calles; se cubren de azahares los naranjos, las enredaderas tapizan las cercas con sus pintadas campanillas, entonces, el arpa, como cansada de muy largo mutismo, vibra y zumba con trémulas notas bajo el gritar altanero y el dicharacho truhanesco de muchachos y mozuelas.

Pasa ruidoso el arpista de andar lento y manos ligeras que acarician las cuerdas, con el arpa al hombro (la cual así traída semeja abandonada cuna de niño que dentro llorase famélico la ausencia del pezón de la madre muerta), con sombrero de petate ladeado, ojos felinos, mirada recelosa, bigotes poblados y un aire de satisfacción y orgullo que le hormiguea por todo el cuerpo mientras el arpa suena.

Las muchachas se agrupan en los corredores, las viejas atisban por las ventanas, los niños se aglomeran en las calles, y el arpa, siempre picotera, canta y canta al aire libre, sin conocer de fermatas ni saber de corcheas, canto de pájaro amante que arrulla el nido en las frescas y verdosas riberas del río, en días otoñales, cuando las mieles de las cañas se fermentan, las resinas de los árboles se derriten al fuego abrasador del sol que las quema, y los plátanos, en apretados racimos, verdean colgantes de entre las hojas lustrosas y extendidas de rumorosos parasoles campestres.

. . . . . .

XIII

El Aguador.

EL cántaro, para extraer el agua del río, y el anafe, para conservar la lumbre, fueron sin duda los primeros objetos de barro que fabricaron los primitivos habitantes del terruño.

Cuando unas cuantas barracas de techos de palma y tabiques de carrizo formaban el poblado á orillas del Papaloapan, el modo de conducir el agua era por medio del cántaro, fresco y colorado, conducido al hombro; después que se necesitó de mayor cantidad de agua para las faenas domésticas, se hizo necesario buscar manera de transportar más cántaros en menos tiempo y por vehículo rápido y seguro; entonces el aguador ocurrió al caballo, animal inseparable en muchas tareas y fatigas del hombre; el caballo, dócil siempre al freno, al tiro y al arado soportó pacientemente sobre su fuerte lomo dos cántaros llenos de agua por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

cada flanco; ignoro si se sirvió desde el principio el conductor del preciado líquido de las angarillas, ó si éste aditamento se generalizó posteriormente al recurso de trasladar los cántaros en los lomos del noble solípedo, si sé que su uso es inveterado, y que á él acude el aguador ya que ha ahorrado la cantidad que representa el valor de los útiles que le son necesarios para tener caballo y vocear el agua en las puertas de las casas.

Para comprarlos son innumerables los sacrificios que hace, é incontables los apuros y trasudores por que pasa pa-

ra poder reunir el dinero con el cual dejará el ir y traer cántaro tras cántaro de agua sobre el hombro fornido y diligente.

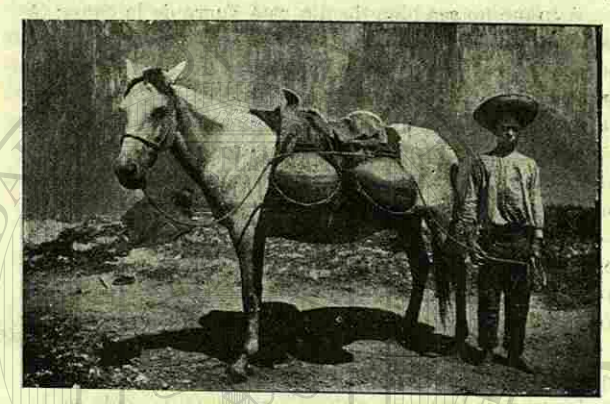
Aunque no sea bien de día está fuera de la cama; tomado el humilde desayuno, compuesto de café *de olla* (servido en taza calentera poblana llena hasta los bordes), de plátanos asados al calor de la lumbre, en vez de tortilla, si el maíz está caro, ó de una rosca de agua, si faltan el maíz y el plátano; acabado de tomar sosegadamente el desayuno, se levanta el pantalón hasta media pantorrilla, pónese el sombrero de petate con extendida ala, se coloca el crudo y el cántaro al hombro y toma rumbo á la orilla del río, desde donde surte de agua á lavanderas y fregatrices; á la hora del almuerzo suspende la tarea que vuelve á reanudar inmediatamente, no interrumpiéndola sino muy de tarde; al siguiente día el propio trabajo: sacar agua y agua del repleto río; mas con el domingo viene el descanso para todos los trabajadores; en este día reparte agua sólo en las primeras horas de la mañana, almuerza de tamal y con apetitosas *gordas* (que palmea la mujer al fulgor de la leña flamante hasta el hollíniento techo de palma,) no sin haberse bebido dos ó tres *mañanas* en el tendajón de la esquina; el cántaro, boca abajo y húmedo, parece descansar de las fatigas de ruda y continuada tarea; la mujer y su consorte se echan á sacar cuentas galanas; se consideran las ganancias de la semana y con ellas se proyecta reunir para comprar el caballo alazán de tío *Beno*, un tanto flacucho, pero más fuerte para soportar la carga que la yegua rucia de tío *Pompo*, ambos animales á la sazón en venta.

Y al cabo de tiempo se cumple el deseo comprando el caballo alazán y con él todos los arreos útiles para el transporte; en el patio se improvisa un pesebre y se agranda la *media agua*, por los propios brazos del aguador, en los ratos de ocio que dejan el domingo y los días de precepto.

Concluye el estar yendo y viniendo con el cántaro al hombro y el pie incansable y andariego; el caballo obediente y manso, va con cuatro cántaros en las angarillas derra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

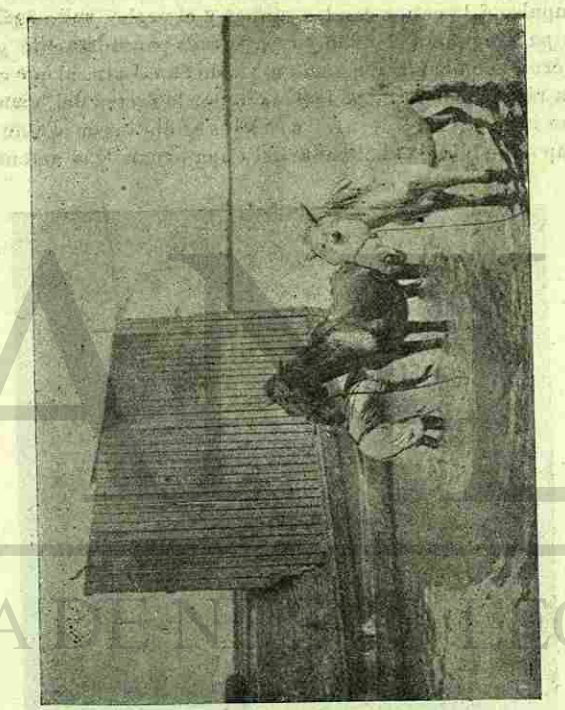
mando agua al trote largo de apretado paso, atento á la rienda del conductor; el agua que se ofrece es casi potable,



traída de arriba del San Juan—si la del Papaloapan está salobre—en el paso llamado Mata de Caña; ó ahí nada más en *la punta*, si el río está de creciente.

En la orilla descansa la canoa plena de rollizos cántaros, hidrópicos de agua, encadenada al poste de la ribera; el aguador de un viaje lleva cuatro ya para entregar; pues tiene sus marchantes; dejó de tratar con lavanderas repelosas y con fregatrices embusteras; ahora lleva el agua á las boticas de «San José,» «La Moderna» y «La Tlacotalpeña,» en las cuales pagan en vaciando el último cántaro con plata sonante y contante, que otros muchos suelen pagar con no muy buenas razones; á tía *Gume*, al Café de León Aguirre, —donde es fama hielan y filtran el agua,— á la Barbería de Pastor y á la de Galloso, y á otros compradores seguros en el pago y abundantes en la compra; tan conocidos son los gastos de agua que hacen los marchantes, que el aguador sabe los días en los cuales ha de surtir á cada uno de ellos; á veces se olvida de tal cual marchante; pero unas palmaditas dadas á orillas del corredor y oí-

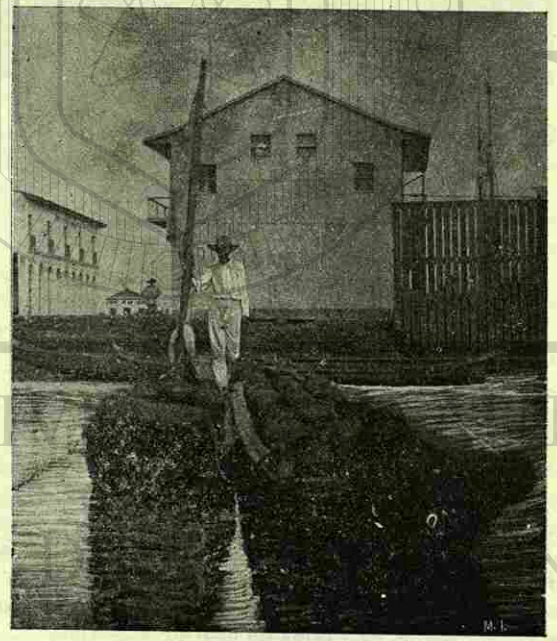
das por el infatigable *Tío Salva*, bastan para que en el instante sea atendida la demanda del precioso líquido; consumida el agua en la venta diaria, el caballo (quitados los cántaros y las angarillas, con el aguador jinete *en pelo* sobre los sudorosos lomos) es encaminado otra vez á la margen del río, en el cual lo baña solícita y largamente su amo.



De vuelta del baño va el cuadrúpedo al pesebre; allí come á quijada expedita el verde y abundante zacate de *pará*, promiscuando á menudo con el maíz que, en los hartazgos del caballo, es comida de bodijo.

CAPILLA ALFONSINA

A poco menos de las dos de la tarde, hecha la digestión del ligero almuerzo, el aguador toma los aparejos de la canoa, y con el puro encendido y humeante en la boca, el pañuelo de *lacre rojo* enrollado al robusto pescuezo, se dirige á su embarcación, arma el mástil, suelta el trapo, que flamea loco al soplo de la brisa, y atiesa la escota á la argolla de popa; metido en el agua hasta las rodillas le da impulso á la canoa con las manos y el pecho, salta ágil á *la pala*, empuña el remo y *espequeando* pausadamente gobierna la embarcación hacia el río de San Juan, al que entra rápida con la falca inclinada por la fuerza del viento que infla la vela ..... á lo lejos se distingue el blanco trapo que bordea el afluente del Papaloapan y el amento-

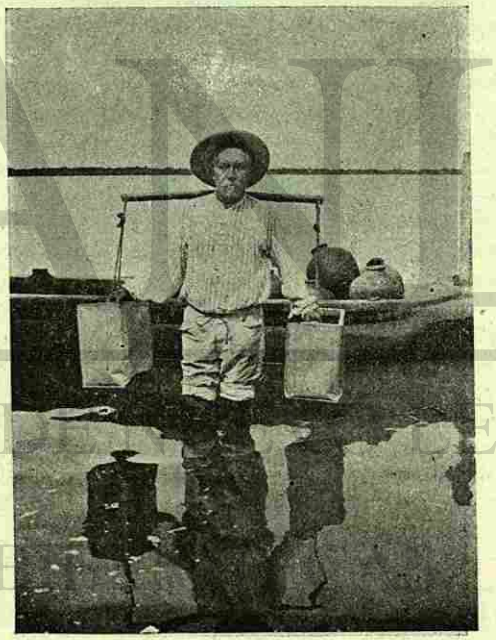


namiento de los cántaros vacíos cabeceando por los tumbos que improvisadamente da la canoa.

Regresa la embarcación muchas veces con el río amenazándola de naufragio por el alborotado oleaje, amainada la vela, quitado el mastil, lenta la marcha y precipitadas y fuertes las *espequeadas* de popa.

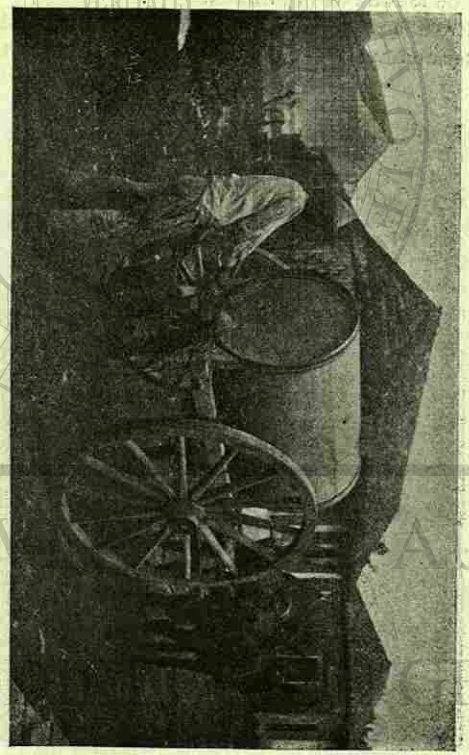
Llegada á tierra, el aguador la encadena; recoge los aparejos, que puestos al hombro los vuelve á la casa, alegre, jovial y con un canto popular en la boca, indicio manifiesto de lo feliz de la jornada.

Entre el aguador de cántaros y el de á caballo, hay un tipo intermedio: el que conduce el agua con dos latas; és-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

te, no pudiendo comprar gollerías— que tales representan el caballo con las angarillas— y sobrándole para hacerse dueño de un cántaro— aunque barato siempre frágil— adquiere dos latas vacías de esas en que viene el petróleo, las lava, refuerza con madera los bordes de la boca, pasándoles, además, una espiga de la propia madera de lado á lado; pende las latas de resistente cáñamo en los extremos de un palo, y cargado á la usanza china transporta los recipientes en que expende el agua.



Queda aún otra forma de conducir el agua, la cual deja en pañales á las otras: es la del carretón *acuático*; son cuatro los que se distribuyen por los distintos rumbos de la ciudad; de figura cuadrilonga tres, y uno tubular; con este medio de transporte el expendedor vende y despacha en un santiamén lo que los otros no pueden practicar en una hora; por ello dicen los del mismo oficio— que la cuña para que apriete ha de ser del mismo palo— pestes de los carretoneros, en murmuraciones y protestas; y del agua, en voces altas de acusaciones vecinales, que, si no ofenden, tampoco divierten, — aunque algo tenga el agua cuando la bendicen— pues el líquido se vende como pan caliente, con lo cual se cura su dueño de hablillas y de chismes callejeros.

Dice el catecismo— el de Ripalda por cierto— que los enemigos del alma son tres; pues bien, el aguador no tiene más que dos enemigos: Las lluvias y los trasnochadores.

¿Por qué?

Porque en los días lluviosos— y cuenta que en este terruño llueve que diluvia en la época de aguas— todo hijo de vecino saca su trasto á *recoger* agua, y las lavanderas no la compran ni para que la bendigan, y los vecinos hacen lo propio; porque unas y otros lavan y guisan con agua venida del cielo, que si es buena, fresca y destilada, tiene una cualidad mayormente reconocida que todas aquellas juntas: Dios, que para todos amanece. la envía gratis á nosotros, avarientos de la tierra.

Cuanto á los que trasnochan, bien saben los expendedores del líquido potable cómo las usan aquellos tales, que, si roban un guajolote, no tienen empacho en beberse un cántaro de agua, de hurto y á espaldas de la policía.

¿Queréis conocer á un aguador del terruño para término de fiesta y punto final de este tan enteco como desarrapado capitulejo?

¿Sí?—Pues aquí tenéis presente á uno, trabajador como pocos, hablantín y dicharachero como ninguno, viejo conocedor del oficio, dueño de canoas, caballos, cántaros,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

y demás utensilios de la faena; aunque casi retirado del traer y llevar agua, está siempre atento á las peticiones y exigencias de los marchantes; con grito estentóreo en las voces y chiste y gracejo en el habla, de palabra risueña y sazonada, con la cual halla manera de tener expendiente y dar salida hasta cuando tuviera que habérselas con el mismísimo hidalgo manchego; sin embargo de parecer serio, es muy guasón, le ¡dice una verdad á cualquiera, conoce á todo el mundo..... del terruño; pues ha visto nacer á dos generaciones y morir á otras tantas; quiere á sus canoas y á sus caballos como á las propias niñas de sus ojos; enseña á sus hijos el oficio y vigila de su hacienda, por aquello de que al ojo del amo engorda el caballo; quemado el rostro, las robustas pantorrillas faltas de pelo por los ardores caniculares, entero él está tostado como si fuera hecho de bronce fundido á fuego; pero tiene las manos y la conciencia limpias de todo pecado!

XIV

Fonda de Lira.

SE llama Fonda de Lira, no porque los concurrentes á ella sean poetas, sino porque Lira se apellida el dueño: es muy del uso de las gentes adicionar á las cosas que tienen nombre genérico otro propio ó apelativo que las distinga de las demás de su especie.

Es una casa de comidas, con vistas para el río y abonados constantes, donde se sirven apetitosos platillos por poco precio; mondongo, chiles rellenos, mole de guajolote, *tapado* y una fritada de sangre de tortuga son los más pedidos y mejor cocinados del catálogo culinario de la fonda; la fritada de sangre de tortuga merece especial mención, no tanto por la demanda que tiene, sino por lo justa que es esa demanda; pues viene á ser en paladares esquilimosos tan sabrosa como una de esas *cremas* envasadas en botes de cristal, cubiertos con siete sellos por etiquetas chillantes, certificados de privilegio, medallas de exposiciones y marcas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y demás utensilios de la faena; aunque casi retirado del traer y llevar agua, está siempre atento á las peticiones y exigencias de los marchantes; con grito estentóreo en las voces y chiste y gracejo en el habla, de palabra risueña y sazonada, con la cual halla manera de tener expendiente y dar salida hasta cuando tuviera que habérselas con el mismísimo hidalgo manchego; sin embargo de parecer serio, es muy guasón, le ¡dice una verdad á cualquiera, conoce á todo el mundo..... del terruño; pues ha visto nacer á dos generaciones y morir á otras tantas; quiere á sus canoas y á sus caballos como á las propias niñas de sus ojos; enseña á sus hijos el oficio y vigila de su hacienda, por aquello de que al ojo del amo engorda el caballo; quemado el rostro, las robustas pantorrillas faltas de pelo por los ardores caniculares, entero él está tostado como si fuera hecho de bronce fundido á fuego; pero tiene las manos y la conciencia limpias de todo pecado!

XIV

Fonda de Lira.

SE llama Fonda de Lira, no porque los concurrentes á ella sean poetas, sino porque Lira se apellida el dueño: es muy del uso de las gentes adicionar á las cosas que tienen nombre genérico otro propio ó apelativo que las distinga de las demás de su especie.

Es una casa de comidas, con vistas para el río y abonados constantes, donde se sirven apetitosos platillos por poco precio; mondongo, chiles rellenos, mole de guajolote, *tapado* y una fritada de sangre de tortuga son los más pedidos y mejor cocinados del catálogo culinario de la fonda; la fritada de sangre de tortuga merece especial mención, no tanto por la demanda que tiene, sino por lo justa que es esa demanda; pues viene á ser en paladares esquilimosos tan sabrosa como una de esas *cremas* envasadas en botes de cristal, cubiertos con siete sellos por etiquetas chillantes, certificados de privilegio, medallas de exposiciones y marcas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

registradas con facsímiles de firmas de fabricantes con crédito para evitar las falsificaciones; recursos llamativos que halagan la vanidad del comprador y aumentan la venta de tales y tan indigestas conservas alimenticias.

Dos son las mesas para el servicio: una de manteles blancos, vasos brillantes, botellas para agua cubiertos de

acero, surtidos *convoyes*, sillas y otros muebles cómodos y limpios; ésta es para los abonados y para los comensales que saben comer á manteles; otra, con lienzo menos blanco, falta de cubiertos, por asientos largas y duras banquetas y botellas de barro por utensilios; á ella concurren menestrales en día de trabajo, cuando no cuentan con más tiempo que el disponible para engullir unos huevos fritos, un *beefsteak*, frijoles y una taza de café *solo*; jornaleros en fiestas de guardar que tienen un peso para gastárselo en *la mañana* y en comer de la fonda, comida abundante y fuerte, á mano libre, sin el uso del cubierto, con los dedos por trinchantes y los dientes por cuchillo; personas que comen á toda prisa, no obligadas por ceremoniales ni regidas por *menúes*, que lo mismo embaulan el asado antes del marisco, que el marisco después de los postres; estómagos de ru-

miantes que de todo se hartan, hasta de bodrios que mucho si digerirían los avestruces, que es fábula digieren hasta las balas.

La clientela es numerosa todos los días; pero aumenta considerablemente los domingos y días de fiesta, ya porque los abonados invitan á sus amigos, ó ya porque la fama de los platillos ha dado en el olfato de gastrónomos insaciables, de esos que andan á la husma por cazuelas y fritadas.

Es de mucho ver y de más oir el trajín de sirvientas, fregonas, cocineras y amo en esos días de fiesta: por aquí llega un abonado sudoroso, locuaz, pidiendo *la mañana*; más allá está un marchante afanoso en descorchar una botella de cerveza; las sirvientas— porque la fonda está servida por muchachas—corren que se atropellan, y el dueño sentado en rígido taburete, almuerza pacientemente, con lentitud de buey manso (lentitud ocasionada por falta de muelas) no sin dirigir desde el asiento las maniobras del servicio; cotidianamente está atento á todo suceso, y á cada minuto se oye su imperiosa voz que grita:

¡Unos *refrito pá* don Santiago!
¡Café *sólo pá* tío Salva!
¡Pan *pá* don Eduardo!
¡*Azucara pá* Ricardo!
¡Altagracia, comida *pá doj*!

Los comensales, sin importarles estos mandatos, beben y charlan imperturbablemente, metidas las narices en los platos, los tenedores en la boca y el habla en murmuraciones.

Recogidas las migajas de los manteles, llevados los vasos con sobras de vino á la cocina, lavados platos y tazas parece que cesó el movimiento de la mañana; pero no es así; pues á una tregua de tres cuartos de hora sucede la presencia de tres jóvenes que piden, con grito altanero, de almorzar á las dos de la tarde; quién trae una lata con salchichas, cual una botella *Chateau Lefitte*—ú otro *Chateau*—tal un paquete con salchichón y queso; provisiones reco-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

gidas en la tienda de Luis Carlín á la hora del piscolabis.

El dueño, puro en la boca y grito en la garganta, va de aquí para allá disponiéndolo todo.

—¿Qué quieren Udes.?

—¡Lo que *haiga*!—responde uno de los de la comilona á deshora; pero muy á tiempo para ciertos estómagos no sujetos á regímenes alimenticios.

—Para principiar—agrega otro—*tráiganos la mañana.*

—¿Será la tarde?—replica Lira.

—¡*Pué* lo que sea!

—¿Qué toman?

—¡Un *coñá!*

—¡Yo un *vermú!*

—¡Para mí, añejo!

—¡Conque..... un *coñá*, un *vermú* y un añejo!

—Eso!....

Por vigésima vez aquellos *temperantes* beben *la mañana.*

Vienen los platos y la comida; ésta se compone de lo siguiente:

Sopa de fideos con gallina.

Principio.

Mole de guajolote.

Tortuga en garapacho.

Guisote de carne.

Frijoles.

Lista que no se presenta escrita en cartulinas ni en tabletas con las pretensiones de *menú*, sino dicha de corrido por la voz hueca y fuerte del fondista.

Los platillos humean y los clientes no dejan de escanciar el vino en el vaso; éste pide un salero, aquel una servilleta.....

En «el Central,» ó en *cá* Doña Paula—dice el propietario seriamente—aquí no *llegamos* á servilletas!

Los comensales hablan por los codos, probablemente porque para cada bocado tienen dos largos tragos de vino, resultando á los postres que han bebido más que comido,

Toman los frijoles refritos con la punta del cuchillo y no con el tenedor; se limpian la boca en el mantel, voltean el salero y derraman el vino, hablan y chillan, tiran á los transeuntes bolitas hechas con migajas de pan; á todo le ponen pero; de salida uno de aquellos comilones es el que paga por los concurrentes, declarándose *anfitrión* en diciendo: luego pago! Con ello el fondista se enoja; porque sabe que quedar á pagar luego en lengua de comensales retardados suele ser tiempo largo y cuenta vieja.

Encendidos los gruesos puros de chillones anillos y vitolas con pomposos nombres, así como «Presidentes», «Bismarck», «Krüger», etc.; puestos los *sacos*— pues han comido en mangas de camisa,— salen de la fonda gesticulando y gritando de cosas que si no son para oídas peor son para contadas.

Estas escenas se repiten á menudo sin que amengüe la fama de la comida ni decaiga el crédito de la fonda de Lira, no obstante que en ella no conocen á Brillant Savarin, inocentes están de mentar á Recamier, ignorantes de Heliogábalo, ajenos de consultas á recetas culinarias y á diccionarios de cocina; que no usan baterías lucientes ni se andan con *menúes* escritos en cuatro idiomas, y otros excesos de gastrónomos, sino sólo se cuenta con manos aseadas, certero condimento, sazón en punto, olla gorda y reducido precio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XV

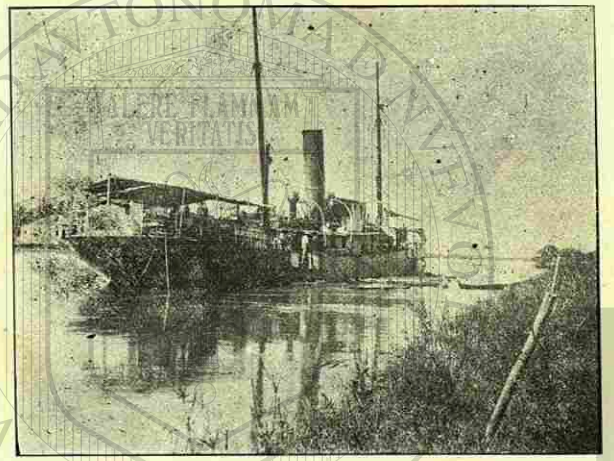
En el Papaloapan.

Era en la época de mi niñez, cuando el río nos atrae como un abismo y nos divierte como un juguete. El Papaloapan hinchaba sus aguas obscuras y corría en agitada marcha carcomiendo la tierra fofa de los altos barrancos; inundando con furia las márgenes, hasta sepultar en sus ondas inquietas las puntiagudas y verdisecas barbas de los zacatales; ahogando los rastrojos salvados de la quema, y lamiendo las copas de los arbustos, que, á flote en el inmenso aluvión, parecían cabezas enmarañadas de titanes que se zambullen cegados por la luz candente de un sol de estío.

Sobre del abultado dorso vienen impelidas por la velocidad de la corriente múltiples isletas lozanas de verdura, en las cuales anidan las culebras y toman pasaje los pájaros que, trémulos á cada vaivén de las olas, despliegan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

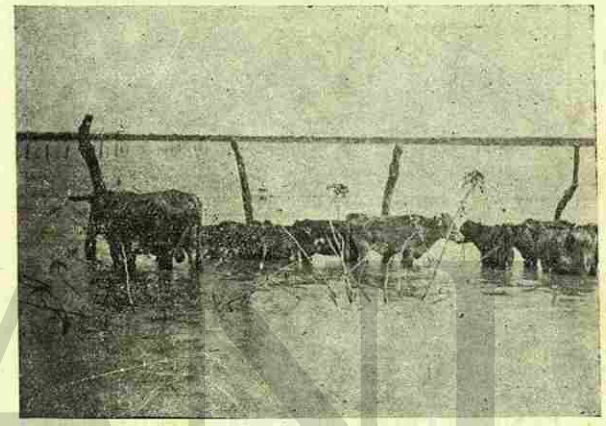
las alas y cantan en algarabía como contentos de no volar; las *fluviátiles* abren sus corolas y llevan en su cáliz crustáceos en cria, ó insectos que han huído del escondrijo her-



báceo por la invasión de las aguas; después siguen los árboles vetustos, arrancados de cuajo, flotando á lo largo, con las recias raíces y las escuetas ramas fuera del agua, se-

mejando en su carrera náufragos de la vegetación que el vórtice del mar iracundo tragará en sus furias.

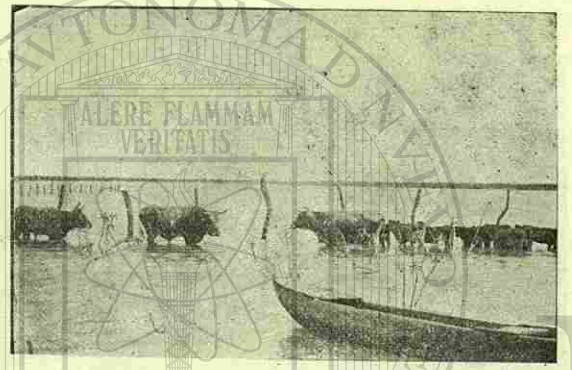
Y allá en el potrero de la orilla, y en el patio del *rancho*, nadan las materias ligeras y se hunden las pesadas: el río ha subido en ascensión de asalto los barrancos; ha ocul-



tado los postes y los alambres de la cerca del corral; ha escalado las paredes de la *casa grande*; ha hecho volar en torpe vuelo á las gallinas y al gallo buscando acurrucarse en lo alto del tejado; ha arrancado los hierbajos y podrido las raíces; ha derribado los maizales de la milpa que llevaban con sus penachos de estigmas el lechoso grano alimenticio del dorado fruto; sólo los platanares se yerguen hundiendo sus tallos en la corriente y remojando, á cada soplo del terral, las mazorcas de sus recimos en la superficie acuosa, sin reflejos ni mirajes por lo revuelto de las ondas; el ganado pasa á vado el barbecho y se trepa mugiendo melancólico á la cima del cerro cubierto de verde alfombra cortada á rape. Las provisiones de boca se suben al tapanco, y los muchachos de numerosa prole, juntamente con el gato—que huye del líquido elemento como del agua hirvien-

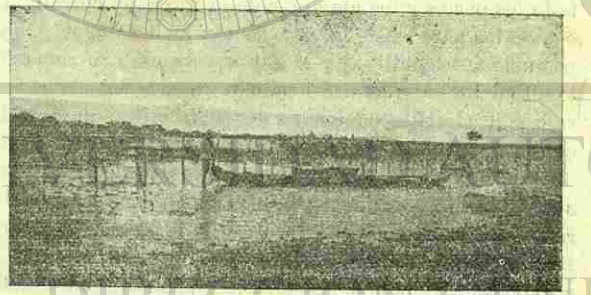
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

do— se encaraman sobre las mesas y sobre las camas; para ir á la cocina— que queda afuera— los habitantes del ran-



cho se sirven de un *bongo* que parece de corcho por lo frágil y ligero.

La hinchada y creciente avenida lo va invadiendo to-



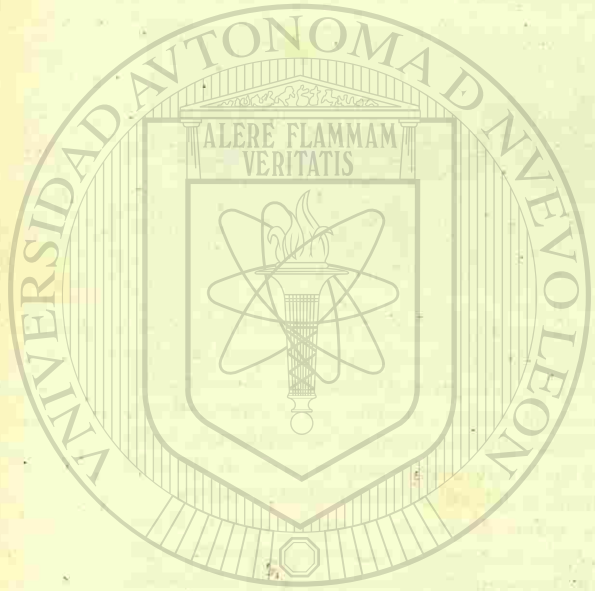
do; la navegación es el único medio de transporte de uno á otro solar; las personas y las cosas absorben agua por todos los poros al modo insaciable de las esponjas; el río muy

crecido en volumen créese un océano entre las sumergidas y opuestas riberas; el monte apenas dibuja una línea azul, brumosa por la distancia.

Un olor de frescura se eleva del río; el ruido del chapaleo de los muchachos que retozan en el agua; las alas que se humedecen en la superficie ondulante; el susurro de las *yaguas* y los cañaverales, movidos por el viento; el eco lejano de los remos que se sumergen acompasados; todo aquel alborozo de la naturaleza bañándose en un diluvio alegre y continuo, llega con su poesía á mi recuerdo.

Tal parece verme dentro de la veloz piragua, flojos los toletes y ociosos los remos, dejándome arrastrar por la impetuosidad de la corriente; con el grito del entusiasmo en la boca, con el palmotear jubiloso y el saludo de regocijo infantil para aquel derrumbe de los barrancos, para aquellos árboles náufragos, para aquella vegetación flotante, para aquellas garzas inmaculadas en el fondo obscuro del verdor de las isletas que navegan; á horcajadas en el talamete de proa, hundiendo los pies descalzos en el agua rizada de espumas para chapotearla ruidosamente, en tanto las gallinas cacarean en los tejados, y el gallo, violácea la cresta, estirado, desde la altura del hastial, canta lánguido como recordando con tristeza la pitanza del mediodía y los amores del gallinero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XVI

¡Piojosa!

PUE *nó i* que ya te iba, *Rumualda*?

—*Puede* que la semana entrante.

—¿Y *vaj* á *guto*?

—¿Por qué nó? Buena paga, y sobre *tóo*, ir á *Méjico*!

—¿Y Pancho?

—Me *ejperará*; *ansina* me lo ha *ofrecío*, y de juro que cumple su palabra; *ej mú* formalote.

—¿No le *tiene* miedo al *tifoss*?

—*Má* se lo tengo á un dolor de *costao*.

—Que *tengaj* un *felí* viaje, y no te *fiej* que *lo'jombres* son uno *mentirosój*.

***

Despidióse la amiga de Romualda, y ésta siguió tendiendo la ropa sobre el verde *zacatillo* de la calle para apro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vechar la solana de enfrente la casa donde la muchacha servía.

En la noche, después de recoger los restos de la cena, tirar las migajas, doblar el mantel y fregar los *trastes*, dijo Romualda á su ama:

—Señora Rita: liquídeme *osté*, que *dende* mañana tengo que *alistar* mi viaje *pá Méjico:* siempre me voy á *cá* el *Diputáo.*

Doña Rita hizo ver á su fámula las peripecias del viaje; las probabilidades de una enfermedad en tierra extraña; pero ninguna objeción fué bastante á cambiar de idea á Romualda: se iba; quería conocer á México; ver el desfile del próximo 16 de Septiembre, que, según le había contado su amiga Bernarda (cocinera de un rico hacendado costeño radicado en la Capital), era aquello del desfile grandioso y deslumbrante; tanta tropa vestida de gala, tanta gente peripuesta y bulliciosa, tanto coche, tanto grito y alborozo únicamente lo conocía en miniatura, gracias á los fantoches de los hermanos Rosete y Aranda, quienes, por la feria de Candelaria, dieron algunas exhibiciones; ella anhelaba fervientemente ver toda esa fiesta de tamaño natural; ser espectadora y actora á la vez en aquellas escenas animadas..... ¡México! —pensaba jubilosa—¡qué bonito ha de ser! Y ahora que se presenta *oportunidá* ... ¿por qué no he de *dir*?

Con la cabeza llena de fantasías deslumbrantes y de espejismos irreales, arregló los preparativos del viaje; compró un pañolón de merino; un par de zapatos con alto y sonante tacón; horquillas para el *sorongo* (que desde Veracruz le haría la comadre Juana para que no la mofaran las vecinas); se cosió unos sacos de franela como pudo; á las amigas del barrio les dió por regalo de despedida las prendas de vestir que ya no usaría; á tía *Moncha* los zuecos; á Macaria las chinelas, nuevecitas, acabadas de comprar en el «Polo Norte» de don León R. Vázquez; á Petrona dos pañuelos de *nansú* con encajes á la orilla; á Pepa una peineta con pretensiones de cachirulo; á *Chona* una *soguilla* plateada de tres hilos; á *Concha* un abanico, que se conoce adornaron plumas merced

á unas cuantas que tenía ralas como las de pájaro que está en la muda; y así fué repartiendo, cual si pensara en morirse y declarara á aquellas buenas gentes herederos *anómalos*, para ahorrarse la renta del timbre y las diligencias de Juzgado, ó como si se trasladara á vivir en otro planeta; los objetos de menos uso y de más valor los vendió entre las vecinas que buscan con el adorno la ocasión de emperejilarse.

Cuanto á Pancho, le dejaba su cariño juntamente con un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pañuelo bordado de propia mano; una crencha de pelo, gruesa y enroscada, amén de un retrato de *cuerpo entero* (hecho por fotógrafo ambulante, de esos que no se desesperan ante los fenómenos de la luz solar ni atinan con las combinaciones de la perspectiva), con fondo bicolor, un tanto desteñido, la invariable silla á la derecha para apoyar la mano, en la figura una actitud con maliciosas intenciones de parecer manola, vislumbradas por lo terciado del rebozo y por el brazo puesto en jarra, el cual se trasluce entre el sutil tejido del rayado paño; y en los grandes y negros ojos una como radiante luz que ilumina y alegra y hermosea todo el conjunto. Pancho guarda este retrato clavado con cuatro alfileres en el fondo de la tapa del baúl, oliente á cedro por dentro y brillante de barniz por fuera; y lo reverencia cual imagen santificada allá en el recóndito culto de su acendrado amor.

Faltaba la parte sentimental del viaje: la despedida.

A Pancho le había avisado que se iba, aunque no le dijera cuándo.

Pancho—el cargador más laborioso de la cuadrilla del muelle—estaba perdidamente enamorado de la guapeza de Romualda, y Romualda correspondía de buen grado al cariño de Pancho.

Paréceme verlo: robusto sin musculación hercúlea; ágil sin ser delgado; trabajador, diligente; siempre con los descalzos pies limpios por los continuos lavados en la orilla del río; el sombrero de burdo petate levantado del ala delantera y echado hacia el cogote; el pelo negro, rizado, casi grenchudo, caído sobre la frente; la *chamarra* de manta, ó *mahón* azul, abierta de arriba, descubría un pecho poblado de abundante y negro vello; el pantalón arremangado hasta las pantorrillas, mondas de pelos por los rayos caniculares; las ropas zurcidas pero limpias, el trapo blanco, inevitable á todo cargador, arrollado á guisa de banda á la cintura como para ocultar el duro cáñamo, ceñido fuertemente, y el gancho, de mango de cuerno, metido entre los dobleces del trapo y la pretina del pantalón; de diario llevando sobre las abovedadas espaldas bultos enormes sin cansarse nunca, una especie de Atlas mundano cargando cotidianamente en los fornidos *lomos* el peso del trabajo... Pero llegaba el domingo, ó el día de la Ascención, ó el de la Guadalupana, ó el del Jueves de Corpus, ó el del Jueves Santo, ó cualquier día de fiesta en que las campanas repican retozonas ó el cañón atruena recio, y Pancho se transfiguraba: al desteñido pantalón de *mahón* azul sucedía el de dril blanco, ó el de paño negro—según la temporada;—á la *chamarra* de manta, la camisa de irreprochable blancura; al trapo de cinto, la banda de seda roja ó amarilla; al sombrero *chipileño*, el de fieltro de color negro ó café; á la barba descuidada, el aliño del barbero; y de esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

manera, hecho un lechuguino del barrio *arriba*, se daba su paseadita por la casa de Romualda; allí las charlas en el corredor, las promesas, las ilusiones, las esperanzas—esas golondrinas de todos los cerebros, que lo mismo anidan en la testa del magnate coronada de diadema que en la cabeza del labriego circundada de rayos solares!

***

—¿Conque te *vaj*?

—*Pué* de *juro;* pero vuelvo: *ejpérame!*

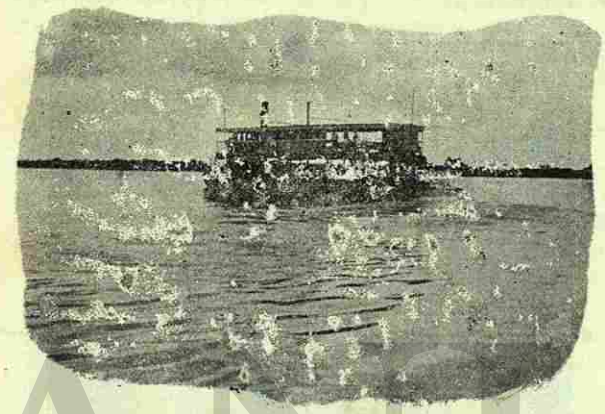
Y la novela se urdió en un periquete: Pancho heredaría el solar de su abuela, un perímetro de quince metros cuadrados que tenía por límites dos viejos y frondosos *apompos* de Oriente á Poniente, y la *culata* de la casa de tía Hesiquia y la esquina de la cerca de las Ordóñez por los restantes linderos; allí construiría con sus ahorros una casita de *guaya* techada de teja—ambición de pobre;—después vendría la engorda de cochinos y la cría de gallinas; se haría *anchetero* y cambiaría el gancho del cargador por el remo y la palanca de la canoa.....

Romualda, por su lado, también se echaba á cuentas galanas—y por cierto que no contaba con los dedos—á modo de tener parte en la propiedad, ayudando á reunir lo necesario para la construcción; de los diez pesos que iba ganando guardaría cinco mensualmente; compraría baratijas en México y las mandaría luego á su madrina para venderlas entre las amigas del barrio.

***

Y pitó el vapor; dió vueltas la enorme rueda trasera espumarando la superficie antes tranquila del río; las palancas hicieron desatracar á la embarcación; giró en redondo, tomó rumbo y se fué rápida, en tanto que Romualda saludaba con

el pañuelo á Pancho, quien parecía un idiota contemplando la marcha del vapor de manera pertinaz, como si nunca lo



hubiera visto partir, cuando todos los días lo miraba salir de igual suerte y á la propia hora.

***

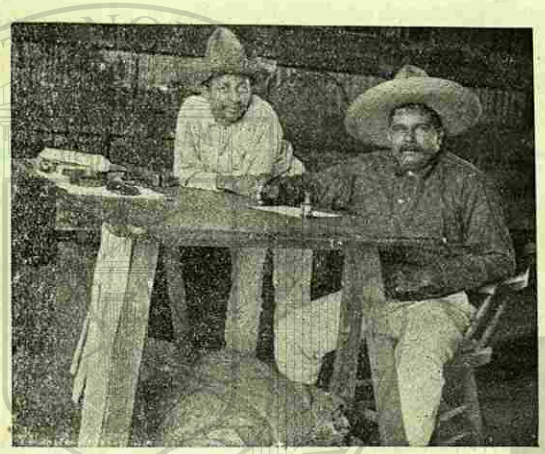
Pasaron meses: Pancho escribía *á su Romualda* cada vez que el capataz de la cuadrilla—en la cual trabajaba—tenía humor y tiempo de hacerle la carta; Romualda contestaba luego; mas el carteo fué siendo menos frecuente; sin embargo, á falta de cartas—ayunas de ortografía, pero hartas de mimos—le enviaba Pancho á Romualda *bocadillos de leche, empanadillas, marquesotes,* chocolate, pasta de guayaba; y el primer día de la Candelaria que pasó ausente de su novia, le remitió por *Express* un tenate con dos libras de *colación sin confites,* por el cual pagó de flete $2.70 cs. ¡Los ahorros de toda una semana!

Las cartas faltaron por espacio de seis meses; el buen Pancho gastó $2.42 cs. en un telegrama con *contestación paga-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da; creía que Romualda estaba enferma, ó que se había muerto; Pancho andaba por ello desalentado.

Romualda contestó pasadas veinticuatro horas, que se ha-



llaba buena y contenta; no obstante que el telegrama rezaba: «Recibido de México el 3 de Marzo de 1902 á las 10 horas y 11 minutos a. m.,» fué entregado á las 9 de la mañana del día siguiente.

La duda vino á tornar en amargos y negros los días de esperanza del bueno y constante mozo.

***

Romualda andaba de alto copete, con *tápalo* negro, *saco* de lana con coquetcrías de corpiño aristocrático, zapatos con *puntera de charol,* paso menudito y cimbrador, y un dejo y un silbido y un ceceo en el habla que daba gana de soltar el trapo á reir al oirla chacharear.

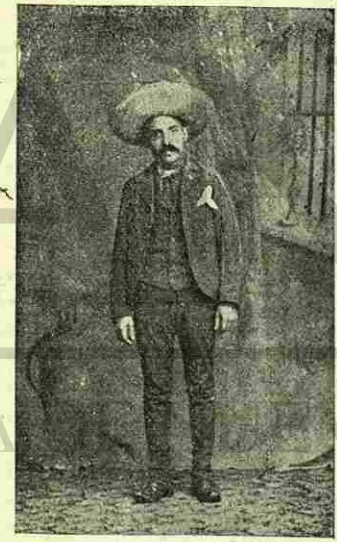
Iba los jueves y los domingos á hacer la compra en el Mercado de la *Merced;* concurría á misa los domingos y fiestas

de guardar, no por cumplir con uno de los mandamientos de la Doctrina Cristiana, sino por ir y venir, y ver la gente, y lucir los zapatos nuevos, y el tápalo con veta arrasada—envidia de criadas de la vecindad y motivo de cuchicheos entre la portera y el remendón de la esquina.

En las tardes de los días festivos se daba sus escapaditas al *Zócalo,* y hubo domingo que se atreviera, muy de mañana y á salto de mata, á escurrirse hasta la Alameda.

***

Las primeras cartas se las había escrito un *evangelista* del portal; pero como la viera Pedro—que ya la miraba con buenos ojos—le dijo: «*Mialma,* déjese de figuras, yo le escribo de puro *güeno*; *nomás* dígame *que ya le estoy* pendoleando con *mijor puesía* que el más pintado *manchatinta.*»



Desde aquel día Perico escribía; y el muy ladino se ofreció á depositar personalmente las cartas en el buzón, dizque por ser más seguro y pronto el franqueo; pero no efectuaba lo ofrecido, sino se embolsaba las cartas que se le deshacían en el bolsillo de puro viejas.

Con el mucho escribir palabritas cariñosas y azucaradas; con el tanto hablar de amor y de ilusiones, con el más ofrecer dichas sin cuento y prometer esperanzas halagüeñas, Romualda se fué aficionando de Perico; y cuando éste estampaba «amor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

mío», envolvía á Romualda en una mirada tal como una llama, donde el pensamiento para el novio ausente quemaba sus alas.

En la cocina comían juntos, casi en el mismo plato; Romualda propia servía los bocados más sabrosos en el plato del criado; un día se pusieron á retozar por una manzana; Pedro la quería y Romualda no se la daba; llegaron á asirse de las manos; después el astuto de Perico abrazó á Romualda por la cintura.... ¡bruto! ¡grosero! ¡atrevido!.....—exclamaba la fámula muy sofocada—terminaron por enfadarse; desde ese entonces Pedro comió aparte, en un cincón de la cocina, y Romualda sobre el fogón, dándole las espaldas á Perico; así reñidos duraron como dos semanas hasta que hicieron las paces un domingo.

***

Era medio día; Perico no ponía piés en la casa del amo desde las ocho de la mañana; hubieron de mandar á Romualda á hacer los mandados; salió la *jarocha*—como le decían, para mal llamarla, las chismosas del vecindario – con pie ligero para no tardarse en la calle; en la esquina estaba un borracho hecho una equis y vociferando *ajos*; todo fué que viera á Romualda con su paso de perdiz, cuando empezó á decirle chicoleos; la muchacha apresuró la marcha; pasaba por la pulquería LAS VESTALES en momentos que escuchó un silbido que le era familiar; no hizo caso y siguió de largo; de ahí á poco sintió que el que venía trás de ella le pisaba los talones; después se le acercó el *charrito* – que de tal andaba vestido—asediándola hasta aconcharla y ponerle cerco infranqueable con los brazos abiertos y las manos apoyadas sobre la pared y á ambos lados de los hombros de Romualda, la que, hecha un ovillo, parecía presa cogida en traidora trampa.

—*¿Pós á poco* que no te alcanzo, *jarocha?*
¿De qué te la *echas, chula?*
¿Una *chica* ó una *grande?*

Perico estaba medio chispo con un cuarto de pulque *curado* que se había metido entre pecho y espalda en EL RISO DE HORO, como decía el letrero con una cabellera rubia por muestra más grande que la de Berenice.

Romualda estaba en un brete; no sabía qué hacer, si gritar ó callar; por de pronto se encomendó á Santa Rita, abogada de imposibles; pero, quieras que no, Perico la arrastró á la pulquería.

—¡Nó, nó!—decía llorosa—¡si yo no bebo eso! ¿Qué dirá don Nacho *en cuanto* lo sepa?

—No te *apercolles, chula; arrigúlate* que le soplan al *pinche* de don Nacho.... ¿Y qué? ¿quién nos *tlacha? ¡Naiden!* ..... ¡Ni que *juera eclis!* ¡Anda, *chatita*, no te *arrugues;* ya sabes que conmigo no anda el *jambre* y tienes pasto hasta el cincho y agua hasta la barbada!..... ¡áscale! *pasa al barrio*, chaparrita, que el de piña se *redama* en el cubo, *pos* ya le echaron *colonche* al *guaje!* Conque..... ¡al hecho y sin compromiso, pecho á tierra y sin *chacualiar!*

(Romualda haciendo gestos bebe el pulque de un solo trago).

—¡Otras, patrón, pero más *vacías*, que á mi no me tiemblan los *dedales* ni *me se zuñiguea* el suelo!

—*¡Jesú Marí José!*..... ¡Yo no tomo *má!*..... *¡Baramba* con el *crijtiano!*.....
....
....

***

—¡Viva Calpa y los pájaros del Norte!

—¡Já, já, já.... . ¿qué .....jara..... Pancho.....?

—¡Pancho.....! ¡Pancho.....¡ no me lo..... ¡hip! mientes..... porque mira..... ¡hip!..... no más de.....*vicentear*.....¡hip!..... su *estampa*.... con..... es—¡hip!—te ..... traste..... le doy—¡hip! —agua.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y allá van los dos abrazados, borrachos hasta caerse, gritando y cantando en plena calle.....

Romualda, desgreñada, con el tápalo amarrado á la cintura, el saco deshonestamente abierto, mostrando los redondos pechos, babea y hace ziszás agarrada furiosamente á la chaquetilla de Pedro.

***

Pancho lo había sabido todo, aunque no por los detalles y exageraciones del chisme, sino por la oficiosidad propia de gentes hazañeras que gustan de dar noticias; Rosa—la nieta de la difunta partera Lugarda,—que servía en la casa de un paisano residente en la Capital—fué la portadora de la mala nueva; el párrafo de la carta decía:

No celo digan á naide es la purita Berda, rumualda se la pone muncho, ai andecha una piogosa con un mentao perico que se jue redepente de encá don inasio, da latima Berla, lo ciento por qes paysana i lo ciento por pancho i por su mama i por su Tia iciquia.

La carta anduvo en manos de todo el barrio, así como el nombre de Romualda fué aderezado con los calificativos más injuriosos y denigrantes.

Desde que Pancho se enteró por doña *Chabela* de la noticia de la carta, andaba de pico caído, sin trabajo; el día se lo pasaba en LA COLMENA, en la cual hay cuatro botellas para diez borrachos; allí bebía *tepache con nieve*, ó *verdín*, ó *coñá con tierra*, ó cualquiera de esos menjurjes para el consumo diario de alcohólicos frecuentadores de cantinas y tabernas de baja estofa; cuanto tuvo se lo bebió en aguardiente y jugó al monte; trae la ropa sucia y mugrienta, antes limpia y vistosa; muchas veces ha salido á barrer la plaza pública y otras tantas ha estado trás de reja por ébrio escandaloso; murió la abuela, y Pancho vendió el solar á su compadre Nico que se vá á casar tan luego como pasen las Pascuas, que es cuando se abren las velaciones; no tiene nada, duerme en un petate

á suelo raso, ó en la tarima de la cárcel, después de botado el «*tigre*» en la orilla del río.

***

Es la hora de las libaciones; LA COLMENA está toda ocupada con seis marchantes; entre vaso y vaso de *tepache*, le pregunta un compañero de mañana á Pancho:

—Oye, tú, ¿qué dice *Rumualda?*

—*Pá* qué me la mientas, tio Chico! ¡Anda la cochina *dende* que se *jué enrredáa con un peláo*..... ¡Piojosa!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVII

Los juegos.

El juego recreativo de los niños nace espontáneo por que es natural; evitar al niño que corra, salte, grite, gesticule y alborote, es la mayor de las iniquidades y el peor de los martirios; resulta parecido á la barbarie de cortar las alas á los pájaros, equivale á querer un reloj sin cuerda, un polichinela sin cascabeles, ó una flauta sin agujeros; pero no habrá de confundirse el juego libre y bullicioso con el ejercicio gimnástico reglamentado; éste produce resultados positivos y negativos á la vez; porque los movimientos regulados, necesariamente menos diversos que los que nacen de los juegos infantiles, no aseguran una distribución igual de la actividad entre todas las partes del cuerpo, de lo cual depende que el ejercicio recaiga sobre un punto determinado del sistema muscular, fatigándole más pronto que bajo la acción del otro procedimiento; sabido se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

está que la gimnasia con aparatos lleva, si se persiste mucho en ciertos ejercicios, á un desenvolvimiento desproporcionado de determinados músculos del cuerpo; por otra parte, como no van acompañados estos ejercicios de placer, son menos saludables, y lo que debiera ser un recreo parece un suplicio.

De aquí que la gimnasia sea inferior al juego libre como cantidad de ejercicio muscular, y que á los niños gusten más el juego al toro, á las *canicas* y á la rayuela, que el ejercicio de los movimientos acompasados de la gimnasia.

Los niños sienten interés vivísimo por el juego como goce desordenado; la naturaleza misma indica esas manifestaciones en un derroche de fuerza nerviosa, desprendida de cada niño, cuando se encuentra libre de los mandatos de la severa vigilancia y de la monotonía de la disciplina escolar.

En todo se ha imitado á los griegos, menos en la educación física de la juventud.

Aristófanes promete á un joven ateniense que siga sus buenos consejos, la bella salud y la bella gimnástica: «tendrás—le dice—siempre el pecho lleno, blanca la piel, anchas las espaldas, robustas las piernas. . . .vivirás bello y floreciente en las palestras; irás á la Academia á ponerte á la sombra de los olivos sagrados, con una corona de juncos y flores en la cabeza, con un discreto amigo de tu edad y de tu elección, perfumado por el buen olor del *smilax* y del álamo lleno de brotes, gozando de la primavera cuando murmura el plátano después del olmo.»

Estos serán placeres de un caballo de raza, hoy que más nos preocupamos por la engorda del ganado porcino y por la cría del vacuno y caballar que con la salud, higiene y belleza física de nuestros hijos. El vestido nos sirve para ocultar nuestras deformidades con nuestra enjutez de carnes, y es la cabeza la que lucimos y reverenciamos á modo del casco de Mambrino de aquel hidalgo Manchego que aún trotea, al cabo de siglos, entre todas las literaturas; por inercia—no por fanatismo como los ascetas de la Tebaida—

abandonamos el cuerpo á una postración patológica y á un apoltronamiento nocivo.

Cuando oigo á un padre—severo como un Catón el Censor falsificado—gritar á su hijo:

¡Eh! ¡quieto. . . . . ! ¡A ver si te dejas de carreras!—paréceme que un coleccionista toma una mariposa por las alas y la clava con un alfiler sobre el numerado papel de una serie zoológica.

¡No!

El juego es necesario recurso para que el niño desarrolle al par que su ser físico sus facultades intelectuales.

La trepa á los árboles, el salto ligero, la carrera rápida, el grito prolongado, la carcajada ruidosa, el gesto iracundo, son manifestaciones de fuerza nerviosa que hace explosión en el temperamento del niño.

No es preciso de mucho aparato ni de costosos y brillantes juguetes para que el niño ponga en acción el sistema muscular y esparza el espíritu: el *palo* de escoba que sirve de cabalgadura, la pluma que vuela, la pelota que percute, el aro que rueda, la flecha que se dispara, las *canicas* que rebotan, el trompo que baila, son recursos siempre á mano para el juego.

Hay cierta intuición en el niño tanto para elegir compañeros de juego como para escoger la época de señalados divertimientos: cuando las ráfagas caldeadas del sur tuestan las hojas nuevas de los árboles y encrespan las casi siempre tranquilas aguas del río, los *papelotes* de varios colores y diversas dimensiones se elevan en los aires; y es de ver la alegría de los rapacejos en el momento en que el viajero del espacio cabecea moviendo la inmensa cola con las acompasadas oscilaciones de un péndulo. ¡Y qué infinita variedad de tamaños y de colores! Unos tienen siete como el arco íris, otros un solo y deslumbrante color, cuales tricolores . . . . . ¡qué sé yo! . . . . . la imaginación é industria de los niños no tienen punto ni base ni medida para estas cosas. El pobre recurre al papel de periódico—que no siempre ha de servir para envolver en las tiendas—ó al de estraza,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

de un deslucido amarillo pálido, para hacer su *papelote*, el cual, para complemento de su pobreza, lleva por cola calandrajos y una que otra yerba cortada al azar en el medio de la calle y puesta en el extremo de contrapeso: para el pobre los lujosos juguetes son siempre pesadilla de niño en vísperas de día de Reyes. Cuanto al *papelote* del rico, lo ostenta de papel de *china* con muchos y chillones colores, potente y ronco zumbador, larga *pita* y rizada cauda, que en todo la vanidad encuentra campo para exhibir su soberbia, aún en lo más fútil y llano.

Pasados los primeros días de marzo, los *papelotes* bajan de los aires y los muchachos recurren al trompo. ¡Y qué de formas y de tamaños! ¡Con puntas aceradas como saetas y redondeces pequeñas como nueces sin cascar! Este juego dura por lo menos un mes; su temporada es relativamente corta; después divierte á los muchachos la rayuela y el infernáculo, los cuales juegos nada piden en brincos y saltos al tiro del disco en el gimnasio griego; cansados de la rayuela vuelven su entusiasmo á las *canicas*; con ellas juegan hasta octubre; esta tan larga duración determina el gusto que los granujas tienen por él.

Y en verdad que es divertido y bullicioso: reúnense cuatro ó cinco muchachos á la hora de salida de la escuela; conviénense los cuales en jugar, y escogen sitio á propósito para hacerlo, como debajo de la sombra del árbol de vecina cerca, ó dentro de los arcos de extenso y ancho corredor; pintan en el suelo con simetría un cuadrado que llaman *ron*, (no sé si porque primitivamente fué la figura un rombo en vez de un cuadrilátero); en los extremos de sus cuatro ángulos rectos pone cada quién de los jugadores una canica.

—¡Está la mía!—dice el primero que llena el *ron*.

Comienza el juego ya que un zagalón callejero está sentado en el *pretil* del corredor viendo las tiradas.

—¡Soy mano!

—¡Sin trampa!

—¡Vámonos!

(Dos de los más pequeños se encuclillan mientras los otros tiran.)

—¿Qué vale?

—¡Pedirla y menearla!

—¡Estoy largo y no me *planto!*

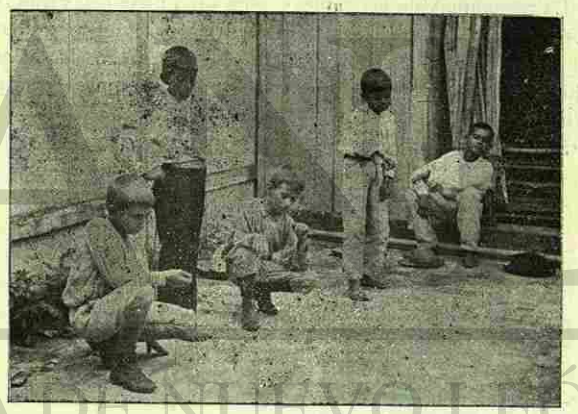
—Ya sabes, con la *bola*, ¡ahí queda!

—¡A la que agarre!

(Se oye la repercusión de las canicas y una queda dentro del *ron*.)

—¡¡Casa!!

(Los muchachos están sudorosos, arrojan los sombreros al suelo y siguen jugando; el grandullón desde su asiento no quita ojo del juego.)



—¡Por la mía..... si puedo!

—¡Zás!..... ¡ella es!

—¡Soy cola!

—¡Nada vale!

—¡Ya perdiste!

—¡Estoy *largo!*

—¡Zás, trás!..... *¡sonichi* y *trichi!*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Pedirla, menearla y sin enterrarla!
—¡Casamiento en misa de once!
—¡Nó, nó, esa no vale!
—¡Adentro!.....
—¡Otra vez casa!
—¡Pongo por el tiro!
—¡Ah! ¡Como hermanitos! (Dos canicas quedaron juntas.
—¡No! ¡Ahí nó, que estás aquí!
—¡Recula por lo que avances!
—¡Zás!
—¡Qué *bárbaro* para *el chuzo!!*

***

La resonancia de las canicas chocando unas con otras, el sonar del dedo índice contra el cordial por un encogimiento de los otros dedos y por la agitación del brazo, las voces chillonas que se suceden rápidamente forman una algarabía aturdidora.

Sigue el juego:
—¡Por el tiro!
—*¡Aí* está la mía!
—¡Tira tú, Lalo!
—¡Nó, si á tí te toca!
—¡Voy!..... ¡Por la que agarre!
—*¡Aí* te me quedas!
—¡Tiro!
—¡El es!
—¡Soy mano!
—¡Nó, á mí!
—¡Nó, que yo te puse por el tiro!
—¡Ese tirito!
—¡Sí! ¿No ves que no se vale?
—¡Son mías!
—¡No, mías!
—¡Ya se hizo *amo* del *ron!*
—¡No fué tuya!

—¡Nó, qué son mentiras!
—¡Que sí!
—¡Que nó!

(El más grande de los cuatro se hace dueño de las canicas de uno de los pequeños.)

—Dame mis canicas..... *sinvergüenzo!*
—¿Quién es *sinvergüenzo?*
—¡Tú, que me coges lo mío!
—¡Toma, por hablador!

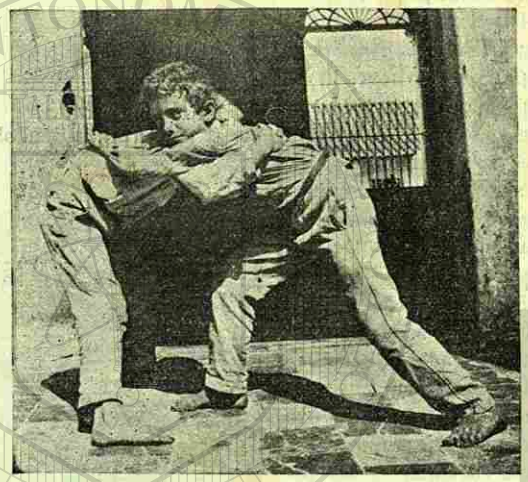
Y el mocetón le da un puñetazo al chiquitín poniéndolo á verrequear lastimosamente.

El zagalón, que parecía indiferente á la disputa, se levanta con furia, echa los brazos por sobre las espaldas del rijoso, luchan por un momento entre amenazas y bufidos; los jugadores toman las de villadiego en presencia del *polecía*—que casualmente aparece por la esquina inmediata al sucedido—y los reñidores también, en viendo venir al guardián, ponen su diligencia en los piés para huir como gamos.

Estas riñas se suceden frecuentemente con perjuicio de una que otra muela sacada sin auxilio del dentista; algunas narices rotas por tan iracundo como fuerte puño; pero no por estas continuas y ruidosas desavenencias los jugadores de *canicas* abandonan el favorito *ron*; y los que fueron contrincantes en la mañana son inseparables amigos en la tarde, porque la niñez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

olvida pronto las ofensas del prójimo sin percatarse del mandamiento del reverendo Ripalda, sino por la manifestación de su sensibilidad inmensa y desbordada.



Sobre todos los juegos infantiles del terruño están las *canicas;* ignoro si por la colectividad que se necesita para este juego, ó si por lo barato que cuesta tan sencillo juguete; sea de ello lo que fuere, la cuestión es que en las cuatro estaciones se juega, lo mismo en plena luz cenital que en las sombras del crepúsculo; lo propio en los ardorosos días del verano que en los nublados del invierno; creo—valga la hipótesis—que la predilección por las canicas reconoce por causa el que en la práctica de este entretenimiento todas las actividades del niño se ponen luego en función: allí gritan, corren, saltan, se encorvan, se estiran, gesticulan, ríen, lloran y se abofetean; la fuerza nerviosa, antes contenida, se dispara en vehementes exclamaciones y agitados movimientos; viene á ser al modo de los juegos olímpicos para estos

arrapiezos que en comunidad—que no rechaza categorías ni repugna pobrezas—junta lo mismo al hijo del ricachón del pueblo que al del humilde jornalero.

¿Quién no ha jugado á las *canicas* en la edad de ir á la escuela?

¡El que no haya pecado, que arroje la primera piedra!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
CAPILLA ALFONSINA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

XVIII

Verano.

¿QUÉ dice *la* calor?—es el saludo que diariamente se dan en todo el rigor de la canícula los vecinos, con pañuelo en mano, respiración jadeante, carnes sudorosas y un ¡uf! lanzado con la potencia de resoplido de fuelle.

Efectivamente: el termómetro marca á la sombra 35 grados centígrados; y en los meses de calores la temperatura media es de 29 grados y la mínima de 23; las losas de aceras y corredores son ascuas, y las habitaciones hornos de cremación. ¡Las fraguas de Pedro Botero! El agua es el único elemento que se opone á una tan alta temperatura; pero resulta un recurso momentáneo; pues sería asunto de estarse con el agua al pescuezo las doce horas del día y las otras tantas de lo noche, volverse acuático por una temporada; y como estas metamórfosis no entran para nada en la contextura de nuestro

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prójimo, habremos de bañarnos de sudor cuando estamos en tierra y de agua cuando en el río nos zambucamos.

Los baños se necesitan diarios, ó, por lo menos, nocturnos; para ellos no se andan los bañistas con indumentarias de modas, no necesitan de casetas, sobran los bañeros y faltan los balnearios; con ligera toalla, abundante estropajo, y más abundante y blando y oloroso jabón, bien puede una joven lanzarse á la pérfida onda sin temor de miradas indiscretas que curiosean desde la orilla, sin rivalidades de pantorrillas y cintajos, muy dueñas del agua y muy señoras de la *bañadera.*

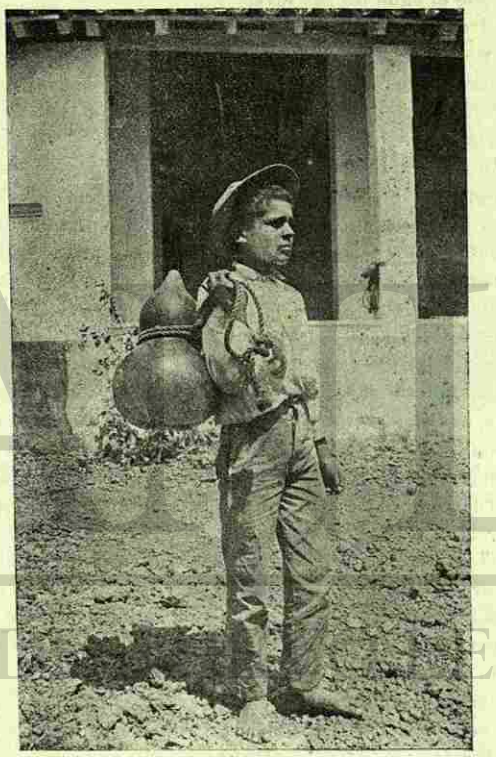
Dentro de la bañadera—estacada hecha á orillas del río, cubierta de palmas y techada de lo mismo—no temen á ningún Acteón, que por aquí no se conocen Acteones, aunque pueda haber alguna Diosa cazadora.

Los muchachos sí usan de adminículos para ir al baño, si así puede llamarse al redondo *tecomate*, que en su uso habitual traga agua por dos barrigas como viajero dromedario; este *tecomate* á la cintura lleva un grueso cordón, cordón que ya quisieran sayales de frailes franciscanos y carmelitas descalzos, doble y fuerte, á modo de que resista el peso del cuerpo del muchacho cuando se aventura por la líquida superficie patalеando torpe y chillando medroso en medio de ejercicios tímidos de natación.

Y el calabazo—que no es otra cosa el *tecomate*—tan pronto sirve al incipiente nadador para sus baños cotidianos, como se emplea para largas jornadas de romeros que van á pagar *promesas* á «El Señor del Buen Viaje» ó á la «Virgen de Catemaco;» se utiliza de salvavidas y hace oficio de botijo; su uso está en el agua y para el agua; por algo no lo tiene á menos el tan milagroso cual Santo «Niño de Atocha.»

Es el Papaloápan un caudaloso río que mide trescientos cincuenta metros de ancho cuando está en su centro; corre á orillas de la población, amenazándola en la época de las lluvias con impetuosos desbordamientos; tenemos á mano agua para apagar el incendio de Troya, y, para no ir más lejos, hasta el de la cesariana Roma; pues bien ¡quién lo creyera! co-

nozco hijo del terruño —y nombro uno para no decir de muchos—que no ha recibido más aguas sobre sí que la del bautizo en la mollera y la de inesperado chaparrón sobre las ropas; son tipos que huyen del agua con el mismo horror que



los felinos lo hacen por instinto; individuos para quienes un baño es un castigo de igual severidad que el del brasero en los pies del último y heroico emperador azteca; estos son los que dicen—para justificar su falta de .... baños— que la cás-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

cara guarda el *palo;* no obstante tamaña repulsa por la hidroterapia alcanzan años de vida, no sé si porque se petrifican á manera de momias egipcias al cubrírseles los poros con el polvillo que reciben, ó porque se conservan en su jugo como los encurtidos y los chorizos de Extremadura.

¡Que el agua les sea leve!

Otros se bañan y siempre están sucios; no hay jabón que los destizne ni estropajo que los blanquee; tales son los carboneros que á tarde y á mañana conducen carbón de la orilla del río para abasto de cocinas y expendios de *revendones.*

En el verano, es el baño pretexto para que los muchachos se escapen de la escuela; cuando así lo hacen—de los siete días de la semana huelgan seis— se juntan en parvadas discuten acerca del lugar más apropiado para zambullirse y no ser vistos por *los policías*—que el serlo sería fenómeno de óptica en el mirar de esos guardianes;—prefieren los callejones distantes del centro de la población, ó la desembocadura del que es temporalmente río del Cabezo: una vez en la orilla, se desnudan en un santiamén, se arrojan de bruces al agua, nadan, se zambullen, patalean, ya en manadas cual patos en días lluviosos, ya diseminados como tropas en dispersión; no se cansan de remojarse y gozan con estos baños de cuatro horas en que no se gastó ni jabón ni estropajo.

El domingo es el día señalado para el baño de aseo; entonces el muchacho que no sabe nadar va, quieras que nó, al río amparado con el auxilio del *tecomate,* por el cual se atreve á chapotear ruidosamente; es remolón para desnudarse y rehacio para introducirse en la rápida corriente; cuando está en pelota se amarra con fuerza el cordón del salvavidas á la cintura, mete la punta del pie al agua.. . . ¡ay! ¡qué fría—grita—y no se arroja al río; uno de los compañeros lo empuja inopinadamente; aquí de las desaforadas interjecciones y del jurar y maldecir con todas las fuerzas que saca del ánimo la flaqueza humana; otros tienen compañeros que los cuidan y defienden contra bañistas malévolos; así resguardados se atreven á desceñirse el *tecomate*; pero por prevención no lo

dejan de debajo del brazo; se están cerca de la orilla con el agua arriba de la cintura, no distraen la vista de tierra ni ponen distancia entre su compañero; para estos miedosos se-

mejante baño es un tormento en vez de una alegría: pero presto pierden el miedo por el agua y tienen confianza en sus compañeros; entonces se extienden sobre la superficie suspendidos por el *tecomate,* bracean estrepitosamente, se alejan de la orilla, gritan, vociferan, y sufren con paciencia las *jupas* de los muchachos nadadores y audaces que se arriesgan en la corriente para atravesar de un tirón el río con la propia, pero no tan sonada, intrepidez que Leandro y Byron atravesaron el Helesponto; en cambio, existen otros que no se arrojan al Papaloapan ni para ser cristianados por el genuino Bautista; porque temen el río como á elemento y lo rehuyen como castigo; tendremos que concederles razón: el río es imponente, su anchura atrae y su hondura espanta; cuando tiene avenida las débiles embarcaciones son impelidas, á igual que la pluma en el aire, con una velocidad pasmosa, y las grandes son impotentes para combatir con la furiosa y devasta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dora creciente; sin embargo, no se compadece la falta de baño de ciertos individuos con el amplio caudal de este río; porque quien no se baña en las ondas puede muy sosegadamente hacerlo á domicilio, aunque no disponga de duchas, ni tenga regadera, ni cuente con tina, que el agua, para echarla sobre el cuerpo no pide ningún aparato ni tampoco reclama lujos; la higiene, tan necesaria para nuestro cuerpo, anda muy interesada en esto de los baños; y muchos dejados del tridente de Neptuno toman baños cuando el médico se los receta, cual si ellos fueran cosa de droga ó de récipe de consultas.

Allá los tales, que nosotros pedimos agua por todos los poros cuando agosto inclemente, arde, calienta y sofoca.

¡Qué ligereza la del cuerpo y qué regocijo en el ánimo después del baño!

Y luego el refresco, ¡qué grato deja el paladar y qué expedito el estómago!

La *guanábana*, el *posole*, la *piña*, el *palo mulato*, la horchata.... ¡qué refrigerantes son diluidos en un vaso de agua enfriada con hielo!

Nosotros, hijos de este terruño cálido y húmedo, tenemos verano para ocho meses; verano tan prolongado nos obliga á llevar las ropas ligeras y blancas, á traer la cabeza á pájaros, á soplar el cuerpo sudoroso y á tener el cabello húmedo, cuando el polo es un sorbete y nuestro sol ¡oh sol! un incendiario, verdugo y tirano.

¡Uf, qué calor!

XIX

Juan Celestino.

ERA Juan Celestino de talla regular, antes alta que baja, enjuto de carnes, tostado de la cara y encallecido de las manos; hombre de fuerte complexión, bien que débil en apariencia; los ojos salientes de las órbitas, con mirada que parecía iracunda por lo marcado del ceño; la frente, ancha y lustrosa, partida en el medio por las hondas arrugas que dejaba el entrecejo; pronunciados los pómulos; la nariz, notablemente aguileña; la barba rala y descuidada, en la cual algunos pelos blanqueaban, y en todo el semblante una fingida severidad velada por un tono general de tristeza; siempre llevó el sombrero de petate á modo de nimbo tirado hacia el cogote, la camisa abierta del cuello y sacada por fuera del pantalón, enrolladas las mangas y puesto al desgaire sobre el hombro el zarape, abrigo para el invierno y almohada para el estío; andaba piernas abiertas, inclinado de cuerpo y suelto de brazos; en la charla era jo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dora creciente; sin embargo, no se compadece la falta de baño de ciertos individuos con el amplio caudal de este río; porque quien no se baña en las ondas puede muy sosegadamente hacerlo á domicilio, aunque no disponga de duchas, ni tenga regadera, ni cuente con tina, que el agua, para echarla sobre el cuerpo no pide ningún aparato ni tampoco reclama lujos; la higiene, tan necesaria para nuestro cuerpo, anda muy interesada en esto de los baños; y muchos dejados del tridente de Neptuno toman baños cuando el médico se los receta, cual si ellos fueran cosa de droga ó de récipe de consultas.

Allá los tales, que nosotros pedimos agua por todos los poros cuando agosto inclemente, arde, calienta y sofoca.

¡Qué ligereza la del cuerpo y qué regocijo en el ánimo después del baño!

Y luego el refresco, ¡qué grato deja el paladar y qué expedito el estómago!

La *guanábana*, el *posole*, la *piña*, el *palo mulato*, la horchata.... ¡qué refrigerantes son diluidos en un vaso de agua enfriada con hielo!

Nosotros, hijos de este terruño cálido y húmedo, tenemos verano para ocho meses; verano tan prolongado nos obliga á llevar las ropas ligeras y blancas, á traer la cabeza á pájaros, á soplar el cuerpo sudoroso y á tener el cabello húmedo, cuando el polo es un sorbete y nuestro sol ¡oh sol! un incendiario, verdugo y tirano.

¡Uf, qué calor!

XIX

Juan Celestino.

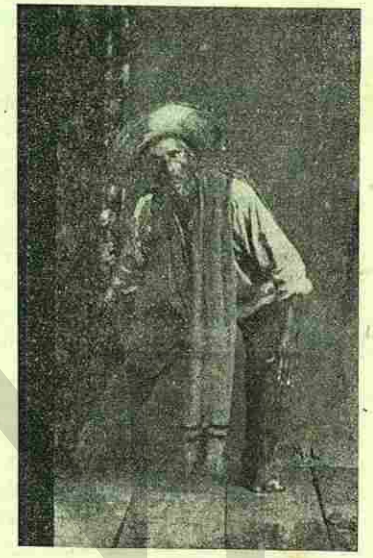
ERA Juan Celestino de talla regular, antes alta que baja, enjuto de carnes, tostado de la cara y encallecido de las manos; hombre de fuerte complexión, bien que débil en apariencia; los ojos salientes de las órbitas, con mirada que parecía iracunda por lo marcado del ceño; la frente, ancha y lustrosa, partida en el medio por las hondas arrugas que dejaba el entrecejo; pronunciados los pómulos; la nariz, notablemente aguileña; la barba rala y descuidada, en la cual algunos pelos blanqueaban, y en todo el semblante una fingida severidad velada por un tono general de tristeza; siempre llevó el sombrero de petate á modo de nimbo tirado hacia el cogote, la camisa abierta del cuello y sacada por fuera del pantalón, enrolladas las mangas y puesto al desgaire sobre el hombro el zarape, abrigo para el invierno y almohada para el estío; andaba piernas abiertas, inclinado de cuerpo y suelto de brazos; en la charla era jo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

coso, para cada palabra tenía una gesticulación que movía el rostro á compás del cuerpo, inclinado por un exceso de mímica de las manos puestas á voltear como las aspas de un molino; fué asiduo concurrente á la «LA COLMENA,» donde bebía de mañana y se embriagaba en la tarde; cuando el juicio se le trabucaba con el *tepache con nieve*, soltaba la boca á hablar, imponiendo silencio con el índice á quien intentara llevarle la delantera en palabras, y centellaba los ojos cuando se le oponían razones.

En la mañana iba al mercado, compraba *la plaza*, en seguida daba su pasadita por «LA COLMENA,» pedía su *verdín*, pagaba si tenía, ó si no, mandaba á echar rayas en pizarra, que para el efecto había de mostrador adentro y no muy á la vista del marchante; cuando no se encontraba con compañeros de copa—cosa extraña—tomaba paciente el tenate conteniendo la ración diaria, atravesaba el zócalo, cogía calle adelante hasta cerca del «PUENTE GARCIA» por donde Celestino moraba; á menudo sucedía que no llevaba plaza á su casa ni daba con su persona en ella; se debía tal suceso á que de muy de ordinario en «LA COLMENA» encontraba compinches de vaso y copa, de esos que no beben solos y que gustan de trincar un trago con choques de co-

pas y saludes de brindis antes de empinar el codo; entonces Juan Celestino no andaba corto en dejarse obsequiar, bebía y bebía hasta estar borracho; comenzaba por hablar una ó dos palabras con voz cavernosa, al cuarto buche caraspeaba y tosía entre palabra y palabra; después escupía mucho, se le encandilaban los ojos, doblaba el cuerpo, abría las piernas y lanzaba por los sedientos labios verso tras verso hasta ponérsele la boca seca y ronca el habla.



Ya cargado de la cabeza y flojo de las piernas encaminábase por calles y plazas poco usadas en sus tránsitos habituales; de pronto hacía alto, se pasaba la mano temblona por los ojos, terciábase el zarape, se medio agazapaba y con grito en cuello cantaba aguardentosamente:

«Estoy muy comprometío....
Me dicen que me la lleve;
Pero luego pienso y digo:
¿Con qué la tapo si llueve?»

Concluído el cantar, se enderezaba y afanábase por tenerse derecho; pero las piernas le hacían fiasco y proseguía la marcha tambaleándose; llegaba á otra esquina y se detenía, gesticulaba un tanto con cómico ademán, tosía hondo y ron-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

co y volvía á su canto llano con un tonillo algo nasal y muy despacioso:

«Como la luna de llena
Muestra *tóo* su esplendor,
Así, preciosa morena,
Yo te he *mostrádo* mi amor
En su creciente *maj* plena,
Con el cariño mayor.»

Caminaba—si caminar es andar á los tropezones—otra cuadra; llegaba á la bocacalle y allí hacía alto; se apoyaba contra la pared de la esquina, rezongaba un rato, de seguido gesticulaba en contorsiones nerviosas que le restiraban la piel de los pómulos y arrugábanle la comisura de los labios; los ojos parecían velados, la lengua torpe, las manos movidas con accionar rápido y continuo, tosía y cantaba:

«Un pañuelo de crespón
Truje para regalarte,
También te truje un listón,
Y *pá maj* adornarte,
Un tulipán en botón
Que te *pondrá* al peinarte.»

Aquí parecía que el cerebro daba su última vibración lúcida; pues Juan Celestino doblaba la cabeza, estiraba las piernas y caía de golpe sentado en un corredor; así tumbado en el corredor, apoyaba la espalda en un pilar, extendía las piernas sobre la acera; tirado el zarape al lado y tenido el sombrero en la diestra se estaba por algunos minutos; la somnolencia era pasajera; se inclinaba súbitamente, calábase el de *petate* hasta las cejas, desperezaba brazos y piernas, bostezaba largo, terciaba el zarape y cogía rumbo por calle derecha, pero sinuosa para sus pies de borracho.

Inmediato á su casa hacía una parada, se pasaba la diestra, trémula, sobre la boca, trataba de arreglarse las ropas, esforzábase por ponerse derecho, y, abiertas las piernas, como marinero que á bordo busca el centro de gravedad para soportar los tumbos de la combatida nave, se iba balanceando en derechura á la puerta del tugurio—que tal era su casa—cantando con áspera y desentonada cantinela:

«Cuando un *jombre* se enamora
De *verdá* de una mujer»....

—¡Demoño con el *crijtiano*, ya viene con su *Dioj* contento!—gritaba una voz, entre enojada y burlona, cortándole el verso en la boca al jarocho cantador.

Así son estos hombres: cuando se embriagan tienen una tendencia, una monomanía, una costumbre; Juan Celestino con el juicio sano era callado, casi taciturno; daba los buenos días á sus camaradas entre dientes y con mirada recelosa; pero una vez que el demonio del aguardiente se le introducía en el estómago para trepársele al cerebro, cambiaba totalmente: de taciturno se tornaba en locuaz, de triste en alegre, de serio en sonriente, de palurdo en cortés y de prosaico en poeta; no hay duda de que con el alcohol algunas circunvoluciones cerebrales, puestas en función antes de la embriaguez, se paralizan, y otras, pasivas en su estado normal, se agitan con los vapores del aguardiente; de ahí viene esa especie de afasia, muy peculiar en los borrachos, de repetir siempre una misma palabra; por ello creo que á Juan Celestino se le alborotaba la musa cuando el licor, como una llama, incendiaba su cerebro; entonces la vena poética le venía en creces y salían de su boca versos como de otros borrachos groseros salen dichos obscenos y palabras crudas é injuriosas, de esas que ni en los labios del buen Sancho—hechos para decirlas—son bien sonadas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En los versos que el jarocho cantaba á grito herido, por calles y plazuelas, había un sentimiento ahincado de ternura y una filosofía callejera, pero cierta, graciosamente expresada en una poesía tan satírica como jacarandosa.

Escuché varias veces á Juan Celestino este cantar:

"Al mirarse *aborrecío*
De la que fué su engrimiento,
Se paseaba el *dioj* Cupido
En el jardín del contento,
Cortando *florej* de olvido
Y semilla de escarmiento."

La vivacidad en el decir, lo espontáneo de las metáforas, lo intencionado del pensamiento, hacen del canto popular una á modo de manifestación de los gustos y pesares del pueblo, ignorante por educación, pero vivaz por el medio, y sufrido por la herencia.

No pude saber—y el saberlo supondría en mí curiosidad dañada y oficiosidad manifiesta—si este jarocho tuvo alguna vez que llorar el perjurio de una ella; son estas cosas de pecho adentro que habría que sacarlas con anzuelo; pero me aventuro á presumir que á alguno van á enterrar cuando tocan á muerto; quiero decir, pudo Juan Celestino haber amado sin ser correspondido, y en viejos dolores, recrudecidos con aguardiente, derramó toda su pena y contó toda la historia del desdén de una ingrata; porque..... ¿á qué venir con consejos á mujeres si no acostumbran usarlos ni se curan de seguirlos? Sin embargo, el viejo jarocho no se percató de esta sordera de las hijas de Eva y gritó siempre para que todas lo oyeran:

"*Mujerej*, han de saber
Que de ostedes el pudor
Ej la prenda de valor
Que deben guardar mejor,
Y no la deben perder
Náa má de puro amor."

Las calles están solas de aquel canto que de boca de Juan Celestino salía lánguido y sonoro por forma pintoresca de poesía callejera: murió al cabo, sintió calofríos cuando nosotros nos quemábamos con los ardores caniculares; se arropó en su raído zarape—amigo fiel de parrandas y jaleos—se tiró panza arriba en busca de sol y murió luego.

Con él acaba el verdadero tipo del jarocho, arraigado como una ostra á este terruño, del que era poeta sin saberlo, galán sin ostentarlo, filósofo sin presumirlo y valiente sin alardearlo; ¡viva encarnación que fué de un pueblo tan expansivo en su lenguaje, tan pintoresco en sus costumbres y tan franco como comunicativo en las manifestaciones todas de su espíritu!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XX

El Maicero

Lo primero que ocupa al maicero, para dar comienzo á su campestre labor, es la roza: tala por Febrero si el monte es nuevo; pero cuando va á sembrar en *acahual* roza en abril; hay otra siembra del *tonalmil* para la cual se necesita la roza de noviembre á diciembre, y se siembra por las misas de aguinaldo.

La siembra más típica es la llamada de *temporal*; para ella el maicero desmonta á principios de año; es esta una faena larga y penosa, que cuesta mucho dinero si se practica por manos ajenas; faena que pone fiereza y dolo en el hacha cortante del afanoso leñador; los árboles seculares, de verdores lúcidos y pródigos frutos, en vano levantan altaneros sus frondosas ramas, porque la devastadora saña del labriego los derribará en un derrumbamiento formidable

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

dejando eco fúnebre en la que fué enramada murmuradora de muy frescas y saludables brisas, y albergue buscado de tan canoros como amorosos pájaros; Primavera llegará y las aves no encontrarán frondas donde tejer sus nidos; entonces lujuriosa y en celo, derramará sus preciados dones en germen de ocultos y esperados frutos por entre las grietas sedientas de la tierra; el *apipí* frondoso, la empinada ceiba, el greñudo amate, el *ojoche* alegre, el tenaz quiebrahachas y el oliente cedro son por igual saña cortados ras con ras del suelo; vése el campo yermo cual inmensa llanura en la que aquí y allá quedan troncos mústios y ramas secas; el sol cae pleno sin sombras tentadoras, ni mirajes prodigiosos, ni cambiantes deslumbradores; la brisa no tiene susurros ni los pájaros canciones; una triste soledad domina en el espacio; los despojos del hacha despiadada se retuercen, diseminados, en el que mañana será exuberante plantío, por la furia de los rayos solares; y cuando ya los ardores vernales pusieron secos y tostados los despojos, el tizón del maicero enciende lumbre en ellos, y, la llama, tímida y oscilante un punto, toma fuerza y vigor, y crece, y avanza, y se alza rápida y voraz, circundada de humo que ciega la vista y sofoca la garganta, anunciando al vecino monte pronta devastación y ruina segura. ¡Qué espectáculo al par que desolado, bello! Las ramas trepidan, los troncos chirrían, como gesticulando furiosamente por las crueldades del fuego; las aves rastreras sorprendidas y miedosas, se aventuran en un vuelo torpe y cansado; los insectos en montones perecen, las culebras en contorsiones horribles huyen con un estoicismo humano por sobre la tierra hecha ascuas; el ganado lejanamente muge y algarabía de pájaros distantes forman un angustioso murmullo de voces que parecen lamentar la muerte trágica de indefensas víctimas; y en tanto el humo y el fuego se dilatan en dantesco infierno por cima un hacinamiento de tizones que chisporrotean y de una sábana blanca de caldeadas cenizas, el maicero, inconmovible ante esa destrucción de la naturaleza, no con los brazos cruzados como Nerón á la vista del incendio de Roma, pero sí con la cabeza hacia arriba, busca

con un impaciente anhelo las nubes lluviosas, y sueña en lo abundante y presto de la futura cosecha.

Cesó el fuego y disipóse el humo; el campo está mondo de hierbas y huérfano de árboles; la tierra cocida y grietada; pero tan luego como las nubes desatan en canales sus chorros, y cae el agua torrencial y ruidosa como una bendición bautismal sobre el campo en barbecho,—anhelante de frescura y pronto á la fecundación—la tierra húmeda trasciende á yerba nueva y el sol progenitor eleva evaporaciones del agua de los hoyancos, y los pájaros se atreven á picotear en el césped que medra, y los loros se pasean con garrulería aturdidora por hoscos y miserables troncos—rehacios que fueron al devorador elemento.

Llega el día de la primera siembra; la animación cunde entre la gente de los alrrededores; el antes yermo campo se puebla de grupos animados y locuaces que blanquean, se inclinan, se levantan, se alejan y vuelven con movimientos regulados, casi mecánicos: son los sembradores que van recorriendo la tierra labrantía y depositando en ella la simiente: para la siembra, el *puntero*—armadas las manos de un palo con punta llamado *espeque* y ceñida la cintura con un cáñamo del que pende el *chical*, depósito de la semilla—parte en línea recta haciendo agujeros con el *espeque*, llevado en la mano derecha, mientras que con la izquierda va extrayendo el *chical* los granos que avienta certero en cantidades de cinco ó seis para cada hoyo; el maicero está tan habituado á esta tarea que no necesita de inclinarse para arrojar los granos, que caen sin fallar uno en el agujero; cuando el *puntero* —especie de capataz de los trabajadores—ha recorrido cuatro ó cinco metros, empieza la misma maniobra en sentido opuesto, pero paralelo á la primera línea de agujeros; y así va sembrando el terreno hasta dejarlo totalmente cubierto; este trabajo suele durar días, y cuando la milpa queda lejos de poblado, entre los sembradores se elige uno de ellos para que vaya *á las casas* por el sustento cotidiano; á este viandante llaman *almuercero* por el solo hecho de conducir el almuerzo diariamente para todos los trabajadores; á las once en

CAPILLA ALFONSINA

punto los estómagos de aquellos campesinos sienten las sensaciones del hambre; entonces se suspende la labor, y aunque el que los capitanée los exhorte á continuar la tarea, se quedan en holganza, bien cantando sus risueños amores en versos salados y armoniosos, bien hablando de la bondad del estío, ó bien contando sus cuitas en las cuales una ingrata, maltratada con los más crudos improperios, es mártir de aquellas lenguas que piden sustento y beben aguardiente sin mezcla; no se suponga que allí reloj alguno mide el tiempo: la perspicacia del ladino labriego no necesita de este instrumento, porque el sol es el que dá la medida cierta y plena; basta que el jornalero mire el ángulo que se proyecta con su cuerpo y su sombra para conocer las horas conforme el meridiano; y no valen protestas ni convencen razones: ante el fijo marcar del astro rey los relojes resultan inútiles y dispendiosos.

Llega el *armuarcero*— que dicen ellos— con tenates; el número de éstos aumenta en razón del total de trabajadores; dentro de los tenates, contenido en ollitas y cazuelas, viene el deseado almuerzo; al raso se sientan en rueda, formando grupos parlanchines y alegres; en sintiendo el olfato los olores de la comida, en viendo los ojos la blancura de *las gordas* y en paladeando la boca el ardor del chile, ya están con apetito voraz; el almuerzo casi nunca varía y se compone de arroz y frijoles en abundancia, y encima de esta habitual comida de gente pobre, va el chile, prodigado con exceso y paliado con tortilla, ó con el humeante y codiciado *café solo;* pero el hambre de estos jornaleros, aunque se contenta con tales alimentos, parece que echa de menos el pescado y que no olvida la carne, de cuyos regalos gustan muy de tarde en tarde por abstinencia larga de tan saboreados bocados; cuando llegan dentro del tenate conductor, tal creemos que los husmean á distancia, así de aguzado tienen el olfato para el tufillo del pescado y el olor de la carne guisada; entonces con mucha parsimonia y diligencia comen carne y pescado, á manera delicada de quien saborea golosinas y no está matando el hambre; concluído el almuerzo viene la charla ingeniosa

y picante, que sirve de ricos postres para hacer esperar la siesta; por turno cada quisque echa su jácara y no pocos narran su cuento, no faltando tampoco alguno en el auditorio que haga gala de donaire con ésta ó con aquella anecdotilla que trae la risa á la boca y la hazañería á las palabras; y allá ván mentiras á porrillo y chistes á montón cuando la charla prospera; otros, nada pacientes para oir cuentos y menos curiosos para escuchar consejas, se alejan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

silenciosamente del grupo, toman el machete y le dan filo en porosa y gastada piedra, humedecida á ratos por el agua de un chical.

Es plena la siesta: las bocas están calladas y los pechos lanzando cada ronquido capaz de resucitar á un muerto; al punto de la media hora despiertánse y se pegan todos al trabajo hasta las seis de la tarde, hora precisa en que no dan una *tarpaleada* así les ofrezcan pescado fresco y *mole* de guajolote, manjares que son en las comidas rancheras.

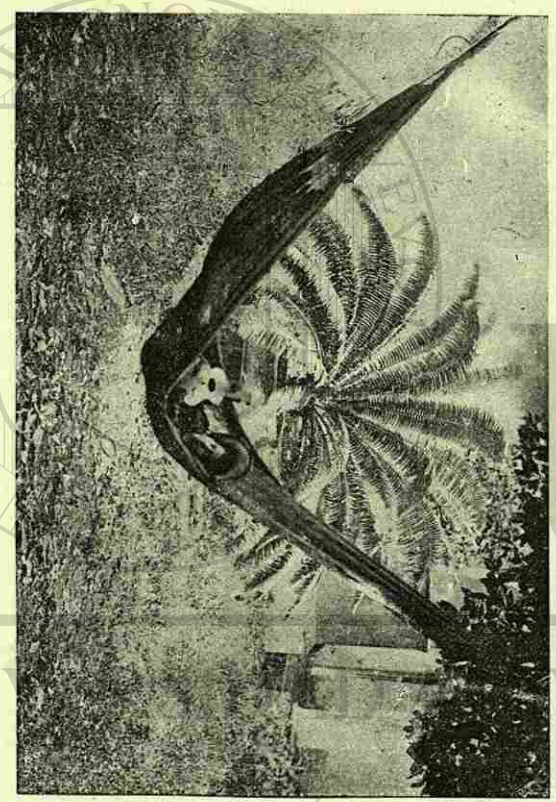
Los maizales duran quietos en el campo tres meses; durante este tiempo son objeto de mucho cuidado y vigilancia; en estos meses se ocupa el milpero en rozar la yerba, que medra pródiga entre los plantíos, y en desmochar los troncos, mal quemados, de sus brotes; con *tarpala* de largo mango y cortante filo *tamegua* (escarda) alrededor de la planta que espiga airosa y verdina por toda la extensión del campo; estas *limpias* duran hasta que el maíz echa la *miagua* (la flor) desde cuya aparición la *tarpala* deja de escardar los maíces.

Cuando el míz está maduro, (lo cual se conoce en que la mazorca—jilote – ha mudado el estigma blanquecino, casi plateado, por otro *pelo* más rubio, de un color de azafrán, que parece quemado al fuego de los rayos solares), entonces comienza la tarea que llaman *doblar el maíz*, con la cual operación se evita el que las lluvias dañen la mazorca, fruto codiciado por aquellos andurriales y filón explotable para estos y otros mercados.

La operación de doblar el maíz es larga y necesita de cuidado y tino para efectuarla; el maícero toma la planta con la mano derecha arriba de la mazorca inferior del tallo, y con la otra mano abajo de la misma mazorca; después hace presión sobre el cálamo y lo dobla sin quebrarlo; pues si lo quebrara, la planta se perjudicaría y el maíz se daría seco y anémico; para evitar tal desastre, el maícero tiene el cuidado de doblar la caña entre nudo y nudo, de este modo la savia del rico cereal sigue operando su acción germinadora á despecho del doblez de la mata, doblez que no impide la circulación ni destruye los tejidos del tallo; para todos estos trabajos se sigue el propio orden que en la siembra, es decir, que se ejecutan las operaciones en líneas paralelas, ocupándose en cada línea á un solo peón; así á un mismo tiempo se concluyen los quehaceres de campo, con ahorro de tiempo y seguridad en las labores; acabado de doblar el maíz, ya no le queda al maícero más que paciencia para esperar unos quince días; al cabo de ellos se recoge la mazorca, ó, como nom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bran esa operación: empieza la *tapizca*; para aguardar á que llegue el día de *tapizcar*, el milpero tiene flexible y oscilante hamaca tendida entre dos troncos de árboles que cre-



cen corpulentos á las puertas del rancho y prestan apacible y tibia sombra al cuerpo cansado, y ansioso de holgura, del labriego, quien en vilo se pasa allí los días tumbado perezo-

samente, con la *jarana* entre las hábiles manos que la rasguean continuadamente, arrancándole á las cuerdas sones campestres y melodiosos, acompañados del cantar chillón y meláncolico del ranchero; de ese cantar que es la única alegría en los ocios y el solo divertimiento en los holgorios de esta gente ruda, suspicaz y festiva.

¡Y qué derroche de salero por aquellas bocas quemadas con aguardiente y endulzadas de poesía!

Mientras la mujer cuece las tortillas en *comal* ennegrecido, y alista el almuerzo en la cocina tiznada del humo de la leña que se eleva por entre las cañas del agujereado caballete, el milpero canta desaforadamente desde su hamaca:

"A una prieta vivo amando.....
Y tanto el amor me aprieta,
Que he de morir por la prieta
Si ésta me sigue apretando.....

Por la prieta delirando
En tan juerte confusionej
Son tan juerte mi pasionej,
Que ya me aprieta la idea
En pensar que prieta sea
la que aprieta corazonej."

Hay un intervalo en que sólo se oye el sonar de la *jarana*, y de ahí á poco vuelve á su canto el ranchero:

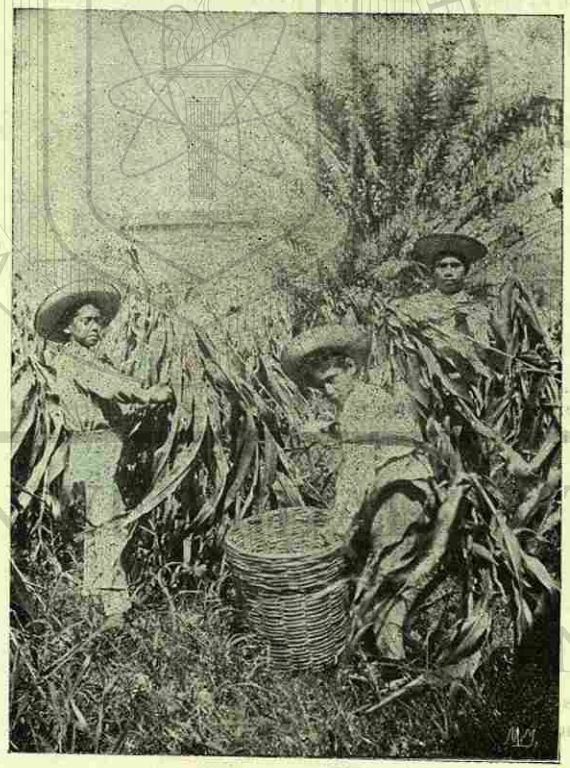
"Cuando yo milpero jui
Mi desdicha jué un desdoro,
Mi maiz lo comió el loro,
Pero siempre algo cogí.....
Pior era perderlo tóo!"

***

Ya es tiempo de cortar el maíz para llevarlo al mercado; se abandona la vihuela y la hamaca se recoge; los trabajado-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

res vuelven al campo, donde las dobladas cañas del maíz en la dilatada extensión del plantío parecen ejército deponiendo las armas ante la volundad del hombre que ha subordinado á sus necesidades los frutos todos de la tierra; una tranquilidad reina en los maízales, tan placiente y callada, que creeríanse dormidas las mieses; interrumpe esta placidez con que se apacienta la vista uno que otro espanta-pájaros que extiende los brazos, allá en lontananza, movidos furiosamente á impulsos de la brisa; los milperos van desprendiendo las



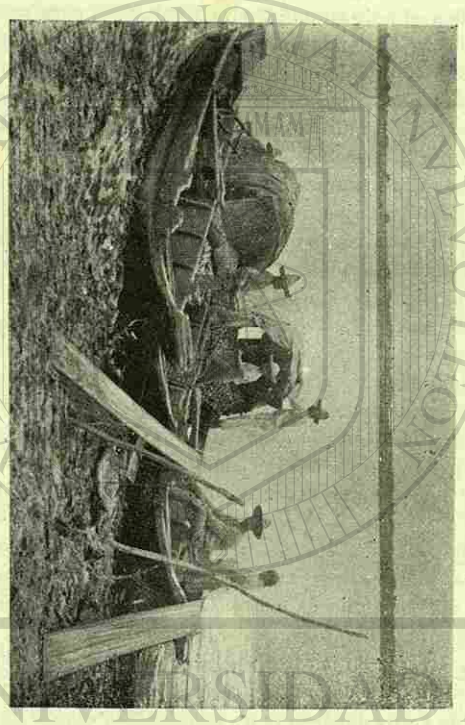
mazorcas de los tallos; las mazorcas son cortadas del pezón á derecha é izquierda, y á un mismo tiempo, y arrojadas al suelo en montones que llaman *jilas;* una vez *tapizcado* todo el maíz, depositanlo en *ponites* ó en canastas, para transportarlo á las trojes, donde se deja secar hasta estar en sazón para conducirlo al pueblo en grande y espaciosa canoa; también suele pasar al *tapanco* de la casa del maicero, para acopio y gasto de la familia, ó á los silos, si fué muy abundante y sobrada la cosecha.

Esto de la *tapizca* es una agitación inusitada que pone en movimiento á los trabajadores; hay como cierto ardor—exaltado por el placer de ver sano y grande el fruto—de arrancar las mazorcas de la planta; entre el amarillo de las matas dobladas, blanquean las blusas de los labriegos, y, por sobre ellos, se ven volar las mazorcas con giros de vencejos que buscaran el grano en los rastrojos de la sementera; á lo lejos se escucha el tronchar de las panojas desprendidas de sus tallos y el golpe seco al caer en las amontonadas *jilas*, ruidos á veces acallados por el canto del maicero, que se regocija anticipadamente con el producto de la venta y con la alza del mercado cuando efectúe aquélla; es curiosa y veloz la tarea de *tapizcar*: cogen la mazorca y le abren las hojas exteriores, casi siempre sucias; en seguida la toman por la punta, con la mano derecha, y la levantan al propio tiempo que con la izquierda arrancan el pezón de cuajo para arrojarla con agilidad pasmosa á la *jila*.

Guardado el maíz en las trojes el tiempo suficiente para quedar totalmente seco, el maicero lo conduce á orillas del vecino río, y en canoa—que no sería extraño fuera de su propiedad,—lo embarca muy bien arrumado y mejor cubierto con impermeable lona; por último, lo trae á la ribera del Papaloapan, frente al terruño, por junto á la vieja y ruinosa carnicería del mercado; allí se pone por días, levanta el *encerado* y queda á vista del marchante el maíz, el cual se vende como pan caliente si hay escasez, y alcanza muy buen precio si tenemos carestía; para que los compradores puedan llegar á la canoa, el maicero coloca una tabla de la *pala* á la ori-

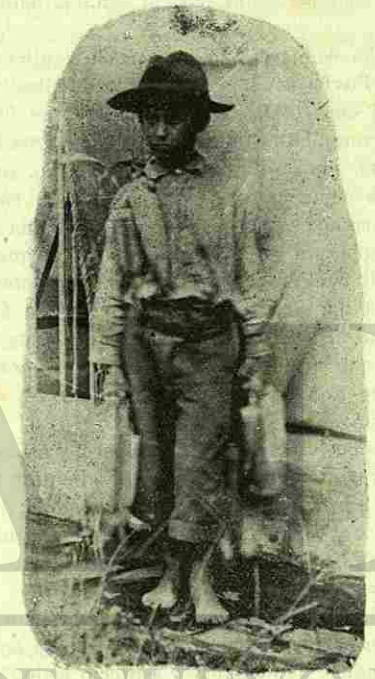
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

lla—que se llama plancha en términos marinos,—puente improvisado por el cual se sube el demandante del nutritivo grano; el maíz se vende cubierto con sus hojas; los encarga-



dos de comprarlo son muchachos y rapazuelas, sin que se tome á menoscabo el que tal cual dueño, barbón y fornido, haga también la compra en la orilla del río; para llevarlo á las casas, unos se sirven de canastas, otros de tenates, y no falta quien lo conduzca en costales; pero la manera más peculiar de transportarlo es en manojos hechos en la misma canoa

por el comprador de manera tan sencilla como fácil: toman la mazorca y le rasgan desde la punta hasta el pezón algunas hojas; ya sueltas, amarran unas mazorcas con otras formando manojos de cinco ó seis, según las fuerzas de quien los cargue; así lo conducen á sus hogares los marchantes, por cuyo tránsito tienen que contestar á preguntas como ésta:



—¿A cómo *ejtá* el *máis*?

—¡A *tré*, mano!

El cereal se vende en las canoas con hojas; pero cuando está muy caro se trae de la Mesa Central y se vende de entonces por tiendas y expendios locales desgranado y por kilos; cuando se expende en mazorcas vale la mano (cinco mazorcas) dos centavos; mas es costumbre el venderlo por el sistema antiguo de medida, á dos ó tres manos por medio, ó á cinco por un real.

Del maíz no sólo se utiliza el grano para los diversos usos que se emplea en nuestra alimentación, sino también el elote y las hojas; la gente pobre alimenta á sus cochinos—que nunca faltan por suburbios y tugurios y hasta en las calles céntricas—con las hojas; éstas también se emplean cortadas en tiras para llevar la carne y el pescado, pendiéndolos de uno á manera de lazo para conducirlos por fondas y cocinas; el elote

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sirve de leña para la lumbre del pobre, tiene uso *excusado*, y, además, los dueños de perros y gatos lo recomiendan como remedio para el *moquillo;* y no se crea que se aplica en forma de cataplasmas, ni se necesita de muchas manipulaciones para usarlo, sino que medio quemado se corta en pedazos que se ensartan á modo de collar para el can ó el felino enfermos.

Cuando la cosecha se pierde, lo que sucede tanto por la abundancia de las lluvias como por la escasez de ellas, varía desastrosamente el cuadro: la tierra, abrasada que fué de llamas, espera en vano, humeante y sedienta, el agua bienhechora; y el grano, que multiplica y acude mucho, que es de buen natío y de mejor casta, se seca dentro del *chical;* tórnase el haza en campo mustio; es esto coger de una sembrada cardos y abrojos. Si las lluvias caen antes de que las siembras las necesiten, el grano germina débil, la planta crece desgarbada y la flor se abre pajiza, recogiéndose á duras penas el *molcate*, que mucho si sirve para la engorda del cerdo, animal que gruñe hambriento en la choza del jabriego, donde vive promiscuamente en asquerosa y dócil compañía con la prole.

Quedaron fallidas las esperanzas del milpero; y esta contrariedad que á otros individuos llevaría desaliento y pondría torvo el ceño, le afecta acaso, pero lo disimula; ó por mejor decir, para consolarse de la reciente pérdida, acude á la hamaca, á la jarana, al *chinguirito* y al canto llano, que de todas estas cosas gusta para matar su pena.

Si ha pedido dinero á cuenta de maíz—costumbre muy de esta gente—á comerciantes codiciosos, con promesa de entregar el grano á cambio de metálico y á precio estipulado, (que habitualmente es ínfimo con relación al valor que alcanza el producto á la hora de la entrega), de nada se preocupa y se está quedo para ver venir; así resulta que á la añagaza del campesino se opone la socaliña del comerciante, y entre el fraude de uno y el embuste del otro, ocúltase una tácita venganza que espera tiempos mejores para resarcirse de la pasada pérdida; sin embargo de estas artimañas, no es ra-

ro saber que el maicero que levantó buena cosecha ceda su maíz al compañero enfermo, quien lo devuelve religiosamente en la primera cosecha que recoge.

Es este el tipo del maicero hecho á grandes rasgos de mi cansada pluma; mas holgaríame si alguno de vista más certera y de largo y muy concienzudo estudio, hiciese un retrato acabado de este curioso ejemplar, tipo verdadero del agricultor costeño.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

XXI

De Aficionados

La pieza escogida para aquella función de aficionados fué el drama en tres actos y en verso de Alfredo Chavero, intitulado «Xóchitl;» las razones que expuso el director de la compañía para elegir el tal drama, se redujeron á dos, tan de peso y consideración, que no alcanzaron réplica ni provocaron desagrado; la primera—más de consideración que de peso—que la obra se debía á pluma de autor mexicano, y que con su representación se protegería la literatura nacional; y la segunda—razón que halagó á los incipientes cómicos—que los dramas de capa y espada—y cuenta que en ese drama sobrarían las capas y faltarían las espadas—son siempre del gusto del público.

Aunque poco entendidos en achaques de indumentaria, apechugaron cómicos y director con la representación del drama.

Hízose el reparto de los papeles: á un joven alto y enteco, el Hernán Cortés; porque para las entendederas del director,

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cortés debía de presentarse como el Quijote, amojamado y endeble; pues la escualidez de carnes se compadecería con la dureza de la armadura que llevaría el Conquistador en las tablas.

Doña Marina fué encomendada á una muchacha que ceceaba de lo lindo por la caída de dos dientes delanteros, y que movía desmesuradamente los ojos desde que revistero mendaz le dijo en diez sandeces, publicadas en un periódico, que sus ojos eran dos soles sin manchas ni eclipses; Xóchitl, á otra de rollizas carnes, baja de cuerpo y alta de voz, de ademán reposado y lengua ligera; Bernal Díaz, á un joven imberbe que mejor estaba para Gedeón de sainete que para capitán de tragedia; Gonzalo Alaminos á un rubio de larga nariz y gesto de vinagre, muy propio para poner serio á un cascabel.

Así distribuídos los papeles, comenzaron los ensayos en casa particular en el principio; pero una vez que los actores en cierne supieron de corrida el drama, se pasó la compañía al teatro.

Los ensayos se hacían interminables, tanto porque Bernal y Gonzalo no sabían algunas tiradas de versos, cuanto porque algunas veces Xóchitl estaba con anginas, ó doña Marina con jaqueca, dos enfermedades de que casi siempre adolecían ambas mujeres.

El director de la compañía no se daba punto de reposo: del teatro al sastre y del sastre al teatro, arreglando las decoraciones y la tramoya, ó dando consejo y tela para los vestuarios; en el primer acto Hernán Cortés llevaría un jubón rojo, calzón amarillo y medias calzas de gamuza; para el segundo ó tercero—según las circunstancias—una armadura, toda ella de hojalata, porque se hizo de cartón por economía, y, como consecuencia natural, no sirvió ni para probarla; este incidente traía pensativo y cariacontecido al director y malhumorado al futuro don Hernando; pero como el director no era hombre que se echaba á llorar por esto de las dificultades, ni le descorazonaban fracasos, se fué pian piano en derechura á la hojalatería, donde, después de larga y discu-

tida conferencia, quedó el hojalatero comprometido á entregar la armadura la misma noche de la función, exactamente igual al modelo propuesto, el cual era una estampa de don Quijote en la aventura de los molinos de viento, estampa que pidió de prestado al barbero, de quien el director solía ser parroquiano; el traje de Bernal y el de Gonzalo serían sencillos, aunque no humildes; y no se necesitaría de feliz inventiva para confeccionarlos: calzones anchos de lustrina, medias y zapatillas y dos jubones plegados con sus correspondientes golillas; para con los de las mujeres no fué cosa de pensarlo mucho, que en cuestión de perifollos y embelecos ellas saben arreglarse.

Esta delicadísima y un tanto aventurada idea de los trajes de época desvelaba á los cómicos y traía absorbido el seso y embargada la atención del director, quien se daba á todos los diablos por aquello de la armadura de Cortés; pero como todo tiene solución en esta vida, aunque sea cosa larga y difícil de obtener, al cabo el hojalatero mostró, orgulloso de su obra, un ejemplar de los brazales, que á alguno de los curiosos se le antojaron peroles, y ofreció por centésima vez que haría la armadura á precio cómodo y á la medida cabal.

Las muchachas que desempeñarían los papeles de doña Marina y Xóchitl estaban que saltaban de puro gozo por los trajes: una luciría un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

huipil con una águila y su nopal, bordadas de *perfil* en la parte del pecho; cacles, cintas tricolores, el pelo suelto y un casquete con plumas, á guisa de airón, en la cabeza; la otra, doña Marina, casi con el mismo vestido, á diferencia del águila y del nopal. El director andaba sofocadísimo la víspera de la función teatral por tantas idas y venidas, ya á la imprenta, ya al teatro, ya al sastre, ya al hojalatero; los programas estaban tirados con letras grandes y en papeles de varios colores; los cómicos se los arrebataban de las manos para verse nombrados en tipos impresos, porque (sea dicho en honor de la verdad), seduce á actores primerizos y á poetas noveles el mirar sus nombres de pila en caracteres de imprenta.

El programa, entre otras cosas—que eran bien dichas por que no serían mal tomadas—decía:

AL PUBLICO:

«Los aficionados, amantes del progreso de nuestra tierra natal, presentamos al ilustrado y benévolo público de esta ciudad, el desempeño del hermoso drama histórico de uno de nuestros más inspirados dramaturgos nacionales, intitulado: «Xóchitl,» sin esperar otro lauro que la indulgencia para nuestros humildes trabajos; el producto de esta función lo dedicamos á las mejoras materiales de nuestro pueblo, etc., etc.»

En seguida venía el reparto, en el cual, por entrometimiento del regente, que anduvo pródigo de tachones, no apareció esta nota del entusiasmado director:

Hernán Cortés.... (*Con armadura en uno de los actos.*)
¡Tan desvelado le traía la armadura flamante y mentada!

***

Estamos en el teatro: la concurrencia es numerosa; la orquesta ha tocado la obertura «La Primavera» de Beristain:

los hombres se arremolinan en el *mosquete*—estrecho corredor llamado así quizás por largo y obscuro;—las mujeres no acaban de acomodarse en sus asientos, tal vez por ser muy incómodos; un campanillazo mete en silencio á los concurrentes y en sus lugares á los actores; el drama va á comenzar: algunos retardados dejan la cantina y corren á sus lunetas; se oyen tras de cortina carreras y martillazos; por los agujeros del telón de boca se asoman ojos inquirientes; el apuntador entra en la concha y enciende dos velas de esperma que á diestra y siniestra tiene; un maquinista se apodera de la cuerda del telón..... ¡Bernal á escena!..... — se escucha entre bastidores;—otras carreras en el tablado, suena la campanilla por última vez y se levanta el telón.

Bernal Díaz aparece con una muy luenga barba de ermitaño de la Tebaida, que hace reir al monstruo que dice Voltaire.....

¡Chis!..... ¡chis!..... ¡chis! ¡chissss!.....

No se escucha nada de lo que dicen aquellas barbas; de allí á poco se ve entrar á Gonzalo con una pera á lo caballero cruzado y unos bigotazos cuyas puntas se le subían hasta los ojos; vuelve á reir el público, y prolongados chis, chis, interrumpen la escena.

Gonzalo y Bernal se abrazan, y se sabe que hablan por los movimientos de la barba de Bernal y de los bigotes de coracero de su cofrade; en cambio, el apuntador grita por ambos manoteando por cima de la concha:

—«Ha dirigido la guerra»..... la guerra.....
—«¡Que es valiente y atrevido!»..... y atrevido.....

Y continuúa el apunte gritando, en tanto que los actores parecen sordomudos por que no se les ve más que hacer visajes; la escena vuélvese monótona y pesada para los comediantes, y bufa y grotesca para los espectadores; pues sabe el público del drama por los gritos del consueta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sale Xóchitl con paso de danza azteca, altos y extendidos los brazos, torva la mirada, fiero el ademán, ronca la voz, suelto el cabello y tremolante el penacho de plumas como de morrión miliciano; á esta dama sí que se le oye:

—¡Bernal Díaz, tu amparo necesito!

—¡Siempre tu amparo fuí!—grita el apunte.—Y Bernal apenas mueve aquella barba que da gana de tirar de sus greñudos pelos.

—¡Eres tan bueno!—exclama clara y distintamente Xóchitl, amortiguando la voz chillona que sale de la concha.

Sigue el diálogo de igual suerte, oyéndose á Xóchitl, y al apuntador por Bernal.

El público se impacienta, tose, cecea y da señaladas muestras de fastidio.

Le toca su vez á Cortés; sale con paso firme—cual conviene á un conquistador—puñal al cinto, ahuecado jubón, botas federicas—porque á última hora no sirvieron las medias calzas—y rodante espuela; habla fuerte y campanudo mirando de soslayo al apunte, el cual grita á Bernal que no se le oye ni jota, aunque ponga empeño en ello.

Con beneplácito del público abandona la escena Bernal; queda sólo Cortés, y con clara y precisa recitación dice paseándose por el proscenio y dejando oir el taconeo de las botas y el rodar de las espuelas:

« Luchar desde que nací,
Y luchar eternos días;
Ambicionar alegrías;
Fama ansiar con frenesí;
Sentir al fin junto á mí
Los encantos de la gloria;
Robar su pluma á la historia,
Para que el mundo se asombre;
En ella esculpir mi nombre.....
Y eternizar mi memoria. »

Prosigue hasta completar, casi afónico, una tirada de cincuenta versos, á tiempo que entra Xóchitl con una pluma menos en la cabeza y con el pelo entrenzado.

—«¡Ella!»—exclama Cortés como diciendo: ¡aquí fué Troya!

—«Señor, os buscaba»—grita Xóchitl.

—«¿Qué quieres?»

—En su delirio doña Marina.....

(El público ahora solamente recuerda al apuntador por las manos que agita fuera de la concha.)

—«O que mata..... tiene celos,
En su fiebre..... se enfurece».....

Y con propia y no interrumpida cantinela sigue Xóchitl la escena.

El drama alcanza la VI con la entrada violenta, más bien iracunda, de doña Marina; penetra hecha un brazo de mar, y en su precipitada marcha tira á rodar por el suelo el casco de Cortes que estaba en un taburete, sin duda para que los espectadores conjeturaran por la prematura presencia del casco en escena, la probable exhibición de la armadura, que ya andaba en lenguas por la boca floja del hojalatero.

—«Te llamaba el *ancia* mía.»
—«Te llamaba en mi *aflicción!*»

Y doña Marina, con retintín y asaz ceceosa el habla, y Xóchitl, con un vozarrón que ponía en silencio al apunte, formaban un dúo de urracas picudas y embusteras.

Después de un arrebato de celos por parte de doña Marina y de palabras de apaciguamiento por la de Cortés, manda éste á doña Marina á descansar de igual modo que nuestras abuelas mandaban á sus netezuelos á la cama: pronto y sin protestas.

Quedan solos Cortés y Xóchitl; requiébrala el conquista-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dor en sonantes versos; pero de tan mala suerte, que la doncella, esquiva y recelosa, obliga á hacer mutis al Conquistador, que se marcha por el fondo diciendo para el público:

«Yo soñaba con la flor,
Y me despierta la espina!»

Vienen, para mayor juego escénico del drama, Bernal Díaz y Gonzalo; Bernal sin aquellas barbas patriarcales y Gonzalo falto del mostacho y de la pera caballeresca; cualquiera diría que se habían dado su pasada por la barbería.

—«Esperar aquí á Cortés
Puedes. No se qué recelo
Me da ese pliego,»

Dice Bernal con voz sonora que no desdeñaría un sochantre.

Gonzalo ve á Xóchitl como reconociéndola; se acerca á ella, y en melífluos tonos se produce un coloquio que de seguro Hartzenbuch hubiera envidiado para sus heróicos cuanto inmortalizados «Amantes de Teruel;» el coloquio, como es de rigor para tramas teatrales, se interrumpe por un tercero, que aquí no fué el airado padre de la doncella, ni el cornudo esposo de la infiel, sino el propio Bernal, desbarbado, que importuno desbanda á aquella pareja amartelada.

Al verlos salir por opuestas direcciones, exclama con voz tonante:

«Contento se va el doncel .....
Contenta va la doncella».....

Y hasta el público diríase contento por la desaparición de las barbas de Bernal, que en este momento las echó de me-

nos el auditorio por estar solo en la escena y tener todos ojos para él, puesto que ya se oía altamente su papel de capitán historiador y deslenguado.

Sigue un diálogo entre Bernal y Cortés, que concluye para salir Conquistador y capitán por una mal pintada galería; aún resuenan por las tablas las pisadas de los actores, cuando entra Marina con el cabello en desorden, las manos crispadas, frenética, con una iracundez capaz de poner miedo en el pecho más valeroso; histérica, terrible, poseída como la pitonisa de Endor, grita desaforadamente:

—¡«La traidora! ¡La traidora!»

Y cae el telón.

***

Los espectadores se levantan estrepitosamente de los asientos; salen los hombres, y las mujeres quédanse abanicando en palcos y lunetas; los músicos templan sus instrumentos; los corrillos se forman en el *mosquete*; se encienden los cigarros, y, entre humo y bostezo, se comenta la representación, siendo asunto de donosa burla las barbas de Bernal y el bigote de Gonzalo, de los cuales se supo en el entreacto (por chisme traído de entre bastidores), que fueron impedidos para hablar en las primeras escenas por los pelos de aquellos greñudos aditamentos que dieron en la manía de metérseles en la boca tan luego hacían diligencia y gana de articular palabra, y vinieron á ser los tales—mala sea la semejanza—mordaza para las antes tan calladas bocas.

Los amigos y parientes de los cómicos ganaron la puertecilla que conduce al foro; arriba todo era confusión y algazara; las mujeres hablaban hasta por los codos, y los actores recibían muy ufanos las felicitaciones de los visitantes al escenario; los maquinistas se estaban duermes, porque el traspunte había ordenado que la misma decoración serviría para el segundo acto; el mozo de accesorios—que llaman aquí *utilero*—va de un rincón á otro trayendo lo necesario: una mesa la coloca en primer término preguntando diligente por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el velón que de rigor alumbraría sobre ella la escena; Marina está en su cuarto dándose la última mano de colorete para después pedir á Xóchitl el que le amarre las correas de los cacles, los cuales se le desataron con el paso de carga que empleó en la última escena por consejo del director—que andaba inquieto porque la armadura no llegaba todavía á las tablas, no obstante veinte recados para el pachorrudo del hojalatero;—escena fué esa en que simularía, según rezaba el texto del drama, estar presa de una pesadilla, y, por mala dirección, resultó el sueño de una sonámbula furiosa, buena para ser atada con una camisa de fuerza. Xóchitl, metida entre bastidores, sentada cuidadosamente para que no se le ajara el *huipil*, escuchaba sonriente las felicitaciones de sus admiradores; el escenario se puebla de gente; el director, hecho una sonaja—presumo que su alegría proviene de que la armadura entró al foro clandestinamente dentro de un costal—obsequia á los aficionados y brinda á las muchachas con copitas de Pajarete y *marquesotes* y *soletas*; al otro lado del telón de boca se oye á los músicos que todavía no acaban de templar sus instrumentos, ¡así son de perezosos! El rumor de las conversaciones del público domina todos los ruidos de fuera; en el centro del escenario se agita multitud locuaz que da órdenes, recibe pisotones, se apresura y afana como si cualquier retardo en las maniobras encomendadas á su presteza fuera cosa de desquiciar el mundo; de pronto los músicos preludian el wals «Dolores;» entonces el foro toma un aspecto más ordenado, aunque no menos curioso: Gonzalo se pone á bailar con Marina, la cual ya está pintada de nuevo y lista de los cacles; Bernal—sin la seriedad que le prestaban las barbas ni la importancia de capitán del tiempo y de la calidad que requería el papel encomendado á su pericia—se lanza pronto y solícito en demanda de Xóchitl para pareja; pero Xóchitl—que está metida entre bastidores y no mueve pie ni boca desde que se echara el telón—no quiere bailar; Bernal pregunta la causa de tan obstinada quietud, y Xóchitl, por única respuesta, muestra un pie estropeado por la bota de Cortés en una de las escenas más culminantes del

drama; Bernal no se da por desdeñado, Xóchitl no se hace de rogar, y alegres y saltarines y ligeros bailan el wals.

Cesa la música; suena la campanilla, y todos aquellos curiosos impertinentes se precipitan en volandas por la puertecita del foro.

—¡Cada quien á su lugar!—este anuncio preventivo del traspunte desembaraza la escena.

—¡¡Todavía no!!—grita Cortés desde su entonces cuarto de vestir.

El director vuelve á sonar la campanilla.

Xóchitl y Marina se disputan por última vez uno de los agujeros del telón, al cual se acercan curiosas para mirar alternativamente á la concurrencia, espectáculo para ellas muy interesante.

—Allá está el licenciado..... ¡tan criticón!

—¿A ver?

—Mira en aquel palco á..... (se pega al oído de Marina y le dice un nombre.)

—¡Sí, él es!.... .

—¡Cuánta gente!

¡Tilín, tilín, tilín!.....

—¡Fuera!..... ¡Fuera!.....

—Bernal—dice el traspunte alumbrándose con una vela de esperma que sin candelero lleva en una mano, mientras que con la otra hojea un manuscrito—siéntate delante de la mesa; y tú, Xóchitl, á su derecha en ese sillón.

Xóchitl, á la voz de mando del traspunte, deja el agujero del telón, y Marina se oculta entre bastidores.

El llamado *telonero* está con la cuerda en las manos esperando el campanillazo del consueta que saca la cabeza de entre la concha, enciende sendas velas y abre el libro sobre el atril.

Tilín, tilín, tilín..... ¡Rás!—¡Rás!—¡Rás!.....

Se levanta el telón.

Los espectadores no han acabado de colocarse en sus respectivos asientos; las toses continuadas, las pisadas repetidas sobre el entarimado, el golpe de las sillas en los palcos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

el chichear del público que intenta poner silencio donde él metía ruido, forman una algarabía por la cual no es posible oir palabra de lo que dicen los actores, aun aguzando los oídos.

Pasó lánguida la primera escena sin que casi el auditorio percibiera lo dicho por los personajes del drama; comienza la segunda con un soliloquio largo y denso para dicho en redondillas; pero se concluye la fatiga con la presencia de Gonzalo, quien viene á pelo para animar á Bernal que parece temeroso de verse solo en el proscenio; departen amigablemente Gonzalo y Bernal, y á renglón seguido entra Cortés.

Hay un movimiento en el público, de sorpresa primero, de burla después, resolviéndose, por último, en un prolongado murmullo salpicado de alegres y francas y altas y locas carcajadas.

Cortés viene con la resplandeciente armadura de hojalata ajustada á su cuerpo enteco; y la cabeza, erguida por el gorjal que le oprime el cuello desastrosamente, estaba del todo oculta dentro de un bacinete, á manera de celada, que el hojalatero quiso hacer casco y que no llegaba, ni con esfuerzo, á yelmo, aunque llevara visera movible con ranuras horizontales; en la coraza, el peto amplio y liso, sin arista en la parte media; los guardabrazos sin codales y las manos sin manoplas ni guanteletes; el peto—que tiene forma que va para corazón—carece en la parte inferior de volante con launas para pender las escarcelas; tiene musleras y grebas, pero no rodilleras y escarpes; hacía una figura asaz ridícula con tan quijotescos arreos, que eran suplicio más que lucimiento para el personaje de Cortés.

Y al punto que quiso hallar diligencia en los brazos y ademán en las manos, comenzaron los brazales á correr peligro de caerse; y tan luego que habló y movió la cabeza, el cordelillo con que fué asegurada la armadura—á cambio de hebillas y correas—fuése ludiendo en parte, quedando el peto solo sostenido de un espaldar; aquí de los apuros de Cortés que sufría tanto como en la Noche Triste; llevóse ambas manos

al vientre, cual si le atormentaran retortijones de tripas, y quiso hablar en medio de la más espantosa rechifla que hayan escuchado orejas de cómicos de la legua y de oradores oficiales por días de fiestas patrias; y la visera se le vino presto á los ojos; hizo gana de andar, y las musleras y grebas crujieron; á pie firme y con los brazos en jarra, echó el papel por aquella boca pronta á maldecir desde el venerado casco de Mambrino hasta la invicta armadura del Cid; el embarazo le ensordecía y mal repetía el verso que el apunte le daba; y allí del tartamudear, y hablar monosílabos, y soltar desatinos, y hacer el papel muy largo y la armadura más molesta: por la justificada hilaridad del público—sea dicho á despecho del Conquistador—la tragedia se volvió sainete.

Bernal, en tanto, se quedó estupefacto ante aquel fracaso mayúsculo de cosas de caballería andante; no encontraba medio en su reducido caletre de salvar el trance: quitarle la armadura á Cortés en plena escena, sería desacato; ajustarle el peto, sería insubordinación, y resolvióse por salir del proscenio dejando al Conquistador hecho un estafermo mientras el respetable público reía á más y mejor, y de las *altas galerías* bajaba desatado turbión de silba amenazante y dura.

El director estaba furioso contra el hojalatero—á quien,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por un trasporte de alegría, le pagó la hechura con plata sonante;—pedía que se lo trajesen para golpearlo; arrojó sapos y culebras por su boca colérica, y juró y volvió á jurar que cuando amaneciera acusaría al hojalatero de fraude y estafa; por todas estas bravatas, que eran proferidas de bastidores adentro, Marina se desternillaba de risa y Xóchitl lloraba de lo mismo; el apuntador también soltó el trapo á reir; todo lo cual sacaba de quicio al director que mandaba á donde el diablo soltó las botas á comediantes y comedias, y maldecía de armaduras y hojalateros; el encargado del telón al ver á don Hernando en situación tan crítica, aunque pasaba por poco avisado, fué más caritativo: soltó la cuerda y el telón cayó rápido; entonces los músicos, rientes todavía, tocaron de memoria una danza para sofocar la grita del público que pedía frenético: ¡¡Otro!!..... ¡¡Otro!!..... ¡¡Otro!!..... como si fuera cosa de repetirse el suplicio de un Hernán Cortés aherrojado con hojalata y silbado en una que esperaba hacerla gloria teatral eterna.

XXII

Bailes de Cruz

¡VIVA el padrino!.....

Y la danza suena en los pitos y las palmadas en las manos y el vocerío en mil bocas llenas de regocijo.

Los músicos vuelven á la interrumpida danza y las parejas prosiguen el baile, llenando toda la sala con sus movimientos y sus sonrisas, y los espejos con sus figuras gentiles y sus prendidos galanos.

El padrino, designado por una medalla colgada al cuello como dogal de coyunda de que no podrá librarse, á su vez pone la cinta á la joven de su gusto que se encuentra en la fiesta..... vuelve la concurrencia á vitorear á la madrina, tocan diana los músicos, gritan los espectadores y bailantes, y vuelve á reanudarse la danza.....

Estos bailes se denominan «bailes de cruz», porque anual-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por un trasporte de alegría, le pagó la hechura con plata sonante;—pedía que se lo trajesen para golpearlo; arrojó sapos y culebras por su boca colérica, y juró y volvió á jurar que cuando amaneciera acusaría al hojalatero de fraude y estafa; por todas estas bravatas, que eran proferidas de bastidores adentro, Marina se desternillaba de risa y Xóchitl lloraba de lo mismo; el apuntador también soltó el trapo á reir; todo lo cual sacaba de quicio al director que mandaba á donde el diablo soltó las botas á comediantes y comedias, y maldecía de armaduras y hojalateros; el encargado del telón al ver á don Hernando en situación tan crítica, aunque pasaba por poco avisado, fué más caritativo: soltó la cuerda y el telón cayó rápido; entonces los músicos, rientes todavía, tocaron de memoria una danza para sofocar la grita del público que pedía frenético: ¡¡Otro!!..... ¡¡Otro!!..... ¡¡Otro!!..... como si fuera cosa de repetirse el suplicio de un Hernán Cortés aherrojado con hojalata y silbado en una que esperaba hacerla gloria teatral eterna.

XXII

Bailes de Cruz

¡VIVA el padrino!.....

Y la danza suena en los pitos y las palmadas en las manos y el vocerío en mil bocas llenas de regocijo.

Los músicos vuelven á la interrumpida danza y las parejas prosiguen el baile, llenando toda la sala con sus movimientos y sus sonrisas, y los espejos con sus figuras gentiles y sus prendidos galanos.

El padrino, designado por una medalla colgada al cuello como dogal de coyunda de que no podrá librarse, á su vez pone la cinta á la joven de su gusto que se encuentra en la fiesta..... vuelve la concurrencia á vitorear á la madrina, tocan diana los músicos, gritan los espectadores y bailantes, y vuelve á reanudarse la danza.....

Estos bailes se denominan «bailes de cruz», porque anual-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente se celebran por Mayo, cuyos primeros días dedica el rito católico al culto de la Cruz; antaño, en la misma sala de baile se levantaba un altarito y en él se ponía una cruz, toda ella adornada con profusión de flores y de luengos coloridos y perfumados rosarios hechos de *virsúchiles;* hoy sólo subsiste la costumbre del baile por esta época, con el propio nombre, pero falto de altaritos resplandecientes y de *virsúchiles* floridos; en cambio, acuden muchas parejas y la sala se adorna de una manera especial que, las más de las veces, resulta vistosa y casi elegante: en las puertas y ventanas se cuelgan cortinas de punto con pájaros y flores labradas en la misma tela; las de las puertas, abiertas en la parte media, están recogidas de los extremos inferiores y sostenidas por cintas anchas á unos garfios de metal llamados agarraderas; las de las ventanas van recogidas del medio en caprichosos pliegues, con cintas y flores en el lugar del frunce; en las blancas paredes se colocan cuadros, éstos suelen ser de prestado ó alquilados á precio no muy alto, bien pertenecientes á alguna barbería, ó bien á dueños de casa particular que gustan de tener cuadros litografiados con figuras alegóricas ó mitológicas, y que no se desdeñan de alquilarlos; también algunos espejos de altas y límpidas lunas llenan los claros que dejan los cuadros; á lado y lado de cuadros y espejos van unos recipientes de barro cocido y pintados al rojo caliente, conteniendo flores frescas y lozanas de una variedad de colores y con una más variada fragancia de perfumes que alegran la vista y llenan de aromas el recinto de la fiesta; la sala se halla circuida en sus dimensiones por sillas puestas unas en seguida de otras, interrumpiéndose solamente la sucesión en las puertas de entrada; en esas sillas toman asiento las bailadoras; la *recámara* queda destinada para las mamás y para las tías que á guisa de guardianes celosos vienen siempre á la zaga de las pollas; el comedor se reserva para los músicos, el cual lo ocupan todo con atriles, con instrumentos, con cachivaches y con sus personas, que, aunque pocas, suelen ocupar grandes lugares, por ser los filarmónicos un tanto dados á la comodidad, para estar á sus anchas des-

pués de las tocadas y en tiempo de los registros, tiempo largo y fastidioso para bailarines impacientes y para espectadores curiosos; afuera, en el patio, está la cantina, debajo de un toldo de lona que cubre gran parte para preservar á los concurrentes del relente nocturno y de uno que otro chaparrón, que no es aventurado caiga por esas noches.

Estos bailes son, al par que pintorescos, divertidos: las muchachas concurren vestidas de colores muy claros en las enaguas y en las pañoletas, con el cuello y los brazos desnudos, cubierta parte de la espalda y todo el seno por un pañuelo de crespón ó seda, puesto sobre los hombros y doblado de puntas encima del redondo pecho; cabello entrenzado, con cintillo lustroso prendido de flores; bien calzadas de los pies, y en todas sus personas una gracia ingenua y un donaire muy luciente que las hacen majestuosas y regias á pesar de tan sencillas galas; los bailadores, por lo riguroso de la estación, van en mangas de camisa blanquísimas y planchadas; con pantalón blanco también, adornado por banda de color chillón que ciñen á la cintura, bien liada y con airosos pliegues, zapatos bayos, y en el bolsillo el lastre de algunos pesos para andar seguido por el escollo de la cantina del patio, y en ella ser obsequiosos y liberales y pródigos, que de todo son tratándose de regalar á las muchachas á la hora en que los músicos callan, los pies descansan y las bocas se desatan á charlar con un jacarear y con una cháchara de pájaros que forman la algarabía y el contentamiento de estas fiestas.

El corredor donde el baile se sucede está atestado de gente curiosa y picotera, de gente que se estruja, atropella y murmura del prójimo mientras los de adentro se divierten; es aquel un cerco de multitud alborotadora y locuaz, en donde se conjuntan y departen viejas y muchachos, jóvenes y sesentonas, no obstante que el policía, con una gravedad de cancerbero, está apostado en la puerta, engreído como quien está seguro de que su presencia casi olímpica impedirá el desmán y la insolencia de la gente de afuera; esta ristra de espectadores entra en murmullos y en murmuraciones cuando

CAPILLA ALFONSINA

la música cesa; y son viejos y viejas quienes llevan la batuta en el corrillo:

—Oye, tú, Matiana, ¿cuándo en mi tiempo, *verdá?*

—¡Ya lo creo! *Entonce naá* de *coñás*, ni de *bermús*, ni *ñaca* que raja la tripa, sino purita agua loja *mú frejca*, *jorchata* que sabía á leche y *rojquete* y *soletaj*..... hora con la *condenda cervesa* y otros *menjurje*, *tóo ej* embolarse y.....

—*Ej verdáa*..... *Miáa* aquella..... la del moño *coloráo*..... ha *comío má* pavo que yo en veinte *noche güenas* buñuelos.....

—Y esa *vigilia* que *ejtá* junto al *ejpejo*..... já¡ já! já!..... jí! jí! jí!..... *pué* que barruntará la *mú*..... *indina* que la van á sacar á bailar!..... No sacan á las pollas *contimá* á una vieja tan dura de pelar....

—No hay ni un bailador en la sala; pero *vé* á la cantina y *veráj: cervesa* por aquí, coñá por allá; y *ansina* trincan y *jalan* y se embolan; y las *probes* muchachas aquí solitas en la sala como si *ejto* juera velorio y no bailoteo y jarana....

Y las notas juguetonas de un wals vinieron á terminar con el barullo de aquella gente.

Los bailadores entran á borbotones en la sala: cada quisque va en solicitud de su pareja: ésta la tiene comprometida aquélla ha cedido todos los wals al maestro de escuela; la de más allá' no baila wals porque le da jaqueca, alguno—bailador empedernido—no encontrando pareja moza apechuga con la vieja, blanco que fué de las murmuraciones de la chusma ventanera; una veintena de parejas se lanzan al son del wals en un rápido y prolongado rodeo: unos bailan menudito y de lo más bien cernido y reposado; otros á saltos como cabriolas; otros brincan en la sala con gran ligereza de pies y soltura de cuerpo; quienes tripudian arrebatadamente, saltando y bullendo de entre las parejas; cuales andan volando á la redonda, sin un instante de reposo; tales bailan con gestos alegres y mudanzas cómicas que se ufanan con mirarlas al espejo: pero todos saltan alrededor de la sala y la coronan con sus agitados giros, moviendo los pies

como plumas y volviéndose á uno y otro lado con galiardía y presteza; terminada la música, quedan empapados de sudor, con las ropas mojadas y las lenguas secas, sofocados del propio modo que si se hubieran entregado á un ejercicio penoso en vez de á un placer recreativo; pero para estos trasudores está el abanico en las manos de las mujeres y el pañuelo en las de los hombres; vuélvese á quedar escueta de bailadores la reunión: las mujeres charlan entre sí contándose mil reservadas confidencias —que en cualquier otro momento serían fruslerías, pero entonces se les antojan cosas de tino y peso;— que si Fulano declaró en la primera danza su atrevido pensamiento á Mengana; que si Zutano dió un fuerte pisotón á Fulana al bailar la penúltima pieza; si éste baila ligero y aquél pesado; y así se cuentan estas y aquellas futilezas para matar el tiempo hasta que los jóvenes, con bandejas y copas y vasos y botellas y bizcochos, vienen á obsequiar á las bailadoras, las cuales, por temor á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los díceres de los concurrentes á puertas y ventanas exteriores, acaso si humedecen los labios en los bordes de las copas, y apenas si toman la puntita de un bizcocho; pero allá se desquitarán con creces de esta abstinencia pasajera cuando con cualquier pretexto vayan á la recámara, donde las mamás tienen buen acopio de vituallas para repartir á aquel batallón de bailadoras bloqueadas por la husma de los murmuradores de las ventanas.

Es costumbre terminar estos bailes con la aurora; para que así suceda, los concurrentes á la fiesta están muy atentos en obsequiar á las mamás y tías con una largueza de potentados; porque unas y otras son las conductoras de las indispensables parejas; y á fe que son perspicaces; pues todo es que una tía comience por pedir el *paño,* que ya todas las mamás se ponen en movimiento queriendo levantar del campo á dos ó tres pimpollos; y en yéndose una, parece que han tocado á la desbandada: todas imitan el ejemplo—que aquí sucede ser mal ejemplo—y la sala se queda desierta de parejas y los bailadores dados á Satanás y los mirones á todas las habladurías de gente desocupada.

Las últimas piezas que se bailan son danzas—el baile por excelencia de las costeñas—y es costumbre, cuando se baila esta pieza, que en el momento de hacer la figura llamada cadena, se robe alternativamente cada bailador la respectiva compañera del que se enfrentará para la cadena; suceden con esta práctica no pocos risibles chascos, tales como bailar marido con mujer, pretendiente calabaceado con moza desdeñosa, enemigo irreconciliable con no menos jurada enemiga.

Sin embargo, como es natural, esto no impide que de los « bailes de cruz » salgan algunos noviazgos que muchas veces se resuelven con la bendición del cura en la vicaría.

Tan divertidas fiestas son á menudo de subscripción, otras de escote y rara vez de bóbilis bóbilis; pues hay muy contadas gentes que les guste gastar sus dineros para que otro baile la novia y la divierta; con todo y ello, el padrino queda obligado, desde que le cuelgan la cinta del pecho, á dar el siguiente baile, y á regalar—por lo menos—á la madrina que designó una banda de raso con largo fleco y muy adornada de guirnaldas y lentejuelas: esta prenda la lucirá la madrina toda la noche de la fiesta como típico distintivo del padrinazgo; de cualquiera manera que se vea, son estos bailes llamados de cruz, nota alegre y característica del terruño, no sólo por la época en que se celebran, sino también por la particularidad ostensible del traje de las parejas, que blancas y sonrientes y bulliciosas parecen bandada de palomas en campo esmaltado de flores.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIII

Café Pil Foc.

ANTES llámabase Café del Alba, y este nombre concordaba cabalmente con la idiosincrasia de los parroquianos, que son habituales madrugadores, y, por ello, concurrentes de diario al café que abre sus puertas antes que amanezca el día; hoy, por arriba del mostrador, se lee en rótulo ostentoso: Pil Foc, sin que nadie se meta á indagar el por qué de título tan exótico, bien que sí se guardan muchos llamarle con ese nombre.

En la madrugada es bullicioso el ajetrearse de sirvientes y propietario para atender á la parroquia; aquéllos andan con el sueño pendiente de los párpados, los ojos pitañosos, los pies tardíos, las manos torpes y la voz afónica; el amo va de un lado á otro activando el servicio con voces de mando; los parroquianos ocupan todas las mesas, soñolientos y desperezándose, piden á gritos y beben con hartura; son recove-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ros que vienen antes de la aurora al mercado, ó trasnochadores que después de la parranda acuden á tomar un poco de café con leche, á menudo mezclado con un mucho de aguardiente, bien contenido en una botella que lleva dentro cáscaras de naranja en maceración añeja; afuera se escucha el murmullo de los compradores—pues el café queda frente del mercado—y el de los *revendones* que no bajan un punto del precio propuesto, aunque con frecuentes y suplicantes peticiones los marchantes lo intentaran; en la esquina un hacinamiento de pescados todavía colean, argentándose sus palpitantes escamas en cada movimiento con el toque de luz de la del alba que clarea, y rutilándose á veces por el tímido parpadear del farol, que en su agonía arroja destellos rojizos

sobre el pequeño radio donde aún la aurora no ha reducido las sombras nocturnas; los pescadores disputan por diferencias en sus cuentas, sin que se vayan á las manos ni se injurien de palabras.

Se hizo día: las luces de dentro el café palidecen al riente fulgor de la mañana; podemos ver distintamente las mesas redondas con lujosos mármoles; la *cantina*, en el fondo, cercada de un mostrador no muy largo; sobre él están la canasta abastecida con los panes para el desayuno de los madrugones y la vasera pulida por la frecuencia con que es lavada todos los sábados; en medio una pirámide se levanta formada con botellas. resplandecientes por el brillo del cristal y el color lustroso del papel en que va dibujado el marbete; con esto los fabricantes provocan la gula de los catadores, que no siempre habremos de llamarlos borrachos; puestas las manos sobre el mostrador, en actitud beatífica—que mal se aviene con lo mundano del lugar—espera el dependiente para pronto servir á los bebedores, que, de mañana, no tardan en llegar á pedir *un jobo, un nanche. un cloroformo, un durazno, un perón*, que con todos estos postizos se le llama para no nombrarlo aguardiente á secas; algunos beben de madrugada y antes de todo alimento por una necesidad de ciertos organismos morbosos; otros, de diez á once, hora del piscolabis: éstos son los metódicos llamados *mañaneros;* los consuetudinarios no tienen hora fija para las libaciones, y beben cuando algún amigo invita—para tales casos siempre abundan los amigos,—es entonces cuando el cantinero pregunta á cada quien qué toma; se quedan ellos pensativos, como si se tratara de resolver la cuadratura del círculo, y en seguida se interrogan dubitativamente: ¿qué tomaré? Para decidirse á beber lo que el obsequiante pide, así se resquemen el gaznate; allí consuetudinarios y mañaneros hacen la olla gorda, ó se emborrachan por lo menos.

A medida que avanza el día, los concurrentes al Café del Alba varían: en la madrugada son gente labriega que vienen del rancho trayendo para la venta los productos del corral y de la huerta; más de día, son buenos vecinos que ocurren á la plaza á ver el animado ir y volver de multitud apresurada y madrugadora, y á la postre aprovechan la cercanía del café para tomar el desayuno, compuesto de café con leche, ó chocolate espumoso y oliendo á canela, pan de marquesote,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mestiza, torta de manteca ó mollete untado con mantequilla, que se antoja tostada, aun faltándole el tueste; á las nueve

de la mañana se forma el corrillo en el corredor de la parte que da al río; se habla de lo ocurrido en la pasada noche; de chanchullos y chismerías, cuando no de gatuperios y amoríos con cuentos de maricastaña, poniendo en todo chiste y desenfado; no falta tampoco demagogo nocharniego que hable de política, y embustero lenguaraz que se ufane de conquistas como las del Tenorio; de entre los del grupo hay alguno que muestre prodigalidad con pedir la mañana; á las palmadas, el mozo acude á informarse de lo que beben los solicitantes de caldos; piden presto y se les sirve luego en extendida bandeja coronada de lucientes copas, por entre las cua-

les una botella yergue su cuello altanero á modo de tirana dueña de voluntades, y, conocedora de secretos y de miserias; bebido el licor, se promueven conversaciones de hombres solos; se habla de mujeres, y á porrillo se dice de todas mal por no poner entredicho; y el que habla y mal dice, lo dice porque otro lo dijo, ó porque lo dirá después, ó lo dijeron, dirán y dicen, aunque uno sólo diga los díceres que se dicen; y si esto dice aquél, no lo dice por aquélla, sino por haberlo dicho un decidor de dichos en punto de dicharachos que no es para ser dicho por malévolo dichero; se descomponen al cabo; vienen los denuestos, profiérense las injurias, prodíganse los insultos, levántanse los gritos, y desagradados y rijosos y valientes, echando bernardinas y fanfarrias, cogen rumbos opuestos, disolviéndose el corrillo.

A medio día, gente que pone tregua entre sus faenas habituales, juega tresillo, ó *pocar*, ó *golfo*, por frente á un amontonamiento de barajas que tienen más hojas que las «Siete Partidas» de Alfonso *El Sabio;* se suscitan disputas por tal cual jugada que pareció mala á tio Pompo, ó que no cuadró á tío Marcial; nómbrase árbitro para dilucidar punto de tamaña discusión á alguno de los alcaldes—titulados así sin escrutinio—que, no satisfechos con mirar, apuntan á los jugadores con menoscabo y perjuicio de los contrincantes....

—¡Con cinco por todo!
—¡Hasta diez!
—¡No, hasta quince!
—Pues, ¡hasta veinticinco! ... .
—¡Voy!.....
—¡Una carta!
—¿Ah, llevas cuarenta?
—¡Tres cartas!.....
—¡Voy á matarte las cuarenta!
—¡Eso quisieras!
—¡Paso!
—¡Veinte más!
—¡No quiero!
—¿Vas á espadas?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

—¡No, á oros!
—¡No puede ser! Yo llevo oros.....
—¡Diez más!
—¿Qué?
—¡Que diez más quiero!
—¿Qué tienes?
—¡Treinta y ocho!
—¡Demontre con el *lechero!*
—Voy muerto.....
—*¡Puej* al camposanto!
—¿De cuántas?
—¡Cinco!
—Voy.....
—*¡Pué* al hilo!
—¡No se ha visto!
—¡Cinco más!.....
—*¡Toó* se te *güelven* mandamientos de la Santa Madre Iglesia!
—*¡Ej* lo mismo, *compa!*
—¡Quiero!
—¡Tres cartas!
—*¡Doj* cartas!
—¡Ah, que dos!
—¡Te agachaste!
—¡Uno hace lo que puede!
—¡No es masa aguada!
—¡Ni que *juera* tamal de *pescáo!*
—¡Paso!
—¡Paso!
—¿Cuántas tienes?
—¡¡Cuarenta!!
—¡Ah *buto!*
—¡¡Golfo!!.....

Y se engolfan hasta las tres de la tarde en este juego de envite, hora en que el coíme levanta el paño y con él las cartas; cada jugador vuélvese á la tarea, suspendida en el momento del holgorio, con la esperanza de tornar al otro día á

dar golpe y porrazo, codillo ó *golfo*—según á lo que juegue — con una siempre inventada combinación, desconocida de los *alcaldes*, y que de seguro dejará patifuso á tío Pompo y boquiabierto al marrullero del Panchito.

En la tarde se junta de nuevo el corrillo para contarse chismes y hablar parolinas; pues aunque no suele haber copas, la falta de ellas no excluye las murmuraciones. A prima noche acuden parroquianos á tomar un refrigerio, que á menudo resulta cena por ir adicionado con empanadas de las *garnacheras* establecidas en el tan viejo como sucio mercado, ó con un tasajo que achicharró la parrilla, ó una longaniza que soasó la lumbre del fondichín de junto á la «Carnicería;» ya de noche, el despacho es más continuado, pues los trabajadores de muelles y vapores toman camino del ALBA—respeto la costumbre de los parroquianos que lo llaman así á despecho del pintado letretro—á brindar copas y á beber algún tónico en vez de cena: de noche está el café bastante iluminado, á modo de que se vea lo que engullen los golosos; entonces los cuadros abigarrados y las estampas churrigueresca que tapizan las paredes, toman un cierto viso de aristocráticos que no tienen de día; sin embargo, á ratos, mal se acuerdan con la mugre de tipos que charlan y gesticulan en grupos congregados alrededor de las mesas.

Dadas las doce de la noche, manda el dueño cerrar las puertas; los mozos echan á tambalearse en la calle á los borrachos poltrones que duermen repantigados en las sillas colocadas en el corredor desde en la mañana; apáganse las luces para volverlas á encender antes del alba, y queda el establecimiento á obscuras y en un silencio sepulcral.

Vuelve el tragín del amanecer con los madrugadores y noctívagos; el sonar de tazas y platos; el retintín de las cucharillas en los vasos; el vocear de los marchantes; el palmear del dueño llamando á los sirvientes; el arrastrar de pies perezosos por fámulos que preguntan matando un bostezo: —¿Qué toma?—Hay pan de güevo, de agua, de manteca, *rojca* alvaredeñas, mestiza, mollete con mantequilla.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y en estos decires, la aurora se entra por el oriente amenguando el fulgor de las luces que iluminaron como á fantasmagorías teatrales los tostados rostros de candorosos labriegos!

Siluetas.

XXIV

FELIZMENTE el terruño carece de aduladores y embusteros panegiristas, de esos que buscan el origen de las ciudades en la más remota antigüedad, cuando no lo pierden en *la noche de los tiempos*, ó lo enlazan con los mitos y las fábulas, para ver de donarle tan larga como empergaminada ejecutoria de heráldicos y deslumbrantes blasones.

Todo ello será muy distintivo y más propio para espiritus vanos; pero es y será impertinente para los hoy escépticos, en materia de antiguallas, por falta de fe y de sencillez, cualidades geniales que formaban la característica de nuestros respetables tatarabuelos.

Quédense con sus hazañas los héroes mitológicos; con sus santos las místicas apariciones; con sus consejas ridículas y sus aventuradas é hiperbólicas conjeturas los etimologis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y en estos decires, la aurora se entra por el oriente amenguando el fulgor de las luces que iluminaron como á fantasmagorías teatrales los tostados rostros de candorosos labriegos!

Siluetas.

XXIV

FELIZMENTE el terruño carece de aduladores y embusteros panegiristas, de esos que buscan el origen de las ciudades en la más remota antigüedad, cuando no lo pierden en *la noche de los tiempos*, ó lo enlazan con los mitos y las fábulas, para ver de donarle tan larga como empergaminada ejecutoria de heráldicos y deslumbrantes blasones.

Todo ello será muy distintivo y más propio para espiritus vanos; pero es y será impertinente para los hoy escépticos, en materia de antiguallas, por falta de fe y de sencillez, cualidades geniales que formaban la característica de nuestros respetables tatarabuelos.

Quédense con sus hazañas los héroes mitológicos; con sus santos las místicas apariciones; con sus consejas ridículas y sus aventuradas é hiperbólicas conjeturas los etimologis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas. . . . . urbanos; que nosotros no vamos á rebuscar en antiguos pergaminos ni en apolillados papeles el origen del terruño—con más tesón que buen criterio;—ni vamos tampoco á ahogar al lector en un mar de mil confusas tradiciones y de otras tantas leyendas inverosímiles por el móvil pedante de enaltecer al pueblo que nos vió nacer; para lo primero nos faltan cronicones fehacientes; y para lo segundo, voluntad y fantasía; todas cosas que nos llevarían á deducciones temerarias, á juicios falsos y á improbables conjeturas para fomentar la incredulidad de nuestros lectores.

Por lo tanto, no haremos descender de alta alcurnia, á modo de agraciarla con título de gloria, á nuestra tierra natal; ni á datar la fundación de ella desde doscientas décadas atrás, teniendo por fundadores á un Remo y á un Rómulo, amamantados por piadosa loba; ni á establecerla después del diluvio; ni á designar á ningún príncipe linajudo como el primer mortal que puso su régia planta sobre la margen izquierda del río «de las mariposas»; ni á simbolizarla con espantable dragón, venido de sabe Dios dónde asolando comarcas á su truculento paso; ni á contar otras lindezas, que más que traer el entendimiento á larga y honda meditación, llevan á la boca sonrisa desdeñosa; por lo demás, no hay recurso hábil para inventar un origen tradicional y romancesco, porque por estos nuestros lugares faltan ruinas de monumentos, inscripciones en caldeo, en chino ó en egipcio, medallas conmemorativas, ó simples ecos populares que acrediten una fábula ó prestigien una leyenda.

No por meras conjeturas, no por ingeniosas argumentaciones, sino por verídica historia, es sabido que la existencia de nuestro pueblo se debe á unos humildes pescadores que instalaron sus barracas á orillas del río en la época de la pesca del *róbalo y del jolote*, abundantes en las aguas que bañan las margenes del terruño; después, sobre estacas, formaron los llamados *tableros*—que algunos mendaces cronistas podrían confundir con las «Tablas de Tolomeo»—para hacer la salazón: así de pobre y modesta fué la cuna de la ciudad ribereña que un poeta galante llamó «Perla del Pa-

paloapan,» y para la cual bien puede parodiarse el verso de Juan de Mena:

«Es la su villa de *agua* cercada.
Carecemos de armas y de
«Grabado en berroqueña un ancho escudo;

pero en cambio de esos lustres tenemos este título que nada pide á pergaminos nobiliarios ni á figuras heráldicas ni á signos emblemáticos:

«EL CIUDADANO ALEJANDRO GARCIA,

General de Brigada del Ejército de la República Mexicana,

En Jefe de la Coalición de Oriente,

Y Gobernador y Comandante Militar del Estado de Veracruz,

Atendiendo á que la Villa de Tlacotalpan se ha hecho acreedora á la consideración del Gobierno por el patriótico y leal comportamiento de sus habitantes en la guerra que actualmente sostiene la Nación, defendiendo la Independencia contra la Intervención Francesa y el llamado Imperio; y

Atendiendo á que dicha localidad, tanto por su censo y por el crecido número de sus mejoras materiales, cuanto por su superior situación topográfica en la confluencia de la mayor parte de los ríos de esta costa, es, y está llamada á ser siempre, una de las poblaciones más importantes de estas comarcas;

En uso de las facultades de que me hallo investido, he tenido á bien expedir el decreto que sigue:

ARTICULO UNICO: La Villa de Tlacotalpan, del Esta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DO DE VERACRUZ, RECIBE EL TÍTULO Y QUEDA ELEVADA DESDE HOY Á LA CATEGORÍA DE CIUDAD.

Por tanto, mando se imprima, publique y circule para su cumplimiento.

Dado en la ciudad de Tlacotalpan, á 9 de Mayo de 1865.

Alejandro García.

José A. Ruiz,
Srio.

***

A título de información hemos salídonos de la índole de este capítulo; pero ya advertidos de la falta, vamos á seguir nuestro propósito al tratar exclusivamente de las calles.

I

Las calles en el extremo occidental de la ciudad son rectas, sin que por esta afirmación se piense en la simetría de un tablero de juego de damas; lo de estrecho, tortuoso, laberíntico, únicamente sería aplicable á los callejones que cortan transversalmente las calles de S. á N.; los nombres de éstas son en mayoría circunstanciales, y su designación lo confirma: «Calle del Reloj», «San Cristóbal», «Candelaria», «Santa Bárbara», «14 de Mayo», «5 de Mayo», «Las Parejas», «Ribera», «1.ª de Damas», «.2ª de Damas», «Hidalgo», «Locerías», «San Miguel», «Toros», «Cabezo»; los nombres de los callejones son muy arbitrarios: «Carrizo», «Arenas», «Calvario», «Aseradero», «Ceiba», «Asalto», «Gallos», «Aguadores», «Del Espanto», «Plateros», «Iguana», «Embudo», «Don Zeferino», «San Cristóbal», «Pescadores», «California», «Palo Gordo», «Vapor», «Volador», «Cruz Verde». Tiempo es ya de cambiar la actual nomenclatura de las calles, particularmente las que llevan nombres circunstanciales—que hoy no tienen razón de ser—por

los de hijos del terruño que han merecido bien de su pueblo; hasta el presente dos calles ostentan nombres en justicia con los méritos de los designados: la «Juan Enriquez» y la «Miguel Z. Cházaro»; de la propia manera debíase seguir cambiando la vieja y estrafalaria clasificación; los muertos vecinos Miguel García Beltrán y Bernardino Aguirre merecen el homenaje de llamar con sus nombres dos de nuestras principales calles; pues mucho hicieron los aludidos por el mejoramiento material del terruño: nunca es tarde para las reparaciones.

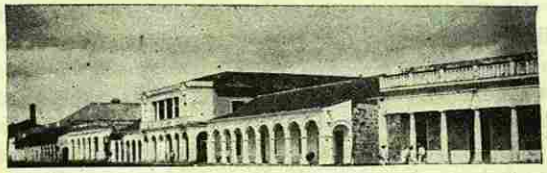
La antes calle del Reloj—que comienza desde la iglesia denominada «La Parroquia», abierta recientemente al culto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—es una de las calles más limpias, y se extiende en toda la margen del río; hoy, gracias al celo del vecindario, ha cambiado el vetusto nombre por el de «Miguel Z. Cházaro», en honor de un ilustre hijo de esta tierra; es la calle transitada por cargadores que diariamente conducen carga al hombro para dejarla en los muchos almacenes que hay en la orilla toda del río; también es una de las más altas de piso; sabemos que esta circunstancia se debe á una intentona de nivelación; desde el *Zócalo*, que da frente por frente de la «Parroquia» se dilata la calle hasta el nombrado «Cabezo» (quizás porque por allí comienza el caserío del pueblo), con un límite marcado naturalmente por el río «Chiquito», á cuya derecha se suceden multitud de plantíos.

En el corazón de la ciudad, de la parte situada á la margen del «Papaloapam», están la plaza del mercado, vieja, sucia y derruída (ogaño se está construyendo otra espaciosa y sólida); la «Carnicería», edificio ruinoso, amenazado por las frecuentes avenidas del río; los muelles municipal y de la «Compañía de Navegación,» y algunas casas hasta poco más allá de la nombrada «Parroquia»; todo lo cual forma tortuosidades por la poca inventiva de los primitivos pobladores, que no se obligaron á línea recta para las construcciones, sino que siguieron la configuración de las riberas del río; es muy propio de los habitantes de las orillas de los ríos fabricar de tal manera. Parece que fué después advertida la falta de simetría; pues la calle «Miguel Z. Cházaro» sigue recta hasta el término del pueblo por el occidente; en la misma dirección, hacia el oriente, está la plazuela circundada

por los muelles, el «Casino» y las principales casas comerciales; en esta plazuela se depositaban las cargas en espera



de vapores que las conducirán río arriba; está siempre concurrida por trabajadores y jornaleros que tienen ocupaciones habituales en muelles y casas de comercio; y de aquí, tomando río abajo, se prolonga la denominada «Ribera», la calle más extensa de la población, situada en una sabana tapizada de verde césped que lamen las aguas del río; en ella pacen muy libremente las vacas y pastan de igual modo las caballerías; en las tardes es lugar escogido para paseo; y nada más propio, después de las labores diarias, que ir á pie sobre la blandura fresca del verde *zacatillo*, teniendo á la vista el espejo de las aguas que reflejan la margen opuesta del «San Juan» y el Papaloapan, el apagado volcán de «San Martín» y la no muy lejana serranía de los Tuxtlas, cortando en ondulaciones de hermoso color índigo el transparente azul del cielo, que en tardes de verano se argenta con la luz de la luna, enrojecida á veces por los destellos de uno de esos crepúsculos vernales que tiñen de rojo sanguinolento las tersas linfas del tranquilo río; es la parte más vistosa del pueblo; y el viajero la distingue desde la cubierta del vapor que lo conduce como á una bandada de garzas blancas que bajaran al río á picotear en la verdura del césped para bañarse luego en la plácida y bruñida superficie; constrúyense casas por esta ribera, y se ha delineado una nueva calle, la cual comienza del mercado en obra para terminar por el oriente en línea paralela á la calle de antaño llamada de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Ribera». En esta calle queda el teatro «Netzahualcoyotl»' también á la sazón en obra, porque así acostumbramos nosotros hijos de esta tierra; somos prontos para proyectar pero tardíos para ejecutar, por una indiosincrasia que nace con el individuo y termina con él, sea dicho de paso y para justificar lo de tantas obras en construcción; del lado sur pasemos al centro.

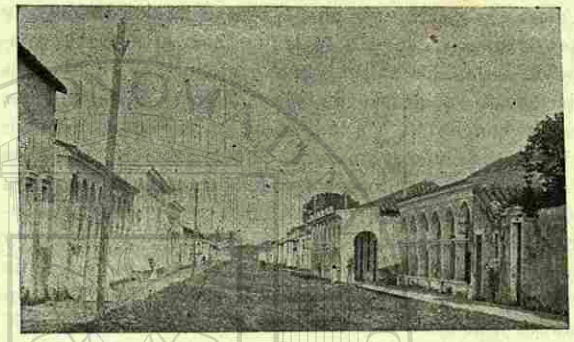
La calle de «La Candelaria» es, sin disputa, la más recta y pintoresca del terruño; tiene por término el «Puente García»; es ancha, bien alineada y muy llena de gente, especialmente en las mañanas y en las tardes, porque por allí pasan

los trabajadores y dueños de fincas é ingenios comarcanos; en la época canicular, en que el suelo de la calle se calcina para tornarse en sutil polvo, las muchas caballerías que pasan levantan más polvareda que el humo de cien batallas; y cuando llueve, como es muy baja, se vuelve un torrente; los domingos tiene un aspecto más alegre que de ordinario; los jornaleros que vienen de huelga al pueblo; las mujeres, con ropas ligeras, blancas, de colores claros, con rebozos finísimos y coloridos en la cabeza, pasando para misa cuando la campana parlera llama á los fieles con su incansable tan, tan; el murmullo de gente en holganza que va y viene ves-

tida de fiesta y formando conjunto alborotador y luciente, que alegra, y divierte, y puebla esta calle los domingos y fiestas de guardar, cuando suelen también atravesarla comparsa de desteñidos saltimbanquis, caballeros en jamelgos cubiertos con gualdrapas de lana brillantes de lentejuelas, que no se conciertan con lo flaco de las cabalgaduras; rompen la marcha mujeres amazonas en palafrenes de caracoleos que se muestran orgullosos y graves por la femenina carga que llevan, adornada de plumas ondulosas y luengas, sombreros chillones, larga falda, corpiño estrecho, guante sucio y fusta airada que pone á los pencos al trote largo; en medio de la cabalgata va beduina haraposa, puesto rojo pañuelo en la cabeza á manera de solideo; en las manos, cruzadas de tatuajes, mueve la pandereta, en tanto el oso embozalado se levanta sobre los cuartos traseros, ó se tumba patas arriba para hacer el muerto; el payaso, montado en un trotón, corre á diestra y siniestra repartiendo los *convites* de la función funambulesca, echando chistes sosos para que se los rían los muchachos que á la cola del desfile corren al andar de los caballos; la música toma el camino de la acera, con pasos dobles en el estruendo de los pitos y marcha forzada en la diligencia de las piernas; los buenos vecinos dejan sus labores domésticas para salir presurosos al corredor y mirar la gente, reir del payaso, alegrarse con la charanga y escuchar el chichear de los granujas que hacen ganas de callar al clown, esfuerzo igual como el de poner silencio en los gritos de la muchedumbre alborotada.

Entre la «Candelaria» y la «Miguel Z. Cházaro» tenemos la bien llamada «Juan Enríquez», por haber nacido en ella el nuestro General de ese tan prestigiado nombre; del término del *Zócalo* principia esta calle; por sus tapias florecen los bejucos y extienden las ramas reverdecidas los árboles de los patios; es calle ancha y vistosa con un fondo floreciente de vegetación, siempre en primavera, brotando por cima del rojo de los tejados y sombreando la blancura de las casas de dilatados arcos, por sobre las cuales algunas palmas elevan al aire sus gentiles penachos; transversal á la de «Juan En-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ríquez» se extiende la de «Toros», probablemente así bautizada por haber sido por allí la entrada de los toros del *embalse* en época remota, para cubrir un número obligado del

«Programa de Fiestas»; por ella pasan á horas de escuela muchachas, niños y señoritas para los planteles, por ser camino para la «Escuela Juan Enríquez», para «Amigas Municipales», escuelas de particulares y el «Colegio Superior para Niñas»; y á esas horas, ¡qué de chillidos y alborozos de chiquillería en legiones! ¡qué de sombrillas de variados y deslumbrantes colores cubriendo cabezas infantiles y cabelleras destrenzadas en gallardos cuerpos! ¡qué de chácharas y altercados al tiempo de salir de la escuela! Es á esa hora cuando adquiere una fisonomía particular la calle de «Toros».

Por el lado Norte del pueblo el paseante encuentra casas salteadas dentro del monte; parece que conforme nos acercamos á los suburbios, van apareciendo las viviendas de *yagua* y tejas entre otras de carrizo y palma: es la frontera que marca la división de un como pueblo aparte de gente pobre y hasta miserable; las chozas allí son débiles, al igual

que sus moradores, con obscuros y ahumados techos de palma, con piso de tierra húmeda y con una impotente estacada alrededor contra el agua de las lluvias que, si son frecuentes y torrenciales, sumergen á sus habitantes, juntamente con el perro, el gato y las gallinas en un inesperado diluvio, para el cual sirve de salvadora arca algún hongo que el vecindario envía á aquellos náufragos en el doble mar de la desgracia y la miseria; como esos vecinos viven alejados del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

centro, en sitios poco visitados, se han hecho un estado medio salvaje de vida; la prole, mugrienta, anda desnuda, terrosa, con las descomunales panzas adornadas de un más descomunal ombligo; con la cara sucia, en la que se adivina dónde están las cejas por el brillo de los ojos, y la boca por la blancura primitiva de los dientes: toda ella es una suciedad de tierra, churre de frijoles y pringue de caldo *de olla;* viven los tales en promiscua familiaridad con el cerdo, los perros, el gato y las aves de corral, y en la misma confusión de sexos en que vivirían los trogloditas; cuando la mujer va á leñar, atranca la tabla que sirve de única puerta al jacal, y dentro deja al muchacho de pecho metido en un cajón que la pobreza ha convertido en cuna; sucede que la madre tarda en volver, entonces el patalear del muchacho que se desgañita aprisionado en la improvisada cuna; el gruñir del cochino; el mayar del gato; el aullar del perro; el cacarear de las gallinas, en una algarabía infernal, que se confunde con los ladridos furiosos de perros hambrientos, jauría amenazante merodeando por esos barrios: el que se atreva á pasar por allí en tales momentos, que se arme hasta los dientes, porque de cierto que los perros harían presa codiciada en sus inocentes carnes.

Sucintamente hemos dado una idea de las calles en particular, porque no es este un estudio topográfico—¡líbreme Dios! —sino un mal relato de lo que se ha ofrecido á mis ojos en ratos de ocio; ahora, mirando las calles en distintas estaciones, ofrecen caracteres especiales.

En verano, las casas enlucidas de mezcla y revocadas de cal, brillan á la luz y albean á la sombra por entre el verde follaje de los mangos, naranjos, limoneros y guayabos que alzan sus copas hacia un cielo azul á trechos, por las blancas nubes que en caprichosas y á veces fantásticas formas se enmarañan en el firmamento; las aceras entonces están soleadas candentemente por los rayos del astro rey que caen furiosa y plenamente sobre las calles; los transeuntes atraviesan debajo de ellos como si soportaran sus espaldas una lluvia de fuego; salen á tales horas aquellos que el ajetreo de

sus cotidianas ocupaciones los obliga á lanzarse á la calle con arrojo heróico; los que no, quedan dentro los hogares en ropas ligeras, sofocados, esperando como caso providencial, aunque cierto, la brisa salobre que viene del rumbo del mar á poco menos de las dos de la tarde; los perros jadeantes se acurrucan en los corredores; las gallinas, que vagan por las calles con una libertad paradisiaca (del mismo modo que algunos caballos y contadas vacas), sombréanse también en los corredores; pero llega la brisa, refréscase la atmósfera, salen los perros de su postramiento y las gallinas de su sopor, y se echan al medio de la calle; las gallinas picotean en los zacatales del arroyo; los perros husmean y hurgan en los basureros; los caballos pastan arrancando las hierbas de las aceras; tal berraco, ó cual marrano, gruñe y hociquea en charca infecta; los vecinos, antes dominados por insoportable calor, vánse de visitas, ó á andar calles, ó á la compra de géneros, ó á la iglesia, ó á charlar en el corrillo, hasta la hora de la comida, y muchos hasta la de la cena; otros, vestidos de manera llana —que es el modo de vestir por este terruño – y con sombrero de extendida ala y de alta copa, recurso contra los rayos solares, montan en bicicleta, como si fueran á despiarse, sobre el blando césped y en una caminata de diez metros, pies que soportarían

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jornadas de diez leguas sin penitencia y por irse de juerga.

Cuando llueve cambia notablemente la decoración; las calles polvosas se enfangan; las calzadas (aceras) se ostentan coloradas por el lavado de las aguas que en cataratas caen de las bocastejas, aleros, limas hoyas y condutales; la lluvia deja una que otra minúscula isleta que las lavanderas aprovechan para asolear la ropa al primer rayo de sol que asoma riente después de copioso aguacero; los muchachos, al salir de la escuela, arrollados los pantalones, se precipitan

en la charca á juguetear el agua; los caballos chapotean ruidosamente buceando el zacate sumergido en el charco; los pichos se remojan regocijadamente en la superficie, espejo del cielo y del caserío; y los zopilotes, en el caballete de los tejados, rojos por la frecuencia con que escurrió el agua, extienden las alas en cruz esperando los rayos solares que les secarán y calentarán las tan mojadas cuanto entumidas y tiñosas plumas.

Al comenzar la época de las lluvias—si es oportuna—se alegran los agricultores y se regocijan los jornaleros; para

granujas es divertimiento que los alboroza el primer aguacero; soportan la lluvia sobre sus cabezas cual si fuese agua bautismal que callera en la testa del catecúmeno para borrarle el original juntamente con otro tremendo pecado; abren el paraguas debajo del cual intentan guarecerse tres y se mojan todos; se embebecen viendo caer el agua que salta

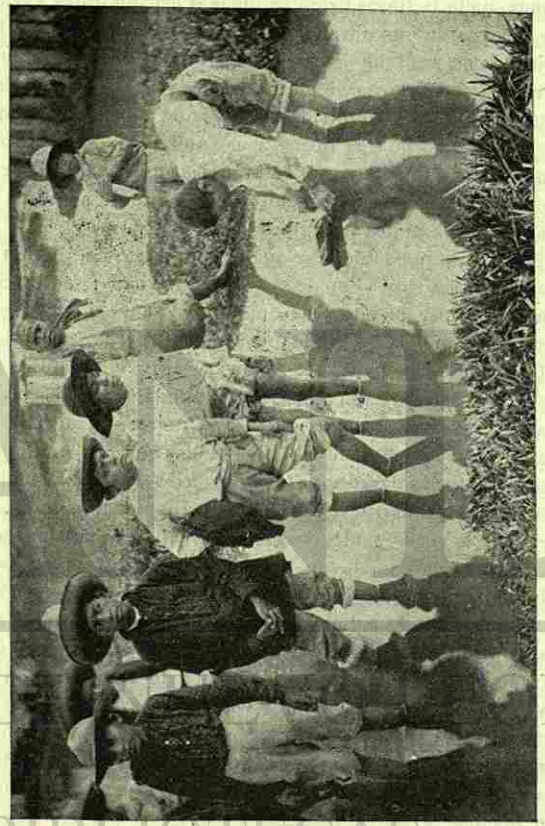
las calzadas; se alegran á igual que la simiente dentro del surco cuando la empapa el agua bienhechora. Pero á este regocijo inusitado sucede una tristeza en los hogares; los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aguaceros se resuelven en un diluvio de ocho días; el trabajo escasea; se encarecen los artículos de primera necesidad; las calles vuélvense ríos; se enferman los párvulos y se mueren los animales domésticos; el maíz no viene al mercado; los transeuntes se bañan pacientemente con la lluvia incesante; los rapaces se protegen contra la lluvia con la *chamarra* de franela y el extendido y doble sombrero de petate; los trabajadores ocurren á la bayeta, y otros ponen á sus cabezas tupido toldo de palmas; los ricos no salen de casa; y los de la clase media llevan zapatos de hule y paraguas, recurso inútil para preservarse de las aguas; porque éstas al caer estrepitosamente de los inclinados techos á las descubiertas aceras mojan á los que pasan hasta media pierna, y por la tela del dombo del paraguas fíltrase la lluvia para caer en abundancia sobre la humanidad del prójimo que usa de embelecos contra la furia de copiosos aguaceros; otros andan con las piernas y los pies al agua y la cabeza cubierta con el paraguas..... eso es entenderlo del revés.

Ya ha cesado la lluvia que duró siete días con sus respectivas noches: las mujeres toman del agua estancada en las calles para lavar con dura y larga escoba el corredor; no faltan quiénes saquen taburetes, bancos y butaques á la torrentera para escobetearlos con mucha diligencia; los muchachos de cada palo de escoba hacen una caña de pescar; las mujeres lucen las pantorrillas al atravesar las charcas; el agua va bajando de nivel y deja isletas aquí y allá; la charca es un recreo para juegos infantiles; piernas al aire se lanzan los *pipiolos* á chapotear el agua, á retozar en ella; improvisan redes los sombreros de petate para pescar *rabirrubias;* de hojas de papel fabrican barcos, teniéndolos á veces de madera con velas desplegadas; por unos cuantos días el agua estancada en la vía pública es el elemento de la chiquillería ruidosa; pero luego se evaporan las charcas con los ardores solares, corrómpense y en el fermento del verdín que las cubre, nace el gérmen de la malaria y furiosa legión de *alados trompeteros*, mosquitos capaces de chuparle sangre á un

Cristo crucificado en viéndosela chorrear por las dolorosas llagas alumbradas por cuatro cirios.



Basta observar la flora y la fauna de una región para asignarle su característica: pero vistas sus construcciones, conocidos sus habitantes y estudiados sus usos, se les determina-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rá su idiosincrasia; los hijos del terruño han pasado por muchas transformaciones lentas y por diversos impulsos aislados para llegar á constituir un pueblo; palmo á palmo han conquistado la tierra firme en lugares cruzados por variedad de arroyos; la han agrandado con sus afanes y la han fructificado con sus trabajos; están adaptados á su suelo; en él arraigan con firmeza de plantas tropicales; de ello se determina un carácter adquirido al través de largas evoluciones; de aquí ese apego á la tierra y ese ahincado deseo de construir una casa para morir en ella; casa que viene á ser como solariega, pues se transmite su dominio de padres á biznietos en una nunca interrumpida sucesión.

El terruño puede decirse que es un pedazo de aluvión formado por los ríos «Papaloapan» y «San Juan»; fué un montón de fango y pronto será una ciudad sana si sus vecinos persisten con celo en la idea de mejorarla y hermosearla.

Como todos los países formados de aluvión, y en los cuales se suceden periódicamente las inundaciones, las viviendas son de tierra cocida, ladrillos y tejas; á causa de las grandes y frecuentes lluvias, los techos son muy inclinados y se encalan las paredes para protegerlas de la humedad; en conjunto son construcciones rojizas, limpias á menudo, relucientes á veces y alegres siempre; con tejados agudos de entre los cuales se elevan las viejas iglesias fabricadas de ladrillos y piedras trabadas con mezcla; las calles, un tanto sucias por falta de policía, se dilatan ceñidas de sendas aceras de un limpio colorado en tiempo de lluvias y limoso después de ellas; las casas tienen portales de arquería, con relieves y frisos muchas, y pocas con azoteas; y no suele ser como en otras ciudades una continuación de la casa contigua, sino casas aparte, aisladas por frondoso patio y dotada de un carácter personal que la identifica con su dueño; todo esto obedece á las rigurosidades del clima y á las exigencias del medio ambiente; las casas se blanquean por lo menos cada año, por dentro y por fuera; el mayor número de las fachadas están siempre pintadas de nuevo.

Este exterior nos da la clave del interior, del individuo y

de su casa. El hijo del terruño, obligado por la dureza del clima, contrae la costumbre del aseo: mirad para adentro de las habitaciones y allí encontraréis limpios los vetustos taburetes y los butaques viejos, cada mueble en su lugar; el recinto bien distribuído, y útil y vistosa la disposición de los utensilios; los trajes son limpios y ligeros; indispensable la cantidad de muebles, muy cómodos y muy cuidados; los objetos domésticos colocados en un orden inalterado; en las consolas y en las alcobas vasos con flores; en las rasgadas ventanas y en los ventilados comedores macetas con plantas tropicales; en rinconeras y mesas, chucherías puestas de tal suerte, que indican los hábitos sedentarios y lo agradable y tranquila que es la vida casera; en cada mueble, en cada cosa, en cada pormenor hay como un signo que deja el sello de austero cuidado, de una actividad previsora, de un placer honesto, que anuncia un bienestar inmenso de costumbres patriarcales; y estas manifestaciones materiales son algo así á modo del distintivo de ese carácter plácido y satisfecho, ajeno á la privanza miserable y no envenenado con locas ambiciones; disfrutan prudentemente y se avienen con poco, aunque muy deseosos de ganar y de sacar provecho; no son llevados de la cólera tempestuosa y poco tentados por el orgullo necio; tienen una jovialidad y una alegría comunes; ya de viejos dejan los negocios, se ocupan en edificar y en darse buena vida dentro de deseos limitados. Bajo de estas costumbres seculares se forma el carácter, modificado en parte por la corriente constante de progreso que en prontas vías de comunicación ingieren los pueblos lejanos; la profesión ó el oficio ejercido por el padre, la hereda el hijo, y resultan ser trabajadores por nacimiento lo que otros hacen por necesidad y fuerza.

Esta vida sedentaria, esta tranquilidad doméstica producen cierta blandura en las costumbres y mucha franqueza en las relaciones de amistad; disponen á los goces sencillos y pueriles: á la música, al canto, al baile y la representación; en la comida, aunque sobrios, saben regalarse, y su cocina es modelo de aseo y de buen sazón; tienen desarrollado un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

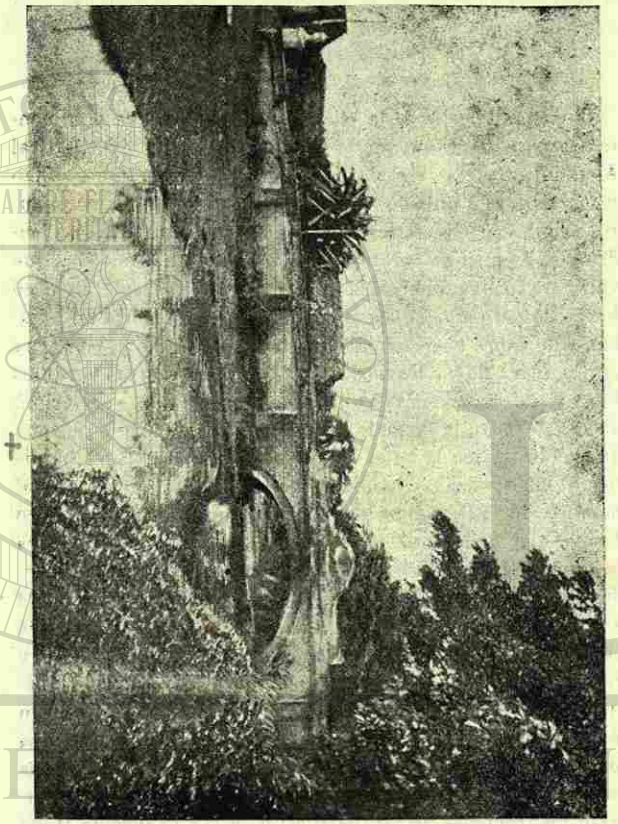
gran don musical que no aprovechan por falta de recursos y de dirección científica.

Cuanto á la gente del pueblo, es afable y no conoce de ceremonias y respetos; acostumbrados á vivir en íntimas relaciones con los habitantes del terruño, hablan de tú á todo el mundo; por excepción le suben el tratamiento al cura, al alcalde, y pocas veces al maestro de escuela; hasta á Jesucristo tutean sin viso de irreverencia, sino por motivo de la costumbre; son muy dados á la guasa, y la cosa más seria la echan del lado de la risa; resultan sin presumirlo filósofos semejantes á Demócrito; pueblo pobre sin ser miserable; trabajador sin ser esclavo; bonachón, jovial, honrado hasta el escrúpulo, laborioso hasta el exceso, paciente hasta el martirio; no es taciturno ni sangriento; pocas veces mata y casi nunca hiere; cuando mata es en defensa propia: cuando hiere, no lo hace por venganza; tiene á mucho la honra, y para él no hay mayor afrenta que el dictado de ladrón; por ello podríasele confiar el vellocino de oro con la seguridad plena de que no le tomaría un pelo; como nunca le falta que llevarse á la boca, como siempre sus brazos tienen trabajo, vive satisfecho á su manera; no siente las exigencias del hambre; quizás estas particularidades lo hacen jovial, comunicativo y dichero, pues siempre está de vena; aun en momentos en que sufre algún percance, saca de su desgracia punto para decir oportuno chiste; servicial sin ser servil, no soporta altiveces ni sufre humillaciones por una independencia de carácter muy en concordancia con la influencia que la naturaleza ejerce sobre él; con un es no es de quijotismo, por abundancia de fantasía meridional, que á las veces lo lleva á *tartarinadas* corregidas á la larga por la experiencia; y todos estos defectos, todas aquellas condiciones, son la suma de circunstancias que arroja la influencia del clima y la relación del medio.

II

Cerrando la calle de la «Candelaria», se levanta el «Puente García» (debe su nombre á la prodigalidad del General Alejandro García), sin alardes arquitectónicos, llano, sólido y modesto, con un solo arco, fuerte piso, pretil angosto, duros estribos y seis narices por cada flanco, amén de unos pedestales á guisa de acroteras, sustentando unas macetas que van para urnas funerarias antiguas, y tal parecieran si no les faltara el paño sobre el copón; y no está sobre un abismo, sino sobre un riachuelo, seco en el verano y con agua por la época de las lluvias; agua clara, con reflejos verdinos tomados de las riberas cubiertas de lujuriante vegetación, alzada de entre la menuda grama lamida por el hilo de agua que se desliza en la antes enjutez del llamado «Río Chiquito», al cual podemos bautizar, aunque lleve líquido, con el nombre de «Río Sequecito», por ser un ingerto—anémico brazo—del caudaloso «Papaloapan», ingerto que no medra hasta que el caudaloso se ensancha, ó se hincha de soberbia; por ese puente, sin pagar pontazgo, pasan diariamente los jornaleros de las fincas rústicas cercanas, que puente abajo desfilan por polvoso camino en el estío y lodoso y resbaladizo en el otoño, entre ranchos, hortalizas, vegas, pegujalejos y potreros, en cuyos predios rústicos verdeguean los cañaverales, susurran los plátanos, se yerguen altaneros los manglares y cabecean gallardas sus penachos las altivas palmas; á lo lejos rechinan las *pisas* de los ladrillales y chirrían los trapiches de los ingenios; y en las noches de Mayo los cucuyos salpican de fosforescencias el obscuro monte en una soledad bucólica; tomando camino para entrar al pueblo, se divisa en primer término el cupulino, coronado de negra cruz, y la puntiaguda pirámide del campanario de la capilla, arrullados por el susurro de las gigantescas casuarinas que dan al viento sus ramas de hojas lacias, semejantes á cabelleras flotantes de trofeo sangriento de guerreros sal-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



vajes; del lado derecho del viandante, que pasa por el puente para ir á los plantíos, se asoman de dentro del espeso follaje casuchas de palma techadas, ó bien hormiguean por la ribera del riacbuelo hasta espejearse en la boca del «Papaloapan», por donde bebe agua aquel sediento imposible de ponerse hidrópico; y por el otro lado, vera estrecha, bordea-

da de altos zacatales ras con ras de las cercas de alambre, por dentro de las cuales pastan los caballos y rumian las vacas y los bueyes; sigue la estrecha vera culebreando por entre hierbas y zacatales hasta perderse en una lejanía interminable de árboles frondosos y médanos azulinos por la distancia.

El puente fué lugar de escaramuzas allá por la revolución de Tuxtepec; y todo era que unas cuantas descargas de fusilería guerrillera hicieran ¡pum!... ¡pum!... ¡pum!.... por el pretil del puente y sonara el toque de alarma en la plaza, que ya andaban los vecinos á gritos, y las puertas á golpes, y las mujeres en rezos, y los asustadizos en escondite, y las avanzadas en acecho, como si aquello fuera á ser un Waterloo, cuando á la postre se resolvía en puro humo de juegos de artificio; hoy el puente presta gran utilidad á la gente del campo que de continuo tiene que ocurrir al terruño; y también es sitio de paseo para personas de calidad; lugar de conciliábulos para políticos locales, cuando no punto de cita para amartelados don juanes descalzos, sin hoja toledana al cinto, ni sombrero con plumas en la cabeza, ni capa luenga en el embozo.

Los sábados al atardecer cobra mayor alegría y más continuado movimiento: por allí viene gente campesina trayendo la raya de la semana en el bolsillo para gastársela el domingo; mujeres enrolladas las enaguas á la cintura, con piernas fuertes, salpicadas de lodo, si no pantorrillas de graciosas redondeces, con el haz de cañas recién cortadas en la cabeza, prendidos al pecho los cocuyos, ó llevando en el rebozo los melosos mangos, ó pendientes de las manos racimos de coyoles, ó manojos de sabrosos cocos, cortados de los frutales que germinan en los ranchos de orillas del camino; carretas con altos adrales conduciendo la familia del *finquero* que también busca solaz en el pueblo el día de precepto; labriegos que entran al pueblo á comprar los trapos para la mujer y la prole, á rasurarse en la barbería de Cadena, en cuyo inter apersogan el matalón del poste del telégrafo para que, puesto en sosiego, se harte de fresca hierba que rastrea

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entre los intersticios de las aceras; unos andan á pie por venir de muy cerca; otros á horcajadillas sobre manso rocín; y van tan ufanos y apuestos ginetes como si fueran caballeros en el mismo Babieca de Cid, éste á mujeriegas porque se ha cansado de trotar, á bien montar, desde más de cinco leguas; aquel en asno de recios jarretes que usa largo trote; y todos entran contentos con pensar que en el terruño anochecerán, irán al fandango y en él esperarán el amanecer del domingo con su misa de madrugada, su gente metida en trapos de festividades y en alborozos y jaleos, lejos del ojo vigilante del amo, de los rayos del sol candente en el momento de la roza, y, en consecuencia, libres de toda vigilancia y sin cuidarse ninguno de mandatos.

Pero llega la del alba que anuncia el amanecer del lunes, y por ella es fuerza volver al plantío; unos quedan en la cárcel por haberse mostrado escandolosos en su borrachera; otros durmiendo, por efecto de la desvelada, en cualquiera corredor; tal cual ensilla el penco, y entre bostezos y cabezadas, lo arrea camino del puente, y tran, tran, se echa á andar con trote corto para ir pensando en la morena del fandango, á quien le puso rico jarano galoneado á la hora del palomo; en las coplas que cantó contestando á su rival, (por las simpatías para la morena) que cantaba verso largo y ponía rasguear menudo por boca y por vihuela; en los chistes del payaso, que le parecieron de perlas para repetirlos á la hora de la siesta á los compañeros de tarea; en la retreta y los pitazos de los filarmónicos; en los apretones que recibió en la cazuela (paraíso) si concurrió á la comedia; y más tenazmente reflexionaba acerca de la escapada que se dió de no coger una borrachera con su compadre Nico, que alza el codo por costumbre y se emborracha cuando cae domingo. ¡Y de buena se escapó!..... de ir á la cárcel y de comparecer ante el alcalde ó el juez, si hubo riña y sangre en ella; como en otra vez, en cuyo trance un señor de barbas blancas y ojos azules con espejuelos, le sacó un librote para leer en él uno que parecía sermón, aunque no nombrara latines, y de seguida le amonestó y encima de la amonestación le impuso una

multa de á cinco pesos, mismos que á los dos días de estar en la gayola vino á pagar el amo, por habérselo gastado todo, hasta unos dineros que le dieron para unos encargos, en copas con su compadre Nico; así, casi soñando con estas cosas que le voltejeaban en la cabeza, se entró por la puerta *de golpe* al largo trote del jamelgo que olfateó el pesebre y muy á tiempo para comenzar las duras tareas campestres.

III

Las estrellas comienzan á brillar en el cielo; los faroles, tímidos por los resplandores de ocaso, parpadean su único ojo de cíclope enfermo ó adormitado, dejando sobre la acera un ángulo de luz opaca, semi perdida en la penumbra y apagada por la lobreguez que media de esquina á esquina de la manzana; y en todo el largo de las dos filas de casas blancas, alegres por los torrentes rútilos que salen de adentro por puertas y ventanas, hay una negrura de sombras misteriosas iluminadas á ratos por el fosforescer de las luciérnegas que saltan y giran por cima de los zacatales; aquí y allí duerme la luz como cegada por los últimos encendidos rayos crepusculares; en los callejones, largos y angostos, pestañea el farol de la esquina con débiles resplandores de lámpara votiva; y sólo brilla, con fulgores de faro para los náufragos en la inmensidad del nocturno caos, el farol de la tienda inmediata, cual si se apropiara la claridad que sale del reflejo de vasos, botellas y demás cristalería que en ordenados anaqueles resplandecen; á los transeuntes los distinguen los vecinos por la albura del traje, ó por el rojizo arder del tabaco que humea en las bocas de no pocos de ellos; el alumbrador se advierte por la linterna temblona que corre en vaivenes á lo largo de las calles encendiendo los faroles que, separados por espacio siniestro, se adelantan sobre pescantes salientes de las pilastras del caserío; los viejos octogenarios, cuando atardece, apresúranse á recogerse para obtener luz y abrigo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

en sus hogares, á igual de los pájaros que se aprestan á buscar albergue en las altas y escondidas frondas; pues quedarse tales viejos en la calle á la hora de oraciones, equivale á afrontar los peligros que la obscuridad depara, los cuales no son pocos, pues donde no hay piedras hay perros que acechan y ladran, cáscaras de frutas en las aceras como trampas para hacer resbalar los pies; choques rudos con apresurados transeuntes; y no vale garrote de ciego que apalea el tránsito, ni las manos que se adelantan á tientas para esquivar tropiezos. La gente moza con la obscuridad no tiene impedimento de marcha, tal creeríanse nictalopes por el alcance de la vista y la seguridad en las piernas; con temerario arrojo se entran por calles y callejuelas en las que se necesitaría—sin ser Teseo—del ovillo de Ariadna, no por lo laberíntico y tortuoso de la encrucijada, sino por la intensa obscuridad que reina, á despecho de las luces que flamean as-

fixiadas entre los estrechos vidrios de unos que parecen farolillos del *alumbrado* de la época virreinal.

Para los enamorados—amigos de las sombras—es tal obscuridad feliz y bien aprovechado recurso que incita á la plática á hurtadillas y á la correspondencia epistolar, clandestina y sin ortografía; sin embargo, trae también sus inconvenientes, como cuando se confunde la suegra con la pretendida doncella, ó el perro gruñón con el áspero papá de la enamorada criatura; se dan casos en que la muchacha, con amores de casa afuera, es muy vigilada de cerca; entonces no se le deja asomar las narices por el corredor después que se hizo noche; recluída dentro del hogar no puede ver á su Don Juan así abra tamaños ojos con miradas incendiarias dirigidas á la obscuridad de la acera; mas suele distinguir al amartelado por el largo puro que arde con fuego de candente fierro de fragua en su boca, iracunda en maldiciones para el perro, que ladra furiosamente en viéndole venir como si obedeciera á una consigna, y para los vigilantes severos de su amada; y el puro hace de telégrafo amoroso mientras la novia se atarea con el tejido que trae entre manos, ó se embebece con la novela por entregas que lee al pie del quinqué de la sala, el cual le alumbra el rostro plenamente para que el bien amado lo vea y lo contemple desde aquellas tinieblas que se suceden todas las noches hasta el plenilunio. Cuando el *veguero* aumenta en ardentía, parece que envía una caricia; cuando tiene intermitencias, indica tristeza en el galán; cuando chispea á modo de cohete corredizo, es que el rondador nocturno se da á Lucifer por la imposibilidad de hablar á su Dulcinea; cuando se inflama y extingue repetidas veces, la impaciencia domina en el doncel; cuando lo arroja con violencia, salpicando de chispas el suelo, es que el Tenorio se marcha y no volverá..... hasta la noche siguiente.

¡Qué telegrafía sin hilos con estos ardides de enamorados á obscuras, capaces de robar el fuego con el arrojo de Prometeo para alumbrarse la persona!

¿Y los faroles?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Durmiendo en plácida lobreguez hasta que Diana argenta el horizonte y alumbra las casas blancas que antes semejaban rostros pálidos mal encarados por la ausencia de la luz lunar.

IV

¡Tan, tan, tan!.....

—¿Librada?

—¡¡Señora!!

—¿Qué es el último toque?

—¡No, señora, *faltuno!*

—*¡Jesumarijosé!*

Y la señora, joven y guapa todavía, frente del espejo se embadurna con perfumados polvos de «Anthea» el agraciado rostro; después pasa por él afelpado cepillo para extender el afeite; de seguida prende con alfileres el *paño* en la cabeza para rebozarla; toma el libro de misa, el pañuelo y el abanico.....

¡Tan, tan, tan, tan, tan!.....

—¿Librada?

—¡¡Señora!!

—Me voy á misa: ahí queda al rescoldo el tamal..... ¡que no se queme!..... La leche súbela al trastero, no se la vaya á *tomar* el gato..... (¡Tan, tan, tan, tan!.....) Sobre la cama está la camisa y el pantalón de Pepe.... (¡Tan, tan, tan, tan.....) La camisa tiene puesto un botón que le faltaba..... si viene mi marido antes de que acabe la misa..... (¡Tan, tan, tan, tan!) dile que vaya á esperarme á la salida..... me voy..... (¡Tan, tan, tan!) ¡Ya dejaron! La vieja criada se suelta en murmuraciones, y la guapa ama toma paso apresurado para dirigirse á misa.

Es domingo; un domingo de mucho sol; las mujeres pasan en grupos pintorescos y gárrulos para la misa cantada; todas ellas muy paquetes con lucientes trajes, cubiertas las airosas cabezas con brillantes *paños;* es una romería, un conjunto

de gente que muy de prisa ocurre á misa después del último y rápido toque dado por Cordero.

* * *

—*¡Addios*, Maruca, ¿cómo la han pasado?

—Bien, ¿y tú?

—¡Buena, gracias! No entro porque voy á misa y ya dejaron.

—¿No has tenido noticias de tu tía?

—¡Sí! Está ahorita en México, y *precisadamente* la van á operar.

—¡Pobrecita! ¿Y Pepe?

—¡Me voy, me voy, que ya dejaron!

Y sale la fiel oveja con menudo paso disparada rumbo á la Capilla—como llaman aquí á la más antigua y concurrida iglesia—con buenas intenciones de llegar á tiempo al oficio de la misa; pero tropieza con un carpintero y encarándose con él, le dice:

—¡Oye, Santos, ayer fué sábado!.....

—¡Y hoy es domingo!—contesta con desenfado el carpintero.

—Y no llevaste la almohadilla que te dí á componer.....

—He tenido *muncho* trabajo: la cama de uno que se va á *ahorcar*, un *bául pá* Tuxtepec, una cuna *pá* un *macaco*, una poltrona *pá* la barbería de Galloso..... una pila de trabajo..... pero *pá* la otra semana *ejtá* sin falta!

—*¿De veras?*

—¡Como haber *Dió!*

La retardada recuerda que hace rato largo la campana con su tan, tan, repetido y tenaz llamó á los fieles á misa, y por segunda vez toma camino de la iglesia. A poco andar encuentra á un vecino que regresa de la plaza del mercado llevando un enorme galápago caparazón peto arriba sobre la cabeza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

—¿Cuánto te costó el galápago?

—¡Siete *riales!*

—¡Ave María Purísima! Es muy caro; ahora todo *ejtá* por un sentido; no se puede comer de vigilia si no son *mojarras* y *guabinos* que se vuelven *purita* espina. ¡Cuándo *quedrá Dioj* que cambie *ejto!*

El transeunte no hace caso de cosas que no le importan, y prosigue su camino dejando á la oficiosa interlocutora con la palabra en la boca.

Fáltale á la señora un corto espacio para llegar á la Capilla; el calor es sofocante; y aun guareciéndose de la solana con ir por la acera en que hay sombra, los que van por la calle sudan por los rigores de una muy alta temperatura; por esta circunstancia penetra nuestra conocida en la casa de una amiga abanicándose furiosamente .....

—¡Muchacha, tú por aquí!

—¡Ay mi vida, dame *una poca* de agua!..... ¡Uf, qué calor!

—¡Sí, toma la que *guste*, pero *refréscate* antes!

—¡Voy á beberla en la *tachuela* de plata, que así se siente *má frejca!*

—*¡Ha* lo que *quiera!*

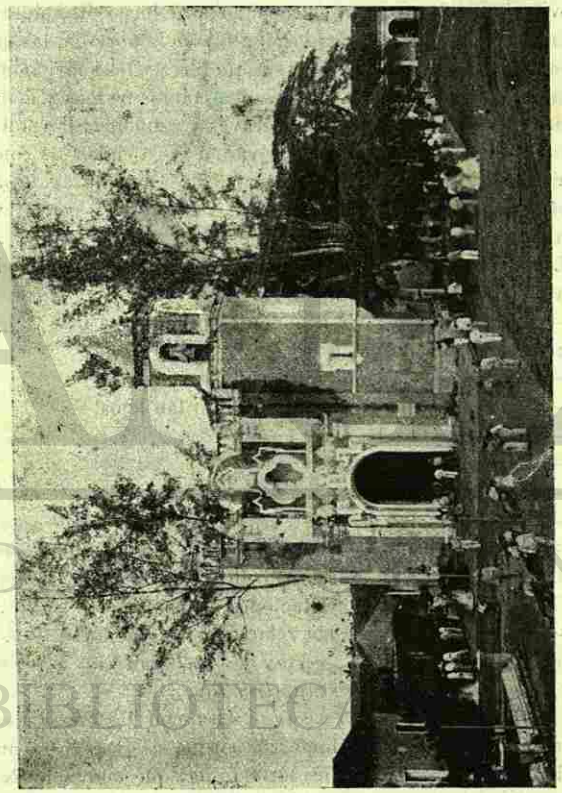
—¡Gracias, me voy, que ya dejaron á misa!

—¡¡Uy, *dende* cuándo!!

El diálogo anterior lo han dicho á grito herido como si se tratara de hacer entender á un yankee de los muchos que abundan por aquí, ó hacer oir á un sordo; porque en este terruño todo se dice á gritos, lo mismo las insolencias de los cargadores y granujillas, que las pláticas de las doncellas y las amonestaciones de los viejos; de aquí que todos sepamos los tiquismiquis del vecino; probablemente la humedad del río se nos mete por la faringe y al enfermarnos continuamente con catarros y resfriados y gripes, nos afina la laringe, como la vegetación frondosa de patios y cercanías nos robustece la voz y endurece la garganta.

La parlanchina y sofocada señora prosigue para la iglesia en momentos en que las esquilas echadas á vuelo giran pau-

latinamente, toman impulso en seguida, se desatan en glinglineos alborotadores, y responde la «segunda» con sus acompasados tanes, y se entra el esquilón con sus sonoridades de oro en el tañido que la «mayor» con sus tones concierta, y el clamor del estruendoso repique se dispersa en argentinas ondas por el aire en quietud llenando el espacio con el ronco eco de los arrebatados bronces.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Salen de misa: en el presbiterio, el sacristán, con largo apagaluces mata los cirios que hacen reverberar los oros y dorados de santos y altares; algunos fieles penitentes se acercan al confesionario; carraspean las viejas, tosen las mozas, rezan murmujeantes pocas mujeres, y los concurrentes á las puertas laterales se desgranan en grupos de gente endomingada: unos que devotos fueron á cumplir con el precepto; otros que á la iglesia concurrieron para hacer guiños á la novia; las mujeres salen agrupadas para luego diseminarse frente al átrio; los jóvenes forman fila en la portada; las que tienen galanes ven de reojo á sus quereres y les sonríen más con los negros y expresivos ojos que con los frescos y ondulantes labios; las viejas pasan graves y gruñonas; las pollas ríen y charlan entre sí; éstas van á las tiendas de ropa; aquellas á visitar á sus conocidas; las otras á comprar de *pasadita una medecina* en la botica, y las tales á coquetear con los Tenorios que llevan á la cola.

La devota que se quedó sin misa vuélvese al hogar toda contrariada y más compungida.

—¿Por qué no llegaría á tiempo?—pregunta á una amiga con quien forma pareja.

—¿No oirías el último toque?

—¡Qué no lo había de oir! ¡Pero vivo tan lejos!

—¿Quién dijo la misa?

—El padre vicario.

—¡Con razón!

—¿Por qué?

—Porque el vicario dice las misas muy pronto; aunque sea cantada no deja tiempo ni en «el gloria» para nada, y luego..... si no hubo amonestaciones ni sermón.

—Como están cerradas las velaciones, no las hubo..... y sermón, tampoco..... —Yo voy á la «Gran Vía» á ver si hay un *generito* como esta *muestrecita*.

—Anda ve, que yo sigo para mi casa, son las diez dadas y tengo que preparar el almuerzo, porque después llega mi marido, y como es muy delicado, todo hay que tenérselo *listito* para servirle en cuanto abra la boca. .....

V

Los postes de la cerca de alambre surgen de entre los rastrojos y los zarzales que olvidó la quema, coronados de retoños; de este lado la pradera—ancha y hierbosa á trechos—convertida en camino vecinal por las necesidades de los ranchos situados á las goteras del pueblo, está cruzada por veredas polvorientas que pasan por los establos, acortan las distancias, dejan atrás el blanco caserío, atraviesan bosques espesos de gláudicos tonos, cortan prados en flor hasta estrecharse y reducirse á una línea casi imperceptible que á distancia serpea como si sedienta fuera á beber agua en el inmenso río; de aquella parte de las cercas verdea la vega plena de zacate espigado y menudo, por cuya espesura levantan las vacas las ancas de continuo sacudidas con el flexible y oscilante rabo para ahuyentar las moscas y mosquitos que hacen presa en la piel del ganado que pasta la hierba praderosa; cerrando la línea de la vega, por la cual apenas se vislumbran las ondulaciones de los dombos azules de lejanos médanos, los cocoteros en desfile gallardo abren al viento sus palmas con dobleces de arcos triunfales, y elevan sus nudosos troncos por sobre la verdura multicolora del cercano monte; árboles pradeños se enmarañan y retuercen en distintas posiciones dentro los zacatales, de donde sale olor á grama masticada por los ganados que dentro la vega repastan; á distancia brilla pálida y sosegada el agua de la charca, abrevadero vespertino de las yeguadas y vacadas que de allá adelante vienen á pacer perezosamente, albergue de ranas noctívagas y fermento de mosquitos trompeteros y rabiosos; en medio, un árbol añejo, de tronco rugoso y fuerte, extiende su largo y obscuro ramaje prestando sombra á un toro pinto—grave en aquella soledad campestre—que amarrado del testuz y sujeto al áspero tronco rebrama á las vacas que en tardo paso llegan del inmediato corral en que fueron ordeñadas, conducidas por el lechero que las saca á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dormir á una empinada loma en el otro lado de la *puerta de golpe*; en el término del *Cocal* se alzan los ángulos agudos de los techos de palma de dos casuchas, una de las cuales tiene colgadizo de zinc que de lejos parece de pizarra, con paredes de madera pintadas de cal y con ceneía azul, á la que circuye un barandal rústico, á cuyo pie parece centinela avanzado una araucaria: en seguida, amontonamiento de frondas de diversos tonos, después otra vega verdecina con trechos de plúmulas que amarillean allí donde el ganado pastó de mañana; más allá una barraca alegra el cerco obscuro del monte con su techo de palma nueva, de un rubio claro, que el sol poniente dora con sus últimos rayos, y los tejados rojos sombreados por las palmas inmóviles y coronados de altos y frondosos árboles; dilatándose en toda la orilla de la sabana techos miserables, ahumados por el hollín de la cocina; y como término del paisaje hormiguean casas blancas anunciando las cercanías del pueblo; frente por frente del cocotal y siguiendo la margen del río, se suceden quintas en miniatura, casitas pintorreadas de colorines, con diminutos balcones y aplanados techos escondidos discretamente entre el murmurante platanar, las altivas casuarinas y las altaneras palmas; casitas que se antojan juguetes de nacimiento, silenciosas y cerradas temporalmente, y á las veces llenas de luz y de sonidos por la visita de los dueños que ocurren á merendar debajo de la sombra incitante de los mangos y de los guayabos, los cuales el río se camplace en espejear á la hora silenciosa del crepúsculo llena del zurear de la torcáz, de los gorjeos de la primavera y la calandria que en altas ramazones y en tupidos follajes tienen colgados y ocultos sus nidos; un corral, se alinea por este lado de la vera; en él se escucha, al atardecer, el berrear de los becerros y el mugir de las vacas, y el llamar con voz de mando del lechero á la hora de la ordeña; del corral sigue la cerca de alambre hecha con salteadas estacas que muchas veces reverdecen; por entre los claros que dejan las estacas se ve correr el río mansamente, casi melancólicamente, con una bruñidez en que se refleja la margen opuesta, y, por encima

de ella, se eleva el *San Martín*, dormido titán de la serranía Tuxteca.

Pardea la tarde: la sabana, en que alternan el verdín con la verdasca, se puebla de grupos dispersos; aisladamente caminan por las sendas (abiertas por el continuo tránsito en el medio y á ambos lados de las cercas laterales), las vacas con pausado paso buscando la majada; á trote corto los vaqueros pasan montados á mujeriegas hacia el pueblo cantando jacarandosamente; á lenta marcha se distinguen mujeres trayendo grandes haces de leña en la cabeza; de adentro entran grupos de gente en solicitud de aire puro con que tonificar los pulmones, ó de paseantes que acuden á la casita, puesta como vigía á la entrada del cocotal, á beber agua de coco: y de la blancura de la casita se destaca el delantal rojo de la sirvienta yendo y viniendo con cocos pelados para las sedientas compradoras que asoman los bustos envueltos en paños de colorines, enrojecidos por los reflejos de la luz crepuscular, por entre las espigas del zacate serpentino al soplo de la brisa; las mocitas ríen y loquean con toda la libertad que se permite en el campo; cada vez que se echan hacia atrás para absorber el líquido refrigerante de la nuez del coco, levantándola en alto con ambas manos, suéltanse á reir estrepitosamente por el cosquilleo de las hebras del zacate que les acaricia la nuca ó los velludos brazos.

Cae la noche y se va cubriendo de sombras el antes pintoresco paisaje; del cocal huyen como cervatillos las guapas mozas, al aire las lustrosas trenzas y los transparentes *paños*; las aves tornan al ramaje en pausado vuelo; los zopilotes, ahitos de la rapiña por poblado, también en fatídicos giros vienen á caer pesadamente sobre las *yaguas* ennegreciendo y afeando la gallardía de sus palmas; las luces brillan parpadeantes desde el caserío del pueblo; en la llanura prospera la oscuridad: al gri gri del grillo frotando sus elictras contesta el desapacible chirriar de la chicharra, avecindada en las ramas de elevado roble; en la charca se escucha el croar de las ranas; todos los misteriosos ruidos nocturnos entonan su serenata, en tanto las noctículas prenden sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

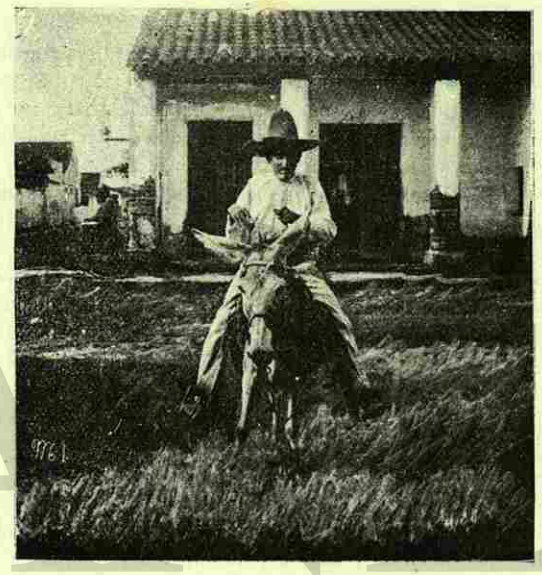
hacecillos de luces fosforescentes en lo obscuro del boscaje y las estrellas rutilan en el cielo y rielan en el río; y allá, de la entrada del pueblo, parte el toque del *angelus* en vibración melancólica cuando los pájaros entonan un himno al Creador en el momento de calentar amorosamente sus altos y cuidados nidos.....

VI

No hay pobre por esos mundos de Dios que no tenga sus altibajos, de aquí que tío Beno ande ora jinete en mansa burra, ora pedestre á la pata coja y con mano extendida y pedigüeña, teniendo en esta actitud sus ciertos visos de holgazán, siempre que no se le eche de ver lo tullido del brazo y el renguear de la pierna; y aquí viene á punto un escrúpulo que, de no ponerlo por delante, alteraría la verdad de la narración y desfiguraría, con menoscabo de tío Beno, el tipo real de su persona: es el caso, que si pongo á tío Beno en el oficio de vendedor ambulante lo subo de condición; y si, por el contrario, lo bajo al de pordiosero impertinente le amenguo la categoría; y para dejarle en un justo medio, quédese montado caballero en la paciente cabalgadura (que hubiera sido honra y provecho de hidalgos escuderiles), y váyase por calles y plazuelas con trotillo largo, porteando y vendiendo leche caliente para enfermos desahuciados y para niños en destete; con los bolsillos secos, más por pobreza que por avaricia, y con las ropas rotas por largueza de tiempo y no por cortedad de diligencia, que así no soy distribuidor de prebendas, ni tampoco puédeseme acusar de opacador de calidades.

Son en los meses primaverales cuando aparece tío Beno jinete en borrica de largas y enhiestas orejas, de mansedumbre evangélica y de una conformidad filosófica que no conocieron ni Job en el estercolero ni Diógenes en el tonel; en las tardes hace sus expediciones á las puertas de las casas; ha-

bla poco, porque está también un tanto impedido de la lengua; llega á las puertas, y no apea pie de la jumenta hasta



que está seguro de la compra; si la hay, desmóntase en un periquete, saca del tenate (traído para ese uso) un vasito que le sirve de medida; se encuclilla, ordeña á la pollina con la sola mano hábil, vacía la dosis—verdadera dosis refracta—en el trasto del marchante, cobra en seguida, móntase lento y váse con trotillo picado caballero en el cuadrúpedo más paciente que haya servido de cabalgadura desde Jesús, entrando en Jerusalén, hasta Sancho saliendo por un corral armado escudero sobre el clásico jumento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

VI

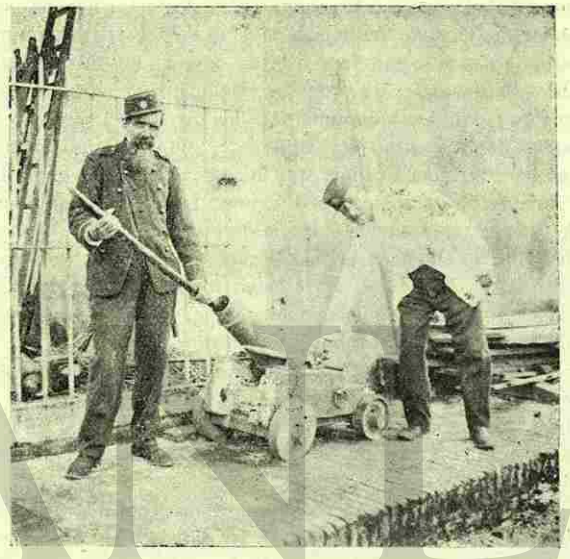
Apenas el día ilumina el firmamento y alegra los rincones todos de la tierra, cuando ya las campanas se echan á vuelo y el pabellón del águila nacional se iza á toda asta, no sin que los cohetes atruenen el espacio arrojados por las nunca quietas manos de los rapaces.

El Palacio Municipal viste de gala, si son cosa de gala unas cortinas blancas y transparentes prendidas con moños tricolores y unos lienzos pintados con los colores nacionales, que á modo de fundas cubren los balcones; todo ello muy cuidado por el aseo y esperteza de Tomás—portero de puertas arriba desde hace más de veinte años—y muy puesto en observación por su celo; pues tiene al dedillo los días de guardar y de repicar recio, con más memoria que el mismo campanero del pueblo, que es fama conoce tanto de fiestas movibles que hasta anda flaco en saber el Catecismo del Reverendo Ripalda.

En el kiosko del Zócalo—un poco desteñido por la inclemencia del tiempo y falta de recursos—se cuelgan gallardetes de papel de china y farolitos de la propia, aunque no se sabe si genuina procedencia.

El cañón truena cada cuarto de hora en señal de festejo, sin precepto ni ordenanza, sino por el natural cuanto patriótico regocijo del vecindario que se sabe gastar la pólvora en salvas; es el cañón ni grande ni pequeño, ni largo ni corto, antes parece bombarda que mortero; metido en vieja y raquítica cureña, con más alma que ánimas en el purgatorio, y con menos ruedas que cañón de mano; buscarle filiación á pieza de este calibre y calidad es meterse en numismáticas, pues resulta ejemplar único escapado á fundiciones para quedarse amigo de fiestas mentadas y de remembranzas ruidosas; se carga por la boca y se dispara por la culata, y no crea el lector amigo que con escobillón de artillero, sino con

lo que á mano viene, ya sea la recia tranca de guardada puerta, ó ya el cayado rústico de trashumante peregrino; una



vez pasados los festejos nacionales vuelve el cañón sordo á su quietud, donde se está mustio y silencioso hasta nuevas salvas, lejos de arsenales y maestranzas, y ajeno, en su vetustez, á exhibiciones de museos; querer determinar alcance á su disparo, es la imposibilidad de todos los imposibles, puesto que carece de parque y sólo se carga con viruta ó paja; no obstante taco tan ligero, su estampido pone sordera en los oídos de los viejos, que apenas si recuerdan las resonancias trepidantes del bombardeo de Miramón en el vecino puerto; y miedo en las ancianas que rememoran el heróico 10 de Agosto, cuando hechas un ovillo—el miedo suele hacer cosas peores—se metían debajo de las camas ó huían á despoblado con la letanía en la boca y la compun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ción en el rezo. Con referencia á la calidad de artilleros que manejan el tan nombrado y ya célebre cañón en los fastos nacionales, mejor es no contarlo; porque ni los hay para días tan señalados, ni es este cuento, ni historia, ni hazaña para andar metidos en artillerías; mas es de advertir que nunca faltan quienes hagan de artilleros; pues en ausencia de ellos allí están los *polecías*, que lo mismo sirven para estos oficios de pólvora y humo que para los otros del garrote; ó los presos de á tres días por condena; y en el mismo instante que hacen tronar á cañón, (que fué quizás terror de guerrillas y defensa de parapetos,) artilleros de la última condición y de tan certera puntería como la de los del garrote, truécase en risible la célebre frase de Michelet: «el cañón es el rayo del hombre», porque aquí el rayo anda escondido por las nubes y el hombre por los suelos, ó por la cárcel, que en orden y en verdad de vocablos viene á ser lo mismo.

A medio día, para amenizar la fiesta—como dicen los programas de estas celebraciones—los músicos ejecutan en el kiosko añejas piezas musicales, pero muy de tocar en días de solemnidades, como las marchas «Zaragoza», «Porfirio Díaz», etc., etc.

Y en la tarde—según reza el nombrado programa—se efectúa el «paseo cívico», el cual con los globos y los fuegos artificiales constituyen lo típico de los aniversarios por días patrios.

Una hora antes de que la Comitiva Oficial se reuna, la gente agrúpase frente al frontis del Palacio Municipal, vestida de limpio y trajeada con trapos para dominguear; los muchachos y hasta los hombres graves (por barbudos, que no por mesurados) lanzan cohetes voladores, que parecen hechos para ensordecer oídos y entortar caras; gritos de los granujas, estallidos de los cohetes y pistolas, vivas de la plebe anuncian que los músicos—que siempre se hacen esperar—llegan á Palacio; después suena el bombo, registran los filarmónicos sus pitos, bajan la escalera del Palacio las autoridades, funcionarios y demás agregados, formando la comitiva; se enfilan: por delante la banda de música, en se-

guida el Alcalde y el Secretario del Ayuntamiento, llevando en alto la bandera nacional, acompañados de todos los ediles, los maestros de escuela apacentando rebaño rebelde y locuaz de rapacejos inquietos, y, por último, el pueblo con turbamulta de gritones y vocingleros que arrojan por esas bocas más vivas que en día de triunfo de elecciones—cuando había elecciones y había triunfos,—suena estruendoso un paso doble que malas lenguas afirman fué compuesto expresamente para un besamanos de «Su Alteza Serenísima», allá en los tiempos en que Santa Ana era Alteza y se mandaba llamar «Serenísima».....

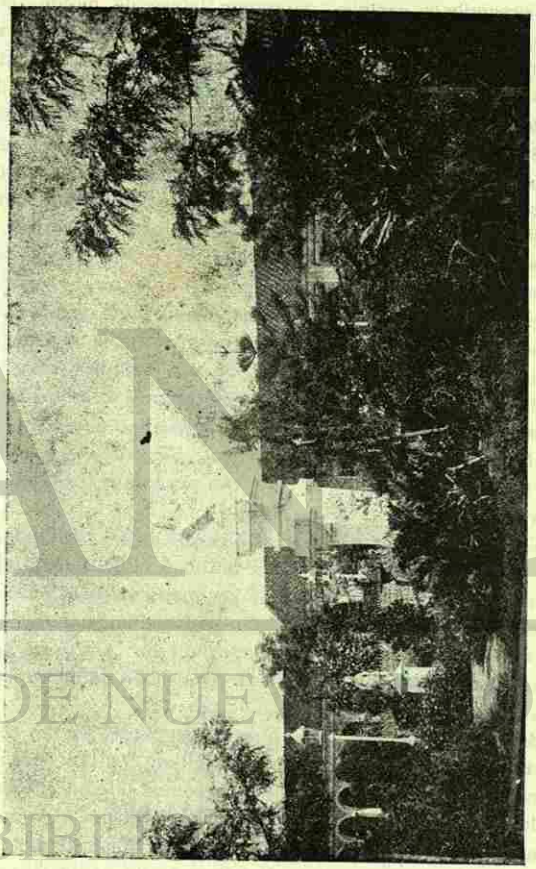
Y allá va el paseo cívico..... tari, tari, tari.... tari, tari, tarán..... con la música por festejo, los cohetes por estruendo y los concurrentes por divertidos; detrás de la música, cerrando la marcha, «Tapache», serio, marcial con traje no hecho á su medida, pero bien compaginado con su cuerpo que renguea un poco para corregirse luego; con tambor batiente que á cada redoble marca el paso al desfile, colgado de una cuerda en vez de la porta por terciarlo pronto para andar breve, siendo que «Tapache» acostumbra caminar despacio; con un ligero movimiento en los bolillos, un erguimiento en la cabeza, una barba descuidada en la seria cara, y en toda su persona esa uniformidad en el paso que acusa al veterano viejo; porque co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo él dice—y es verdad—*jué melitar de línia*; y allí marcha también tío Caldelas soplando con sus colorados mofletes el figle; es viejo músico—no tanto por la edad, sino por lo metido que está en el oficio—que toca instrumento de viento y boca en retretas, bailes, bodas, bautizos, entierros y paseos; y el violoncelo en funciones de iglesia y de teatro, violoncelo que ha sonado en más misas que gorigoris en requiemes; muy enterado de la teoría musical, conocedor de la música clásica, de la religiosa, de la profana y de la bailable; algo catador de lo añejo y muy señor de su casa y muy dueño de sus gustos y de sus tocadas, como todo hijo de vecino lo es de su hacienda y su linaje. También es de advertir á Chente Díaz—á quien no le pican pulgas ni ofenden mosquitos, así de Job tiene la paciencia—que camina entre los músicos *desalivando* el trombón y sacudiendo la boquilla, con paso lento y con un es si no es cojo en las piernas que no lo dejan entrar á la acompasada marcha á pesar del redoblante de «Tapache».

A las puertas y ventanas, la curiosidad en las mujeres y la alegría en los infantes, salen á ver lo mismo que en años anteriores; pero á gozar con la vista de todo ello como si fuera cosa flamante, porque esos paseos cívicos son más de mirarse que de contarse: aquello de las largas cuanto viejísimas levitas que visten algunos de los circunstantes, con los dobleces muy perceptibles, tanto, que á tiro de ballesta se conoce fueron guardadas en veinte pliegues entre terrones de alcanfor y lienzos de lino, á manera de preservarlas contra las voraces polillas, larva infernal capaz de destruír la túnica del filósofo cananeo que es cuenta duró hasta treinta años sin menoscabo ni remiendos; y luego, aquel largor de faldones, inmutables ante las variaciones de S. M. la Moda, señora y tirana nuestra, y los tan desteñidos colores; levitas que salen del bául ó del ropero una vez al año por muchos años, al cabo de los cuales, por liberalidad de potentados, van á dar en las canijas carnes de mugrientos pordioseros, ó á los muñecos rellenos de serrín que por mojiganga se fabrican en los días rayanos al mes de febrero para las

fiestas de la Candelaria, ó tienen fúnebre fin yendo á servir de mortaja á su propio dueño á la hora temida de la muerte



Pero volvamos al desfile.

Llegada que es la comitiva al parque «Hidalgo»—que será

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

uno de nuestros más bellos paseos vespertinos—la concurrencia hace rueda en él para escuchar á los oradores que de antemano fueron anunciados, no con atabales y trompetas, ni pregones y carteles, sino por letras de molde impresas en programas rotulados para los domicilios de los vecinos; la tribuna se alza al pié del pedestal que sustenta el busto del Padre de la Patria, cubierto por tricolor bandera; aquella es ocupada por los oradores en el orden dispuesto por el programa; la concurrencia los escucha sentada en sillas y bancas colocadas convenientemente para el caso; hacemos gracia al lector de los conceptos de tales discursos, porque bien sabidos los tiene: «el viejo león de Castilla», «las tres centurias de dominación», «la insaciable codicia de los conquistadores», y otros arranques tribunicios que son catilinarias y filípicas poco edificantes y sabidas de coro; demuestran tales oratorias, muy á las claras, aunque se confiese muy á las penas, que por estas latitudes hasta hoy no se encuentran aquellas chinitas de orillas del mar con que se hacen los Demóstenes, y se necesita de un nuevo Catilina para que surga en la ágora un viril y grandilocuente Cicerón; sea esto dicho en desagravio de la Oratoria y con perdón de los Castelares noveles.

Terminada la serie de discursos —suelen ser media docena de oradores oficiales—el Presidente, ó el Secretario, de la Junta Patriótica (cualquiera de los dos tiene facultades para hacerlo, y aunque no las tuvieran nadie se las disputaría) sube á la tribuna y dice con voz apagada por la gritería de los granujas: «Queda la tribuna á la disposición de quien la desee ocupar».

A menudo quédase la tribuna sin ocupante, por no encontrarse en aquella asamblea ni un mediano Dantón; pero otras veces sucede que de entre la concurrencia sale un orador popular, dispuesto á tomar la palabra para darnos algo de elocuencia en partes mínimas y en largas y disparatadas cuartillas que lee con voz en cuello, después de pedida la sacramental benevolencia.

Ya en la tribuna, tose, carraspea, dirige extensa y un tanto

amenazante mirada al auditorio, y de seguida despotrica desde el «conciudadanos» hasta el «dije». Sonríe la concurrencia en oyendo aquellas que no son buenas razones, sino malas palabras; vocifera la granujería, termina el orador, y entre vivas, dianas, gritos y chillidos (cuando no con pedradas y silbidos) baja de la tribuna, estrecha la mano de los acompañantes, sonríe á unos y saluda á otros, y desde esa apoteosis queda sentenciado á ser nombrado orador en las subsecuentes festividades patrias hasta que se muera: así se fabrican oradores por mi terruño; para término de fiesta, la música toca el paso doble de Santa Ana, toma la comitiva para el lugar del cual salió con tambor batiente y bandera desplegada: de allí á poco se disuelve la reunión, y cada quisque se vuelve á su casa y Dios queda en la de todos.

Para en la noche se reserva la retreta;—fiesta barata y por tal concepto concurrida—está anunciada para á las ocho en punto; pero es pedirles mucha puntualidad á los músicos cuando la comienzan á las nueve; y es que estos filarmónicos son tardíos para templar y más tardíos para tocar; unos cuantos globos, cortados por el patrón que dejó Pascual Sánchez —muerto hace años—ascienden en el espacio luciendo vistosos colores ó se queman á dos palmos del suelo.

Zapatean los del *guapango* en la tarima puesta por la plazuela del muelle, gracias á los buenos oficios del capataz de la cuadrilla de cargadores; pespuntean el arpa, rasguean la vihuela manos alegres, cantan voces enronquecidas con aguardiente:

«Trigueñita te hizo el cielo
Pá mi condenación,
Con ese color trigueño
Me *robaj* el corazón.»

Contestan en coro la copla, y el fandango está hecho para la noche entera y para no dejar dormir al vecindario en tres calles á la redonda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los fuegos de artificio, fabricados por pirotécnico del terruño, arden con gran contentamiento de los espectadores, al son de la música, cuando no han pasado por un tratamiento de hidroterapia; pues se presentan casos en que los *castillos* no se inflaman ni arden con toda la cerillería de «LA INDUSTRIAL» encendida encima; tal de húmedos están los artificiales que dejan frescos á los concurrentes y al pirotécnico ardiendo con más llamas que Troya en los ya lejanos tiempos de la Iliada, ó que Roma en los del feroz Nerón.

Y son siempre así nuestras fiestas nacionales: un poco de humo extinguido en la atmósfera; un tanto de tedio quitado á los pacíficos habitantes, y un mucho de plata salido de los bolsillos paternales para cohetes, pólvora, *infiernitos* y otros excesos explosivos que son castigo de oidos y premio y gloria para goces infantiles.

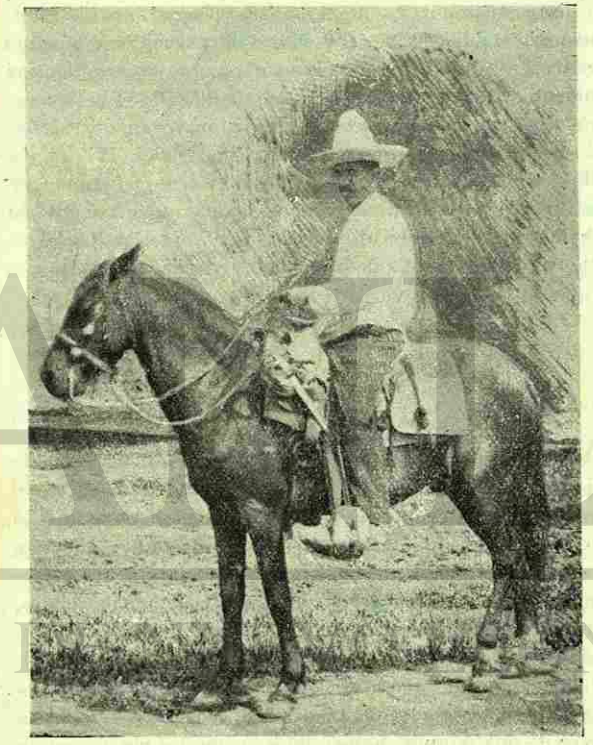
VIII

Ni el afelpado sombrero de ancha y bordada ala, gruesa toquilla y colgantes chapas de plata; ni la estrecha chaquetilla de paño con alamares; ni el elástico pantalón de *popotillo;* ni el zapato bayo de una pieza; ni la descomunal pistola al cinto; el charro del terruño es modesto en el vestir y quieto en el montar: para la vestimenta el jipi ligero, la blusa suelta, el pantalón holgado, el zapato de uso diario; para montar, la silla sin lujos, pero limpia, y la espada virgen; nada de caracoleos, trote mesurado en la cabalgadura y postura llana en el jinete.

En las tardes tibias del mes de Mayo es cuando suele pasear en dócil alazán, bien por la verde ribera hasta los Melonares, bien por calles concurridas y plazuelas frecuentadas para hacer el oso á guapa doncella que cose sentada en el corredor.

No tiene caballerango, porque no lo ha menester; él mismo enfrena y ensilla el caballo, le peina la crin y le da el zacate; cuida de su aseo y se preocupa con su ración; si es potro recién traído del hato, lo castiga con espuela de crue-

les rodajas (que le ponen cuando anda pedestre á irse de puntillas metiendo más ruido «que carro por pedregal») y con flexible *tololoche,* que suple á la cuarta dura y abundante en ramales.



Y este sosegado charro que pasea su caballo para pasear su persona, que no concurre á ruidosos coleaderos, ni frecuenta jaripeos ni herraderos, que apenas si echa un lazo cuando sale el toro huido en alguna corrida, es muy otro en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los días del embalse y del encierro; entonces pone espuela fiera al pie y libre rienda al cuadrúpedo; reata en mano corre tras el toro, que, húmedo por el agua del Papaloapan y enardecido por las zambuídas de los embalsadores, salta á la orilla furioso embistiendo con brío y huyendo de la reata de sus perseguidores; y en el *encierro* por carnaval se entusiasma hasta disfrazarse con enagua larga, ridículo añadido por trenzas y sombrilla chillona por recurso contra el solear candente; y así, hecho un espantajo, va de calle en calle atrayendo la curiosidad á los corredores y provocando la chilladiza de los chiquillos que le siguen á la zaga.

Fuera de esos días de holgorios no usa de pelitriques, y mucho menos de pinturas, sino que monta juiciosamente su caballo, el cual manda al llano en la época de las lluvias, ó al potrero cuando está flacucho del largo ejercicio á que lo obligaron los paseos vespertinos de su amo.

IX

Antiguamente, cuando el correo venía en diligencias de la Capital y de los Estados hasta Veracruz, y de este puerto al terruño en cabalgadura, no había necesidad de cartero, y la Administración Pública se ahorraba el pago de empleado tan preciso en aquellos centros donde los habitantes se carteaban de diario por ser las vías de comunicación más rápidas, frecuentes y seguras. En aquella ya hoy lejana época era cosa de peso y de entendimiento escribir una carta, y el «escribidme una carta, señor cura,» andaba en boca de más de una moza é infortunada ausente; porque se redactaba una gaceta en vez de una minuta: había que exprimir el meollo en un pliego para vaciar todo lo que pasaba en el pueblo por espacio de un mes, con nimios detalles y comentarios baladíes; en esas cartas había más importancia porque era cosa que costaba mucho por la dificultad del envío; hoy no, se escribe todos los días y por cualquier motivo; los sucesos no duer-

men, sino que se atropellan para ser comunicados con alteraciones que desfiguran la verdad y con futilezas que acusan la mentira; así los acontecimientos no tienen espera, y en asuntos de noticias vamos al día; pronto el telégrafo suplirá el correo, y entonces acabará la importancia de las correspondencias íntimas y familiares; por lo demás, la abundancia de periódicos que se introducen en todos los poblados y visitan todos los hogares quitan á las correspondencias particulares el encanto de la noticia sensacional—como se dice ahora—y el chiste á la anécdota picante; el periódico absorbe con su sed de hidrópico todo el jugo de las noticias dejando á las cartas familiares el «por acá gozando de cabal salud» con «el memorias á la familia y besitos á los niños,» que es cercenarles el sabor ático, tan del gusto de Cicerones recluídos y de madamas de Sevignés de pueblo.

En este momento histórico cualquiera escribe una carta, hasta aquellos que no saben hilvanar dos conceptos; las personas tardas en comprender y lógicas en el razonar no escriben cartas á sus amigos, sino correspondencias para los papeles públicos — que nombran los demagogos — escriben memorias por estilo pulcro y no epístolas con sencillez y gallardía.

Cicerón escribía cartas desde su quinta de Arpino en cualquier momento y en cualquier punto: lo mismo en el baño que en la mesa, en la cama que en la biblioteca, dándose prisa porque fuera esperaban los mensajeros de sus amigos las cartas del elocuente latino; ogaño con tener tiempo para no dejarse esperar se escribe menos; la misma facilidad de hacerlo mata la eficacia de practicarlo; se escriben cartas lacónicas, torpes, desaliñadas, sin ese viso de elegancia, sin ese sello de coquetería de que se ufanaban los cortesanos de Luis XIV, cuando es fama se respiraba la literatura en la atmósfera y se vaciaba en las conversaciones y en las cartas.

La rapidez con que comunicamos nuestro pensamiento no deja tiempo para la reflexión y para el cuidado: la tarjeta postal mata la carta: el telégrafo y el fonógrafo acabarán con la correspondencia epistolar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Antes los comerciantes del terruño iban á la oficina de correos á recoger sus cartas, lo mismo que aquellos que tenían á la familia ausente, ó al hijo en aulas de extrangis; entonces la correspondencia era mezquina en relación con el tiempo que necesitaba para llegar; hoy diariamente el correo trae balijas repletas de periódicos, cartas, paquetes, libros, etc., etc.; en un día estamos comunicados con la Metrópoli, con la costa de sotavento pasa lo propio; y sólo por un descarrilamiento del ferrocarril de Alvarado—que al año registra tantos como el «Calendario del más antiguo Galván» días de precepto—nos incomunicamos con Veracruz, y por embarrancamiento ó naufragio de los vapores en los ríos, con el litoral de la costa de sotavento.

El cartero no tiene descanso ni huelga fuera de los casos de interrupción en las vías férrea y fluvial: en la mañana el correo de la costa, en la tarde el del interior y Veracruz; anda sudoroso al peso de dos bolsas, holgadas y capaces como zurrones; y aún con ellas, la correspondencia es á veces una erupción: se le amontona como montañas, se le va á las manos, debajo del brazo; lo absorbe, lo anonada con su abundancia de cuerno de Amaltea que reparte dones en billetes amorosos para novias desesperanzadas y en cartas de crédito para comerciantes en ban-

carrota; pero disminuye luego la carga, vuelven las balijas vacías á la oficina para hartarse á las pocas horas con un torrente de papeles que nos traen noticias desde el Congo hasta el Cabo de Finisterre, desde Europa hasta el último rincón de América; y aunque vengan cartas con dirección como ésta: «SENOR ANGE BEL TRAN SGA PA ENTREGA A SOLEDA GE BERA,» igualmente las entrega, porque entiende por clave y traduce todo disparate postal del propio modo que los boticarios traducen muchos récipes.

X

—¿Que si *dentran* en la rifa de un par de mangas?

—¡Nó!

—¡Me quedan *dó numeroj!*

—¡Que no!

—*¡Ejte é el de la güena proa!*

—¡Ya dije que no!

Y la zagalona callejera con la caja bajo del brazo, terciado el mugriento paño y la flor en la cabeza, sigue andariega y pertinaz de puerta en puerta voceando la misma impertinente cantinela.

La rifa se hace sabe Dios cuándo; pues casi siempre se ignora el nombre del agraciado; sin embargo, las rifadoras abundan todo el año importunando á los transeuntes y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fastidiando á los vecinos y propietarios de establecimientos mercantiles; penetran á todas partes con imploraciones de limosneros y desenfado de gente mundana; la rifa es un recurso cuando no una estafa.

Cualquier día oirás, lector querido, gritar inopinadamente á tu puerta: «Que si toman un número de la muela de Santa Polonia *á die centavo cédula.*»

Y te ofrecerán, como es de rigor, el que trae la suerte, y entrarás, bondadoso, para que salga de tu bolsillo una moneda que no volverás á ver en los días que te resten de vida.

XI

En punto de las cuatro de la tarde pasa el viejo Islava (un viejo desmarrido y miserable) con la inclinada espalda soportando la canasta que contiene los utensilios de la llamada por idiotismo «garnachera,» que no es otra que la que hace empanadas bajo las goteras de los destartalados y sucios galerones de la plaza del mercado.

Un anafe fabricado con hojalata, una sartén negra por el tizne, una *pichancha* ligera, un abanico de tejida y fuerte palma, duras tenazas, canasta mediana, farol mortecino, cazuela surtida, añejo queso y otras menudencias son los menesteres de que se sirve la «garnachera» para su pequeña industria.

A prima noche alumbra el farol—que alumbra menos que la flama que levanta el soplar incansable del abanico—; un buen acopio de empanadas tiene fritas la *garnachera* para surtir á los marchantes que en dando el toque de oraciones acuden á traer las empanadas para la futura cena; en las tardes compran los muchos canoeros que tienen sus embarcaciones por la orilla del río, inmediata al mercado, ó rancheros que llegaron de tarde al pueblo y meriendan de pie y en hondo plato la comida de la *garnachera*; en la noche aumenta la venta, y es costumbre, hasta entre la gente de trapío y las

mozas de copete, ir á la sartén de la *garnachera* á esperar la fritura; cuando hay mucha demanda, los solicitantes esperan sentados en duras y estrechas bancas; chirría la manteca, se escucha el palmotear de la *garnachera* que extiende la masa para poner en ella el picadillo ó el pescado (rico aderezo de estas fritadas), doblarla presto y freirla luego, mientras la galopina pica el recaudo y hablan y conversan y desesperan

los marchantes; algún hambriento se engulle en un santiamén dos empanadas picantes y candentes sin llorarle los ojos ni arderle la garganta; para los cafetines contiguos llevan también empanadas cuando voraces cenadores las piden.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

Concluye la venta y se descuelga el farol; ya que en la canasta se han colocado los utensilios para volverlos á la casa, la *garnachera* misma carga la canasta sobre su cabeza en tanto que con la diestra lleva el farol para alumbrarse el paso por calles á obscuras y callejones solitarios.....

XIII

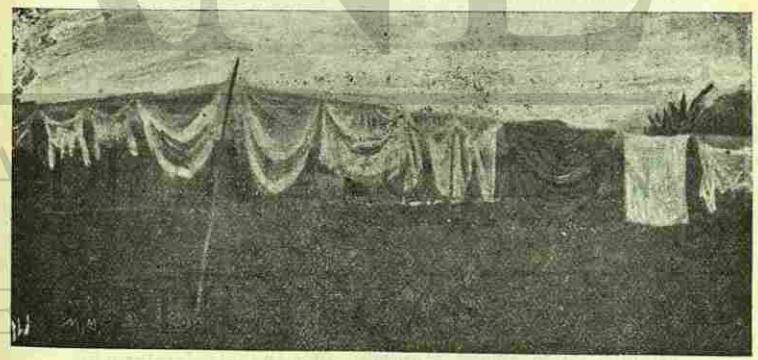
En los días de mucho sol albean las ropas tendidas en el verde y mullido *zacatillo* de las calles, asoleándose imper-

turbables hasta que este cerdo, ó aquel caballo, ó la intempestiva vaca vienen con pezuña enfangada á manchar el albor de ropas que fueron sucias, pero que el jabón y el agua han trasmutado en inmaculado armiño.

Los lunes *mojan* las lavanderas, al día siguiente dan *dos ojos* de agua y enjabonan; una vez quitado el churre sale la lavandera—y muy á menudo la misma ama—con un montón de ropa á la calle; de una ojeada escoge el trecho más limpio y soleado, y allí la va tendiendo impertérrita como si sacara á relucir brocados; y ropa que había de lavarse dentro sale al tendedero para hazañería de muchachas maliciosas y comentarios de cargadores soeces.

Cuando ha llovido y en las calles abundan lodazales, no pudiendo la lavandera tender la ropa sobre el césped, amarra del pilar de la casa donde sirve al de la contigua el mecate para estos usos domésticos, pende de él las prendas de vestir que fueron á blanquearse á la batea, y con larga *palanca* lo levanta en alto y pone tenso como si la lavandera buscara el que el público viera esos trapos; tales adefesios quédanse en exhibición mientras que el sol alumbra.

Las costumbres inveteradas arraigan tenazmente en el pue-



blo, unas veces por ignorancia, otras por superstición y muchas por contumacia; la de sacar á tender la ropa á la calle

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
ALERE FLAMMAM VERITATIS

ha quedado de la necesidad de antaño, cuando el poblado comenzaba por las riberas del río, de lavar la ropa en las márgenes y tenderla después en ellas; se ha desvirtuado la primitiva costumbre; de allí esa ristra de trapos y enaguas, entre las cuales alternan los calzoncillos del papá con las camisas del nene; tal abuso es inevitable: no valen bandos de policía ni amonestaciones de autoridades; pues las mujeres se empeñan en sacarnos los trapitos al sol, aunque el alcalde mande que la ropa sucia se lave en casa.

Y así, cada vecino sabe cuántos puntos gasta la vecina, bien que las medias se hicieron para las piernas: y la vecina, cómo anda de ropa menuda el vecino.

Todos los trapitos salen al tendedero de la acera, sin malicia y con presteza, para que hagamos de ello donaire.

XIII

Es el plenilunio: los faroles están entregados á un descanso que dura hasta que la luna entra en su menguante; los vecinos han cerrado sus puertas y duermen; las calles son frecuentadas por los noctívagos que andan de la una á la otra parte del pueblo en sus correrías; los perros ladran lejanamente y los gatos mallan lastimeramente en los tejados; la ciudad toda está envuelta en una claridad diáfana que imprime al caserío y á los árboles de los patios un tono de melancolía funeral, mientras las estrellas clarean la serenidad de la noche; de una esquina se desprende grupo silencioso; llevan abrigos en el cuerpo, embozo en la capa y mudez en las bocas; andan á chitos y de puntillas se acercan á la ventana que tiene abiertas sus hojas, por las cuales penetra la claridad de la luna; adentro, obscuridad alumbrada apenas por el fulgor de una lámpara que religiosamente ilumina la estampa de la alcoba, y quietud interrumpida á intervalos por el pertinaz toser de vieja acatarrada; de entre los abrigos —que no parecen tales sino disfraces—salen la esbelta gui-

tarra de dulcísimas cuerdas y el enteco violín de atipladas tripas; las manos se entran en un rasguear acompasado, las

voces toman cadencia y á dúo cantan á la guitarra muy bien punteada:

«Te envié por la mañana unas violetas
«Que á la alborada, entre la selva, hallé,
«Y te traje de noche frescas rosas
«Que á la luz del crepúsculo corté.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

«¿Sabes, en el simbólico lenguaje,
«Lo que esas flores quieren expresar?
«Que pienses mucho en mí durante el día
«Y que en la noche me recuerdes más!

Concluída la canción se escucha adentro un toser tímido y un carraspear violento; después los del chichisbeo se van á hurtadillas, chichean simultáneamente para impedir la carcajada pronta á estallar en las alegres bocas, que se resarcen del sigilo con un largo y saboreado buche absorbido á la botella, llamada en términos de parranderos, *mula*.

En aquel toser tímido estaba el asentimiento de la requerida en amores, y en el áspero carraspear la protesta de la enfadada futura suegra.....

* * *

Y no sólo obsequian con serenatas los galanes á sus pretendidas ó á sus enamoradas, sino también á otras pollas del lugar que tienen guapeza, aunque carecen de prometido.

Los sábados comunmente recorren los trovadores el pueblo, y de la guitarra sale una quejumbrosa armonía pastoril, de tal modo sugestiva, que creeríase la cigarra virgiliana que cantaba oculta dentro del blanco pecho de Cloe apasionada.

¡Y qué de ilusiones las de aquellas cabezas juveniles metidas entre sábanas cuando la guitarra gime y las amorosas canciones desatan en plañideras coplas la dulce miel de sus endechas!

¡Y la luna difundiendo en la naturaleza dormida su luz blanquecina para hacer cantar el pájaro en la enramada y al enamorado galán en la ventana, mientras riela su reflejo en el natural discurso del callado río!

¡En estas canciones del terruño, melancólicas en su cadencia, inspiradas en sus versos, poéticas en sus voces, hay una llamarada del sol tropical que alumbra pleno, un hálito de flores campesinas que trascienden, un himno de cuitados lamentos que se quejan!

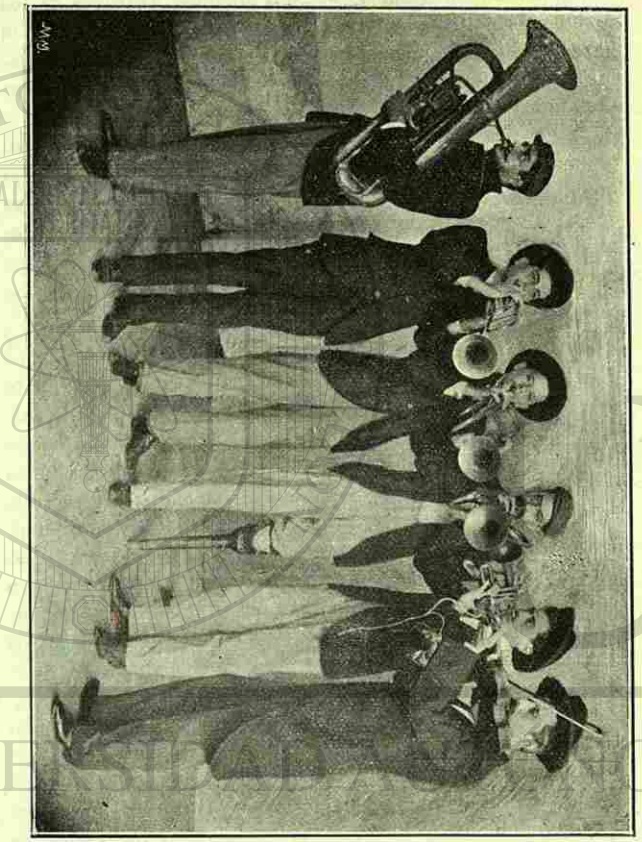
¡Oh Julieta, oh Romeo, eternos amantes al través de los tiempos, cómo vagáis vuestros espíritus inmortales por la floresta ribereña y por la onda quieta cuando la guitarra plañe y la canción entona su serenata en los labios cariñosos de amartelados donceles!

¡Y vosotras, ninfas de orillas de mi río, que coronáis con blancos lirios vuestras gentilles cabezas pelinegras, cómo inspiráis el verso alado para hacerlo mariposear sobre las cuerdas vibrantes de la siempre triste y quejumbrosa guitarra!

* * *

La noche está lóbrega; los faroles agonizan en parpadeos fúnebres; la obscuridad de las calles es absoluta; solamente el grillo desapacible y las monótonas ranas pueblan de ruidos la soledad nocturna; en medio del silencio de la noche se escucha primero uno como estupendo ronquido de bestia apocalíptica, después un trino de ave asustadiza, de seguida un desatado clamoreo de sonidos inarmónicos y retumbantes; tan luego es el estallido que percute como el trompetazo que ensordece; el estruendo aumenta en diapasón, ladran rabiosamente los vigilantes canes, refunfuñan los gatos rondadores, las ranas callan en los lagunajos y los grillos en los zacatales; el infernal ruido domina todas las voces; se acerca la cencerrada y ojos y oídos se despiertan al bronco clamoreo; es aquella una banda de trompetas tocando á juicio final y haciendo trepidar los cristales y vidrieras de alacenas y ventanas, que ponen en fuga y acorralan á Morfeo; pasa formidable la tromba, se alejan los de la cencerrada, y quedan maldiciendo los vecinos y ladrando desaforadamente los perros de patios y corrales hasta que se hace día en la lobreguez de aquella noche toledana.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XIV

El policía del terruño no está sujeto á ordenanza escrita; y, por tal, obedece—cuando es obediente, que suele ser altanero—las órdenes de los ediles, desde el Alcalde hasta el

último juez de barrio; es un subalterno que casi no tiene responsabilidades de subordinado. De esta falta de legislación provienen las innumerables tropelías y las continuas arbitrariedades de que son acusados los guardianes del orden público.

Los que forman el cuerpo de policía son pocos, si se viene á la cuenta los muchos abusos que hay que contener y las más quejas que han de oirse; porque no estamos en Suiza para convertir á cada vecino en policía del inmediato.

Nuestro policía no tiene el olfato del *gendarme* francés, ni la perspicacia del *detective* inglés: él mismo no sabe lo que se tiene.

Es parco en razones, largo en garrote y flaco en sabiduría; sabe que está autorizado para contener cualquier desmán, y con plenitud de facultades para perseguir al delincuente; pero ignora cómo ha de contener y está en ayunas respecto de sus facultades policíacas: en el garrote concentra su autoridad y en la pistola halla su defensa; por no conocer la importancia de sus funciones, amengua su autoridad y da pábulo á la malquerencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nuestro policía es odioso: el pueblo no ve en él al guardián cívico que presta garantías á los individuos, sino al verdugo que tiraniza á la plebe.

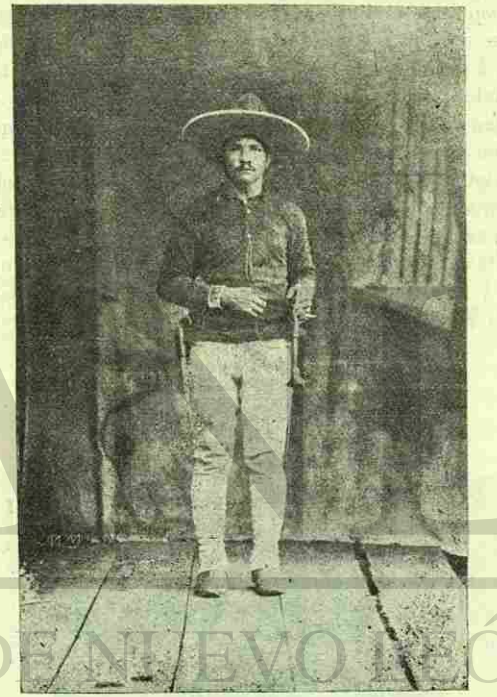
No debiera ser así; pero frecuentemente así es.

Nuestro guardia civil no conoce sus facultades, y abusa de sus prerrogativas; por esto se hace repulsivo, desgraciadamente.

Don *Antoño*—como lo llaman sirios y troyanos—es el guardián que más concuerda con la importante categoría... del polizonte; atento, manso, persuasivo; de aspecto militar por la apostura y de condición blanda por el carácter; vigila y reprime más con su cachaza que otros con la altivez y la barbarie. Cuando un borrachito—los borrachitos son inofensivos—se envalentona y echa sapos y culebras por su boca sin freno, lo lleva caritativamente, casi fraternalmente, del brazo, diciéndole, camino de la cárcel, entre paternal y autoritativo y con acento nasal muy pronunciado; «Ya ves, hombre, esto te sucede por emborracharte; vamos á que duermas un rato, en cuanto se te quite la mona, á la calle..... pero no *güelvas* á ponértela tan *longa*.....» Y de bracero, y con la misma mansedumbre que Panurgo á su rebaño, conduce al irreducible borrachito hasta dejarlo bien guardado tras de reja.

Acontece que el reo de embriaguez *escandalosa* se insubordina y no lo convencen amonestaciones de fraile misionero ni consejos de policía paternal; entonces viene el policía feroz, el del sable, con más curvatura que alfanje morisco, y más mandobles, tajos y reveses que tizona quijotesca en la aventura de los pellejos; el policía de musculación hercúlea, capaz de llevar á cuestas á Europa con la misma pujanza del ubicuo Júpiter cuando se transmutó en toro; y allí del forcejear iracundo, del vociferar airado y del golpear furioso que ponen al aprehendido en estado de ir á la cama del hospital y no al jergón de la cárcel; son estos del sable el reverso del buen *Antoño:* si éste tiene mansedumbre, aquéllos tienen soberbia; si conmiseración, saña; si dulzura, aspereza; si amonestaciones, reprimendas; si abrazo, golpeo; y así

van poniendo malas cualidades donde hubo suavidad y complacencia.



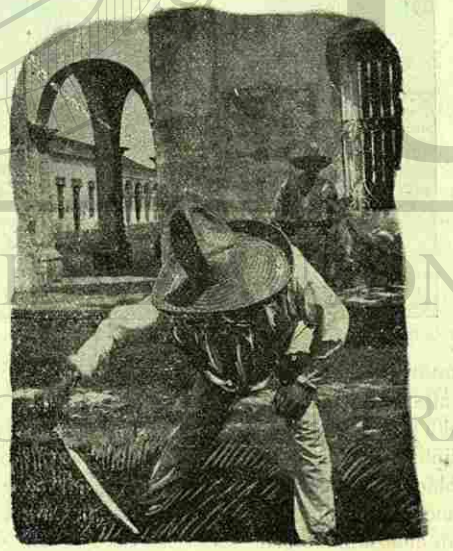
El uniforme en los conservadores de nuestras garantías sufre alteraciones diarias; solamente en los días de fiestas nacionales se usan sin variaciones las prendas del vestuario; de ordinario, si llevan el dormán de paño azul, portan pantalón blanco; si chaquetilla blanca, pantalón azul; así alteran y modifican el uniforme que la ordenanza militar sujetaría á un determinado uso.

En días calurosos— que son nuestros mayores días —al ke-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

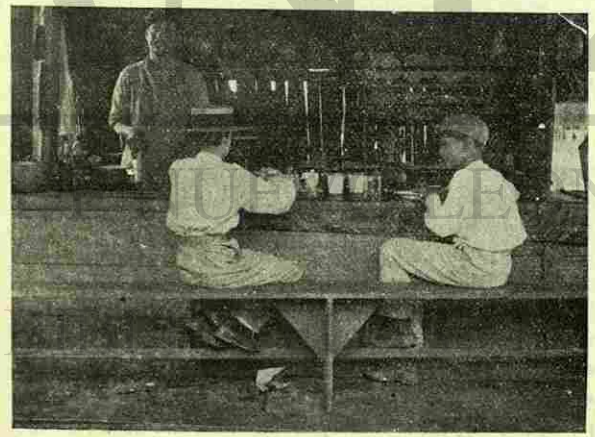
pis sucede el sombrero de paja de extendida ala: son curiosas las transformaciones porque pasan estos Frégolis baratos.

Los presos civiles—para no llamarlos de injuriosa manera—quedan sentenciados al castigo de rozar las calles en que, á poco que no los haya, medra la hierba de tan escandalosa lozanía que se nos sube hasta la rodilla con el peligro de ser mordidos por alguna culebra de las que discurren entre la verdecina vegetación callejera; á los rozadores vigilan los policías de lejos con ojos de Argos; el preso empuña un machete con más filo que cimitarra sarracena; corta zacate á diestra y siniestra; y si es preso *vergonzante*, se cala el *chipileño* más abajo de las cejas, así le sirve de rebozo y le evita la afrenta (que aunque en mínimas partes le queda vergüenza) de ser conocido por sus camaradas; acabada la tarea de la roza, si es de mañana, va á comer el rancho al hospital—fonda para estos desheredados,—y si en la tarde, al encierro de la cárcel; aunque á alguno de ellos le haya dicho persuasivamente y con voz gangosa Don *Antoño:* «Anda, no seas tonto, que con rozar un tantito ya estás *juera*»; que son tales promesas alicantinas que saca la flaqueza de donde hay argucias por falta de energías.



XV

Como las golondrinas hacen albergue de los aleros, así hay gente pobre que levanta barracas á orillas del río para mal tener un más malo y singular hospedaje, con fritadas para estómagos famélicos y lumbre y cazuelas para los diurnos guisotes; allí el puchero siempre humea y pocas veces se asa la manteca; á la vista, como para sacar adelante la verdad á modo de atraerse comensales, está el vaso de blanca y aceitosa leche, la fresca lechuga y el rubicundo nabo, el potaje barato y la mesa escueta; comida de pobre que no sufre in-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

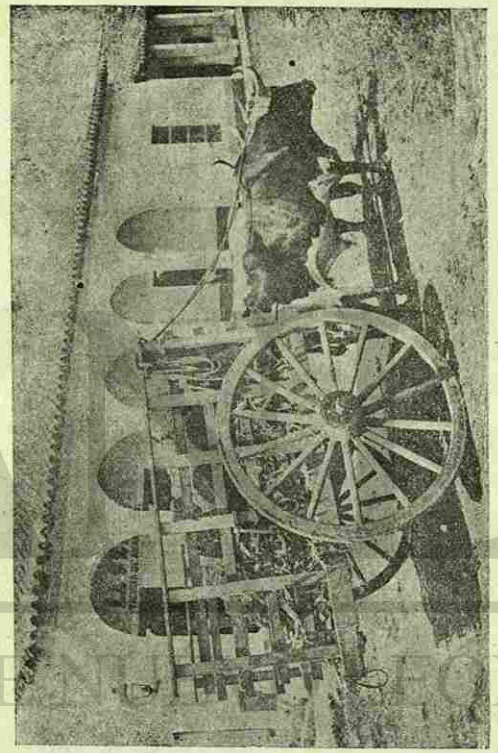
digestiones ni padece cólicos, ni impide dispepsia, que come á la ligera y digiere presto; más feliz que el rico que de todo hace hartazgos para después guardar dieta; dichosos comensales, porque tienen que comer y comen con hambre; el trabajo pone la mesa como la tranquilidad hace la cama; para el trabajador no hay pan con dureza, como para el virtuoso no existe cama con vigilia; come el primero con escasez y gana, y duerme el segundo con paz y sosiego.

Donde la templanza y la privación se dan la mano, acude el contento y la salud reina.

Mirad esos pobres que comen sin ascos ni melindres, propios de paladares esquilimosos; el rudo ejercicio cotidiano dió fuerza al hambre y trajo en su demanda la apetencia; á falta de pavos no escasean plátanos en sazón; y por bien compaginados postres tienen fritos y mantecosos frijoles; es para ellos esa fonda miserable lo que la rama para el pájaro: lugar de sustento y de abrigo, tregua para el rudo trabajo y expansión para el pensamiento quieto.

XVI

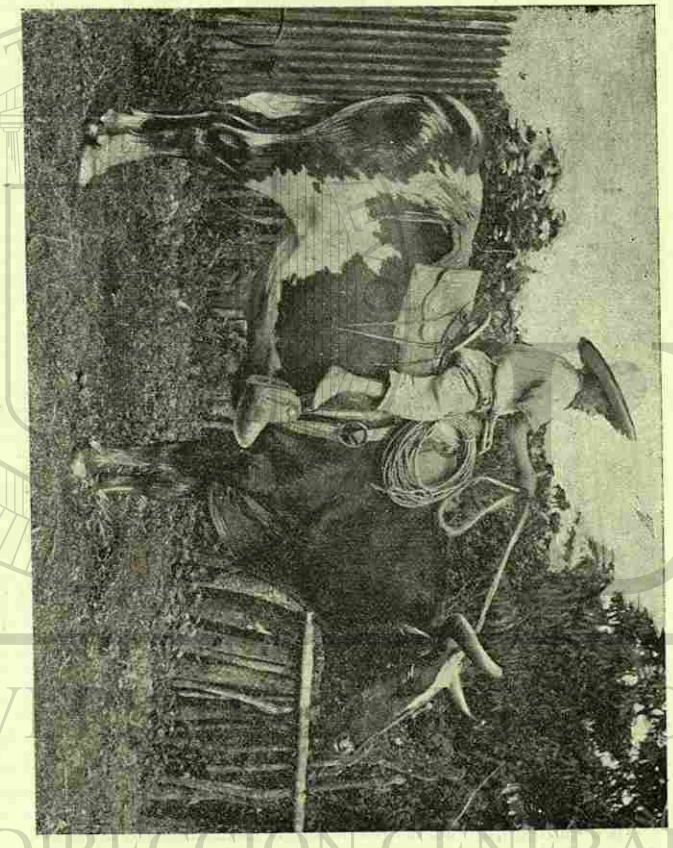
En las fértiles riberas del Nilo, por fecundos desbordamientos, adoraban al buey Apis, negro como el ébano, con mancha triangular en el testuz y otros pelitriques; y no andaban torpes los egipcios, en medio de sus supersticiones y de sus paganismos, con deificar al buey de Heliopolis; pues el manso rumiante es un auxiliar maravilloso en las labores campestres y un poderoso agente en las tareas agrícolas; para el arado es recio y mesurado; para el tiro, potente y sufrido; en el terruño presta grandes servicios y en los plantíos se ocupa en la conducción de cañas al trapiche y la del bagazo á la hornilla: también conduce al pueblo los productos de la zafra en fuertes carretas de pesadas ruedas y de rústicos adrales; y es un vehículo paciente, manso y seguro; suple con ventaja á la mula y al caballo como bestia de carga y tiro; la mula soporta menos peso y es espantadiza; y el caballo es más propio para caballería y para tirar de carruajes de lujo y no de carros y carretas de transporte.



El hombre, que domestica y sujeta á su albedrío á todos los animales, aun á los más feroces é indómitos, para obtener sus servicios y disfrutar de sus ventajas, ha adiestrado de tal manera al buey por estas comarcas, que lo emplea como mansa é infatigable cabalgadura, tanto, que soporta dó-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cil sobre su lomo fornido á un niño, que para llevar enormes cargamentos sólo es comparable con los famosos elefan-



tes de la India; el empleo del buey es utilísimo en los pueblos de por estas riberas, tan amenazados de frecuentes lluvias; pues ninguna caballería es tan fuerte para caminar por

los lodazales: el caballo se atasca, la mula se despea, sólo el buey pasa sin obstáculo por entre el impedimento del barrial, debido á la configuración de su pezuña, la cual, por ser hendida, penetra en el lodo abierta y sale cerrada, facilitándosele así sacar pronto la pata del hoyanco.

El buey adiestrado como cabalgadura es una gran conquista del hombre, pues por su mansedumbre, sin ser perezosa como la del jumento, responde á las exigencias siempre crecientes de sus propietarios; y no sería extraño verlo arrodillado en las margenes del río ante la nueva luna, á igual de los elefantes en los bosques de la Mauritania, para creernos en Memfis y poseedores del buey Apis en las riberas del Papaloapan, del propio modo fecundadas que las tierras de Egipto por el verdecino y dilatado Nilo!

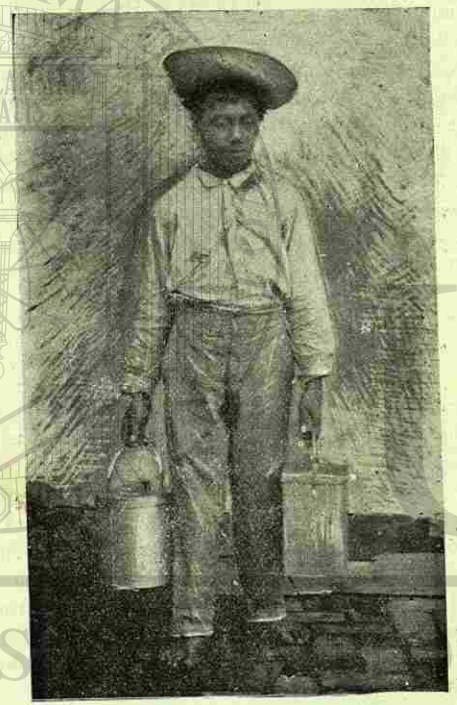
XVII

El terruño es una población esencialmente comercial; su situación topográfica, la falta de industrias fabriles y su comunicación directa con los pueblos todos de la costa de sotavento, lo hacen un centro de transacciones mercantiles; esta circunstancia determina el que sus habitantes se dediquen necesaria y habitualmente á la compraventa; en la calle hay una multitud heterogénea de ventas diarias que marcan la clase de nuestros productos y lo típico de nuestros gustos; en esto de vender son eficaces y ladinos, conocen los hábitos y las debilidades de los marchantes y atinan con las necesidades de la clientela.

En la mañana se expende la leche, alimento matutino y cotidiano de los habitantes que pueden comprarla; porque á veces está tan elevado el precio que parece porteada en el perol del dios escandinavo Thor y estraída de las ubérrimas tetas de la divina vaca Athé; entonces la beben los ricos á regodeo y los pobres por medidas dosimétricas, si no se quedan ayunos del líquido lácteo y beben infusión de café con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

panela, ó de hojas de naranjo; cuando abunda, no sólo la expenden en algunas casas—habitual expendio de ella—también salen por ahí zagalones avispados y locuaces pregonando con grito formidable:

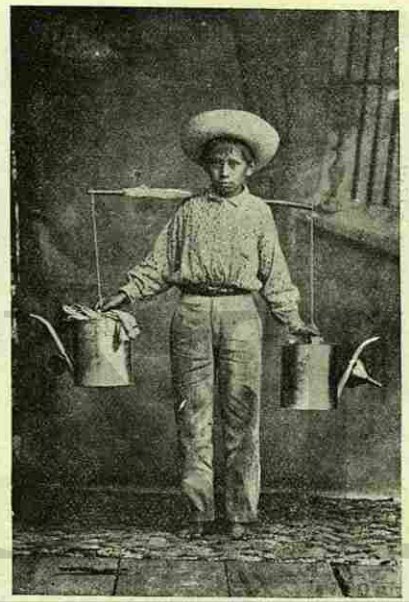


¡¡Coooompran leeeché!! ¡¡Coooompran leeeché!! Y la venden á mañana y tarde por aceras y puertas, no obstante que se andan mezquinos y remolones para despacharla.

***

Vendedor infatigable es el que vocea el petróleo: para él

no importan lluvias ni rayos solares; recorre todo el pueblo con dos latas que semejan cantimploras y un pequeño em-



budo que sirve de medida, pendientes de corto palo, gritando para anunciar la venta:

¡Al gaseroooooo! ¡Al gaseroooo! Y preguntando en cada puerta: ¿Petróleo? ¿Petróleo?

***

¡¡Caaafeé! ¡Caaafeé! ¡¡Caafeteeritoó!! ¡¡Caafeteeritoó!!... .. resuena por las puertas en punto de las dos de la tarde; se vende el café á domicilio, ya tostado y molido, listo para pasarlo por alquitara—el que lo bebe por estilo árabe—ó para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

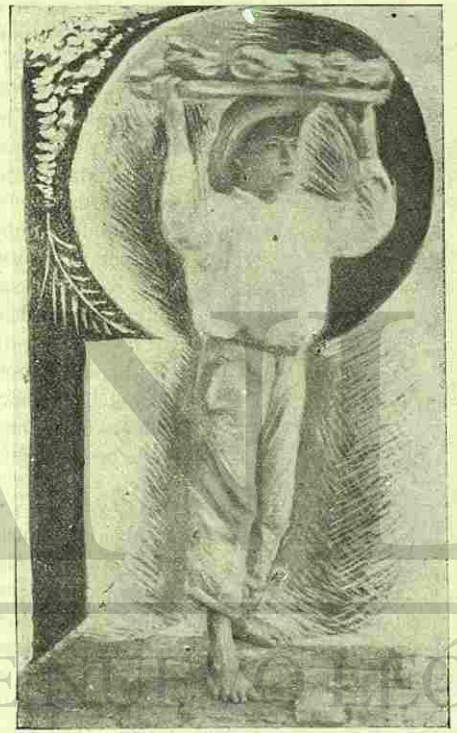
hervirlo en tripona olla, endulzado con piloncillo; el café se compra bueno y no muy caro, y siempre hay consumo. por-

que resulta en cuentas domésticas—que no son cuentas del gran capitán—más barato que la leche; acostúmbrase á beber de tal tónico como desayuno, y en almuerzos y comidas se bebe como estimulante.

***

El vendedor de pescado frito va de casa en casa ofreciéndolo en extendido *tihuapal;* se anuncia á distancia no por el

grito estentóreo propio de estos granujillas, sino por el tufo acre que despide el pescado frito que va dispuesto en ruedas



en el *tihuapal* del expendedor; el pescado en esta forma se vende todo el año, y es recurso para aumentar los platillos del almuerzo, cuando la fámula ha ido á deshora al mercado, ó cuando aun yendo temprano el mercado ha estado pobre de comestibles; también viene á pelo como auxiliar para improvisado almuerzo en los casos de convidados imprevistos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es una muestra de que la cosecha de maíz ha sido buena el oir lejano grito de rapacejo andariego que vende:

¡Tamales de *elote* coon carnee de puercooó!

Cuando es muy abundante la cosecha, se aprovecha el *jilote* (elote que llamamos) para hacer los dulces y mantecosos *bollitos*, tamales pequeños sin aderezo de carne, ó los tamales acondicionados con carne del pecho de la res, entonces se modifica el gritar de esta manera:

¡¡Booolliiitooos deeee eelooóté!! ¡Coompraan tamaalees de eloote con carne de peechooóó!!

***

Entre las industrias caseras, sin duda alguna, la que ha alcanzado mayor fama—amén de la tamalera—es la de los dulces; pues en asuntos de confituras y compotas, de mermeladas y pasteles, las costeñas—como se les llama por antonomasia—tienen buen punto, sazón atinado y sabroso condimento; es infinita y variada la cantidad de dulces que se fabrican, bien sea por encargo especial, bien porque salgan á la calle para la venta pública, bien para regalo y regodeo del paladar; ya en dulces secos, tales como mostachones, rosquetes, soletas, bocados de ángel, suspiros y una serie exquisita de bocadillos, tan gratos al gusto como ostentosos á la vista: bocadillos de leche, de zapote, de limón, de yema, de coco....ya en confituras dignas de un gaudeamus, cuales son: sopa del cielo, sopa borracha, sopa pía, beso del duque,

antojo del Papa, yemate habanero..... toda una repostería que acreditarían á monjas descalzas; queda la industria en pequeño: dulce para pobre que no se regala, aunque tan limpio y sabrosamente aderezado como los anteriores, y son los de los pobres: melcochas, palanquetas, charamuscas, nuéganos, bocadillos de coyol, de coco; para estas golosinas se emplea la panela y no el azúcar; en días de bodas puede apreciarse la variedad de los dulces costeños, dignos de las de Camacho; porque aquí es costumbre enviar cada conocido de los desposados á la comida de bodas un platón como obsequio, donde alterna la vanidad del obsequiante con la competencia de la dulcera; es la leche sápido y codiciado ingrediente de melosos manjares, y con la nuez del coco se hace mucha suerte de confitadas, así como la guayaba, el tejocote y el membrillo prestan rica materia prima para pastas azucaradas y jaleas gelatinosas; para la venta de la calle se acondicionan dulces particulares que se consumen de diario así en la mesa del rico como en la del pobre; al venderlas pulula abigarrada chusma de muchachos, zagalejas y ancianas, porteándolos de casa en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

casa para ofrecerlos empeñosa y obstinadamente; los llevan ora en llano plato, ora en rasa tabla, cuando en hondos cajones, cuando en viejo *tihuapal*, y la chiquillería grita que aturde con bocas descomunales para encarecer la bondad de la mercancía:

¡Tutti frute! ¡¡Aquiii vaá el *tuttiii fruteeeé!!*

¡Bolitas, dulces ..... ¡¡peeero queee boolitás!!

¡¡Ah queé boolitaaas!!

¿Dulces? ¿Dulces? ¡Aaal duulcero!

La leche, el coco, el azúcar, la panela que abundan en el mercado; la naranja, el limón, la guayaba, los limoncillos, los higos, la papaya que se cosechan en patios y pegujalitos, son elementos siempre á mano para que prospere y se acredite la industria dulcera; y no sólo por esa abundancia de menesteres ni por esa tendencia de cosechar frutos en cercado propio, sino por la extremada limpieza y el delicado gusto para estas cosas de canónigos y estos condimentos de monjas, muy propios de la vida sedentaria y recluída del terruño.

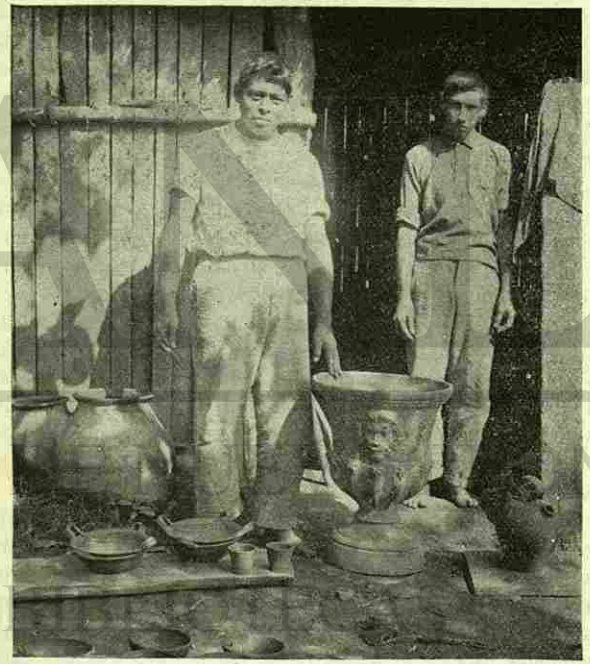
* * *

La cerámica es tan antigua como el hombre; el barro fué desde el Génesis la primera materia que se pudo más fácilmete trabajar, bastándose con los dedos; donde quiera que se ha descubierto un esqueleto humano, se han encontrado restos cerámicos.

Puede asegurarse, sin presumir de profetas, que lo primero que hicieron de provecho, después de la pesca, los primitivos habitantes del terruño, fué la fabricación de objetos de barro simplemente secados al sol; la falta de solidez obligó á los noveles alfareros á buscar en el fuego más dilatada y tenaz resistencia, la que no podía obtenerse con el sol; poco á poco ganó en perfeccionamiento la carámica costanera, hasta llegar á barnizar los objetos para hacerlos menos sensibles á la humedad del clima.

Hoy la industria alfarera está muy adelantada, siendo considerable el consumo de sus productos en el interior y en el

exterior de la costa; puede afirmarse que existe una cerámica genuinamente del terruño: y si antes le faltaba vasijas de barro para las más apremiantes necesidades del vecindario, hoy alcanza su importancia hasta fuera de la localidad; grandes y airosas macetas y macetones con relieves, grabadas tinajas y esbeltos jarrones, muchos utensilios con esmalte y otros pintados con tino y discreción; la hechura de un filtro tan necesario en estas latitudes en que el agua no tiene las verdaderas condiciones de la potable; acreditada y ensanchada la cerámica, con mayores elementos y con más



grandes recursos, vendría la alfarería á ser un arte netamente costeño con sello propio y crédito duradero; pues exis-

CASILLA

te la materia prima en abundancia y disposiciones para trabajarla; la infatigable constancia de los Sres. Morales ha contribuído á darle nombre y particularidad á la cerámica del terruño, produciendo obras de general aceptación aun en los mercados de fuera.

***

El turco, por la ductilidad de su carácter—si es dable expresarse así,—por su perseverancia, por su natural acomodaticio, ha eliminado del pueblo al *mercillero*, aquél tipo que con la flauta en la polifona boca tocaba el wals «Sobre las Olas» dentro de un repiqueteo de registros y una variedad de floreos que ya iba para zenzontle humano con embobamiento de los desocupados vecinos; que llevaba en el brazo haces de cintas, encajes, tiras bordadas, echados al viento como grimpolas vencedoras, y colgado del hombro el repleto cajón pendiente de deslustrada correa, una especie de artilugio por lo complicado de su armadura y lo barato de su construcción; y se oía la aguda y atiplada voz de meloso dejo: ¡Algo de mercería, niñasss! ¡Calendarios del más antiguo Galván! ¡Peines! ¡Peinetas! ¡Prendedores! ¡Soguillas!.....

Y pasaba el *mercillero* con su pantalón ajustado á las canijas piernas, levantado de los bajos, por los cuales asomaba su suciedad el calzoncillo de manta fuertemente amarrado con percudidas cintas á la garganta del pie calzado con huaraches de *petatillo;* trashumante, locuaz, buhonero de campanillas que vendía por la inimitable labia y no por la calidad de la mercancía.

Pasó ya, dejando el campo al turco, sobrio, sagaz, inteligente, que metamorfosea el traje nacional con la rapidez de un personaje de comedia de mágia al cabo de tiempo corto de estar en nuestro suelo; que en los ratos de descanso y en las noches de vigilias—es un tanto noctivigilio—canta una salmodia, especie de *hizbe*, ó recibe lecciones del jefe para conocer el valor y el cambio de la moneda, á modo de no ser engañado á la hora de dar la vuelta á los marchantes; para

en seguida volver por umbrales y quicios con los chirimbolos en la mano:

—¿Quere algo, marchiante? Encajito de ancho; sspejo, peseta, cuato rales; mencuernillo bonito; adornesa rál, cochara, paineta, batones, fino, fino. ¿Panuelos? Eso meno vale dose rales docena, ultimo, dié rales; ¿no quere tijera buena? Cuato durros, cual ma bueno; sortido novo; ¿encajito?... ¿Eso no bonito? ete si bonito, a se rale la pesa. ¿Etá pobe, dila? ¿Cuánto vara quere? ?Igualito a eso, de se clase, dilo?

Tú trabaja y yo trabaja; yo venda, tú compra: ¿á ver, coanto me da, mochacha? Ete cueta moncho dinero, etá cary é bonito.

—¿Traes peines blancos?

—¡Ora sen me cabó! Mira osté eso, me costaro catorrce rales, gana dó rales, esa é la marchiante, eso lo meno vale.

¿Amaniços? ¿Batones? Son de doblé fine. ¿Fraquito perfumenes? Yo no venda malo, yo no venda caro; ya me despida; adió, marchiante, tú no compra ná; voy cá mu lejo, luego vene, ahorita ya la una!

Y el turquito mete en su caja, de varios compartimientos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos sus chirimbolos, y se marcha pregonando á las puertas:

—*¿Quere algo, marchiante? Sspejo, tejeras, fino, fino.*

***

Una seriedad en el semblante, un poco de cojera en la pierna derecha, desaliño en el traje y labia y gracejo en el habla: así va por calles y mercados comerciando con viejas herramientas y con escasas baratijas, ó entregando hachas y hachazuelas á las cuales ha puesto cabos; de cualquier pero, dicho en reparo para su mercancía, saca aleluyas, hace alicantinas y fabrica chistes; allá va con dos hachas en el hombro, derecho á su negocio.

¿Que á este serrucho le faltan dientes? No importa: «una falta cualquiera la tiene»; y á retateos opone razones, terminando por vender lo que ofrece.

Ya de noche, vuelve de la lucha diaria con el sombrero ladeado, el paso largo, los astiles de las hachas á cuestas y con una impasibilidad en su persona que se antoja un Saturno terrestre, sin ampolleta y con la guadaña hombreada, anunciando la muerte de aquel día que no dejó quizás ganancia en el bolsillo escueto.... .

***

En las aguas tranquilas de las lagunas, inyectadas con linfas de los arroyos circunvecinos, bandada inmensa de pájaros paludívagos que el viento del norte arrojó de lejanas tierras á los cercanos potreros, parecen vigorizar sus remos en agitados ejercicios de natación, mientras las yeguadas, con sus inquietos y nerviosos potros, en locas y tendidas carreras llenan la llanura haciendo levantar en vuelo tumultuoso á las aves sementeras que hurgan y picotean en los rastrojos; la parvada de las acuáticas es enorme y se sostiene á flor de agua en meceduras perezosas; las vacas y los toros pastan ras con ras de las *matas*, mugiendo á veces y rebramando siempre como bestias en celo; aves blancas y cenizas entre las patas de los toros y de las vacas viven en extraña y paradisíaca fraternidad, pájaros «espulga bueyes» que acostumbrados á la comunidad con las bravías reses, las limpian de obstinadas y molestas garrapatas con una solicitud de enfermeras; y no es extraño admirar sobre los lomos quietos de paciente vaca echada, ó de buey que despaciosamente pace, apostado un *zarapico* ó un *chongolito*, con la misma confianza que si estuviera posado en la vereda polvosa y estrecha.

Por la boca del arroyo cristalino; quedamente, sosegadamente, como esquivándose de ser visto y oído por las aves que remojan su plumaje y ganguean y reforzan sus remos en la paralizada agua de la laguna, viene ligero bongo por un gañán gobernado y con un muchacho de ayudante; el gañán trae desnudas las zancas y el garzón está en pelota; antes de llegar á la laguna amarran la pequeña embarcación en los zacatales de la orilla, casi ocultándola entre las finísimas hebras que humedecen sus puntas y raíces en la tersidad de las aguas; tércíase el cazador el tenate—conductor de las municiones y de la pólvora—requiere la carabina, se introduce con extremada precaución dentro del agua, váse pie ante pie ¡flac, flac! por la orilla cubriéndose con ramas el cuerpo, á modo de que las aves no lo distingan ni lo miren, y lo confundan con la vegetación; á veces no aprovecha este sigilo, y entonces, marcha ocultándose trás de las muchas bestias que en las orillas comen el zacate á lo somormujo; y cuando está á tiro hecho....¡pum!....de una descarga mata hasta sesenta pájaros de los que en parvadas nadaban en la tersa superficie de la laguna; el tiro tiene que ser certero; pues al estallido del arma levantan los pájaros el vuelo, cruzan el llano y van á caer, chorreando agua las pechugas, en otra laguna muy distante del lugar en que fué la emboscada; aprovechado el tiro, cazador y muchacho se arrojan al punto donde patalean aún los pájaros; á los heridos les retuercen el pescuezo y los colocan en la orilla; una vez que todos están muertos, los despluman de la parte trasera, los abren de la rabadilla y sacan por allí las tripas, para evitar la pronta descomposición, dejándoles solamente el menudo; terminada la operación de destriparlos, los conducen de la orilla á la embarcación; si la caza fué pobre repiten los tiros en otras lagunas—siempre que haya tiempo para hacerlo.—Regularmente se emplean los días en que sopla viento del norte, porque en ellos acuden más las aves á las lagunas: en este caso el cazador procura evitar que la manada ventée.

Esta es la caza del *canate*, pájaro de carne sabrosa que viene á suplir en nuestros modestos gustos de gastrónomos á

la codiciada perdiz, gallinácea para festines reales; aparece en parvadas que se dirigen á los potreros bajos, lagunas y pantanos por el mes de Diciembre, y con los primeros sures de Marzo desaparece; su caza es productiva; pues suelen traer los cazadores más de ochenta en una sola jornada, piezas que venden en un periquete en el mercado; su caza no tiene muchos peligros, aunque no carezca de inconvenientes, tales como baños de agua fría por Diciembre, picotazos fieros de aves moribundas, picadas de sañudos mosquitos, arañazos y espinadas cuando ardides acostumbrados no valen y se recurre á ir arrastrándose por el lodo como un Job por el estercolero: además, la fatiga de adoptar incómodas posturas y tomar miles de precauciones para que la caza no se espante y aprovechar el tiro; cuando la caza fué mezquina, el cazador trae los *canates* en ristras pendientes del cañón de la escopeta, y si abundante, el remo de la embarcación sirve á maravilla para conducirlos; á la ristra de canates llaman *ochole*.

Los canates se venden en las tardes por un grandullón que los lleva colgados de un palo á manera de pértiga; estos son pájaros acabados de traer de la cacería; y muy de mañana se

expenden en el mercado con plumas ó sin ellas; desplumados, se sancochan para venderlos.

Créese que estos pájaros, de la familia de las aves viajeras, vienen desde la Florida, y que el viento del norte al soplar con furia por el litoral del Golfo Mexicano los desvía de sus temporales peregrinaciones para traerlos á estas riberas; sea verdad ó sea fábula el motivo de la venida de los *canates*, lo cierto es que son aves, que, de idéntica manera que las golondrinas, aunque en distintas épocas, nos visitan año tras año, trayendo á nuestras mesas un exquisito bocado, y para los pobres una caza que produce lo bastante á alquilar un bongo, comprar una escopeta y provisión de pólvora y municiones, quedando aún economías para emprender en otro negocio durante la larga ausencia de los *canates* de paseo por la Florida.

Y aquí, para terminar con ventas y vendedores, apuntaremos á los billeteros de un sinnúmero de loterías aclimatadas en nuestro terruño, no obstante que poco dan el premio gordo; ellas son: lotería de Querétaro, de Jalisco, Nacional de México, de Xalapa, Instituto y Ferrocarril de Alvarado, que se juegan en Veracruz; y allá van los gritos á montones de «Los dos mil pesos de la de Querétaro *pa* hoy. ¡Hoóy se jueegan los *dooó* mil de *Jalijcooo!!* «*Los seijciento pa ejta* tarde»

***

Unos venden quesos, otros enchiladas; éste empanadas, ése alfajores, aquél garnachas; cual bocadillos, tal frutas; allí flores, allá tomates, acullá gallinas, no faltando quien grite á la puerta como lección aprendida de corrida: «que *diche* mi *mama* que si *merca ejta* gallina en un *pecho*, lo último *chete riale*». Al de aquí le compran, al de ahí lo despiden; y así en un vocerío de vendedores y con un gritar de granujas, se ensordecen los oídos y suelen entrar á saco los bolsillos para obsequiar con codiciadas golosinas á niños temosos y regalar con ricos entremeses y variados postres las apetencias de delicados gastrónomos.

XVIII

Cuando en «San Miguel» se deslenguan las campanas por continuados repiques en la capillita que lleva el nombre del arcángel valeroso que puso á raya la soberbia de Luzbel; el santuario se ilumina y los fieles ocurren á la función titular del santo festejado.

Hay misa mayor con gran orquesta y profusa concurrencia; en la tarde, en la plazuela que se extiende frente por frente de la iglesia, se improvisan ventas y se celebra el día con una *popada*, típico festejo que le da carácter á la verbena de San Miguel; guapas y vivarachas mozas hacen el *popo* para expenderlo á los visitantes del barrio; unas cuelan, otras baten, las demás lo sirven, bien dentro de hondos y brillantes vasos, bien en grandes y extendidas tazas; viene á ser tal bebida una como á modo de merienda: pues acostumbran beberlo en la tarde, acompañado de unos tamales de maíz morado, puestos en punto de caramelo con un sazón de manteca y una miajita de anís y sal.

El *popo* está de rechupete cuando la espuma que se desborda del repiciente que lo contiene es sostenida y espesa, entonces puede cortarse con un cuchillo como si fuera marquesote; la espuma se espolvorea de canela y presenta un alto copo desbordándose de las bocas de los ventrudos vasos á la manera de un sorbete; entran en su composición y condimento: cacao, arroz, azúcar, *cocolmecate*, raíz de *chupipi*, canela, y, para espesar la espuma, se le adiciona galleta ó tortilla molidas; es una mixtura muy agradable al paladar y muy de nuestro uso por tener sabor exquisito de rico chocolate, tan preferido en nuestros refrigerios matinales y vespertinos; desde el celebrado día de San Miguel es costumbre arraigada en el terruño hacer *popo* en las casas particulares; con ese motivo se convidan á las vecinas y á las amigas de la casa donde obsequian con la espumosa bebida; comunmente los concurrentes son mujeres; una vez reunidas las del con-

vival se procede á la manipulación del popo; invitadas y obsequiantes toman participio en la elaboración: se muele cacao con los demás ingredientes hasta formar una masa; esta masa se pone en un trasto para agregarle azúcar y agua á la medida, que aumenta ó disminuye segun el gusto de las que le dan el sazón; en seguida se cuela y se bate; cuando ha producido suficiente espuma, la cual constituye la bondad del refrigerio, se sirve en vasos y en tazas, puestos en extendidos platos cuyos bordes van circuídos de rebanadas de tamales morados que guapa mocita extrae de panzona paila; las de la merienda beben el espumoso condimento con cucharas y con tan regocijada delicia que tal parece beben el néctar que en el olimpo servía la púdica Hebe; esta especie de ágape es animado y alegre: el perfume de las flores en las gentiles cabezas destrenzadas, el colorido vistoso de los *paños*, el brillo húmedo de las negras pupilas, el gárrulo chacharear de las convidadas, el trajín en las manipulaciones de la bebida, el ajetreo de las que sirven y reparten la bebida, la familiaridad en el trato, la limpieza minuciosa de tazas y vasos, todo forma un conjunto armónico de gente feliz y divertida; y el popo no gusta de estarse en casa, sale á la calle en copetes de espuma que colman las grandes tazas de loza poblana, adornadas con caprichosos dibujos, con letreros alusivos como: «Recuerdo del popo» y con el nombre de la dueña de la casa; porque esto del *popo* es fiesta exclusiva de mujeres y en ella no disponen ni padrazos ni maridos condescendientes, aunque den los dineros y proporcionen los ingredientes; el *popo* va de visita á otros hogares, en los cuales, con no disimulada alegría es recibido y saboreado con deleite; pasada la temporada, guárdanse tazas barrigudas, vasos holgados, para dormir en trasteros y anaqueles; estánse quietas manos laboriosas, abstiénense paladares apetitosos y queda el recuerdo de la *popada* que se renueva al año siguiente por San Miguel, cuando la plazuela está de verbena, los vecinos de gaudeamus y los muchachos de petardos.

XIX

¿Chichamonga? He aquí un sobrenombre cuya significación propia es dudosa; sin embargo, alguna circunstancia especial, algun incidente imprevisto, ha de haber determinado su aplicación; desde muy antiguo el nombre era significativo para la persona que lo llevaba: Adán, en hebreo, significa tierra roja; Eva, vida; Esaú. velludo; y Job, sufrido; Catalina en griego, pura; Erasmo, amable; Heliodoro, don del sol; é Isidoro, don de Isis; Darío, en persa, preservador; y Esther, estrella, ó buena fortuna; Aníbal, en lengua púnica, gracia o don de Baal (divinidad de los fenicios); Carlos, en antiguo alemán, fuerte, varonil, magnánimo; Edmundo, en antiguo sajón, defensor de la propiedad; Ochoa, en vascuense, lobo; Zuría, blanco, etc.

No es raro, ni es una costumbre vituperable, el llamar á los individuos por cierta semejanza directa del nombre con lo físico y moral de quien lo lleva; *Bamboleo* decimos á la persona así designada aquí en el terruño porque al caminar dicho individuo parece que se bambolea; éstos más bien son epítetos, calificativos que resumen inmediatamente en una palabra lo que se piensa de la persona que los lleva; por ejemplo: los nombres de los hebreos tienen muy marcada esta tendencia: Sara, princesa; Thamar, palmera; Hadasa, mirto; una mujer de carácter dulce se llama Raquel, que quiere decir oveja; una que gusta del trabajo, Débora. abeja; entre los griegos la cosa era de otra manera: generalmente un hombre se designaba por hijo de fulano, mientras no alcanzaba por sí mismo alguna fama para su nombre; hoy, entre nosotros, cuando mucho se le llama hijo de fulana, ó con un calificativo que no es de este lugar expresarlo sino en donde frecuentan mujerzuelas y libertinos; á Demóstenes lo llamaban los griegos el tartamudo (batalos) y así fué designado durante su adolescencia; pero prevaleció el nombre sobre el apodo sin duda porque el célebre orador, á fuerza de paciencia, curó pronto del defecto que le valía aquel mote: hoy á cualquiera apodan «el zurdo» mientras carece de dinero; mas tan luego que logra adquirirlo se olvida la designación personal por el nombre de pila con la añadidura del don, que suele no tener dones; y será don Hermógenes, quien siempre fuè «el zurdo», mondo y lirondo.

Por lo demás, consuélense los chichamongas, los bamboleos, los loritos, los chepe milotes: Platón, con haber sido tan grande filósofo, se le conoce hasta la posteridad por Platón, no obstante que su nombre verdadero era Aristocles; pues se le dió el apodo de Platón á causa de que tenía muy anchas las espaldas; Cicerón tenía por prenombre Marco y por nombre Tulio, y Cicerón fué su cognombre, que es el sobrenombre ó apodo de los latinos, y lo apodaron Cicerón, porque él, ó alguno de sus familiares, portaba, á modo de apéndice, en la nariz una berruga de la forma de un garbanzo; y mujeres que en el terruño les llaman Margarita la loca, tía Fuste, tía Fuelle, la Cocuya, la Semita, etc., etc., consuélense también, que en pasados tiempos personas de calidad se dejaban llamar «la Beltraneja», Mari-castaña, la Roldana, etc., etc.

Aquí, en esta bendita tierra, donde cada quien se habla de tú con el vecino y se prestan la sal y se regalan el bocadito, á cualquier bautizado le cambian, modifican, alteran y trastuecan el de pila; á veces unos por obligada aférisis cambian en Tano á Cayetano, en Toño á Antonio, en Nacho á Ignacio, amenguando lo brusco de algunas supresiones, como en Chano de Feliciano, por el cariño que las motiva; por apócope llaman Guillos y Nicos á los Guillermos y á los Nicolases; por metátesis. Grabiel á Gabriel; por prótesis Enemesio á Nemesio; metaplasmos inmoderados trastornan y cambian notoriamente los nombres de pila: no es raro oir llamar Lencho á Lorenzo, Lalo á Eduardo, Chito á Francisco (cuando no Pancho ó Frasco); Memo á Guillermo, Niche á Estanislao; cuanto á los Pepes, las Conchas, las Charos y las Lupes, tan autorizadas por el uso, abundan que es una bendición.

Pero volvamos á *Chichamonga.*

Es un tipo, un calandrajo humano, un *Pierrot* desastrado, cuyas ropas fueron blancas, y la miseria, el abandono y la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

indolencia pusieron en ellas por partes iguales sus remiendos, su suciedad y sus argamandeles; tartajoso, memo, microcéfalo, va miserable por el mundo, dentro del limbo de la idiotez, mofado por la inclemencia y escupido por la plebe: su traje es un desecho arlequinesco: sempiterna cachucha mugrienta en la melenuda y piojenta cabeza, un pañuelo haraposo arrollado al cuello enteco, larga camisola hasta las corvas para

disimular la fenomenal hernia que padece, calzoncillo ceñido á la pantorrilla huesuda y astrosa, un garrote en las manos como arma defensiva y ofensiva contra la jauría que, con sólo mirarlo de lejos, le ladra furiosamente; y en el conjunto una

figurilla grotesca, muy propia para volverla fatídica la superstición del vulgo; es cual un muñeco mecánico que ha gastado todos sus resortes y sólo funcionan el de la risa idiota y ríspida y el de la tosecilla gutural y asmática; á la luz pálida de la luna parece el sepulturero de Shakespeare sin monólogo en los labios y con una pavura funeraria en la silueta jibosa; y acrecenta este símilis cuando se recuerda su afición favorita de concurrir á los *velorios* y asistir á los entierros; porque parece que hay en él algo del instinto de la hiena; olfatea á los cadáveres, los busca como el cuervo, y, según el pensar del vulgo, los anuncia como el buho. ¿De dónde salió este podrigorio? No se sabe. ¿A dónde va? Todos lo ignoran. Es un guiñapo social, una miseria humana, una ironía de la naturaleza, un desheredado del mundo; por su raquitismo no tiene edad determinada y por su pobreza carece de fé de bautismo: puede ser viejo como Matusalén ó joven inmutable como Filemón.

Allá va *Chichamonga*, patizambo, jiboso, apercibido el garrote contra la jauría que ladra en lontananza cual si lo husmeara; á igual de un espectro que pasea su andrajosidad á la luz de la luna bajo la sombra temblona de los mustios sauces y los fúnebres cipreses.

XX

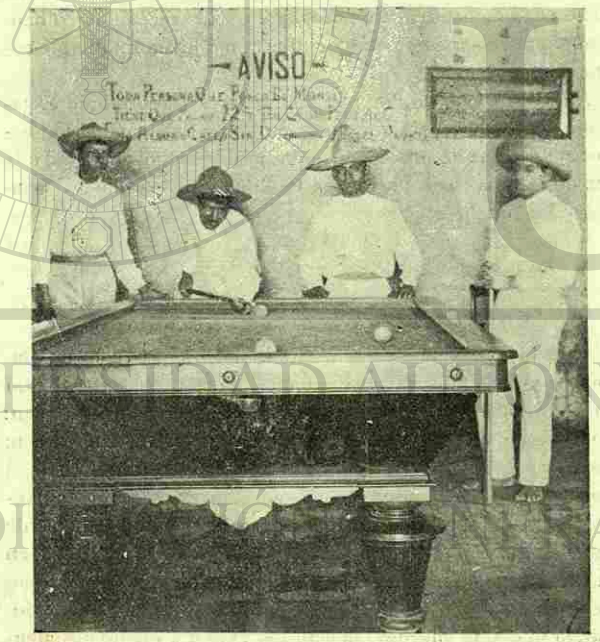
Para los ratos de ocio es el billar juego muy buscado; imberbes y barbudos, jóvenes y viejos, ricos y pobres, de igual suerte lo juegan; las partidas más puestas en contienda son: bola y banda, la más lejos, dar tabla, al rebajo, de repetición; las carambolas que se usan en ellas se nombran: de bola á bola, de doblete, de recoveco, de corrido, de corrida á la banda, de cargado, de tantas tablas, de *jalado*, de pasabola, de atravesado, etc., etc.; se juega en la mañana, á medio día, en la tarde y en la noche; por las horas en que juegan puede saberse quiénes son los jugadores: en la mañana (no siendo domingo ni día de guardar) juegan los vagos; á medio día, algu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos empleados que esperan la hora de entrar á la oficina; en la tarde aquellos que acaban temprano de sus quehaceres habituales; y en la noche todos los que conocen el juego y tienen deseos de divertirse y dinero para hacerlo; está de más asentar que los vagos juegan en todas las horas antes indicadas; pues son parásitos de cafés y cantinas que están á verlas venir.

El juego del billar está muy desarrollado en el terruño; y si no hemos de ser aspaventeros dejaremos de condenar tal predilección, pues el billar aleja á muchos de otros focos en que la juventud se pervierte.

A un café, á una cantina, le falta mucho cuando no tiene, por lo menos, una mesa de billar; las hay finas y costosas,



vastas y pesadas, grandes y chicas, desvencijadas y flamantes, de todas dimensiones y calidades; en ellas no es extraño ver jugar á un albañil con un potentado, ó á un mozalbete con un señor que peina canas; cuanto al cóime, juega con cualquiera, y es el que adiestra á los *pichones* (novatos) aunque con mengua de los bolsillos de los paganos, que aquí son los aprendices del efecto y del contraefecto.

A este juego que tiene su técnica especial y difíciles combinaciones, ocurre también la gente del pueblo, con sus ropas blancas, su sombrero de palma y los pies descalzos; y allí de las reñidas partidas, y de las aclaraciones del cóime, y de la candidez de los *pichones* y de los ardides de los adiestrados; se escucha el repecurtir de las marfiladas bolas, el golpe seco contra las bandas, el sonido desapacible de las pifias.

—Si tiene pelos la rasura!
—no le hables al tiro!
—Ya te vendiste!
—Llevo de arriero!
—Quedó muerta!....
—Pero no enterrada!
—Anda, y tira de angelito!
—*Ejta* dando *chaguá*!
—Vaya un doblete!
—Cuánto lujo!
—Uy.....tiene corbata!
—No calientes!
—Echale tiza!
—*Dié* contra doce!—grita el cóime.
—Otra *má*: me voy de docena del fraile.
—*Vamoj* á *acompletar* un *partio*—dice uno que á la sazón llega.
—Doy cinco *pá* veinte—contesta otro del corrillo.
—*Pué* ya le *ejtamos* dando!

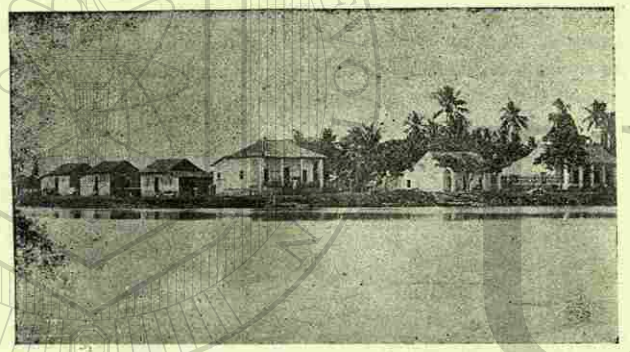
Y aquellos nudípedos resultan *championes* capaces de hacer cincuenta carambolas en un minuto con descontento del cóime que quisiera jugar por todos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXI

Elevan las palmas sus penachos por entre los limpios tejados rojos, albean las paredes y el río terso refleja en sus aguas el amontonado caserío sombreado por el verdor rumoroso de los cocoteros.

Bosque adentro la vegetación nace lozana y con su verdura forma techumbre frondosa por dentro de la cual no abrasa



el sol; ni en aquel apartado rincón de hierbas olorosas y de malezas inofensivas azota el viento como en el altozano circundado de manglares gigantes y de cocotales altivos.

Allí las ramas se explayan en un esfuerzo de titánicos brazos que se enlazan, bregan, triunfan y abaten; la enramada tupida sombrea la alfombra del césped; en parte se levantan ufanas las florecillas campestres, en parte saltan juguetones los pájaros ribereños, y, á cada paso, las hojas murmuran, trascienden las flores y los renuevos, y cantan y alegran las aves con sus trinos y los insectos con sus chirríos; en lo alto de los hornos, que por allí abren sus hondas bocas ennegrecidas, buscan refugio los zopilotes y grazna ronca la chachalaca; y abajo, por la claridad de los rayos solares, las

yerbas y el césped toman un tono gláuco, cual vistas de través en las aguas verdinas del Golfo; los árboles galanos desabotonan sus flores y derraman una fragancia que pone olorosos los campos juntamente con las guapas mozas que discurren por bajo la cortina del follaje.

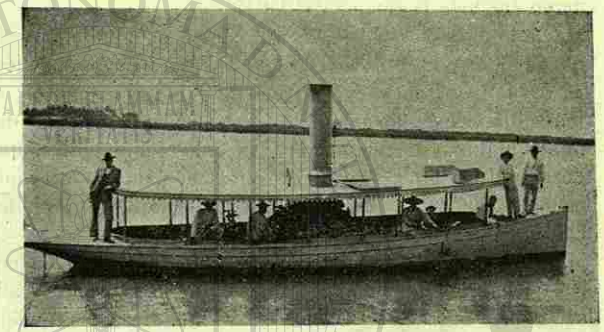
Es la hora de la *tamalada*: allí debajo de aquella bóveda tapizada de frondas movedizas, se sientan hermosas doncellas; los tamales son servidos por los galantes mancebos; el vientecillo vespertino columpia las ramas de la arboleda derramando lluvia de flores sobre las cabezas juveniles, que adornan el musgo y sirven de olientes manteles á las que hacen su campesino banquete á la sombra tibia de aquellos árboles seculares.

Después sigue el baile; la música suelta al aire sus cadencias, que, sostenidas un tanto entre aquellos bosques vestidos de primavera y brillantes de sol de estío, toman vuelo para perderse en la obscura y dilatada selva, oculto recinto del ignoto eco; las parejas tripudian en el césped; de entre los claros de la enramada caen hacecillos de luces del cielo culebrean, se alargan, retroceden, y, cual un torrente de ser, pentinas de fuego, rutilan ondulantes como iluminando las cabelleras sueltas de las infatigables bailadoras; allá, á distancia, cerca de la vera oculta por la ferocidad del empinado *zacatillo*, está un grupo de mocitas que charlan, murmuran y loquean: de lo alto del tejido de ramas se dispara un rayo de sol oblícuo y prende luminosa aureola en la angelical cabeza de una de ellas, de igual suerte que si fuera un flechazo de luz cayendo de los ventanales de la vieja iglesia para poner nimbo en la frente alabrastina de la vírgen de Candelaria.

Pita obstinadamente el vaporcito llamando á las buenas mozas que en retiro nemoroso meriendan; corren ruidosas aquellas entonces para mí zagalas alejadas del aprisco; se disfuman en el horizonte los reflejos crepusculares, emprende la marcha el ligero barquichuelo; en toda la extensión de la ribera va quedando un confuso y dilatado monte coronado por la esbelteza de las palmas que en las ondas del río

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dejan panorámicos visos y serpeadores meneos, como contemplándose en vanidosos asomos la gallardía y gentileza de sus troncos.....



Las luces mortecinas del pueblo rielan en las aguas, se escucha el compasado botar de uno y otro remo; voces mujeriles salen de pechos enamorados entonando dulcísimas endechas; borbotan y se quejan las hondas heridas por la hélice; se alza de enmedio de la negrura de los techos y de las sombras de los árboles la blanca torre del reloj, enseñoreándose del horizonte con los cuatro discos iluminados que transparentan los inmóviles números de las carátulas; suena el repiqueteo de las campanas dando los cuartos y por último la hora, silba repetidas veces el vaporcito en momentos de enfrentar la orilla, se columpian las embarcaciones ribereñas con el vaivén de las olas que arrancan las vueltas de la hélice, saltan bulliciosas las concurrentes á la jira campestre, y la noche se adueña del espacio mientras las luces reflejan tranquilamente en todos los silenciosos hogares.

XXII

El ju go que distrajo á Carlomagno, que aficionó al gran Napoleón, que ensimismó á Leibnitz y abstrajo á Newton es solaz y entretenimiento de algunos hijos del terruño.

Encajaría aquí, para darnos humos de eruditos, señalar el orígen de este juego; pero como son diversas las opiniones y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

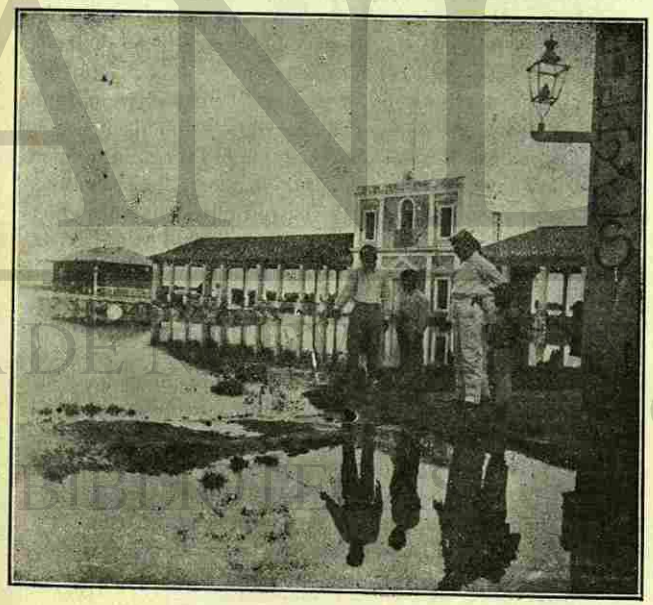
contrarios los pareceres acerca del individuo y del pueblo que lo inventó, solo consignaremos, á guisa de información, que es al griego Palamedes á quien se le da por muchos historiadores la paternidad del ajedrez; no obstante que algunos aseguran que fueron los árabes, y otros, más acertados, opinan que fueron los persas; también caería de perlas en estos renglones el problema que el Bramín resolvió al rey de la India con un solo grano de trigo movido en el tablero del ajedrez, cuyo resultado fué una cantidad enorme de trigo que acaso si se cosecharía en el término de 109,600 años; pero este jeroglífico debe comprimirse en gracia de la brevedad y para no atentar contra la paciencia de los lectores.

El ajedrez se ha introducido entre nosotros para divertimiento en nuestros ocios; y aunque mal se compadece con nuestra turbulencia, con nuestra apatía y con nuestro natural veleidoso, es propio de esta nuestra vida sedentaria: se juega pacientemente, con una atención que recuerda el ensimismamiento científico de Arquímedes, cuando fué matado por no atender la voz del centurión que lo requería á darse por preso; los que presencian el juego también se sugestionan ante la inmovilidad de los rostros y ante aquel hondo pensar de las cabezas; se mueven las piezas después de prolijo estudio, y, con voces de entusiasmo las unas, de desesperación las otras, van indicando las jugadas; mate al rey! ¡gambito! ¡contra gambito! Y por tan reñidas jugadas queda el entendimiento embargado y la voluntad sujeta á la tiranía de una reina, ó á la largueza de un caballo.

¡Cuántos en la desesperación de una jugada piden un caballo como aquel monarca derrotado, no para ofrecer á cambio del cuadrúpedo un reino, sino para defender á una reina del inminente peligro de un jaque mate que acabaría con los peones y derribaría las torres que vigilan y cercan sus dominios!

XXIII

—Pero mira, mira cómo ha subido el agua!—grita alborozado un muchacho que al par que se restriega los ojos legañosos, abre la boca por descomunal bostezo; pues acaba de dejar la cama. Y el párvulo, panzudo como un Sileno niño, se lanza al agua, sombrero de petate en mano, que le sirve á maravilla de nasa para pescar *pepescas*, *nacas* y *rabirubias;* á cada sacada del sombrero prorrumpe en un grito de entusiasmo, porque los pecesillos dan aletazos en el fondo del anisero, el cual chorrea agua meramente como una regadera; los vecinos no quitan ojo del líquido elemento, quizá porque lo tienen en las narices, y se dan á la paciencia—pues no sólo ha de ser placer—de la pesca menuda, con pequeña caña y



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un más diminuto anzuelo; y se pasan horas y horas con la caña dentro del agua hasta que pica; toda una chiquillería, lenguaraz y retozona, arremangada de los perniles hasta el nacimiento del muslo, chapotea el agua, que, en un desbordamiento diluviano, ha invadido las calles, cubriendo las aceras, penetrando por quicios y cercados, y dejando bajo la superficie, tersa y amenazadora, los jacales de carrizo y palma de la *sábana*, con sus techos terrosos y ahumados fuera, cual si semejaran lomos de cabalgaduras que intentaran salvarse á nado de las aguas invasoras.....

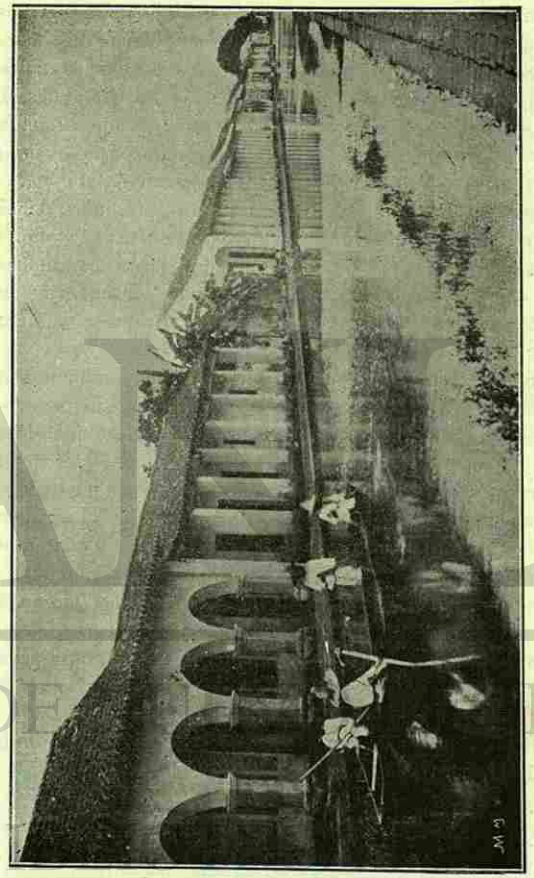
La progenie indigente, con sus desnudeces cínicas, exhibe manchas amoratadas de cicatrices de viejas fístulas—que marcan la herencia de la escrófula y la tuberculosis,—carnes magras, amarillentas y anémicas.

Las embarcaciones de distintas dimensiones y variadas formas, surcan la avenida: por allá se desliza una canoa *viajera* que conduce el mueblaje de una de esas familias que viven por la *ciénega* en tugurios de piso de tierra y techo de tejas, trayendo á bordo desde el gato de la cocina y el mastín del corral, hasta las tablas del tapanco; por aquí pasa veloz una piragua de curva proa manejada por mujeres hombrunas que saben hacer buen uso del remo y de la *palanca*, en la falca y en el talamete va sentada la prole dando golpecitos mimosos al agua y gritando de alegría; por acá se balancea una chalupa que lleva por único *pasaje* un pipiolo calado hasta los huesos por las recientes zambullidas en el torrente.

En las casas de los suburbios hay un inusitado movimiento de hormigas que sacan las provisiones para transportarlas á otro lugar seco y seguro.

Todo lo que resista el baño sale al aluvión que ya lame los escalones de los corredores; y las vecinas, enrolladas las enaguas á la cintura, tanto que dejan ver las carnosas pantorrillas, escobetean mesas, bancos, molenderos, trasteros, butaques y demás piezas del modesto ajuar; tal parece que en vista de la abundancia de agua se despierta el deseo de mojarlo y bañarlo todo, lo mismo el gato que bufa y se eriza cuando siente el remojo sobre el pellejo, que el faldero poltrón que

aulla de frío al ser sumergido en la onda; hay un deleite en golpear y acariciar el agua, de tal modo regocijado que pare



ce la caricia del domador sobre los lomos quietos de la fiera tendida y domeñada; creeríase que el Papaloapan, monstruo-

so en su ímpetu, se somete y apasigua cuando besa y lame los pies y las piernas de las hermosas costeñas.

Para pasar de una á otra acera se tienden puentes frágiles de tablas puestas sobre estacas, ó trozos de maderos; y es curioso que á cada hora se hace necesario elevar los puentes, porque el agua sube, sube sin impedírselo nada ni nadie.

Llega la noche: las casas circundadas por las aguas, dibujan sus paredes blancas en la tersidad de la superficie; la luz débil de los faroles reflejando sus mortecinos reflejos diríanse tan pronto barras candentes que se apagan en el agua, como después culebras de fuego que ondularan, trémulas, por la sábana líquida de las calles; las ranas con su croar monótono y continuado, acallan la gritería estridorosa de los muchachos que en bongos, en tablones y en pedazos de madera—navegables porque flotan—cruzan en todas direcciones la ciudad inundada.

Comienzan los sapos haciendo guch, guch, guch; siguen las ranas cuá, cuá, cuá, cuá; se agregan los renacuajos con sus estridentes gueeeche, gueeeche, gueeeche; responde el poche con la gravedad de un sochantre: pooó, pooó!.... y queda el cuareo y el croar coreado por el gueeeche, gueeeche que agrava el rotundo pooóó, pooóó de los insufribles poches; de pronto, de entre el fúnebre chillar de los acuáticos cantantes, se escucha la dulce nota de la guitarra, el chapuzar de los remos y voces frescas y argentinas de guapas jóvenes que navegan por paseo en las calles....la canción brota alegre y bien timbrada, las ranas, sapos y poches callan su salmodia para oír el armonioso cantar de las nocturnas sirenas, y la luna salta de gozo por encima de densos nubarrones, alumbrando con su disco pleno, blanco y luciente, un cuadro digno del pincel de Goya en uno de sus *Caprichos*....

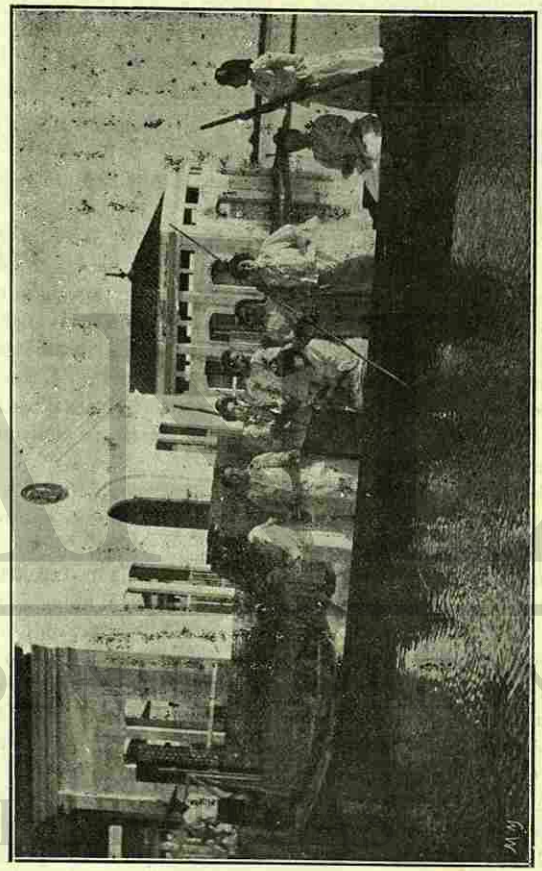
....

....

«La niña que á la mar se va á lavar los pies,
Vaya con cuidado no la pique un pez.»

Así cantan en otra embarcación tripulada por hombres; y

las barcas siguen su paseo; la luna se esconde entre nubarrones; los faroles parpadean en la superficie de las aguas; las



ranas croan, contestándoles el coro acuático, y las hermosas Náyades del Papaloapan, entonan allá en lontananza su serenata:

«Quizás, ¡oh luna! con tu luz fulgente
Acaricias al ángel de mi amor,
Y ahora que me encuentro de él ausente
¡Ay, cuánto envidio, cuánto envidio, tu pálido fulgor!»....

* * *

El cerco obstinado de las aguas y la persitente lluvia nos tiene encastillados dentro del hogar.

Lo que fué al principio un regocijo, es hoy una amenaza y un peligro.

Por todas partes el agua quieta como una fiera jadeante que se echa perezosamente á descansar; á veces límpida y tersa como un espejo que refieja siempre la misma silueta blanca de los arcos y paredes inmóviles con la pasividad desesperante de una esfinge mitológica; las aceras intransitables á pie enjuto; las calles hechas río de mansa corriente, con sus puentes de tablas, recurso para que los viandantes no se mojen hasta la cintura en una travesía temeraria de equilibrios funambulescos.

Y el cielo sigue lloviendo y lloviendo calamidades: los artículos valen un ojo de la cara, para que nos quede el otro y llorar con él tantas desventuras.

Las aves de corral trepadas á los árboles de los inundados patios, viven famélicas, comiendo renuevos y hojas á igual que cualquier fraile del género de ermitaño, ó picándose las carnes hasta sangrarse como el pelícano; las gallinas no ponen un huevo, y, cuanto al rijoso gallo, languidece en la empinada ramazón por abstinencia completa....

Sólo los sapos, ranas y renacuajos viven felices en su propio elemento: allí cuarean y croan á toda hora....es la canción del agua estacionada.

La devota no puede ir ni á Misa ni al rezo, y dentro de sus cuatro paredes invoca á San Isidro Labrador, sin que este santo patrono de la villa del oso y del madroño interceda para que la avenida baje.

Los médicos no pueden visitar á los enfermos, y los farma-

céuticos se conforman con hacer gárgaras y se contentan con ver llenárseles el pozo.

Las lavanderas tienen agua para lavarle la ropa al propio *Chichamonga*, que es crónica no muda de traje desde el siglo pasado, mejor dicho, desde el año de gracia de 1900.

Los muchachos á poco se volverán peces; las escuelas están cerradas; los maestros se dedican al estudio de la natación y á practicar experiencias marítimas.

Vivimos aislados acuáticamente; no podemos ir á la botica á escuchar las luminosas desquisiciones de uno que otro sabio de corrillo, ni á discutir con alguno de ellos si ha de decirse *meterse á fraile* ó *meterse fraile*; ni escuchar las hablillas de las barberías y de los cafés, ni charlar con nadie, ni hablar del prójimo, ni nada!

¡Y todo por la inoportuna visita de la impetuosa agua!

¿Cuándo podremos andar como buenos bípedos sin necesidad de remos, ni puentes, ni mojadas?

XXIV

Iluminadas las lámparas del zócalo, anuncian, como faro de salvación á los náufragos del fastidio que llegarán al puerto: ¡habrá retreta!

De la «Academia de Música», que confina con el zócalo, salen confusos y alborotadores registros, ya de bajo profundo y borbullante, ya de clarinete atiplado y floreador, ya de pistón agudo y sostenido: los músicos aperciben sus instrumentos para la esperada retreta.

La concurrencia comienza á poblar el zócalo; son los viejos los primeros en llegar, y es la suya precaución muy en punto; pues con la tardanza pierden el asiento, y con el asiento el descanso para sus tanto cuanto flácidas piernas; después vienen en turno las mujeres: aquí la polla salerosa, de sonante tacón y alto copete; allá la jamona casadera de abultado seno y rollizas carnes; allí el pimpollo de enagua

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corta con saltos y revueltas, y entre todo el conjunto, sarta inquieta de chiquillos que chillan, de nenes que lloran y de párvulos que chacharean.

El clarinete da entrada á la armonía, siguen los pistones, entonan los bajos, gorgoritea el requinto, borbota el bombo, percuten los platillos, afina el triángulo, y el redoblante—grave y ceñido—ordena y mete en compás á la banda, resultando acorde el estruendoso *paso doble*. Y en declarándose sinfonía abierta la pieza marcial con que comienzan invariablemente las retretas, entran en rodeos las mujeres, ciñéndose las enaguas, moviendo el abanico y callando las bocas; toman el paso indicado por el redoblante; es aquello un cordón femenil que forma un círculo concéntrico al rededor de los asientos de mampostería que limitan los jardines que circuyen el zócalo; al círculo femenino lo corona otro de hombres que andan en sentido contrario al de las mujeres, á modo de verse cara con cara á cada vuelta; es una manera práctica de mirarse bellas y feos y dejarse contemplar los palmitos por las miradas de los lovelaces y tenorios que en la retreta encuentran palenque y justa para conquistar doncellas. ¡Y qué círculo el del centro! Dante no lo encontró más bello ni más variado en su expedición por el Paraíso: altas y bajas, delgadas y regordetas, pelinegras y rubias, entecas y obesas; blondas como Desdémona y morenas como Judit; de ojos negros que fulguran y de miradas apacibles que fascinan; el perfume natural de las flores trascendiendo de sus sueltos cabellos y el químicamente puro de los pañuelos y de los polvos de arroz, inebrian con las suaves y delicadas emanaciones que todas ellas despiden como plantas de nuestros floridos patios, que no las hubo mejor el decantado país sabeo; unas llevan el abanico entreabierto puesto á modo de frágil escudo sobre el pecho, otras cerrado discretamente sobre los labios cual si impusieran silencio á todo ruido para disfrutar de la música; ésta abanícase con fuerza, aquella con indolencia; cuales murmuran, tales parlotean; quienes rien, otra que tal coquetea; por cima de este círculo en rotación, que dura mientras la música suena, flo-

ta un hálito de frescura, un rumor de poesía que emerge del ideal siempre puesto por el hombre á manera de aureola beatífica en la frente de la mujer.....

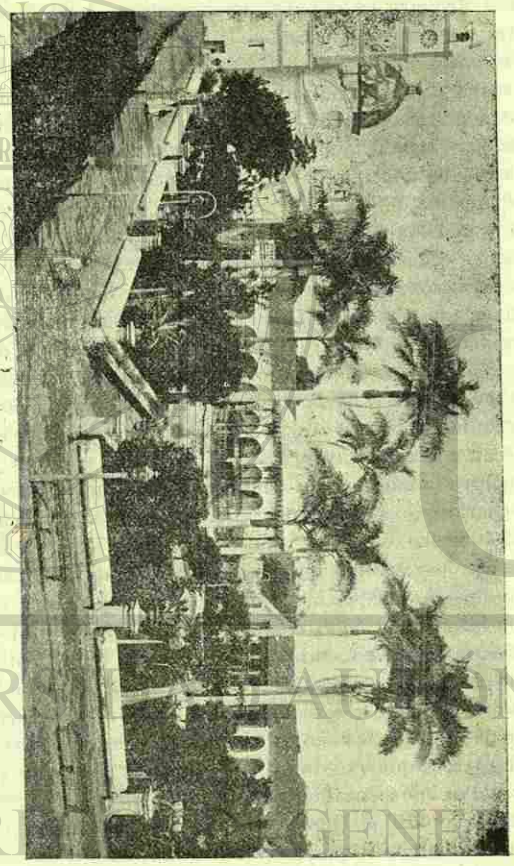
En el otro círculo hay algo del purgatorio y no poco del infierno dantesco: adolescentes que se adelantan á la virilidad, con altos cuellos, corbatas sueltas, ropas ajustadas, zapato recio, cigarrillo puesto insolente en la comisura de los labios, sombrero ladeado y chicoleos y atrevimientos de tenorios en el comportamiento; hombres serios que caminan militarmente tomando el compás del paso doble; gente del pueblo vestida de blanco, con ardiente tabaco y holgados sombreros de palma; dependientes de tiendas de *abarrotes* que tienen la noche del domingo por huelga y la retreta por única diversión; mezcla de todos los tipos y confusión de todas las edades, desde el párvulo travieso con humos de calavera, hasta el viejo verde con amoríos de pizpireta; desde el taconeo de bota aristocrática que humilla el *chas chas* de la plebeya chinela, hasta el duro paso del conquistador de comedia; fuera de todo círculo discurren los policías de sable fanfarrón y paseos graves.

Concluye la música y los círculos se interrumpen; las mujeres charlan, los pequeños chacharean y los viejos conversan; del kiosko bajan los músicos dejando iluminados los atriles con los farolitos que sustentan; algunos filarmónicos se dan muy campantes una vuelta por la calzada que recorrieron los asíduos concurrentes á esta diversión gratis; y, los tales, para darse toda la importancia del interesante papel que en esos momentos representan, llevan colgados del hombro el brillante y descomunal fígle con que realizaron el acorde de la pieza poco antes tocada; al verlos con esas ufanidades parece que van diciendo: «Aquí voy yo, niñas y caballeros, tan indispensable, que sin mí no habría armonía y sólo sonarían los platillos y se quedarían haciendo chin, mientras el bombo respondería: bom, bom .... »

Gorgoritean ruidosamente los bajos, tintinea el triángulo, retumba el bombo y una como cavatina comienza á oirse; en sonando la música enmudecen las charlas, calla el parloteo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y cesan las conversaciones; todos se entran en un rodeo ruidoso; hombres y mozalbetes toman seriedades cómicas y pa-

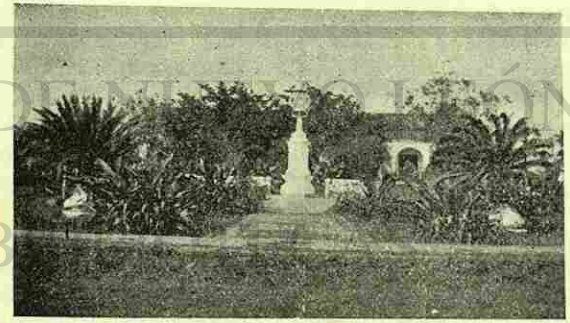


sos militares; las mujeres contonéanse, se soplan y sonrien; un apretón de manos de este amartelado galán que pasa, un

billete amoroso que á hurto se entrega, una mirada de amores, un gesto de celos; protegido aquello por la siempre obscuridad reinante, valedero lo otro por la imprescindible ceguera y vislumbrado lo último por la natural curiosidad de los paseantes; los cocuyos iluminan con sus fosforescencias verdecinas las gallardas cabezas de las mozas, y las flores exhalan perfume persistente al calor de pechos juveniles....

.....

El reloj, atento á aquel desfile policromo y bullicioso, impasible, deja correr sus manecillas negras en derredor de sus transparentes carátulas, á igual que aquellas parejas corren el círculo del zócalo acortando en cada paso la duración de la concurrida fiesta; suena el repique armónico de las campanas del reloj, contesta el ronco y fúnebre tañido de la mayor de la iglesia que toca á la queda, en tanto el danzón derrama sus languideces meridionales en un tamboriteo de sonidos de crótalos y címbalos, y retumbos de atabales y tambora para poner en dispersión á la parvada de pollas sonrientes y picoteras y al enjambre de chiquillos soñolientos que pipían y saltan buscando el nido, mientras las dulcineas llevan ocultos en el casto seno el billete de amores que leerán cautelosamente antes de meterse en la cama.....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

XXV

Miserias Trashumantes.

GASTOS que aquí voy á poner, bien cabrían en «Siluetas»; pero su natural condición y su presente estado me obligan á darles capítulo aparte, donde no huelgan y donde se verán más de bulto para conocimiento de personas caritativas y enmienda de gente holgazana; á otros que adelante quedaron les cupo igual suerte, y muchos que atrás vienen de perlas estarían con estar en «Siluetas»; porque en esto de escribir—que no es asunto de quiromancia, sino cosa atinada de seso y paciencia—cada quisque ha de ir en su lugar y todos en su punto.

Amojamado, con un tantito de asma, la boca sin dientes, que maldito la falta que le hacen; pues muy poco tiene que roer; las piernas torpes y reumáticas, y con otros alifafes que está más para la cama del hospital que para pordosear por puertas siempre francas y casas siempre caritativas.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Asegura que ha vivido más que Filemón; pero solamente sabemos que no hubo ni tiene mujer en coyunda ni fuera de ella, y que está á diente. sin tenerlos, cuando los implorados de limosnas están á dos velas.

***

Esta otra es una mujerzuela que pasa por las calles apoyada á duras penas en un más duro bordón; una casi centuria de años dentro de piel rugosa y unos muy entecos huesos; no se vió jamás cara tan rugada, ojos más escondidos debajo de los colgados párpados, cuerpo más seco, temblón y desmarrido, ni paso más debil y andariego que el bulto que á los umbrales se viene acercando, extendida la mano flaca, pendiente de un brazo con cuatro venas y arrugas como cuerdas, la voz gangosa y chillona..... ¡Y recordar que ese ente fué mujer hermosa, es asunto de pensar en filosofías para reflexionar acerca de la inestabilidad de las cosas humanas!

***

Uno es estarse quieta en casa reza rezando el rosario y cuidando de la pobreza de la hacienda, y otro ir por esos mundos de Dios con tenate hondo y paraguas viejo implorando una limosna con angustioso tono; pero sólo los sábados son los dias de estas imploraciones para tan pertinaz

pordiosera; la vieja Pascuala no se anda con invocaciones á esta virgen milagrosa ni encomendándose á tal ó cual santo

del martirologio: llega á las puertas y toma con desenfado lo que le dan, con igual franqueza que aquel que cobra una contribución y tiene derecho para hacerlo; el hondo y mugriento tenate se llena pronto: el piloncillo, las velas, el puñito de arroz, el tanto de sal, el poco de frijol; en el pañuelo, hecho hucha para estas artimañas, van envueltos en un

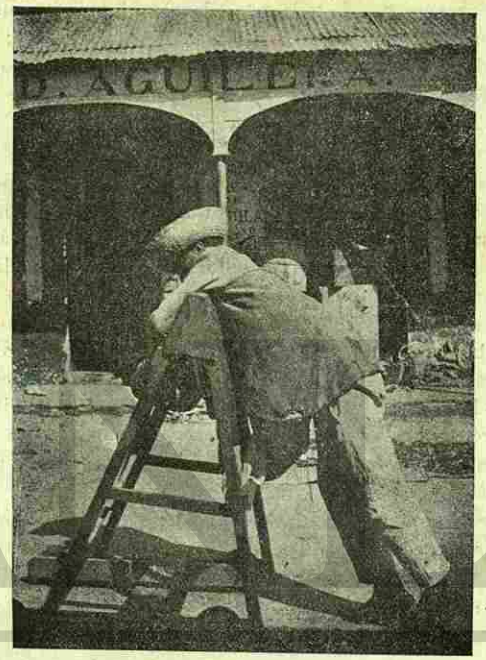
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

doblez los centavos, en otro los quintos, y en un último los décimos; ella sabe bien hacer sus reparticiones y conoce de su negocio: en la «Gran Vía» le dan un décimo y da siete cobres de vuelta, en aquella parte un vigésimo de peso, en la otra un décimo y en las demás un centavo; por tiendas de comestibles, sal, frijol, azúcar, arroz: un acopio para la semana; en las de ropa, centavos, quintos á veces, décimos pocas ocasiones; entre semana deja el oficio de limosnera y vende baratijas; de vendedora ó de pordiosera anda hecha un andrajo viendo la muerte en puertas cuando la trae muy adentro; al pedir con una compunción lastimosa, ó al bailarnos el agua delante, no es para invocar nuestro sentimiento caritativo, suele ser para saciar su avaricia ó regodear su holganza, sin embargo que, á las veces, se las promete felices con un centavo.

* * *

Echado dolorosamente sobre una carretilla, tan dolorosa que parece aquella postura la de un san Lorenzo achicharrándose de bruces, anda inclinado por la desgracia y diligente por la pobreza; trae consigo su casa de igual suerte que el caracol; y es aquella carretilla su fuerza y su cuidado; en ella vive y por ella alienta; tullido encuentra recurso llano y presto en apoyándose sobre la conductora silenciosa que an-

da calle adelante y se detiene puertas afuera; por los travesaños y patas del incontrastable mueble asoma el tenate de



las limosnas y el alimento del pordiosante; ni un perro guía al desdichado; pero es más feliz que el infortunado ciego sin el reprensible boato del lazarillo; pues no tiene quien le gruña ni boca que le pida; antes bien pide por su boca y anda por su buena gana, que el lazarillo puede ir de mala gana y el perro en derechura del basurero; pobres son estos en quienes paciencia y entereza no pueden ir desunidas; son ellos hoy la criatura más desdichada del mundo, y mañana tendrán dos hartazgos para después quedarse con muy gran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de hambre; dichosos aquellos cuyos sinsabores se endulzan con un trago y cuyas lágrimas se enjugan con un centavo!

En recompensa de todo esto, desean al donante que «Dios le dé más», manera grandiosa de manifestar gratitud; porque el pedir grandeza para la humildad, vale tanto como desear vida feliz y prolongada.

***

Los sábados van apareciendo sucesivamente los pedigüeños por todas las puertas: unos imploran con tan honda pena, que ponen conmiseración en el pecho más duro á la clemencia y largueza en el bolsillo más cerrado á la liberalidad; otros piden limosna á grandes voces y suelen ser los menos necesitados; no faltan poltrones que de entre semana sean holgazanes, y en cayendo sábado vengan á la puerta con compaginación de enfermos y disfraz de desheredados; entre la miseria y la fullería se presenta el más vituperable ardid: el niño que por mandato y por castigo de malandrines á duras penas habla y á más duras razones pide limosna.

Dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, son obras de misericordia; pero dar pávulo al fraude, alimento al fullero, vestido al holgazán, es ir en contra de la caridad, hacer vividera la vagancia, amparar la hipocresía con perjuicio de la moral.

XXVI

Perrerías

DESDE el faldero, poltrón y peliblanco, que hace cabriolas, salta el aro, juega al escondite, se sienta á lo sultán sobre las patas traseras, y divierte al amo con mil monerías, por las cuales le aplauden y rien la gracia, hasta el perro canijo, sarnoso, pillo, corrido y apaleado, hay una variedad de canes por calles y plazas, por mercados y paseos, por casas y tugurios, por puertas y corrales, por fiestas y duelos, que Lineo y Cuvier, vueltos á la vida y metidos en investigaciones zoológicas, andarían á la greña,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de hambre; dichosos aquellos cuyos sinsabores se endulzan con un trago y cuyas lágrimas se enjugan con un centavo!

En recompensa de todo esto, desean al donante que «Dios le dé más», manera grandiosa de manifestar gratitud; porque el pedir grandeza para la humildad, vale tanto como desear vida feliz y prolongada.

***

Los sábados van apareciendo sucesivamente los pedigüeños por todas las puertas: unos imploran con tan honda pena, que ponen conmiseración en el pecho más duro á la clemencia y largueza en el bolsillo más cerrado á la liberalidad; otros piden limosna á grandes voces y suelen ser los menos necesitados; no faltan poltrones que de entre semana sean holgazanes, y en cayendo sábado vengan á la puerta con compaginación de enfermos y disfraz de desheredados; entre la miseria y la fullería se presenta el más vituperable ardid: el niño que por mandato y por castigo de malandrines á duras penas habla y á más duras razones pide limosna.

Dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, son obras de misericordia; pero dar pávulo al fraude, alimento al fullero, vestido al holgazán, es ir en contra de la caridad, hacer vividera la vagancia, amparar la hipocresía con perjuicio de la moral.

XXVI

Perrerías

DESDE el faldero, poltrón y peliblanco, que hace cabriolas, salta el aro, juega al escondite, se sienta á lo sultán sobre las patas traseras, y divierte al amo con mil monerías, por las cuales le aplauden y rien la gracia, hasta el perro canijo, sarnoso, pillo, corrido y apaleado, hay una variedad de canes por calles y plazas, por mercados y paseos, por casas y tugurios, por puertas y corrales, por fiestas y duelos, que Lineo y Cuvier, vueltos á la vida y metidos en investigaciones zoológicas, andarían á la greña,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como cualquier filósofo melenudo, para clasificarles un lugar á cada uno de tales perros en la *canis familiaris*, que es decirlo en mal latín.

Aquí podemos considerar al perro desde el del cielo puesto en las constelaciones hasta el del infierno apostado á la entrada del dominio de Plutón con su cabeza trifauce; desde la más ilustre prosapia hasta la más humilde condición; desde el perro de Tobías hasta el de San Roque; desde galgos y mastines hasta dogos y lebreles; desde sabuesos y podencos hasta bracos y daneses; no obstante los *canicidios* que se perpetran por los policías cada seis meses de tregua, bien se echa de ver que los guardianes no se dejan gobernar por un perro, como Olao, rey de Suecia.

Cuando salimos á la calle, lo primero que se viene á nuestras piernas es un perro con peligro de nuestras carnes; volvemos á nuestra casa, y sale un can á recibirnos de igual regocijada manera que el famoso perro que recibió á Ulises de su regreso de Itaca.

Por aquí hay mujeres que sin ser Dianas llevan tras de sí no pocos lebreles; y hombres, sin los atributos de San Humberto, son seguidos por una jauría.

Si en Egipto gozaba de gran veneración el perro, en esta nuestra tierra se le sostiene y se le mima; y no sería remoto que á cualquier can se le elevara á la categoría de deidad, ya que estamos en camino de deificar á los perros para ensalsar en el hombre las buenas cualidades de amoroso y caritativo con los animales fieles; ni cosa extraña ni motivo de risa que cuando un perro muriera de muerte natural, como morían los buenos patriarcas hebreos, y no del *bocado* policíaco, los criados del amo de tan llorado Anubis se afeitaran la cabeza en señal de duelo.

Empero, el perro presta gran utilidad al hombre y le cobra cariño y fidelidad suma.

En las noches cuida y vigila la casa en acecho desde el patio; sentado pacientemente está atento á cualquier ruido; ladra y avisa, y no pierde ojo de la puerta ni deja el celo por el sueño.

De día duerme la vela, come alegre y aun glotonamente la abundante ración con que el amo paga su cuidado y su desvelo; de seguida gruñe satisfecho, se despereza, enhiesta el rabo, sacude las orejas y aulla de contento.

A estos perros caseros, que se acomodan á los caprichos del amo, que cuidan con empeño y defienden con arrojo, no alcanza la bola de veneno, y á ello se oponen los vagabundos, los hambrientos, no obligados ni agradecidos; perros callejeros que no tienen pitanza ni obtienen soldada, que viven del pillaje y mueren en el basurero; cacos por naturaleza y rijosos por instinto; jauría salvaje que medra en la calle y ristra deshonesta que ofende el pudor en ojos de castas doncellas; reos de vagancia y condenados al bocado; ladrones de huesos en la carnicería, de carne gorda en el garabato y de desperdicios en el estercolero; de esos que á hurtadillas pillan la carne de manos de los comprado-

res que la llevan á las casas, y por asechanza roban el codillo del puchero; mas en el pecado llevan la penitencia: pues á este hartazgo aquel palo, á ese hurto tal cual pedrada, y así la pasan entre garrotazo y mordisco hasta que caen por el bocado en la sepultura para terminar vida tan asendereada.

Y aquí también termina este fárrago, echado á perros, antes que el buen lector me forme capítulo de perradas, y se dé á perros, y me mande á otro perro con ese hueso por estar ya del todo roído.

XXVII

Carnicería.

En la derruída, viejísima y antiestética carnicería, antigua como las pirámides de Egipto, aunque no de tan laga data, se aglomera la gente compuesta de criaditas zalameras, mocetones groseros, viejos mandaderos y tías correlonas, clientela toda ella que va á esperar la llegada de la carne, la cual viene del lejano Rastro, que da por el remate del pueblo, en veloces piraguas de afiladas proas y ligeros remos.

En un tanto después de las cuatro de la tarde se divisan desde la descubierta carnicería las fugaces embarcaciones portadoras de uno de los más regalados alimentos cotidianos, dispendio para miserias que están en abstinencia completa de tan caro bocado, y gollería para pobres que comen de él por altibajos de sus soldadas; en fuertes pértigas trasladan de la piragua al expendio los palpitantes lomos y los sangrientos cuartos; en duro tajo tío Pompo, con afilada y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

res que la llevan á las casas, y por asechanza roban el codillo del puchero; mas en el pecado llevan la penitencia: pues á este hartazgo aquel palo, á ese hurto tal cual pedrada, y así la pasan entre garrotazo y mordisco hasta que caen por el bocado en la sepultura para terminar vida tan asendereada.

Y aquí también termina este fárrago, echado á perros, antes que el buen lector me forme capítulo de perradas, y se dé á perros, y me mande á otro perro con ese hueso por estar ya del todo roído.

XXVII

Carnicería.

En la derruída, viejísima y antiestética carnicería, antigua como las pirámides de Egipto, aunque no de tan laga data, se aglomera la gente compuesta de criaditas zalameras, mocetones groseros, viejos mandaderos y tías correlonas, clientela toda ella que va á esperar la llegada de la carne, la cual viene del lejano Rastro, que da por el remate del pueblo, en veloces piraguas de afiladas proas y ligeros remos.

En un tanto después de las cuatro de la tarde se divisan desde la descubierta carnicería las fugaces embarcaciones portadoras de uno de los más regalados alimentos cotidianos, dispendio para miserias que están en abstinencia completa de tan caro bocado, y gollería para pobres que comen de él por altibajos de sus soldadas; en fuertes pértigas trasladan de la piragua al expendio los palpitantes lomos y los sangrientos cuartos; en duro tajo tío Pompo, con afilada y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

certera hacha, va cortando los costillajes y dividiendo los cuartos, mientras manada rijosa de perros hambrientos y

callejeros, á la husma desde muy antes del despacho, acechan y se disputan los desperdicios que caen del tajo del tío Pompo en sus habituales tareas de verdugo incruento rodeadas de ladridos y gruñidos famélicos.

Pasadas las partes de las reses al expendio comienza el despacho y la compra de la carne; la miden en grandes balanzas, colgadas en largas reatas de las vigas del techo, y con una exactitud tan estricta como si pesaran las dosis mínimas en que se administra el calomel, águila alba, precipitado blanco, calomelano ó dragón mitigado..... que con todos esos nombres se llama para no nombrarlo rudamente mercurio *dulce;* pesada la carne, con la punta de la faca (instrumento, que no arma cortante, llevada siempre al cinto por los carniceros), hacen una incisión en las lonjas ó piltrafas (que de todo despachan), y por allí pasan el índice para introducir una tira de hojas secas de la mazorca del maíz, que para el efecto cortan, y con ella forman un atado á modo de que al marchante se le facilite la manera de llevar la carne en manojos; contados son aquellos compradores que usan de tenates y de canastas para conducir la compra de carne;

pues una particularidad es el traerla á los hogares colgante de las manos; esta manera gráfica de portarla da lugar á chuscos incidentes y á cómicas equivocaciones: sucede á veces que el conductor de la carne topa, al ir camino de su casa, con este amigo ó aquel compadre; después del *¿qui ubo?* como fraternal saludo, se entabla la charla, y con los ademanes consiguientes á la importancia de la parla, mueve apresuradamente los brazos el de la carne, subiendo y bajando el manojo; los perros, que á tales horas si no han pillado botín en la carnicería andan venteando caza en las manos de los compradores—que para tales canes esta carne del prójimo es presa codiciada—atisban la ocasión en que el interlocutor aumenta los movimientos, y ¡zás! de un mordisco le roban el manojo al charlatán dejándolo con el lazo de hoja de maíz entre los dedos y con las interjeciones más seoces en las palabras de arrebatada cólera que espumarea de su boca; el perro huye como gamo y no descansa de su carrera hasta encontrar sitio seguro, donde se echa perezosamente á merendar la carne comprada para la cena.

Y no solamente se quedan aquí los desaguisados por culpa de la manera peculiar de portar el manojo, se registran casos de *quid pro quo* que dieran asunto á autor del hoy denominado «género chico», para un pasillo con música bailable y olés por todo lo alto. Allá va uno de ellos:

Después de comprada la carne y la carnaza—porque no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos compran el lomo, que muchos se regalan con piltrafas —algunos marchantes ocurren á «La Colmena» á beber *la tarde;* en la taberna se menudean los vasos de *tepache* y las copitas de *verdín*..... ¡Que sirvan la otra!..... ¡Yo pago eso!..... ¡Aquí se paga *ajta* la risa! Estas expresiones fachendosas y aquellos mandatos imperativos, anuncian que la juerga se viene encima; para estar más expeditos de manos, los bebedores cuelgan la sarta de jugosa carne y duros y pesados huesos, cuando no un rosario de tripas, un montón de bofes, todo ello en unos clavos que erizan el borde entelarañado de dos anaqueles que, de mostrador afuera, se extienden lateralmente en el corto claro de las deslucidas paredes; aumentan las libaciones y se encrudecen las palabras; ya pasados de aguardiente dos de aquellos borrachines, á pies tambaleantes toman la puerta para regresar indecisos á tomar del improvisado garabato la carne en él colgada; cada cual echa mano de su ración, cogen rumbo, olfateados de los perros que muchas veces salen con el rabo entre las piernas; pues los conductores saben, aún borrachos, cómo las gastan sabuesos de esa ralea, y con puntapiés y pedradas los ahuyentan; llegados son los hombres de nuestra anécdota á sus recpectivos hogares.....

—Ya viene *ejte sinvergüenzo* bien *cargaó* de la cabeza... *¡barajo* con el hombre!

—A mí no me chilla *naiden* so..... .. — y muestra el abastecido montón de carne, por entre cuyas rojas lonjas asoma un hueso grande como el fémur de un elefante.

—Vaya, *crijtiano, jasta* que *turjiste* un día carne *pa* olla y *tútano!*.....

Y la iracunda costilla trueca su filípica en suave y entusiasta elogio.

Por el otro tugurio llega el compañero del que una vez al año obsequió á su mujer con carne de olla y tuétano para el almuerzo, y canta con destemplada voz:

«Cuando yo era carnicero
«*Tóos* me pedían del bazo,

«*Hora* que soy zapatero
«*Naiden* me compra.....»

—¡Cochino! *¡Maldecío! ¡Arrastraó! pa* eso te doy el dinero, *pa* embolarte con *lo amigoj* y *depué* salirme con tripas como si *yo juera* perra!.....

—¡Yo soy muy hombre!.....

—¡Tú eres un *mantenío!* Un .....

Y aquella furia agota el vocabulario soez de las verduleras.

El *quid pro quo* es evidente:

Uno tomó la abundante carne del otro en vez de las tripas con que se hartarían una docena de perros que hasta ahora están ladrando por el hartazgo.....

***

Hay en esta costumbre de pasar la carne en sarta para los hogares cierta manifestación de vanidad en unos y contada humildad en otros: el que trae pendiente de la mano tres kilos de *vivero* y una lengua descomunal, va ufano, antójase un Heliogábalo que, con la ostentación del manojo carnoso, dice á los vecinos: «Miren vdes. cómo las gasto de ración; para mí no hay hambre y no me desvelan ayunos.» En cambio, el que trae colgados de los dedos un pedazo mínimo de carnaje, parece que pregona su abstinencia para que la gente piense en las vigilias aunque no estemos por Semana Santa, que es dar en ermitaños estando en poblado y condenarse á comer cinco habas crudas y tres hojas silvestres, para burla de perros callejeros que comen de carne todos los días.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVIII

Consulta Gratis.

CUANDO el curandero del rancho, ó las comadres del villorrio, han agotado desde la coción de vino tinto, *cimarubia*, guásimo, cuerno de ciervo, azafrán de Marte hasta el *baño de asiento* de agua cocida con corteza del *jobo*, del nanche juntamente con hierbas de malva, vienen á la botica del pueblo á ver á un médico en la hora de la consulta gratis.

Si el rancho está allá lejos, conducen al enfermo en canoa; si menos distante, en cabalgadura; y si muy cerca, á pie lo trae cargado el padre ó el hermano, con una solicitud de San Cristóbal campestre, sin hacer jornadas, de una sola marcha, blandamente, como si fuera un cómodo vehículo que la naturaleza ofreciera al casi moribundo niño, que viene envuelto en larga sábana, tan impedido de movimientos y tan liado de lienzo que parece una momia egipcia, si no el santo milagroso que el sacristán de un pueblo trae á otro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para ofrecerle festividad religiosa, y en ella pedirle lluvia en abundancia á modo de que se levante buena y rica la cosecha; pues la tierra está seca y sedienta, el sol hecho una ascua y el cielo sin viso de nubes en toda la limpidez del horizonte.

Llega el ranchero al pueblo con la cuidada carga, y toma camino derecho á la botica; no es hora de consulta; el médico anda en las imprescindibles visitas de la mañana, que es andar los pasos perdidos; padre y enfermo necesariamente tienen que tomar asiento y esperar los siete esperares. ¿Pero quién en el duro banco de la farmacia en tales casos no espera?

El boticario machaca en el almirez los ingredientes de una receta; el mancebo de botica despacha á los marchantes... ...

—¿Hay porquería de lagarto?

—¡No hay!

—Hay tripas de..... ¿demoño?..... ¡no!..... de..... ¿qué?..... ¡ah! de Judas!

—¡Tampoco!

—¿Hay aceite de alacrán?

—¡No, no hay!

—*¡Baramba*, aquí no hay *náa!*—Y la compradora da media vuelta y se marcha.

—¡Cuartilla de *azucara candia!*

—¡No se da por cuartilla!

—*¡Pué* medio!.....

—¿La *ñapa?*

—¡No se *da ñapa* por medio!

—Oiga osté, dotor, ¿qué será *güeno pá* un insulto?

—¡Una bofetada!

—¡No sea *osté* guasón, hablo de un *retorcijón* de tripas!

—¡Pues una purga!

—¿De qué?

—De polvos de Sedlitz.

—¡Echeme dos centavos.

—¡Se acabaron!

—¡Un *rial* de *opo* del *doj*, pero que sea *deldoj!*

—¡Un tapón *pá ejta* botella!

Se escucha el sonar de las monedas sobre el mostrador, siguiendo el compás de los acordes de una danza que silba un granujilla mientras espera le despachen medio de agua sedativa; el roce de la mano del mortero contra la losa del recipiente; las carreras de los mancebos que se apresuran por atender al despacho; el entrar y salir de marchantes con vasos y botellas, unos para las pócimas, otras para las friegas; ya el farmacéutico con la espátula despega del fondo del almirez la pasta verdusca manipuleada y la deposita en el pildorario para formar bolitas dosimétricas; entre tanto, uno de los dependientes (mozalbetes en su mayor número), copia en el recetario el recipe recientemente despachado, poniéndole la fecha y el número de orden con timbres selladores que á ese objeto se destinan; la caja que contiene las píldoras pasa al propio dependiente, quien le pone rótulo y el número correlativo de la receta; y después siguen unas cucharadas según reza la receta del que espera y viene en turno; aumenta el despacho; por aquí éste poniendo una retapa; por ahí ese pegando un marbete, por allá aquel hojeando la Farmacopea para buscar la sinonimia de un tópico; afuera el viandante ranchero apersoga su caballo de uno de los pilares del corredor y entra á la botica rodando las espuelas, enlodados los duros zapatos de vaqueta, sucias las corvas por el sudor de la cabalgadura y el barro del lodazal; descarga de las cantinas y descuelga de la cabeza y de la teja de la silla tenates repletos de frascos y botellas de varios tamaños y de diversas formas, tenates que pone en el suelo mientras hurga en un montón de papeles buscando los de los encargos de las *medecinas* que de cada rancho por donde hubo pasado le dieron los vecinos; y no es muy larga la tarea de rebusca porque á falta de saber leer tiene el ranchero buena y certera vista, y tan feliz como envidiable memoria. Por el color y por la forma en que están doblados los papeles, los distingue indefectiblemente: este azul es del hijo del barbero, aquel doblado á lo largo, de la partera; ese de las rayas cua-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dranguarles, del *maistro*; ninguno confunde, todos conoce de una ojeada; á medida que va sacando del montón los da al farmacéutico, el cual lee en voz alta lo que á la letra dice:

«Medio de sal de carbas para las rabias».

Como esto no necesita de frasco, da el ranchero los seis centavos y toma el envoltorio que coloca dentro de uno de los tenates.

«Un rrial de pomada mercorial». Para esta saca una taza desbordillada.

«Medio de flor de vordo lo vo, medio voraga, y de sevada tre sentavo. 25 sentavo jarabe ticaguana; una purga de aseite de parma crista con jarave; 25 sentavo aseite almendra.» Para los jarabes extrae del repleto tenate frascos de distintas facturas; para los aceites dos redomitas iguales en forma, pero diferentes en tamaños: siguen los pedidos en número de ocho; el último, dice:

«sinco de aga serativa

medio manesia carcinada, medio de sal digera, cuartilla de polbo de ribarbo» .....

.....

—Ya me iba yo *á dir* y *me se* olvidaba *ejte*—dice el de los encargos extendiendo al ya atufado boticario un último papel puesto en siete dobleces para diferenciarlo de los demás.

Siguiendo el uso antes indicado, lee en voz alta el farmacéutico:

«Este enfermo tubo un dolor de cabesa y to mo la pildora del grano de sal y se sintio con un calor mu grande por dentro y por juera y ase diposisiones negras i berdes y quando boltea paraariba es una flema lo mismo con betas negras i berdes».

—Pero este es todo un diagnóstico—exclama con sorna el boticario.

—El *demoño* sepa si é *diójtico* ó *gómito*, eso me lo dió el hijo del amo del *jato* del Zapote que tiene á su cria mala, con mucha *obradera;* despache *osté* y diga lo que *é pá ansina* pagarle lo *juto*.

—Allá el doctor que no tarda en venir!

El comprador de encargos medicinales mete en el tenate, que hace de frasquera, todos aquellos pomos, botellas y redomas tapados con corchos de diversos tamaños, se sienta en una silla, á la sazón desocupada, y coloca los tenates á sus pies, tomando una actitud cómoda, con la resuelta intención de esperar al médico hasta que venga; aumenta el número de pacientes ¡y tanto! que están diez en la misma espera; el galeno solicitado no llega; dos ó tres que van al mismo asunto han cabeceado un sueño, otros bostezan, y no pocos

se impacientan; pero el hombre que trajo á cuestas al muchacho ensabanado, sólo mira de vez en cuando el rostro ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

davérico de su hijo como inquiriendo con una intensa mirada el estado del enfermo: y también espera, sin desesperarse, pacientemente, casi heróico, con fe de solitario de la Tebaida, la tan comentada consulta del médico.

Como á las dos horas de este tan largo esperar, se presenta el médico, sudoroso, cansado, como que viene de una larga jornada por calles y barrios por donde tiene numerosa clientela; tras él aparecen tres ó cuatro individuos que le han seguido la pista en busca de la consulta diaria; los ojos tristes del ranchero se alegran, el médico fija la vista escudriñando en el moribundo niño; instintivamente extiende la mano para tomarle el pulso; pero manos y brazos están fuertemente ocultos tras los ceñidos pliegues de la sábana; entonces le ausculta el corazón y le percute el vientre.

—¿Qué tiene?—pregunta inquiriente el galeno.

—Calentura.

—¿Eso nada más ha tenido?

—Sí, *senor*.

—¿Desde cuándo tiene calentura?

—Va *pa dó* semana.

—¿Y no le han curado?

—De curarlo diré á *osté*, sí: la tía Nicasia le dió un bebida de *granáa* agria. . . . *pué* el niño, con perdón de tan *güena* persona, *jacia laj diposiciones* con sangre, poquita, sí, *senor*, poquita; *má depué*, le subió *muncho juego* á la cabeza, y dió *güeltas* y *güeltas* con *escalofrío;* y el dolorcito de cabeza *non* se le rendía, ni *atrá* se le *estancaba* la sangre; *entonce* si que se azoró su mama y se *jué en cá* el mayoral que tiene *medecinas* y es *mú acertao* y *mú entendío*, sin ofender á tan *güena* persona; *tóo jué* que viera la porquería, con perdón de *osté* y *despensando* la malacrianza, *pa* que dijera: *disentéria!* Las viejas que por su *lao embijaron* al muchacho de *arcal* con aceite *pa* el dolor de cabeza y de *enjundia* de gallina *pa* lo *aventao* de la barriga, se pusieron *bravas* por la *llamáa* del mayoral. . . . . ¡y á mí qué! *unque* solo tengo mi *sente* trabajo, no me falta un *rial pa* pagar al *dotor* y mercar *medecinas!*. . . . .

—Bueno, bueno, ¿pero que le daban de comer al niño?

—*Apenita* caldo. . . . . de pollo, *naamá!*

—¿Eso únicamente?

—Sí, *senor!*

—Mira, dí la verdad para poder recetar (esta gente, por ignorancia, por malicia y por recelo ocultan las ocasionales de las enfermedades); porque si no se te va á morir el muchacho!

—Ah. . . . *apenita* comió una piernita de pollo. . . . *naamá!*

—No es posible que con tan sano alimento esté tan postrado. . . . . míralo: ni boca ni ojos abre!

—Yo no quería. . . . . su *mama jué*, sí, ella le dió un vaso de leche de la vaca barrosa de mi compadre Liborio y un *plántano ansina de grandote!*—y enfrentó el índice de cada mano dejando un espacio de medio metro. . . . .

—¿Y todo se lo comió?

—*Tóo, tóo*; y *dende entonce* se quedó *mu reposao*. panza *pa arriba;* ¡vaya! *pior ejtaba* con la *medecina mandáa* por el mayoral. . . . . pero cate *osté* que *gomitó* la leche en trozos, y el *plántano* se me *afigura* que se le pegó al espinazo y está *empachao*. . . . .

—A ver, ponlo en pie!

—No *puée*, no tiene aliento de *náa* . . . . . ¡uy! ya le viene el *pujío, dotor ajora* sí que *ejtá* malito. . . . .

Efectivamente, al enfermo le comenzaron tenesmos con dolorosa intensidad; el médico recetó un paliativo para aquel niño que duraría poco, dió la receta al ranchero, no sin explicarle la manera de aplicarla, y siguió con los otros para concluir la consulta gratis de aquel día de tantos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIX

La Pesca.

Es la pesca uno de los mayores elementos de vida por estas márgenes, y el comercio de sus producto un natural corolario; vamos á dar de mano al hacer una somera relación de los peces que más se pescan en el Papaloapan y su afluente el río de San Juan, amén de la manera de pescarlos y de los instrumentos más usuales para hacerlo.

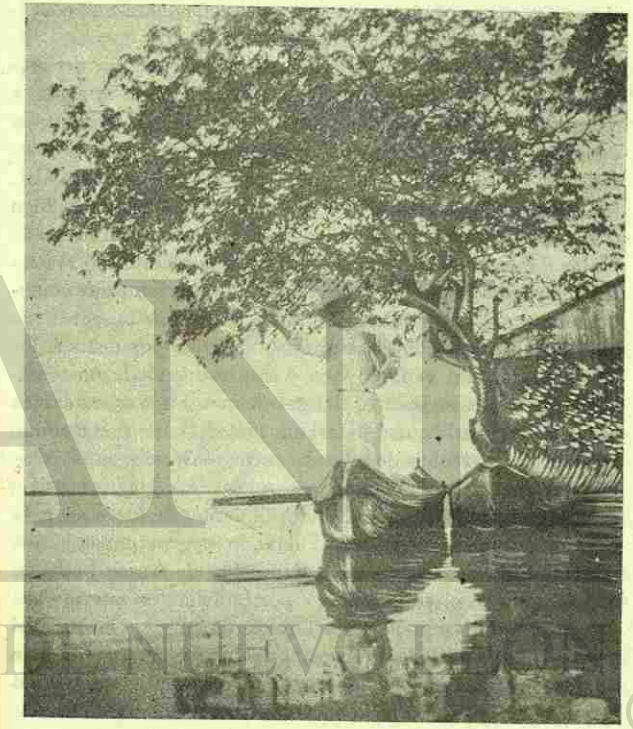
Se da el nombre de *tismiche* á la cría de varios peces de escama; para cogerlos se toma una horqueta y se cubre con un lienzo cuadrado, el cual va amarrado por dos puntas á las extremidades de la horqueta, en tanto que las dos restantes quedan recogidas en el mango de dicha horqueta; de este modo dispuesta la trampa, con sumergirla un poco en el agua, empuñándola en contra de la manada de pecesillos, es segura la introducción de una multitud de animalitos en la bolsa; entonces se levanta la horqueta, déjase escurrir, y en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seguida el pescador deposita la pesca en una canasta; esta canasta tiene también un lienzo de cedazo á fin de que escurra un tanto más el agua y para que no se escapen los diminutos peces; de vuelta á la casa se ponen á cocer en poca agua con sal, epazote, tomate y chile para constituir un muy sabroso platillo; por las calles los venden sancochados, casi hechos una masa por lo pequeño del peje, y es la medida para la venta una taza chica de loza poblana; en la cocina lo guisan de varios modos; pero en torta aderezada con huevos es sabrosísimo bocado.

El *chagalpollo* es la larva, ó por mejor decir, la cría del camarón; se conocen dos clases principales: el blanco, que se vende seco, y el amarillo, que es el que se estaciona por estos contornos: este sirve de alimento y para *encarnar* los anzuelos. El *chagalpollo*, aunque venga en grandes cantidades, se pesca poco, porque es insípido para comérlo; sin embargo, la gente pobre con tupido redejón de mañana y tarde recorre las orillas del río pescando el depreciado crustáceo por estómagos que acostumbran regalarse con langostas conservadas en latas de cara factura y con frescos langostinos recién pescados.

Es codiciada pesca la del langostino y la de la *jaiba*; para coger las *jaibas* se guarnecen aros de fierro (para el efecto los de barriles son muy aplicados) con un pedazo de red; al aro se le ponen tres frenillos y una soga para tirar de ellos; el cebo para esta pesca son pedazos de pescado, ó agallas; cada tres ó cuatro minutos recógense los aros; la *jaibas* caídas en la especie de nasa se depositan en la embarcación que es necesaria para estas excursiones; una vez dentro de la piragua, se mancan en las coyunturas de las manos ó tenazas, porque como son andariegas pueden muy lindamente escaparse del depósito, ó morder furiosas con sus antenas que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

son armas defensivas muy crueles; en la estación de aguas se pescan los langostinos, habiendo afortunado que los haya cogido con un peso de medio kilo; existen distintos modos de pescarlos; pero el más sencillo es en aros, semejantes á los que se emplean para las *jaibas;* la red con que van forrados estos aros son de mallas muy pequeñas para que el langostino no se salga.

El *robalo* es el pez más valioso de estos ríos; por arroyos que desaguan arriba del «San Juan» es abundante la cosecha y segura la pesca; se obtiene todo el año, aunque no en toda época esté gordo y crecido; es pescado muy comido en el terruño, y en el mercado se vende fresco y frito; en esta última forma todos los días, bien por muchachas callejeras, bien por viejas; las primeras lo expenden en la plaza del mercado de las 8 á las 11 del día; las otras van muy temprano al propio lugar con buen acopio de ruedas que venden prontamente; por las calles también se vocea el pescado frito; por sí sólo el *robalo* es un filón que produce pingües ganancias á los compradores del vendido seco y salpreso; en salazón se envía á mercados arribeños, donde alcanza altos y sostenidos precios; se calcula que del terruño salen al año por término medio 16,000 arrobas de pescado seco y salpreso, entre *jolote y robalo*, que representan un valor de 48,000 pesos; el *robalo* y el *jolote* destinado para la venta de fuera se sala convenientemente, es decir, no dejando lugar á que se pudra por falta de sal; salado recibe el nombre de *frescal*, cuando no está muy seco, y de *paloma* por la forma en que se abre el pescado al salarlo; para los envíos, se entercia en tupidos petates y así sale para México y Puebla principalmente, por ser plazas de mayor consumo; tiene más grande demanda en los días cercanos á la semana santa y en vísperas de la Noche buena. El *robalo* se pesca con redes, atarrayas, anzuelos, arpones. flechas, cañas y *cucharas;* sin temor de equivocarnos podemos asentar que el *robalo* fué el pez codiciado que trajo aquí á los primitivos pobladores de estas márgenes. Para el *jolote* – que baja con los resumos (avenidas)— colocan los pescadores á medio río palangres y espineles

también; para pesca más parcial, por las tardes invaden canoas encadenadas en la orilla, y muelles diseminados en ella, multitud de individuos que van con cordeles en busca del *jolote*, de carne blanda y sabrosa, y con él, del alimento cotidiano. Para la pesca del *robalo* existe una cuadrilla de pescadores en el barrio arriba y otra en el de abajo, dueños de ligeras piraguas, de las cuales se sirven en sus excursiones por el río y por lagunas y arroyos donde la pesca es segura; según las estaciones, así es la hora de la salida: en el verano suelen salir á prima noche y en el invierno á la media; el regreso es de madrugada con copiosa pesca que venden en el mercado público.

De Diciembre á Enero empiezan á entrar las mareas del mar; entonces los pescadores preparan cordeles de tres á cuatro milímetros de grueso y anzuelos en proporción, asegurados con cadenas ó alambres para evitar el que los animales los rompan con la fuerza de sus tirones, especialmente el tiburón que tiene en ambas mandíbulas más de 360 dientes como limas.

En las partes inundadas (por los suburbios todos los años, y dentro de la población periódicamente), las familias, por divertimiento, se dedican á la pesca; para ello preparan varitas con anzuelos de los muy pequeños, ó los hacen de alfileres, pocas veces de agujas; las gentes acomodadas los mandan fabricar de plata ó de oro para ostentar lujo en cosas de poca monta; antes de ir á los lugares de pesca, escarban la tierra húmeda del patio para extraer las lombrices que allí se producen, las cuales van depositando en un trasto; para conservarlas vivas las cubren con la misma tierra en que estuvieron enterradas; con el trasto y una espaciosa cazuela toman rumbo hacia los lugares en que el agua ha inundado parte de la ciudad, comentando por el camino los percances de la pesca minúscula y alegrándose anticipadamente del resultado en las aficiones piscatorias; en esta simulación de pesca hay quien haga caer en el anzuelo á más de cien *rabirrubias;* caen también mojarritas, camarones, nacas y juiles; en la cazuela usada á manera de piscina, de-

positan los pecesillos con el fin de mantenerlos vivos; ya en casa con la diminuta pesca se procede á la fritura de nacas, rabirrubias, etc., etc., las cuales se comen regocijadamente sin pensar acaso en los perjuicios que deja una inundación.

Quien me ha dado los datos, que son la médula de este capítulo, es D. Diego B. de la Peña (D. Dieguito, como lo llamamos en el terruño), incansable pescador por afición y gran conocedor de los peces que viven por toda la comarca; me asegura, y á fe que no lo dudo, haber pescado en sus excursiones fluviales: peje espada,—algunos de un largor de siete metros;—pargos mulatos, jureles, tiburones, tortugas blancas, galápagos y jicoteas (tortugas pintas como las denominan por aquí); y, además, me cuenta el siguiente sucedido que pica en historia:

«El 10 de Abril de 1902 me embarqué, como es mi costumbre cuando dejo de la mano la huerta y del corte las legumbres, en mi *bonguito* con el firme propósito de pescar jicoteas, ó tortugas pintas; puse proa á un rancho de ganado denominado «La Magdalena,» que queda como á una milla de distancia de esta población, á la margen derecha del Papaloapan; amarré el bongo al tronco de un árbol, que, con otros tantos despojos, arrojados por el empuje de la corriente, estaba en la playa, por haber visto asomar algunas tortugas á flor de agua; apresté tres cordeles de un milímetro de grueso con sus correspondientes anzuelos, que no eran mayores de tres y medio centímetros; les puse de carnada pedacitos de plátano, los tiré en distintas direcciones y esperé pacientemente; porque, amigo mío, en esto de pescar el que se impacienta pierde la *carnada* y la pesca; á poco tiempo de estar en espera sentí tirar precipitadamente de uno de los tres cordeles; jalé y resultó que se trataba de un peje de gran tamaño, y como no *prendió* saqué el cordel para ponerle nuevo cebo; estando en esta operación dió otra tirada en un segundo cordel, entonces jalé y con resultado, pues hice presa; siguió el pez tirando furiosamente, desamarré el *bongo*, me embarqué, y con mucho cuidado y mayor destreza estuve trabajando con el pez dos horas y media, tiempo que se me hi-

zo muy largo por tan crudas maniobras; D. Miguel Perea—que en ese entonces vivía en el Ingenio «La Candelaria»—al verme desde la orilla en aprietos, vino en otro bongo á prestarme auxilio; cuando se enfrentó á mi pequeña embarcación le pedí una reata para lazarle la espada al pez en caso de dominarlo; pues tenía que habérmelas con el caballero armado de los ríos, con el feroz pez espada, que no teme al tiburón y aun lo pone en fuga cuando combaten rudamente en singular y encarnizada lucha; como mi auxiliante no traía ninguna cuerda, regresó á «La Candelaria» y trajo una fuerte soga, una elástica reata y un cortante moruno; entretanto, el peje remolcaba mi frágil bongo de tan rápida marcha que parecía el barquichuelo provisto de invisible hélice; sin embargo que D. Miguel bogaba reciamente no podía alcanzarme; pues mi velocidad era, con mucho, mayor que la suya; al fin, fué rindiéndose poco á poco á la ruda brega el rebelde pez espada hasta lograr ponerlo á flote; quedé admirado de su corpulencia; traía ocho rémoras ó *pegas*, adheridas al cuerpo; la rémora es un pez cilíndrico, dotado de tentáculos en las mandíbulas para con ellos adherirse á la piel de otros peces y chuparles la sangre: es el vampiro acuático; el pez espada, incluso el apéndice, calculé á ojo de buen cubero que medía seis metros de tamaño; cuando lo tuve cerca, indiqué á mi compañero que atracara su embarcación al babor de la mía para no zozobrar en la tarea de lazarle al tremendo animal el dentado aditamento; pero mi acompañante hizo la maniobra indicada con tanta precipitación, no censurable en casos de sorpresa, que ocasionó una fuerte sacudida á mi bongo poniéndome en riesgo de naufragar y asustando al asechado pez que se fué al fondo de una sola coleada; entonces yo, sin tener en cuenta el roce de la cuerda, lo sostuve un poco, se ludió la cuerda, *reventó* y el peje se fué río abajo y hasta hoy lo andamos buscando; pues digno es tan grande pez de que figure su apéndice en un museo con igual derecho que la invicta espada del más invicto Díaz de Vivar».

Y aquí concluyó la historia de la pesca de un monstruo marino, que, si no fué contada por el mismo pez como se estila

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en narraciones de esta especie, es acreedora á figurar en una de las maravillas de los viajes fantásticos de Julio Verne.

A la excesiva abundancia de peces en estos nuestros ríos, se debe un tanto la falta de brazos en las labores agrícolas; pues la gente pobre—que aquí jamás llega á miserable—con una cuerda, un anzuelo, un poco de diligencia y un mucho de paciencia, toma del rio su alimento y encuentra seguro recurso para sus más apremiantes necesidades.

El *jolote* se pesca por todos los muelles; y la *cherna* desde cualquier punto de la orilla del río en que se asienta la población; para la *cherna* usan largo y resistente cordel y afilado anzuelo; tiran la cuerda al agua y la ponen tensa sobre lata vacía de petróleo; el dueño del cordel y futuro de la pesca,

se entrega á las tares que lo ocupan no muy distante del cordel, sin quitar oído, que no ojo, de la lata; otros, menos ocupados, se entran en el cafetín de la plaza, echan su carambola, juegan al golfo, cubriendo la espera con estos entretenimientos; los desocupados, que en algo habrán de ocuparse, aunque sea en hacer tontunas, aprovechan la ausencia del pescador de *cherna* (ó de lo que caiga, como dicen ellos) metido en barajas ó en carambolas, para acercarse con cautela á la lata, tumbarla violentamente de un puntapié, con lo que hace un estruendoso ruido, y volverse á quedar quietos; en oyendo el ruido de la hojalata el que espera una *cherna*, tira el taco ó arroja la baraja, y se precipita hacia el cordel soñando en la grande y envidiable pieza que cogerá una vez que estire fuertemente de la cuerda; y, dando un halón de la cuerda no encuentra resistencia; el de la chuscada, acodándose en la rústica barandilla del muelle se ríe del engaño, y el burlado hace coro á la burla con una carcajada y una interjección propia de casos tales, vuelve á poner tenso el cordel en la lata y tranquilamente se torna á su taco ó á su baraja.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXX

La Almohadilla.

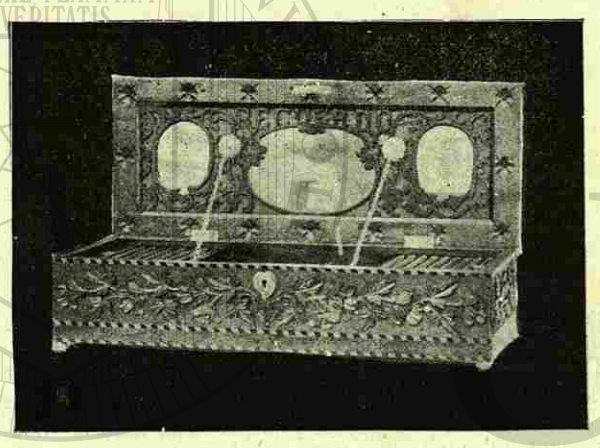
EL huso y la rueca fueron signos pasivos de una esclavitud femenina y de una docilidad doméstica desde los tiempos heróicos: Hércules hiló á los pies de Onfalia; y los buenos y hospitalarios viejecitos Baucis y Filemón hilaban pacientemente cuando Júpiter y Mercurio los visitaban y ponían á prueba su bondad en un apartado rincón de Frigia; en nuestro terruño, la almohadilla es distintivo que da á la mujer costeña fama justa y sostenida de hacendosa y casera; en ella está su más preciada labor y su más lucrativa industria; mujer que no sabe manejar la aguja ni deshilar un lienzo es perezosa é inútil, poco digna de ser costeña, tan en cuidado andan en esto de la costura; aquí todas las mujeres desde niñas tienen general disposición para la aguja y para cualquier labor de manos, habilidad de araña por lo asíduo del trabajo y la constancia en coser la tela; cualidades tales son propias para poner en aprietos á la infulosa Aracnia, que es fama gentilicia fué tan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hábil en el manejo de la aguja que se atrevió á retar á Minerva para abierta lid por justo orgullo de su destreza.

La almohadilla es mueble indispensable en nuestros hogares; comienza la chicuela á tomarla por juguete, sigue la niña viéndola con cariño y acaba la doncella por tenerla como dulce y entretenida ocupación.

Por ser el mueble tan del gusto de la costeña se fabrica con artística manufactura; y en verdad que son bellas y ri-



cas aquí donde tenemos maderas preciosas, como la jaspeada caoba y el oloroso cedro, de muy exquisita variedad de colores y de caprichosos y admirados dibujos; el carpintero pone gusto y cuidado en su construcción; talladas las partes exteriores por diminutos y bien ordenados relieves; adornada la tapa por oblongo espejo y ovalados vidrios, exhibición para santos del respeto de su dueña, ó relicario para retratos de seres queridos; se sostiene la tapa al abrirse con sendas cadenas de plata y chapetones del mismo blanco metal, de donde arrancan aquellas; en rededor de espejo y de vidrios lucen arabescos labrados en la propia madera, amén de realzadas letras con el nombre de «Recuerdo;» para ce-

rrarse ostenta bocallave también de plata y en forma de corazón; y en la parte posterior, por sus cuatro ángulos, tiene perillas del propio metal para asentarla; sobrepuesta á la tapa se completa el adorno con un cojín forrado de raso verde, azul, ó rojo, prefiriéndose el verde por ser color que no fatiga la vista y dura más en su primitivo colorido, porque es menos sensible expuesto mucho tiempo á la acción de los rayos luminosos; es un lujo almohadilla de este tenor, y muy codiciada por hijas de Eva, y muy de regalarse en días de cumpleaños á prometidas, y en el de bodas por desposados rumbosos; se adquieren á veces por medio de las rifas que, como hemos dicho en otro lugar, es de mucho uso hacerlas, rayando por tanto en mal uso.

La almohadilla es mueble de familia en nuestros hogares: la madre enseña á coser á su hija en la almohadilla en que ella dió las primeras puntadas, y la hija, á su vez, enseña en la de la abuela á la nieta..... ¡Y cuántos recuerdos en una almohadilla! En este cajoncito ocultas las primeras cartas amorosas de la candorosa doncella; en este otro, el primer diente caído después del destete al primogénito; en el del fondo, el rizo cortado al hijo muerto y guardado con religiosa veneración; en el del lado, deshojados jazmines marchitos, en que cada pétalo es la evocación de un venturoso pasado, y en todo junto un talismán, un amuleto, un reflejo, un perfume de la corona de Ofelia: el talismán, la carta, el amuleto, el dentecillo, el reflejo, el rizo, el perfume de la corona de Ofelia, aquel jazmín marchito en que cada pétalo es una evocación de un venturoso pasado.....

Y luego la profusión de primores que salen de la almohadilla: el gorrito, que por lo sutil de la estructura parece un copo de espuma; y el *fajero* que, por su fino bordado, pudiera creerse parte notable de canastilla de reyes; prendas cosidas por manos de joven pronta á ser madre; y en donas y en ropas de altares, ¡qué suntuosidad de régias bordaduras y qué delicadeza de finos rejillados!

El bordado y la rejilla son las galas y el ornato de estas labores manuales; las rejillas son genuinamente costeñas, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

merecen, han merecido y merecerán distinción y aprecio en mercados extranjeros; para estas costuras existen dechados desde tiempo inmemorial y con tan alto número de diferentes y geniales dibujos, que el nombrarlos correlativamente equivaldría á dar á nuestros lectores lista tan larga como nutrida de clasificaciones, ocasionales unas, caprichosas otras y gráficas las demas; básteme asentar, para justo elogio de las jarochas, que sus manos parecen haber sido creadas para bordar en la famosa tela de Penélope; pues á más de que son fieles y castas, como la mujer del aventurero de Itaca, es tanta la afición de ellas para la costura, que creeríase que deshacen de noche lo que cosen de día.

¿La almohadilla?..... A ella me he asomado curioso y entre sus cajones he visto, sin ser malévolo «diablo cojuelo,» un mundo de cosas amables y simpáticas, donde el retrato del novio ausente tiene su santuario y la enamorada recluída tiene improvisado pupitre para escribir de escondidas al galán que pasa por la ventana rasgada y refleja su silueta cautelosa en el diminuto espejo de la almohadilla abierta!

XXXI

Mercado.

A la entrada de nuestro mercado, antiguo por la edad y viejo por el deterioro, se le llama desde tiempo inmemorial «Portón,» siendo que no es puerta ni grande ni pequeña, sino una especie de portachuelo ó túnel, abierto en los bajos del Palacio Municipal, que es el único de nuestros palacios, y que da entrada á la plaza, entrada que podría ser amplia siempre que no la obstruyeran los vendedores que por allí agrupan y amontonan cajones, alacenas, ponites y toda clase de cuéncavos ó canastas con frutas, juguetes, dulces, expendios de tabacos y cigarros; y los turcos de mañana extienden sus mercancías y venden sus baratijas; y los mercilleros viándantes por temporadas se cobijan debajo de los arcos con un mundo de menudencias brillantes á la luz y caras al bolsillo de los rancheros que se gastan sus ahorros en estos dispendios de cosas engañosas y de joyería falsa; y embobamientos de extrañeza colombina por lecturas con tono salmódico de «ejem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

merecen, han merecido y merecerán distinción y aprecio en mercados extranjeros; para estas costuras existen dechados desde tiempo inmemorial y con tan alto número de diferentes y geniales dibujos, que el nombrarlos correlativamente equivaldría á dar á nuestros lectores lista tan larga como nutrida de clasificaciones, ocasionales unas, caprichosas otras y gráficas las demas; básteme asentar, para justo elogio de las jarochas, que sus manos parecen haber sido creadas para bordar en la famosa tela de Penélope; pues á más de que son fieles y castas, como la mujer del aventurero de Itaca, es tanta la afición de ellas para la costura, que creeríase que deshacen de noche lo que cosen de día.

¿La almohadilla?..... A ella me he asomado curioso y entre sus cajones he visto, sin ser malévolo «diablo cojuelo,» un mundo de cosas amables y simpáticas, donde el retrato del novio ausente tiene su santuario y la enamorada recluída tiene improvisado pupitre para escribir de escondidas al galán que pasa por la ventana rasgada y refleja su silueta cautelosa en el diminuto espejo de la almohadilla abierta!

XXXI

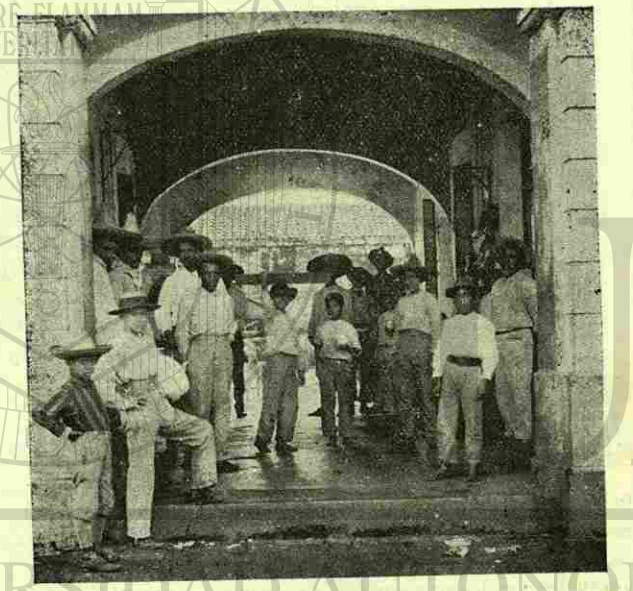
Mercado.

A la entrada de nuestro mercado, antiguo por la edad y viejo por el deterioro, se le llama desde tiempo inmemorial «Portón,» siendo que no es puerta ni grande ni pequeña, sino una especie de portachuelo ó túnel, abierto en los bajos del Palacio Municipal, que es el único de nuestros palacios, y que da entrada á la plaza, entrada que podría ser amplia siempre que no la obstruyeran los vendedores que por allí agrupan y amontonan cajones, alacenas, ponites y toda clase de cuéncavos ó canastas con frutas, juguetes, dulces, expendios de tabacos y cigarros; y los turcos de mañana extienden sus mercancías y venden sus baratijas; y los mercilleros viándantes por temporadas se cobijan debajo de los arcos con un mundo de menudencias brillantes á la luz y caras al bolsillo de los rancheros que se gastan sus ahorros en estos dispendios de cosas engañosas y de joyería falsa; y embobamientos de extrañeza colombina por lecturas con tono salmódico de «ejem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

plos» que narran sucesos terroríficos, y charadas y anécdotas, como paliativo de tales engendros mentales, que desarrollan más en el pueblo las creencias erróneas y la superstición, por el temor de hechos irreales y el horror para el infierno teológico.

Por el «portón» pasa diariamente la vecindad que concu-



rre matinalmente á comprar el sustento cotidiano; acostumbran muchos ir de madrugada, entre dos luces, y algunos más tarde, todos con el indispensable tenate en la mano, ó la obesa canasta pendiente de la aza.

Está el vetusto mercado constituido por dos largos y exiguos galerones de madera con techos de zinc, que corren paralelamente en una extensión de diez metros; dentro de los galerones hay angostas y fijas mesas de madera, negras por las substancias que diariamente en ellas se exhiben para

venderlas; tales galerones son un estorbo y no un resguardo contra las inclemencias; pues el sol da de pleno en ambos, y cuando llueve se mojan y calan hasta los huesos sus temporales inquilinos y habituales moradores; de estos galerones á la carnicería se descubre un claro solado de rojo bollo; por allí toman lugar al raso los vendedores de pescado, tortugas, galápagos y de toda clase de pesca; además, levantan sus barracas unos cuantos recoveros que de la casucha hacen vivienda, por economía unos y por desconfianza otros.

La carnicería es tan vieja, que, sin temor de alcanzar mentís, podemos asegurar que de su primitiva construcción casi le quedan los cimientos y los pilares que sustentan el techo; pues en reparaciones se ha gastado la hacienda del procomún más pesos que los que vale el tan ruinoso inmueble; probablemente los patriotas ediles han querido conservarlo como edificio histórico de la religiosa manera con que los rusos conservan el buque construido por Pedro I, y del cual buque no queda ni una astilla de la madera con que lo fabricó el Czar, llamado por antonomasia «el Grande.»

En la madrugada es una muchedumbre la que invade el mercado: viejos octogenarios que van á la plaza por costumbre, que gozan con la compra y con el regateo de chalanes de feria; zagalones que vienen por el camino repasando en la memoria la cuenta de la plaza; guapas mozas que no tuvieron tiempo ni cuidado para el espejo y para el polvo, van con el palmito sin afeite y con la persona sin arrequives; muchachas legañosas, con bostezos y pachorra mandadas por amas de llave, van á la plaza para obtener buena y barata compra con beneficio de bolsillos que viven de la sisa y prosperan por el hurto; galanes madrugadores que convierten el destartalado y sucio mercado en paseo matutino para guiños cautelosos y enamoramientos disimulados; las mujeres que salen de la misa del alba con el agua de la pileta todavía fresca en la frente, se introducen al mercado á alcanzar al sirviente que con la canasta abastecida anda dando vueltas en busca de precios más bajos cuando todos están por las nubes; en los *puestos* de *abarrotes*, adosados al mercado,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

antes de la salida se compran la manteca, la sal, los frijoles y otros comestibles de venta en estas tiendas; después se compra el pan á los panaderos, que muy de madrugada vienen con surtido cajón á los arcos del «Portón;» los verduleros acuden también muy temprano al mercado y se sitúan debajo de los galerones; en montoncitos contienen las mesas las mercancías á la venta: aquí tomates y yerbas, allá plátanos y calabazas, acá legumbres y camotes, todo vendido en partes mínimas á los pobres y á peso de oro para los ricos.

El vocerío de los compradores; la protesta de los marchantes; el regateo de los granujas para obtener sisa; el sonar de las pesas de plomo en las balanzas; las pisadas de los madrugadores que en vueltas y revueltas visitan á los vendedores en demanda de reducidos precios; el choque de los platos y vasos del café inmediato, todo resulta un murmullo que se pierde á gran distancia; y afuera, en el río, no es menos agitado el ajetreo: bongos trayendo peroles de leche del rancho de la orilla opuesta; verduleros que tienen su pegujalito río arriba, embarcan en pequeñas embarcaciones los restos de la venta que vuelven á la huerta; mujeres que del caserío de las riberas del «San Juan» se apresuran á ocurrir á misa; el fuerte botar de los remos por los nervudos brazos de los pescadores, que con las redes en montón y la ganancia en el bolsillo, regresan sus piraguas al apostadero; un ruido se levanta palpitante de vida y sonriente de frescura de todas las riberas: el formidable ruido del trabajo que despierta con el día y que se recoge y duerme con la noche por las silenciosas aguas del río.

En el café y en las tiendas—denominadas simplemente puestos—los tempraneros se echan un primer buche de aguardiente; otros, más temperantes, toman por segunda vez el desayuno en limpias mesas con cubiertas de mármol blanco; los vendedores de pescado frito invaden los pretiles del corredor del café que mira á la plaza, ó se sientan en la alta calzada que se dilata á las puertas de las tiendas del lado oriente; pululan por galerones y puestos multitud de tipos diferentes en condiciones sociales é idénticos en tratamientos;

todos ellos se quejan de lo caro del mercado; pero compran al cabo para no quedarse en ayunas; la queja va contra algunos *revendones* que compran á diez para vender á veinte; son los tales gente ladina que saben sacar de su malicia pretesto para salir pronto de la ancheta por tener muy holgada la conciencia.

El más viejos verdulero es tío Gorrita, mayor de ochenta años, fuerte de los dientes, recalvastro de la cabeza, patizambo de las piernas, con la necesaria faca envainada y metida en el cinto; vivido y vuelto un Matusalén labriego en el oficio; ama su tierra con arraigamiento de roble milenario, refrescado y vivífico por las caricias de las aguas del Papoloapan, que en sus desbordamientos le besa paternalmente las raíces; tío Gorrita llora por difunta á su viejecita esposa como única buena compañera que fué en aquellas verduras de la huerta en la época del trasplante y en la ocasión del corte del sazonado fruto; pudo dejar después de la revolución de Tuxtepec la *tarpala* y el moruno para obtener favores del Caudillo de la Paz; pero se quedó labriego, consolado con la riqueza que le suministra un pedazo de tierra, pródiga por el aluvión y fecunda por el sol;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las lluvias únicamente lo preocupan, el sol lo alienta; es á manera de planta solariega que no necesita de cuidado; pero que anhela el calor y la luz para nutrirse de savia.

Las puertas de los hogares cerradas á la hora del alba se abren; las calles, antes desiertas, se pueblan de gente que se dirige á sus habituales ocupaciones; la plaza queda con muy pocos concurrentes que fueron tarde al mercado; regresan los muchachos colgada del brazo la canasta por la cual asoman sus madureces apetecibles los plátanos pintones, y esconde su escualidez la carne comprada muy tarde, cuando sólo dejan las piltrafas; pero los canates vendrán á enriquecer el almuerzo y aumentar el resultado del problema mental de la sisa que encontró una diferencia en contra de los bolsillos paternales y un beneficio para las golosinas infantiles.

XXXII

Vapores.

CUANDO recuerdo que los barcos de vela eran de antiguo nuestro sólo medio de transporte en viajes que duraban ocho días con riesgo de un naufragio en las aguas del Golfo, por lo peligroso de la barra de Alvarado, y comparo la hoy pronta y diaria comunicación con el vecino puerto de Veracruz y la fija con los pueblos de Sotavento, no puedo menos de creer en los beneficios del progreso.

Nuestro río está surcado continuamente por vapores que conducen cargas en abundancia y pasajeros á montón; y aunque no son los tales buques muy estrictos en sus itinerarios ni muy cumplidos en sus compromisos, esto no obsta para condenarlos inútiles.

Son los vapores tan largos de tamaño como de nombre la Compañía que los sostiene; algunos parecen descomunales tortugas que, por arte de magia de no se que taumaturgo, han convertido el caparazón en casco con un andamiaje arriba,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las lluvias únicamente lo preocupan, el sol lo alienta; es á manera de planta solariega que no necesita de cuidado; pero que anhela el calor y la luz para nutrirse de savia.

Las puertas de los hogares cerradas á la hora del alba se abren; las calles, antes desiertas, se pueblan de gente que se dirige á sus habituales ocupaciones; la plaza queda con muy pocos concurrentes que fueron tarde al mercado; regresan los muchachos colgada del brazo la canasta por la cual asoman sus madureces apetecibles los plátanos pintones, y esconde su escualidez la carne comprada muy tarde, cuando sólo dejan las piltrafas; pero los canates vendrán á enriquecer el almuerzo y aumentar el resultado del problema mental de la sisa que encontró una diferencia en contra de los bolsillos paternales y un beneficio para las golosinas infantiles.

XXXII

Vapores.

CUANDO recuerdo que los barcos de vela eran de antiguo nuestro sólo medio de transporte en viajes que duraban ocho días con riesgo de un naufragio en las aguas del Golfo, por lo peligroso de la barra de Alvarado, y comparo la hoy pronta y diaria comunicación con el vecino puerto de Veracruz y la fija con los pueblos de Sotavento, no puedo menos de creer en los beneficios del progreso.

Nuestro río está surcado continuamente por vapores que conducen cargas en abundancia y pasajeros á montón; y aunque no son los tales buques muy estrictos en sus itinerarios ni muy cumplidos en sus compromisos, esto no obsta para condenarlos inútiles.

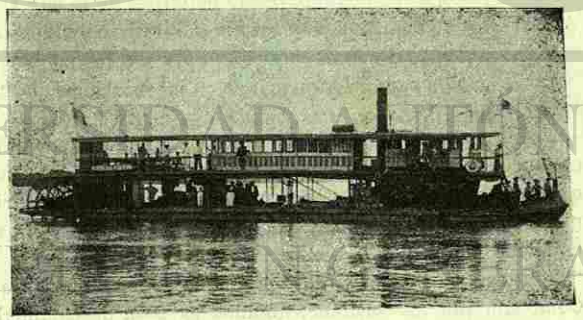
Son los vapores tan largos de tamaño como de nombre la Compañía que los sostiene; algunos parecen descomunales tortugas que, por arte de magia de no se que taumaturgo, han convertido el caparazón en casco con un andamiaje arriba,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una chimenea por respiradero y un agudo silbar por chillido.

Las márgenes de estos ríos, antes solitarias del barco de vapor, son ahora constantemente visitadas por ellos; tenemos una flotilla mercante con esos vapores, y una manera fácil, aunque incómoda á veces, de transportarnos á otras ciudades que, si no están lejanas, parecieron estarlo por la falta de rápida locomoción; hoy cualquier vecino conoce la *Triheróica*, como fué bautizado Veracruz por el venerable Macías—Bautista en esto de nombres geográficos y sabio en Filología—en la celebración del último centenario de la invencible del Golfo Mexicano; antaño era un privilegiado el que conocía y visitaba el nombrado puerto, y el vulgo—que siempre ve por vidrio convexo—veía en el viajero el arrojo de los argonautas ó la intrepidez del capitán Nemo del fantástico «*Nautilus*»; ogaño, en pocas horas y con muchas incomodidades, se traslada el viandante á las playas del Golfo, siempre que no se descarrile el ya famoso, (por los desastres.... ferroviarios) tren de Alvarado á la histórica ciudad fundada por Cortés.

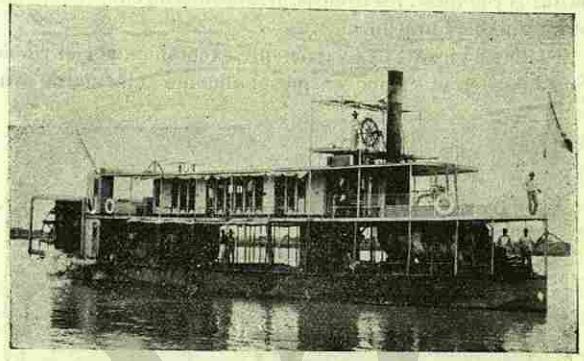
Los vapores sueltan el silbato á pitar con la misma impertinencia de arrieros de recua, y se embarrancan á cada paso; los principales del tráfico son:



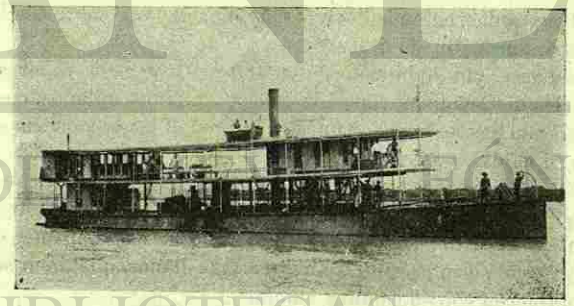
El «Tuxtepec,» que ha prestado grandes servicios en la ca-

rrera por estos ríos, lleva atras alta y potente rueda y por delante una proa en forma de carapacho.

El «San Juan,» que viaja por el río, del cual toma el nom-



bre, en la época en que es navegable por las embarcaciones de alto calado; su construcción es airosa, si lo comparamos con el «Catemaco» que es el enano de la venta entre los vapores; cuenta con amplia cubierta y con rápida marcha, por



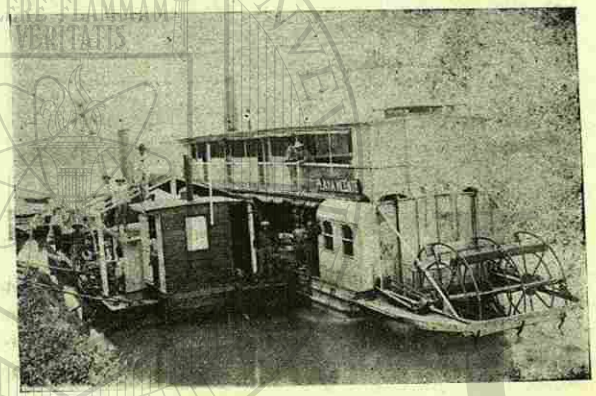
lo cual es muy del gusto de los pasajeros que de seguida viajan por estos ríos.

El «Valle Nacional» es otro de los vapores de esta vía flu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vial más veloz y seguro, no obstante que el Papaloapan, enfurecido por la fuerza de las avenidas, no respetaría ni al mismo «Leviatán,» cuando lanza sobre el airado correr de las aguas los duros y embestidos troncos, arrancados de cuajo como por un formidable huracán.

El «Playa Vicente» es vapor que excursiona por el río de «San Juan» en el tiempo en que el afluente aumenta de cau-



dal sus aguas; entonce lleva á muy apartadas comarcas ribereñas un hálito de fiesta y un vigor de progreso.

Estamos tan habituados á la presencia de estos vapores que los distinguimos con solo oir sus chillones silbidos, como á muchas personas de nuestra intimidad las reconocemos por el habla.

El que silba ronco y campanudo, quizás para demostrarnos que es viejo veterano, es el «Tuxtepec»; el de pitazo estridente es el «Valle»; el de sirena escandalosa es el «San Juan»; el «Playa Vicente» usa de avisos más llanos, que bien se compadecen con su captura humilde.

El «San Juan» es el fanfarrón de la flotilla; el «Tuxtepec» el cumplido de la ruta; el «Valle Nacional» el campanudo de la jornada; y el «Playa Vicente» el modesto del tráfico; tenemos pitos y silbidos, que no siempre habrán de ser «pitos y

flautas», á casi todas horas del día y á no pocas de la noche.

A la llegada de los vapores, los muelles se cubren literalmente de gente, la mayor parte desocupada, de esos que van de diario á ver quién viene, como si por aquí pasaran todos los días personas reales ó animales raros, cuando solamente pasan algunos dependientes viajeros que se internan en la sierra á vender sus mercancías, ó uno que otro plantígrado doméstico, con tal cual famélico caballo que pasan río arriba á ser la admiración de lejanos poblados; los cargadores son asíduos asistentes á todo arribo; tan luego tienden la plancha, ya ellos se están introduciendo con impetuosidad de avalancha y hacen presa en los pasajeros, sucediendo á menudo que tres cargadores á la vez se disputan llevar el equipaje á un solo y paciente pasajero: éste le quita el paraguas de la mano, aquel la maleta y ese otro la sombrerera; aquí de las protestas, de las ofensas y de las engañifas; pero queda en medio de esta imprudencia una gran virtud: asi conduzca un cargador de estos el equipaje de un rey José puede quedar confiado, que el mozo de cordel no le robará ni una hilacha. Son divertidas y chuscas estas tan repetidas llegadas de vapores: en las garitas del muelle se agrupan mujeres, niños y nodrizas que esperan la llegada del esposo ausente por veinticuatro horas; y al tiempo de saltar de abordo se escuchan las exclamaciones de regocijo y los saludos y bienvenidas; á alguno que estuvo en la Heróica un día, le dice la costilla: has venido muy delgado, estás pálido; de igual suerte que si aquel afortunado marido hubiera atravesado el charco y hecho un viaje de seis meses y una travesía de quince días.

A la salida de los barcos también se presencian casos curiosos y no menos chuscos: los precavidos traen embrazada surtida canasta con una gallina asada, un alón de pavo, tres panes franceses, ruedas de pescado frito, dos tamales, chocolate, un reverbero, dos botellas, una con aguardiente para el momento de hacer fuego en el reverbero y batir el chocolate, y otra con vino clarete para almorzar; todos estos comestibles evitan ayunar al pasajero, pues la comida de los vapores con ser mala es escasa, tanto, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un monje de la Trapa, acostumbrado á prolongadas abstinencias pedía á bordo de estos barcos un poco de caldo; también el surtimiento de vitualias es para estar prevenido contra la contingencia de un descarrilamiento, que en descarrilándose el tren fuera de poblado no hay más alimento que las tunas de los arenales.

Ciertos individuos que nunca jamás han salido del terruño, si no es para atravesar el Papaloapan y dirigerse á «Santa Rita» á tomar agua de coco, gastan tiempo y palabras en preparativos de viaje; y, la víspera de la marcha, se despiden del vecindario con promesas de llevar lo que se ofrezca; y como á los buenos vecinos siempre se les ofrece dar y hacer encargos, el futuro viajero tiene que apechugar multitud de encargos y llenar la memoria con variedad de recados para otra variedad de tipos habitantes de la Triheróica (que para algunos candorosos es vivir en Nueva York), no faltando chusco que encomiende al cuidado, y más que al cuidado á su paciencia y largueza, tres macetas y una tinaja con filtro, un galápago y dos sandías, engorros todos para entregar al término del viaje á siete personas que viven por rumbos diferentes; el día de salida de tan venturoso mortal, así alumbre un sol candente, porta un paraguas enfundado á modo de bastón y un *plaid* á cuadros hecho veinte dobleces en el brazo; y para eterno recuerdo del anunciado viaje descarrila el tren cerca de la estación de «La Piedra»—que es por donde siempre tal desastre sucede—se le extravía al asombrado viajante el galápago; con la fuerte colisión se rompen macetas y tinaja; y por exceso de sed el viajero, con tantas para él aventuras de Gulliver, se come las dos sandías al raso!

XXXIII

Tamales.

EL tamal, bocado tradicional en esta tierra, tal vez porque el maiz se da lozano en las margenes del «Papaloapan», es un platillo (hablo metafóricamente) que, á ser más leídas las aderezadoras de tan rico bocado, ya estaría un ocurso camino del Ministerio pidiendo patente de privilegio exclusivo; hay muchas manos que los sazonan sabrosísimos de elote, otras de pescado y algunas de *masa* con galápago, gallina ó carne de puerco.

Son como marcas de fábrica; y lo que resulta más regional es que el gusto para hacerlos va siendo hereditario; conozco familia que la fama de sus tamales no decae desde que principió á venderlos la bisabuela; y otra, que con el último descendiente acabó el justo prestigio de los apetitosos tamales de pescado.....

Y para que sus respectivos nombres pasen á la historia del terruño, los asentaré aquí: una es tía María Hesiquia, y la que no dejó descendencia ni heredera de su alta cuanto reconocida fama *tamalicia*, se llamó en vida tía Matiana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un monje de la Trapa, acostumbrado á prolongadas abstinencias pedía á bordo de estos barcos un poco de caldo; también el surtimiento de vitualias es para estar prevenido contra la contingencia de un descarrilamiento, que en descarrilándose el tren fuera de poblado no hay más alimento que las tunas de los arenales.

Ciertos individuos que nunca jamás han salido del terruño, si no es para atravesar el Papaloapan y dirigerse á «Santa Rita» á tomar agua de coco, gastan tiempo y palabras en preparativos de viaje; y, la víspera de la marcha, se despiden del vecindario con promesas de llevar lo que se ofrezca; y como á los buenos vecinos siempre se les ofrece dar y hacer encargos, el futuro viajero tiene que apechugar multitud de encargos y llenar la memoria con variedad de recados para otra variedad de tipos habitantes de la Triheróica (que para algunos candorosos es vivir en Nueva York), no faltando chusco que encomiende al cuidado, y más que al cuidado á su paciencia y largueza, tres macetas y una tinaja con filtro, un galápago y dos sandías, engorros todos para entregar al término del viaje á siete personas que viven por rumbos diferentes; el día de salida de tan venturoso mortal, así alumbre un sol candente, porta un paraguas enfundado á modo de bastón y un *plaid* á cuadros hecho veinte dobleces en el brazo; y para eterno recuerdo del anunciado viaje descarrila el tren cerca de la estación de «La Piedra»—que es por donde siempre tal desastre sucede—se le extravía al asombrado viajante el galápago; con la fuerte colisión se rompen macetas y tinaja; y por exceso de sed el viajero, con tantas para él aventuras de Gulliver, se come las dos sandías al raso!

XXXIII

Tamales.

EL tamal, bocado tradicional en esta tierra, tal vez porque el maiz se da lozano en las margenes del «Papaloapan», es un platillo (hablo metafóricamente) que, á ser más leídas las aderezadoras de tan rico bocado, ya estaría un ocurso camino del Ministerio pidiendo patente de privilegio exclusivo; hay muchas manos que los sazonan sabrosísimos de elote, otras de pescado y algunas de *masa* con galápago, gallina ó carne de puerco.

Son como marcas de fábrica; y lo que resulta más regional es que el gusto para hacerlos va siendo hereditario; conozco familia que la fama de sus tamales no decae desde que principió á venderlos la bisabuela; y otra, que con el último descendiente acabó el justo prestigio de los apetitosos tamales de pescado.....

Y para que sus respectivos nombres pasen á la historia del terruño, los asentaré aquí: una es tía María Hesiquia, y la que no dejó descendencia ni heredera de su alta cuanto reconocida fama *tamalicia*, se llamó en vida tía Matiana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otrosí: en la casa de personas pudientes, día de holgorio es cuando sacrifican un cerdo en aras de la gastronomía; y señoras que gastan sombrero y guantes en ocasiones que los han menester, no se desdeñan de fabricar con sus manos blancas unos tamales que habríase de chupar los dedos y relamer la boca como felino quien los comiera.

Cuando están de tamales algunas de las del barrio, convidan á las vecinas, quienes tienen las manos en la masa y condimentan y dan el punto á los tamales.

Comienza el festejo con la matada del cerdo, el cual fué lechón traído del rancho y criado y engordado con maiz por regalo y escamocho por merienda; dada por carnicero propio para esta matanza la puñalada que pone al marrano en condiciones de ser aliñado por manos femeninas, en grande cazuela se recibe la sangre que en chorros brota de la mortífera herida; con tal hemorragia hacen las llamadas rellenas, que de Extremadura adentro nómbranse morcillas; después descuartizan el puerco, con el cuero fabrican los chicharrones de cáscara y con lonjas de grasa los llamados de manteca; la carne maciza se toma para el relleno de la longaniza, y la que abunda en huesos se parte en trozos y se sancocha, para después agregarle un mole, y así aderezada se pone en presas en la masa de los tamales.

En duro y bien picado metate, á manera que quiebre pronto y bien pasado el maiz, se muele la masa que puesta en coción hasta estar en punto, constituye la materia prima de este bocado costeño; acondicionada la masa y aderezada la carne con el mole, principia la fabricación de los tamales: las mujeres, sin dejar de hablar, se rodean de la cazuela con el mole, la paila con la masa, en un trasto va el *acuyo*, en otro la papada en tiras, y en un *tlacualón* la carne en sancocho; por un lado las hojas para la envoltura, por el otro el *soyate* para amarres; extendiendo dos hojas encimadas, con cuchara de madera toman la medida de la masa, según el precio del tamal, y la ponen en las hojas; la masa la coronan con un tanto de carne, una lonjita de papada, cubriendo todos los aderezos una hoja de oloroso *acuyo*; se envuelve en forma

cuadrangular, se lía con *soyate*, se amarra fuertemente y va al montón del *tihuapal*; hecho un regular acopio van á la paila, en la cual se cuecen hasta estar en punto.

Antes los tamales llevaban marca como los rebaños llevan cencerros, y los ganados jeroglíficos y monogramas en las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ancas; cada comprador de tamal enviaba á la tamalera una señal para su compra: así no se confundiría su tamal de oreja y lengua con el del vecino de rabo y trompa; era de tal

suerte practicado y sabido esto de las marcas que no había error ni equivocación á la hora de la entrega: fulano acostumbraba enviar una argolla, mengano un clavo, zutano una *chupabaya*, esperencejo una herradura y Perico el de los Palotes un *elote*; cuando coincidían las marcas se duplicaban; es decir, si tío Camacho había mandado una aldaba y tío Regueira otra, la tamalera buscaba con más ahinco que los alquimistas la piedra filosofal, una tercera aldaba, idéntica á la de tío Camacho, por ejemplo, para agregarla á la marca da este marchante; el caso era que había que diferenciar las marcas para la hora de la entrega; hubo jefe de familia numerosa que se mandara fabricar marca especial como cosa de invento, tomando de materia prima un cuerno, del cual se labraba una bota ó una herradura para evitar las consiguientes equivocaciones.

Hoy, en cuestión de industria tamalera, estamos muy adelantados; ya se proscribieron las marcas supliéndolas con listas de nombres de los marchantes; listas más ó menos agresivas contra la ortografía; pero muy certeras como índice, sin apéndice, para las reparticiones de tamales en los respectivos domicilios de los compradores; comunmente son los sábados cuando andan por nuestras puertas, siempre libres para limosneros asiduos y vendedores pertinaces, muchachos ofreciendo tamales con esta invariable cantinela: «¿Qué si mandan hacer tamales para cenar esta noche ó almorzar mañana?».....

La costumbre ha hecho del tamal un inmutable y delicado platillo dominguero, que ahorra tiempo á las cocineras y molestias y mandatos á las dueñas; también se tiene como inmejorable recurso para ir á la iglesia á la misa cantada; pues con el tamal no hay necesidad de preparar almuerzo, sino que con él, otro fiambre, frijoles y café, ya está el estómago satisfecho y la cristiandad cumplida.

Es muy propio de nuestros humildes gustos, el regalarnos con el clásico *velador*, tan clásico como la miel de abeja que gustaban los griegos; es el velador un tamal de mayores dimensiones que los de uso vulgar, se condimenta con las par-

tes más sabrosas de la cabeza del cerdo, que, para los panigeristas gastrónomos viene á ser tan elogiada como la cabeza del jabalí; entran en su aderezo así la lengua como las orejas, los sesos como la barbada; y en verdad que es rico, amén del festejo con que se le sirve y come; suele hacerse el *velador* en casos de holgorio; ó bien cuando se da á matanza un cerdo engordado en casa de polendas; entonces es el *velador* motivo para un convivio rústico, no por los comensales, sino por la manera peculiar de servirlo y tomarlo; sentadas en el suelo forman rueda las convidadas y dueña; en medio se coloca el velador, humeante y oliendo á buen sazón; desatan las ataduras, abren las hojas calientes y aparece una masa gláuca de color y mantecosa á trechos por gordas y apetecibles presas del aliñado cerdo; cada quien mete su cuchara, no sin dejar de meter baza en conversaciones discretas y en chistes inocentes; el velador servido en manteles y comido con cubiertos pierde su sabor por sugestión, como lo pierde la champaña servida en tazas y los ostiones en conchas comidos con tenedor. En ranchos y ventorros es el velador prólogo de animadas fiestas que terminan con un bien cantado fandango, cuando no acaban con una jarana en que el machete homicida anduvo en mandobles y reveses, y el teniente de justicia en aprehensiones, en autos y en careos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIV

Noche Buena.

ERA yo por aquel entonces un mozalbete de catorce años cumplidos, mofletudo, con la puntiaguda nariz pareciendo picarme los carnosos labios, alma blanca de pastor de Arcadia, tímido como un colegial de antaño y ruboroso como una doncella de novela.

Como de costumbre se preparaba la «Pastorela» (Coloquio que aquí llaman), que año con año se venía representando en mi pueblo para celebrar la noche de Navidad.

Se repartieron los respectivos papeles por una señora en estado inamovible de celibato, regañona como un maestro de escuela, y gorda y obesa como dos canónigos.

A mí me tocó hacer á Herodes, que en asuntos de Pastorela era hacer á Gestas.

Pasé por el calvario interminable de los ensayos; cada noche sacrificaba mi timidez en aras de la representación.

En los ensayos resultaba un Herodes con la mansedumbre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

evangélica del Cordero Pascual, en vez de tener la ferocidad de un tigre de Hircania.

—¡Más calor, más brío!—gritaba la señora con los espejuelos bailando sobre la nariz que soplaba á manera de fuelle, y yo impertérrito oía las amonestaciónes de mi interlocutora.

Para mí se hicieron los ensayos extraordinarios y á domicilio; ora en pieza cerrada para evitarme la presencia de curiosos cuchicheros, ora ante un espejo grande para estudiar los gestos y marcar debidamente los ademanes.

Y llegaba la hora del ensayo, y yo tan zoquete como la vez primera que pisé las tablas.

El público que iba á todos los ensayos para saber de memoria la Pastorela la noche de la representación, á modo de comentarla sin olvidar detalle, se hacía lenguas para desprestigiar mi futura reputación de cómico aficionado. Y yo como siempre permanecía impasible.

Ya en mi corazón habían repicado alegremente antes que en la iglesia hubiesen cantado el «gloria in excelsis Deo» de la misa de Navidad: tenía novia.

Bastaron veinte ensayos para que mi corazón se inflamara con los ardores del primer amor.

Yo perdí el apetito, hablé solo y sentí tales y tantos vuelcos dentro del pecho que parecía llevaba conmigo algo revolviéndose tenaz por salir fuera: el amor se anunciaba con todo el fuego inextinguible de la pubertad.

No recuerdo cuando fué, pero sí que sucedió: era en vísperas de la representación; la gente se arremolinaba frente del pórtico intentando penetrar al teatro: la entrada estaba prohibida, y por ese solo hecho quería introducirse más público que el de costumbre; el escenario medio obscuro; mi novia —que no perdía ocasión para mirarme de soslayo y hablarme á hurtadillas—se acercó á mí resueltamente y me dijo al oído quemándome la oreja: «Si quedas bien te doy un beso».

Se oyó un murmullo confuso en la puerta, y la gente entró con la impetuosidad de un aluvión.

En mi oído sonaban con notas de música idílica las palabras de mi novia.

¿Un beso?.....¿A qué sabría un beso?—me preguntaba en esas dulces confidencias que tienen los enamorados con sus pensamientos.

Y no solo me voltejeaba el corazón sino también la cabeza.

Pasó el ensayo, dije mi papel á regañadientes.....Bueno estaba yo para recitaciones cuando dentro de mi alma virgen á esa clase de emociones empezaba el amor á encender su aurora!

Aquella noche no dormí las primeras horas de metido en la cama; ni me preocupaba Herodes, ni los Inocentes, ni la degollación, ni la huída á Egipto; el beso anunciado era una promesa que no dejaba de aletear á mi oído con soplos de hálitos celestiales; y aun creía sentir en el tímpano las ondas sonoras de aquella voz como las vibraciones de la última broncínea campanada después de tocado el *Angelus*; me quedé dormido como un Jacob soñando con ángeles y querubines.

¡Qué de ilusiones por aquel beso!

Yo me besé la mano creyendo, el muy iluso, encontrar similitud entre un beso dado por mí y un beso prodigado por mi novia.

¡Oh qué dulce es la ignorancia de los catorce años!

Llegó la hora de la función: estaba en traje régio, pero sin púrpura ni armiño; con corona que pretendió ser imperial y se quedó siendo ridícula por la falta de inventiva del fabricante de ella; con túnico largo y manto corto, hecho un rey de los cuatro de Birján en vez de un Herodes Antípas, con el cuerpo de azogue por el temor de un fracaso y la cara lampiña por ausencia de postizos; así vestido daba mi última consulta á la polvera, me pintaba las cejas con corcho quemado, y ponía sobre mi cabeza sin luenga cabellera la corona de cartón forrada de papel dorado y guarnecida de cuentas multicolores y piedras falsas, cuando entró la señora directora á decirme:

—¡Cuidado con ese Herodes!

Ya ves, Jusepe lo hace muy bien; hará desternillarse al mismo boticario que no se ríe nunca!

La virgen.... .¡Ave maría purísima! si parece de dulce!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

San José, tan serio y tan comedido ¡un santo varón! y con la barba que le pintó Fernando está hecho un patriarca...

Y tú que seas el único que lo hagas mal!

A ver, extiende el manto, empuña el cetro, así. Ahora paséate.....

Más garbo, hombre!

Levanta la cabeza, alza la mano con el cetro!

Comienza.

«¿Ya habrás visto qué contiene ese edicto del Imperio?»

¡Ese Imperio con más imperio!

***

Dieron el campanillazo de prevención y yo me escapé de las filípicas de la impertinente cuanto colérica señora.

Que me toca salir: que suena el silbato anunciado mutación: extiendo el manto, tomo majestuosamente el cetro entre mis temblorosas manos, y al ¡ya! del traspunte acompañado de un fuerte empellón entro á escena con más prosopopeya que Aníbal atravesando los Alpes, y grito con voz estentorea:

«¿Ya habrás visto qué contiene ese edicto del Imperio?»

Y sigo con el mismo grave tono, paseándome desesperado por el proscenio, rugiente cual Edipo cuando se sacara los ojos; mi voz retumbaba formidable en los ámbitos del teatro; el escenario me parecía pequeño para contener mi soberbia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

herodiana; no veía, no oía, la promesa del beso soplaba con su caricia ardiente en mi oído, mientras que en el otro atronaban los aplausos frenéticos del monstruo vencido.

¡Una apoteosis completa!

Salí de escena: se cambió decoración de salón régio por la de selva, y entré á mi cuarto sudoroso, fatigado, cual si llevara sobre mí el peso de todas aquellas cabezas de miradas punzantes como dardos y de sonrisas equívocas de rojos epigramas.

Tiré nerviosamente á rodar por el suelo mi corona de car-

tón, me despojé de una capeja puesta á guisa de talma, la cual, en la flaca memoria y en el más pobre caletre de la cos-

turera, resultó una muy mala muceta, pues se quedó abierta por la delantera por falta de tela; me quité el túnico largo y desceñido; me puse el pantalón y me quité las sandalias, que no era otro calzado el que llevaba; hice embozo del túnico y salí fuera abdicando del trono de pocos minutos antes; entre bastidores sentí dos manos suaves y ardorosas en plena noche de invierno, improvisadamente en mi rostro embadurnado de albayalde, uno, dos..... —perdí la noción del número—quien sabe cuántos besos!

El corazón se me hinchó dándome golpes como para salirse del pecho; después se redujo mucho parecido á esponja que se empapa y luego se aprieta furiosamente.....

Las campanas llamaban ledas á la misa del gallo; la gente salía á borbotones del teatro, y yo llevaba por cima de esos ruidos una sinfonía de besos que me hicieron pensar en que era hombre.....¡Toda una resurrección!

¡Fué la primera buena noche que he pasado en Noche Buena!

* * *

Es esta verídica historia la que me confió un amigo de la infancia; al darla á mis lectores, ni quebranto un juramento ni falto á la confianza de amigo; pues después de veinte años de un suceso se olvidan los nombres de los protagonistas y sólo queda el hecho que puede contarse como fábula: este ha sido mi pecado y no tengo por que entonar ningún ***mea culpa***.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXV

Pascuas.

LAS misas de aguinaldo con sus pitos de agua, sus panderos de ruidosos cascabeles y sus mañanas de madrugadas frías y brumosas cesaron; ya pasó también la misa del gallo y el pintoresco «COLOQUIO» de Navidad; ya las campanas fueron echadas á vuelo en medio del vocerío de gente divertida; y sin embargo, el alborozo y el regocijo se propagan rápidamente entre las multitudes trasnochadoras que van de parranda por calles y puertas; suena diminuta jarana, á distancia se escucha el repiqueteo de los encintados panderos, el arpa tímidamente levanta su nota vibrante y la parranda se acerca con lentitud por la acera.

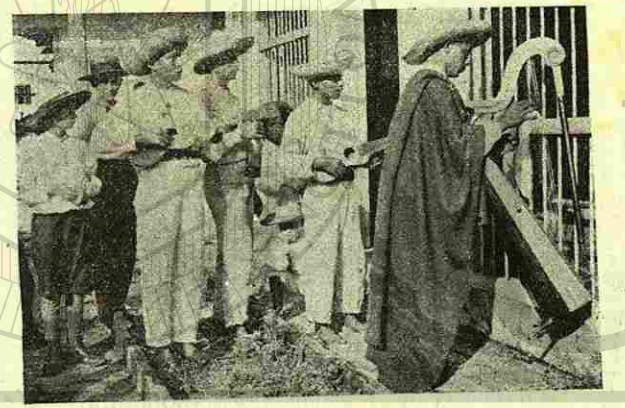
Están frente la casa designada para dar las pascuas: los panderos, en un retintín trémulo y agitado de agudos cascabeles, indican la tonada que siguen el arpa, las *jaranas*, el re

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quinto y tal cual violín tísico y destemplado; voces aguardentosas y chillonas cantan en coro al son de los instrumentos:

«Naranjaj y *timaj*
Lima y limone,
Má linda *ej* la virgen
Que *tóas laj florej!*»

Una sola voz potente, pero mal timbrada, contesta al compás de la misma música:



«Abranse *esa puerta*
Rómpanse *eso quicio*,
Que á la media noche
Ha nacido *Crijto!*»

Y el coro responde.

«*Naranja* y lima
«*Lima* y limone
«*Má* linda *ej* la virgen
«Que *tóa la florej!*

Vuelve la voz cantante á su villancico:

«Arriba del cielo
Ejta un portalito
Por *onde* se asoma
El niño Chiquito!»

Torna á repetir el coro:

Naranja y *Lima*
Lima y *Limone*
Má, linda *ej* la virgen
Que *toá* la florej!

El de la voz potente carraspea entre dos golpes de tos y canta:

«Dénme mi aguinaldo
Si me lo han de dar
Que la noche *ej* corta
Y *tenemoj* que andar!

El dueño de la casa da el aguinaldo, si es pródigo, ó con las puertas en las narices, si es miserable: el aguinaldo consiste en plata sonante y contante, aunque no en talegos de arpillera; los de la *jarana*, puesto un pié en el quicio, doblan la rodilla y sobre ella colocan horizontalmente la vihuela para templarla, mientras un tanto apartado del grupo uno de los cantadores á hurtadillas le da un largo buche á la botella, amenguada de contenido por repetidas libaciones; pero visto que es por los de las *jaranas* se la disputan luego con sed de hidrópicos:

—A ver, Trocha, un trago, no te la *acabej!*

—*Ejperame*, Rocambole, que la *ejtoy* terciando pá que no me *latime* la campanilla.

—No, á mí, que he *cantaó muncho* y tengo seco el gañote *dende hace* media noche!

Beben hasta embriagarse y cantan hasta enronquecer, sin miramiento á tímpanos delicados y á oídos castos.

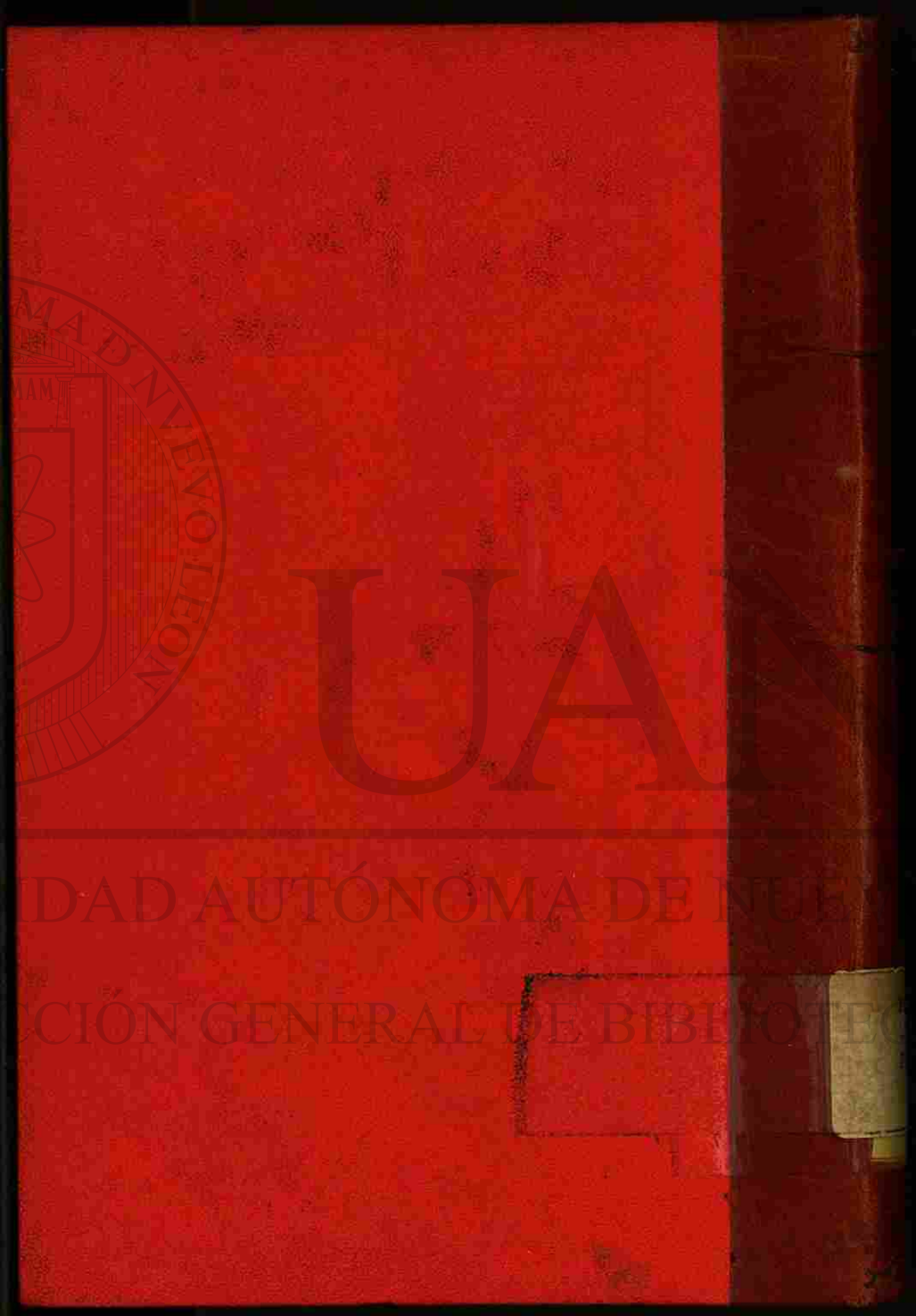
Estamos en el apogeo de las «Pascuas»; todo hijo de veci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no toma la calle con el vehemente deseo de divertirse, cuándo cantando las «Naranjas» y «Limas», cuándo tocando el pandero y la jarana, cuándo bebiendo de lo añejo; y la calle

y la plaza y el corredor y la acera se pueblan de gente festiva, endomingada, con panderos de cintas multicolores y sonorosos cascabeles... .gente jacarandosa que así entonan unas «Naranjas y Limas,» como beben un buche; que así hacen poesía callejera como echan un terno; gente de buena pasta que en la diversión ven un sano goce y en la copla un entusiasmo sincero; si cargadores, llevan en los trapos—que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS


UA
DAD AUTÓNOMA DE NUE
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC